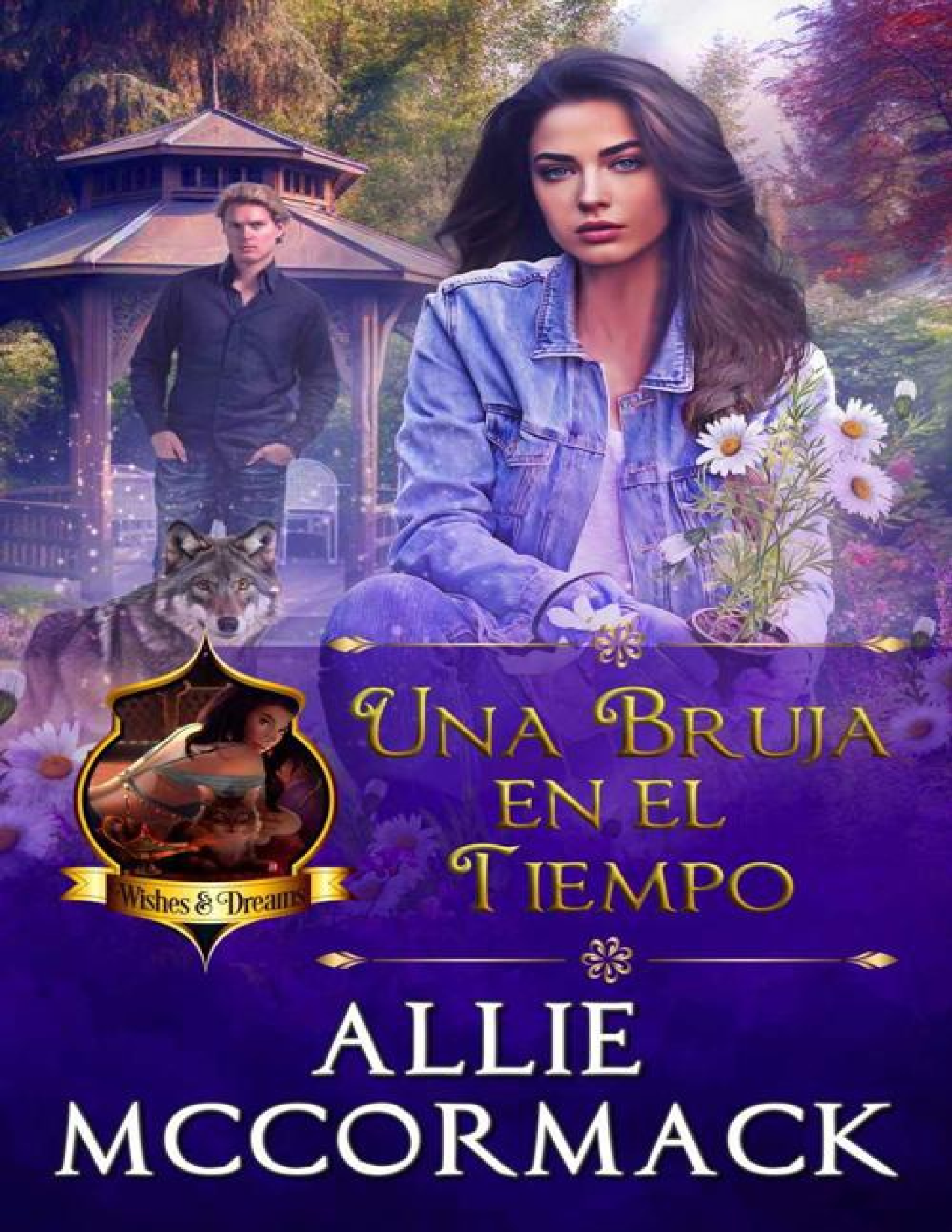




UNA BRUJA
EN EL
TIEMPO

ALLIE
MCCORMACK

UNA BRUJA EN EL TIEMPO
LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS
LIBRO SEIS

ALLIE MCCORMACK

Una Bruja en el Tiempo
Copyright (c) 2024 por Allie McCormack
Todos los derechos reservados

Una Bruja en el Tiempo / Allie McCormack

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, excepto en el caso de citas para artículos, reseñas o almacenes en cualquier sistema de recuperación, así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la autora.

Visite el sitio web de Allie en
www.alliemccormack.com
Portada diseñada por Dar Albert en Wicked Smart Designs
<https://www.wickedsmartdesigns.com/>
Traducción de DeepL

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Libros de Allie McCormack](#)

[Sobre la autora](#)

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi maravilloso Equipo de Lectores Beta, que ha leído mi manuscrito y me ha enviado montones de comentarios. No podría haberlo hecho sin ellos.

Heids Van Vuuren
Kathleen Crapse
Margery Tipton
Riet de Bruin-Strijker

Y, por supuesto, Chrissy Bixby, mi querida hija y ¡extraordinaria creadora de ideas! Soporta todas mis angustias relacionadas con la escritura, y acepta sobornos para la lluvia de ideas en forma de cenas madre-hija en Olive Garden. ¡Es la mejor!

CAPÍTULO I



ALDEA DE SALEM, 1692

VENÍAN A POR ELLA.

No era nada que ella no hubiera esperado. Desde que sonaron los primeros gritos de "brujería" en Salem, a unos kilómetros de distancia, al extenderse la locura, ella había sabido que era inevitable. Su familia siempre había estado al margen de la sociedad puritana, aunque llevaban aquí casi tanto tiempo como los primeros colonos. Al ser españoles y católicos, su presencia había sido tolerada, pero nunca bienvenida. Ahora, Rebeca era el último miembro que quedaba de su familia. De aspecto exóticamente diferente al de los pálidos inmigrantes del norte de Europa, siempre la habían mirado con recelo. Ahora, como mujer soltera que se negaba a casarse y propietaria de una casa pequeña pero acogedora en medio de campos fértiles y productivos, era un objetivo principal.

En su familia se habían transmitido durante generaciones historias escalofriantes sobre los horrores de la Inquisición española, sin que se perdiera nada al contarlas. Gracias a estas historias no la habían cogido desprevenida; ni, como otras desgraciadas, confiaba en que su inocencia de la acusación de brujería sería su protección. Había escuchado los relatos de la historia de su familia y había aprendido bien.

Había estado nerviosa desde que se despertó por la mañana. Se había ocupado de sus tareas cotidianas: alimentar a las vacas y al cerdo, recoger los huevos de las gallinas, preparar el pan que vendería en el mercado ese mismo día. Estaba sacando la segunda hornada del horno cuando miró por la ventana y vio, a lo lejos, al grupo de hombres con sus altos sombreros, con una pequeña multitud pisándoles los talones, abriéndose paso por la polvorienta carretera de Salem Village, cuya aguja de la iglesia apenas podía ver por encima de las copas de los árboles. Y ella lo había sabido. No habría podido decir cómo lo supo. Simplemente lo sabía.

Que no cunda el pánico, se dijo Rebecca, conteniendo el creciente terror. Tenía tiempo; el camino desde la aldea de Salem era largo, con curvas y baches. Se apresuró a ir a la despensa, incapaz de contener el temblor de sus manos mientras sacaba un gran saco de arpillera de donde estaba guardado y volcaba en él alimentos secos de las estanterías: una rueda de queso cheddar, tocino ahumado y carne seca. Echó en el saco la bandeja de panecillos, aún calientes del horno, y se apresuró a entrar en el salón, con el saco rozando su larga y rígida falda. Metió en él la biblia

familiar, cuidadosamente envuelta en un paño, y el crucifijo que siempre había ocupado un lugar destacado en la repisa de la chimenea. Luego fue al dormitorio a por ropa, así como un puñado de collares y su gorro. De su escondite bajo una tabla suelta del suelo sacó un saquito de cuero, cargado de monedas, elevando plegarias de agradecimiento por no haberlo gastado aún. Había planeado comprar un caballo nuevo para sustituir a la vieja yegua de su madre, que había muerto durante el invierno, y ahora sentía una oleada de alivio al ver que el caballo que pretendía comprar había sido vendido, aunque en aquel momento se había enfadado.

Deprisa, deprisa. Las palabras eran como un mantra, que se repetía una y otra vez en su cabeza. Atravesó la cocina una vez más, acordándose de coger una cantimplora para beber agua. Estaba vacía, pero podría llenarla en el arroyo. Se detuvo junto al saco de manzanas que había recogido el día anterior y añadió algunas a su bolsa. Una manzana resbaló de sus dedos temblorosos al suelo. *¡Deprisa!*

Una última mirada alrededor de la pequeña casa, su hogar de toda la vida y de varias generaciones de su familia, la hizo dudar. Su mirada se posó en la estatua de la Santa Madre que había sobre el manto. No podía dejarla atrás. La metió con cuidado en el saco y, al pasar, cogió una manta de la silla junto a la chimenea; la necesitaría. Luego salió por la puerta trasera, al aire fresco del otoño.

Su granja daba al monte, y Rebecca se apresuró a atravesar los campos hasta llegar al abrigo de los árboles, pues la casa la protegía de la vista de los que se acercaban por el camino. El saco era pesado y poco manejable, pero eso no podía evitarse. Al menos el camino era fácil, siguiendo el sendero trillado hasta el pequeño arroyo que serpenteaba entre los árboles. Al llegar al arroyo, se echó al suelo y dejó el saco con cuidado a su lado. El corazón le latía tan fuerte que casi podía oírlo en los oídos, y respiraba entrecortadamente.

Metió la mano en el agua fría y bebió un poco. Tragó el agua con avidez, consciente ahora de la sequedad de su boca y garganta. Llenó la cantimplora y se enjuagó la cara, antes de meter la mano en el saco para sacar las botas más resistentes que tenía para trabajar en el campo y el establo, que había cogido en el último momento al salir por la puerta trasera. Eran más adecuadas para una larga caminata por el bosque.

Tendría que abrirse camino hacia el sur, lejos de Nueva Inglaterra. No podía caminar hasta las colonias españolas de las Carolinas. Por supuesto, había carruajes, pero estaban vigilados, estaba segura. No podía arriesgarse. Y tardaría días en alejarse lo suficiente de Salem como para sentirse lo bastante segura como para alojarse en una posada o subir a una diligencia. Por lo tanto, de momento estaba sola.

El temblor de sus miembros se había calmado, ahora que había tenido la oportunidad de recuperar el aliento y empezar a elaborar algo parecido a un plan. Una calma decidida se apoderó de ella. Sabía qué hacer a continuación. Se levantó y se colocó la manta sobre los hombros antes de levantar el saco. Siguió un poco el arroyo río abajo, hasta donde había caído un viejo tronco, creando un puente natural. Con la facilidad de la práctica, Rebecca cruzó el tronco. Con un suspiro, le vinieron a la mente recuerdos de su infancia. Recordó que había jugado aquí de niña. Chapoteando en el arroyo, entrando y saliendo de las sombras de los árboles. Pero ahora ya no volvería a verlo.

Reprimió tales pensamientos, manteniéndose en el camino principal, bien transitado. Dudaba de que enviaran rastreadores tras ella, pero aun así tuvo cuidado de mantenerse en el centro de la tierra empedrada. Pasada cierta curva del camino, se detuvo. Había un tenue sendero de caza a la izquierda, cubierto de maleza y hojas caídas. Avanzó suavemente por él, sujetándose las faldas, con cuidado de no dejar rastro de su paso. El sendero se prolongaba lo que parecían kilómetros,

pero tal vez era la ansiedad lo que la atenazaba. Todos sus instintos la instaban a correr, lejos y deprisa. Sólo aferrándose obstinadamente al sentido común evitó que huyera precipitadamente. En su lugar, se centró en seguir las instrucciones que le habían inculcado desde la infancia. Había venido por aquí muchas veces desde niña, primero traída por su abuelo, luego, tras su muerte, por su padre y, finalmente, por su madre. Todo en previsión de este día.

Finalmente, con cierto alivio, divisó cierto roble que se alzaba orgulloso, proyectando sus ramas sobre un amplio claro en torno a sus raíces. Dio la vuelta hasta situarse detrás del enorme tronco, oculta a la vista de cualquiera que se encontrara en el sendero, y dejó el saco con un cansado suspiro de alivio. Se paró un momento, estirando los brazos y la espalda, antes de agacharse en el suelo. Se agachó y hundió las manos en los montones de hojas doradas y marrones, palpando el suelo hasta que sus dedos encontraron metal. Hurgó en las hojas, apartándolas, junto con una fina capa de tierra, y descubrió una losa de madera con el anillo metálico que había palpado. Quitó más tierra y hojas, empujándolas hasta que quedaron al descubierto los bordes de la puerta cuadrada, y luego tiró de la anilla, levantándola.

La losa de madera se levantó con un crujido de protesta, y ella se asomó al agujero forrado de madera. El alivio que sintió fue enorme; también ridículo, pues no había motivo para creer que la manada hubiera desaparecido. Al fin y al cabo, llevaba décadas escondida aquí. Aun así, una parte de ella estaba preocupada. Pero estaba aquí. Metió las dos manos en el agujero y sacó la mochila del vendedor ambulante de su escondite. De ella colgaban dos correas, pensadas para que sus brazos pasaran a través de ellas, sujetando la mochila a su espalda.

Jugueteando con las cuerdas que sujetaban la mochila por arriba, comprobó su interior. Aunque le habían enseñado la mochila muchas veces y había memorizado el camino hasta ella, nunca había visto su contenido. Pequeñas bolsas de terciopelo y seda contenían las joyas de la familia; hermosos collares y pulseras de oro tachonados de gemas, que nadie volvería a ponerse. Ella no las dejaría atrás.

Una robusta bolsa de cuero tintineó cuando la movió, y ella la sacó, aflojando las cuerdas para mirar en su interior. Ahogando un grito, metió la mano para sacar una moneda de oro, una de tantas. ¡No sabía que tuvieran oro! Cerrando los ojos, Rebecca lanzó una plegaria de alivio. Si conseguía escapar de sus perseguidores y ponerse a salvo en las colonias españolas, tener esas monedas de oro podría marcar la diferencia.

Volviendo a sumergirse en la mochila, encontró los papeles familiares que detallaban su ascendencia, cuidadosamente conservados en plano entre dos libros. Los libros y los papeles constituían la historia de su familia y detallaban la propiedad de sus tierras en España; tierras a las que nunca podrían regresar ni reclamar. Pero era la herencia de su familia, y la mantenían a salvo. Pero ése no era el verdadero secreto de la manada. En el fondo de la mochila había una bolsita de cuero suave.

Rebecca se sentó en el suelo, cruzando las piernas mientras abría las cuerdas y sacaba un pequeño objeto envuelto en tela. Reverentemente, lo sostuvo con una mano y, con la otra, levantó los bordes del rico terciopelo para revelar la gema que contenía. Con forma de lágrima, era más grande que cualquier otra gema que hubiera visto, y su color era lo más asombroso que había visto jamás. Era azul, pero de un azul que parecía casi sobrenatural, con destellos de lo que casi parecía un fuego azul en su interior. El exterior estaba grabado con inscripciones doradas que rodeaban un extraño dibujo geométrico. Levantó la piedra, acunada en la palma de la mano, mientras estudiaba sus ángulos, las facetas talladas brillando cuando los rayos de sol se filtraban por las ramas de arriba para reflejarse en la piedra. Magia, había dicho la historia. Se la había regalado un hombre, un viajero fortuito que sus antepasados habían conocido cuando huían por

España hacia el puerto donde tomaron un barco para América. Había prometido acudir en ayuda de su familia en cualquier momento, si fuera necesario. Becca no estaba segura de creer en la magia, pero la historia, la gema y el juramento del viajero se habían transmitido solemnemente de generación en generación.

Volvió a envolverlo en la tela y lo guardó en su bolsa. La bolsa tenía largas cuerdas, claramente pensadas para llevarlas en el cuello. Se las pasó por la cabeza y la bolsa con la gema quedó anidada justo encima de sus pechos. Puede que no estuviera segura de la magia, pero mantendría la gema cerca, por si acaso.

Tiró de su bolsa de arpillera hacia ella, transfiriendo todo menos la comida a la mochila del vendedor ambulante, con su Biblia, el crucifijo y la estatua de la Santa Madre cuidadosamente encima, acolchados entre sus ropas. Hecho esto, enrolló la bolsa con la comida y la sujetó, junto con el frasco de agua, a la parte inferior de la mochila con las correas destinadas a los accesorios. Se pasó una mano por la abundante cabellera, y con la otra comprobó el peso de la mochila. Era pesada, aunque llevarla a la espalda la haría más fácil. Mientras no tuviera que correr de verdad, estaría bien.

Se levantó y se llevó las manos al pelo, apartando los mechones de la cara. Aquella mañana se había recogido los pesados mechones en un moño, para que no le estorbaran mientras horneaba, pero se le habían escapado largos mechones que se le pegaban a la cara y al cuello. Sin embargo, había pasado demasiado tiempo aquí y necesitaba moverse. Miró hacia arriba a través de las ramas que se extendían sobre ella, siguiendo el sol. Debía de ser casi mediodía, así que llevaba caminando casi dos horas. Hasta entonces había caminado casi en dirección oeste para llegar al escondite. Indecisa, vaciló. ¿Debía dirigirse inmediatamente hacia el sur? Su destino final serían las Carolinas, pero si seguía hacia el oeste, llegaría al río Concord y quizá encontrara un barco que la llevara al sur. Era un largo camino hasta Concord; sabía que era posible ir a Concord y volver en un día a caballo, pero no tenía caballo ni una idea clara de la distancia. Además, habría arroyos y lagos que tendría que sortear. Había caminos, por supuesto, pero debía mantenerse alejada de ellos.

Pero ir hacia el sur era igualmente difícil. Tardaría semanas en llegar a las Carolinas... si es que llegaba a las colonias. Una mujer sola, sin armas y llevando lo que ella consideraba una fortuna en oro español. Además de los peligros de la gente, había animales salvajes... osos, lobos, pumas. Jabalíes salvajes. También indios. Pero si conseguía llegar al río, encontrar un barco que la llevara al sur, al menos estaría lejos de los puritanos. Incluso podría encontrar a alguien que la ayudara.

Una vez tomada la decisión, Rebecca se inclinó, deslizó los brazos por las correas de la mochila y se la subió a los hombros, no sin dificultad. Era más pesada de lo que había pensado, y amenazaba con derribarla hacia atrás. Se preparó, inclinándose un poco hacia delante para ajustar el peso de la mochila. ¿Debía dejar los libros? Representaban al menos la mitad del peso y, después de todo, no le servían de nada. Dudó, pero luego puso los labios en una línea firme y echó a andar. Eran *suyos*, su herencia. No los dejaría atrás. Era fuerte, estaba sana. Podía hacerlo.

Viajó durante algún tiempo, sin perder de vista el cielo, manteniendo su rumbo hacia el oeste lo mejor que podía. El camino era duro, aunque utilizaba los senderos de la caza cuando podía encontrarlos, dejándolos para abrirse camino cuando se desviaban demasiado de la dirección que ella quería. Al final llegó a un ancho arroyo, casi un río, que corría hacia el sur. Era lo bastante profundo como para que tuviera que encontrar la forma de cruzarlo con seguridad. Se detuvo un momento y se sentó en una gran roca. Se alegró de poder quitarse la mochila durante un rato. Ya le dolían la espalda y los hombros, y sólo habían pasado un par de horas. Volvió a pensar en

deshacerse de los libros. Podría esconderlos de nuevo, como habían estado ocultos durante todas estas décadas. Pero nunca podría volver a por ellos, así que ¿para qué? Se las arreglaría lo mejor que pudiera, y sólo los abandonaría si se encontraba en una situación desesperada.

Se congeló de repente, levantando la cabeza, mientras se esforzaba por oír el sonido que le helaba la sangre en las venas.

Sabuesos.

Tragó saliva e intentó tranquilizarse. Tenían que ser cazadores rastreando caza. Era imposible que la persiguieran con sabuesos, no podían estar tan desesperados por llevarla a juicio. ¿O sí?

Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, se puso en pie con dificultad. No podía permitirse asumir que *no* la estaban cazando. No con su vida en juego. Frenética, miró hacia el arroyo. Era poco profundo en la orilla. Podía caminar por el agua e intentar despistar a los perros y a cualquier otro rastreador o explorador que pudieran utilizar. También era rocoso, lo cual era bueno y malo a la vez; un fondo arenoso dejaría huellas, la pesada mochila la empujaría hacia abajo. Pero si pisaba con cuidado las rocas, no dejaría rastro. ¿Los sabuesos podían rastrear el agua? No tenía ni idea, pero el agua corría velozmente y caía sobre las rocas. Seguramente no podrían rastrear a través de un agua tan rápida. El aullido de los sabuesos seguía lejano, resonando en las colinas. Ni siquiera podía saber si se acercaban, lo que significaba que tenía tiempo, pero debía darse prisa.

Se quitó las botas, ató los cordones y se las colgó del hombro. Más tarde, si tenía tiempo, se detendría y las guardaría en la mochila. Empezó a vadear río arriba, apoyando los pies con cuidado en las rocas. No era el momento de caerse ni de torcerse un tobillo. El agua estaba lo bastante fría como para que se le entumecieran los pies con rapidez, lo que aumentaba el peligro de dar un paso en falso.

Siguiendo el agua río arriba durante algún tiempo, el arroyo se ensanchó en un amplio estanque bajo una cascada baja y ancha. Con desgana y alivio a la vez, Rebecca salió del agua. Casi no sentía los pies, lo cual no era bueno. Sentada en la orilla, se dio cuenta de que también tenía los pies hinchados y magullados, además de tener un extraño tono azulado. Tuvo que forzarlos para volver a calzarse las botas, pero no tenía elección. Tenía que seguir el escarpado terreno hasta la cima de la cascada, y no podía hacerlo descalza.

Trepando por la ladera rocosa, entorpecida por la pesada mochila que llevaba, llegó por fin a la cima, sin aliento y jadeando por el esfuerzo. Levantó la cabeza, escuchando. Los sabuesos venían en esa dirección. Dudaba que hubieran llegado ya al arroyo, aún estaban demasiado lejos, y los hombres irían a pie, incapaces de seguir su rastro a caballo a través del desierto. Aún tenía tiempo.

A pesar de ello, la desesperación la dominaba. No podía seguir caminando por el agua eternamente, y ni siquiera estaba segura de poder obligarse a volver a meter los pies en el agua. Aunque los perros no pudieran rastrear a través del agua, seguramente comprobarían las orillas río arriba y río abajo, para intentar encontrar por dónde había salido. El pánico se apoderó de ella y deslizó la mochila hasta el suelo, a sus pies.

Con manos temblorosas, Rebecca levantó la bolsa de su cuello y sacó la gema, sosteniéndola acunada sobre la tela de terciopelo. ¿Era su imaginación o el fuego azul de su interior parecía palpar con más intensidad y profundidad? Respiró hondo, sollozando. *Debes tener fe*, recordó la voz de su abuelo, profunda y ronca, la primera vez que se la había enseñado hacía tanto tiempo. Tal vez tuviera cinco años la primera vez que vio la gema.

No estaba segura de si era la fe, o la desesperación, lo que la impulsaba ahora. Dejó caer el terciopelo y sostuvo la gema entre ambas manos. Respiró hondo y pronunció las sencillas

palabras que se habían transmitido de padres a hijos y de madres a hijas durante generaciones.
"Soy Rebeca, de la familia Amador, e invoco Tu ayuda".

CAPÍTULO 2



VALLE DEL HUDSON DE NUEVA YORK, SIGLO XXI

JACINTH CANTURREABA EN VOZ baja mientras lavaba los platos del desayuno en el fregadero de la cocina. Podría haberlos metido en el lavavajillas, o incluso haber utilizado su magia de Djinn para limpiarlos y guardarlos en los armarios, pero se había dado cuenta de que disfrutaba con el simple acto de fregar los platos por la mañana. No, por supuesto, como algo habitual, sino de vez en cuando. Después del ajetreo de la mañana, cuando Douglas se iba a trabajar y los niños a la escuela, la paz y la tranquilidad eran algo encantador. También era algo nuevo, porque mientras Benny, su hijo de siete años, llevaba en primer curso desde el otoño, Molly, de cuatro, acababa de empezar la guardería, y Talya, su hija adolescente adoptiva, por fin estaba lista para empezar la escuela pública, tras haber recibido clases particulares durante el invierno.

Así que estaba sola en casa y disfrutaba completamente del silencio. Vale, quizá era un poco extraño. ¿Era una tontería que echara de menos la alegre charla de Molly, o que se encontrara mirando a su alrededor cada dos por tres, medio esperando ver a Talya entrando corriendo en la habitación, parloteando sobre otro nuevo descubrimiento en Internet?

Un chirrido en el mostrador la distrajo, y al mirar vio un mensaje entrante en su teléfono. Se limpió las manos con cuidado en un paño, cogió el teléfono y lo pasó. Al leer el mensaje, frunció el ceño, perpleja. Era de Angus Johnston, el propietario de The West Side Inn, un Bed and Breakfast victoriano situado a pocos kilómetros.

Tenemos una habitación preparada para la recién llegada. Puedes traerla cuando quieras.

Vale, eso ha sido raro. ¿Qué nueva llegada? Se dirigió al comedor y se hundió en una silla mientras llamaba a Katerina, su mejor amiga y una metamorfa Maine Coon. Si alguien sabía que alguien nuevo llegaba a la comunidad de aquí, sería Katerina.

"¡Hola!" La alegre voz de Katerina sonó desde el teléfono.

"Hola, tú", contestó Jacinth, sonriendo. "Parece que ya te has tomado una cafetera llena".

Pudo oír la risita de respuesta de Katerina a través de la línea telefónica.

"Media maría. Soy dueño de mi adicción. ¿Qué pasa? No sueles llamar tan temprano".

Jacinth deslizó el dedo hasta el mensaje de texto y frunció el ceño al leerlo de nuevo. "Acabo de recibir un mensaje de Angus. Decía algo de que estaba preparado para una nueva llegada. ¿Sabes de quién habla?"

"Uhh", fue la respuesta inicial de Katerina, seguida de una breve pausa. "Ni idea".

"Qué raro". Jacinth se encogió de hombros y cambió de tema. "Como los niños ya están todos en el colegio, estoy libre para comer. ¿Haces algo?"

"No puedo", dijo Katerina. El ligero pesar se transformó rápidamente en excitación. "Tengo que conducir hasta Manhattan. Me han encargado que pinte el Pomsy de esta señora.

Jacinto parpadeó. "¿Qué es eso?"

"Una mezcla de pomerania y husky. Ohmigosh, Jacinth, ¡es tan adorable! Es todo blanco y negro, y tan esponjoso que te quieres morir. ¡Es la cosa más mona del mundo! Te juro que quiero uno para mí".

Jacinto soltó una risita. "¿Qué le parecería a Gato?" Se refería al animal metamorfo de Katerina, y ésta soltó una risita.

"Oh, seguro que lo odiaría". Se oyó un crujido y la voz de Katerina se apagó y luego volvió. "Tengo que irme. Estoy recogiendo todo y a punto de salir. Pero, ¿podemos comer mañana?"

"Es una cita".

Con un movimiento de cabeza, Jacinth desconectó la llamada y volvió a colgar el teléfono. Se prepararía una buena taza de té y se sentaría en el salón a fingir que disfrutaba un poco más de la tranquilidad.

El inconfundible zumbido de la magia en el aire le hizo levantar la cabeza alerta. A estas alturas, la mayoría de sus amigos djinn sabían que debían anunciarse antes de llegar, salvo un par de excepciones. No podía imaginarse por qué el príncipe Djinn, Kieran, iba a visitarla, y sabía que su madre estaba hoy en una de sus juergas de compras en París. Curiosa, atravesó el comedor y entró en la sala de estar, donde se encontró cara a cara con Remi, un joven djinn del siglo XV que no debía estar aquí. Los djinn podían viajar en el tiempo, pero estaba prohibido. Sin embargo, Remi era un poco rebelde y la visitaba con frecuencia. Le miró con el ceño fruncido y estaba a punto de reñirle por saltarse las normas una vez más, cuando se dio cuenta de que no estaba solo.

Una joven estaba de pie junto a Remi, con los ojos muy abiertos mientras miraba a su alrededor. Absurdamente, Jacinto se fijó en la impresionante belleza de la muchacha, con una preciosa piel dorada como la miel, un espeso cabello de ébano y unos ojos muy abiertos del color de un mar tempestuoso, pero lo que la dejó boquiabierto fue la ropa que llevaba: un vestido largo y rígido de un algodón marrón y el amplio cuello blanco almidonado, ahora bastante marchito, que recordaba al atuendo de... increíblemente... la Nueva Inglaterra puritana del siglo XVII. Para completar el atuendo, una gorra blanca almidonada, sujeta por sus cordones, colgaba de su espalda.

Jacinto trasladó su mirada atónita a Remi, que tragó saliva, con los ojos muy abiertos y ansiosos.

"Estoy metido en un buen lío".

"Ya lo veo", respondió ella. Se recuperó un poco y se adelantó para sonreír tranquilizadora a su visitante. "Soy Jacinth McCandliss, ¿y tú eres?"

La muchacha lanzó una mirada aprensiva a Remi y luego de nuevo a Jacinth, antes de encontrar aparentemente la voz. Respondió con cuidadosa cortesía, a pesar de un ligero temblor en su suave voz. "Soy Rebecca Castellano, Ama McCandliss. Encantada de conocerte".

Llevaba lo que parecía una pesada mochila... la mochila de un vendedor ambulante, según la experiencia de Jacinto a lo largo de los siglos, y portaba un saco más pequeño y abultado. Jacinto señaló el sofá. "¿Por qué no dejas eso y vienes a sentarte?"

Rebecca obedeció, deslizando la pesada mochila sobre sus hombros con toda apariencia de

alivio, y colocó la bolsa a su lado, antes de ir a posarse cautelosamente en el borde de un cojín del sofá. Se quedó mirando el sofá, aparentemente asombrada, y Jacinth no podía culparla. Douglas había comprado un gran sofá seccional, con otomana y dos sillones reclinables, uno en cada extremo. A ella le gustaba bromear con él diciendo que era el sofá de su "cueva de hombre". Volvió a mirar a Jacinth con los ojos muy abiertos y, aunque la joven mantenía la compostura, era fácil darse cuenta de que estaba sorprendida y tal vez un poco horrorizada por los vaqueros suaves y cómodos, la blusa de manga corta y los pies descalzos de Jacinth, que llevaba el pelo largo y grueso recogido en una coleta descuidada.

Con un destello de intuición algo tardía, Jacinth se dio cuenta de repente de que se trataba de la recién llegada de la que Angus le había hablado por mensaje de texto. De acuerdo. Al parecer Rebecca se quedaba, lo que significaba que sería mejor que empezara a pedir refuerzos.

"¿Por qué no nos preparo un té?", sugirió, dirigiendo una mirada cortante a Remi, que tuvo la delicadeza de parecer avergonzado, aunque el joven djinn no parecía menos ansioso que su compañera. "Entonces podrás contármelo todo".

Funció el ceño ferozmente ante Remi cuando éste se dispuso a acompañarla a la cocina, y señaló el sofá que había junto a Rebeca. "Siéntate tú", le ordenó. "Ahora vuelvo".

Al doblar la esquina, oyó que Rebeca susurraba a Remi con voz asombrada: "¡Alguien muy importante debe de vivir en esta casa! ¿Es la casa del gobernador?"

Una vez en la cocina, Jacinth cogió su teléfono y buscó sus contactos.

"¿Alessandra?" Suspiró aliviada cuando su amiga respondió. "¿Estás libre por hoy? Por favor, di que estás libre y que puedes venir en coche. Tenemos una situación. De las que llevan S mayúscula".

"Da la casualidad de que hoy estoy libre", la tranquilizó Alessandra. "¿Me lo vas a decir o tengo que esperar a llegar?"

"Espera", respondió Jacinth sin vacilar. "Ni yo misma lo sé todavía. Pero necesito que recojas algunas cosas por el camino. ¿Sabes esas faldas largas y enteras que tanto te gustan? Necesitamos un par de ellas, nada demasiado llamativo. Y también algunos tops tipo túnica como los que te gustan".

"Faldas y túnica". Entendido. ¿Tallas?

"Umm. No sé qué talla, sólo coge algo, y lo pondré por arte de magia a la talla adecuada una vez que se lo haya puesto". Jacinth consideró el atuendo actual de su invitada. "Asegúrate de que tengan mangas largas o al menos mangas de tres cuartos, sin escote. Definitivamente, modestas. También necesitará ropa interior y sujetadores. "

Alessandra se rió, parecía encantada. "¡Una ella! ¡Y el misterio crece! Supongo que también necesitaremos zapatos para nuestra invitada misteriosa".

"Sí, pero de nuevo, ni idea. Tendré que hacerles magia cuando lo sepamos. ¿Qué tal algo esencial? ¿Cepillo de pelo, peine, cepillo de dientes?". Recordó el pelo de Rebeca. La mayor parte estaba recogido en un moño, pero por los mechones que se habían escapado, pensó que era largo y grueso. "También algunas gomas o pinzas para el pelo".

"Entendido", respondió Alessandra. "Puede que tarde un poco más en llegar, ya que tengo que hacer todas estas compras, pero estaré allí en cuanto pueda".

"Gracias", le dijo Jacinth agradecida.

Desconectaron y Jacinth conjuró una bandeja con una tetera humeante, tazas y cucharas, un azucarero y una jarrita de leche. Se sentía decididamente desequilibrada y, teniendo todo en cuenta, era mejor hacer magia que tomarse la molestia de preparar el té y disponerlo todo. Levantó la bandeja y la llevó al salón.

Rebecca levantó la vista cuando la señora de la casa regresó, portando una bandeja de plata cargada con un hermoso servicio de té de porcelana. Se puso en pie de un salto, ansiosa por ayudar, pero le hicieron señas para que volviera a su asiento. Claramente decidida a servirla, Jacinth... ¡qué nombre más raro! ...le indicó la bandeja.

"¿Leche o azúcar?"

Rebecca sintió que se le sonrojaban las mejillas, al ver que le preguntaban sus preferencias como si fuera una alta dama. "Azúcar, por favor -tartamudeó, y extendió la mano para aceptar la taza que le ofrecían. Se dio cuenta de que la mujer removía el azúcar en una taza y se la entregaba a Remi sin preguntarle. Debían de conocerse bien. Sintió que el apretado nudo de preocupación de su pecho se aflojaba un poco y dio un sorbo al té que le habían dado.

El sofá en el que se sentó era el más grande que había visto nunca, y era más cómodo incluso que su cama en casa. Echó unas miraditas a la habitación, que era casi del tamaño de toda su casa. Una chimenea de ladrillo dominaba una pared, con una tetera de plata en el centro de la repisa, flanqueada por retratos de la señora Jacinto y un hombre que debía de ser su marido, y varios niños. Excepto que parecían extraños para ser retratos, como si no lo fueran en absoluto, y parecían estar cubiertos de cristal. Eran tan reales que, si tocaba el retrato, le parecía que casi podía tocar la piel de la persona representada. Muy extraño. También había un libro sobre una mesita en un extremo del sofá. No era muy grande, pero también tenía aquel extraño cuadro en la portada, pero no como si fuera un cuadro.

"¡Tú!"

Rebecca dio un respingo ante la repentina orden, y coloreó con culpabilidad mientras volvía a prestar atención a su anfitriona. Había sido imperdonablemente grosera al no prestar atención. Pero la mirada severa de Jacinto estaba clavada en Remi. "Empieza a hablar".

"Sí, bueno", el chico parecía nervioso. "Bueno, ya sabes, Jacinth, que siempre quise ser Portador de Deseos. Y cuando me aceptaron en el entrenamiento, estaba muy emocionado, pero luego fue, no sé. Fue lento, ¿sabes? Y teníamos esos largos descansos en los que se suponía que teníamos que estar estudiando y practicando cosas, durante días enteros, así que me iba... de viaje".

"Viajar en el tiempo, querrás decir". La voz de Jacinto estaba rígida por la censura, incluso Rebeca podía notarlo.

Remi la miró con el ceño fruncido. "No, en realidad. Fue en tiempo real. Pero el caso es que había leído sobre la Alhambra y todo eso, y quería verla. Pero... no sabía lo que pasaba cuando fui a visitarla".

Rebecca observó cómo Jacinth hacía una extraña especie de gesto con los ojos hacia arriba. A pesar de su ansiedad, tuvo que reprimir una sonrisa inapropiada. Aquella gente parecía extrañamente despreocupada, sin aparente sentido de la rígida corrección a la que ella estaba acostumbrada, incluso con un invitado presente.

"Déjame adivinar", el tono de Jacinto parecía teñido de sarcasmo. "¿La Inquisición española?"

"Mmhmm". Remi parecía no inmutarse por la clara desaprobación de su anfitriona. "Así que salí de allí, ya sabes, y viajé hacia el sur, hacia la costa. Planeaba coger un barco hacia, no sé. A algún sitio. Supuse que lo averiguaría cuando llegara allí".

Jacinth volvió a hacer eso con los ojos. "Por supuesto".

"En fin, había una gran tormenta y las carreteras parecían una sopa. Vi una luz en una vieja choza, fui allí y encontré a esta familia refugiándose. Escapaban de la Inquisición y no tenían más que lo que podían llevar, tenían que dejarlo todo. Pasamos todos la noche allí y, cuando pasó

la tormenta, viajé con ellos a algún puerto del golfo de Cádiz. He olvidado el nombre", dijo con despreocupación. "En fin, bueno. Tenían mucho miedo, ¿sabes? Tenían a un tipo, le llamaban Inquisidor, que les perseguía. Por eso iban hacia el oeste, en vez de a los puertos más cercanos del sur, para intentar despistarle. Por eso, antes de que subieran al barco hacia América, puse un poco de la magia del Portador de Deseos en un amuleto y se lo di, para que pudieran llamarme si el tipo les alcanzaba o les seguía hasta América, cosa que pensaban que podría ocurrir".

A Rebeca no le costaba seguir la historia, aunque la forma desenfadada en que Remi la relataba le parecía extraña, comparada con los oscuros relatos de la misma historia transmitidos por su familia. Pero tuvo que reprimir otra sonrisa cuando su anfitriona puso la cara entre las manos, con la cabeza temblorosa.

"Oh, Remi, Remi", se lamentó Jacinto. "¿Qué voy a hacer contigo? Supongo que este amuleto ha estado inactivo todo este tiempo, hasta que Rebeca lo encontró".

"Yo no lo encontré, Ama", afirmó Rebeca, con voz suave. "Se ha transmitido en mi familia como una preciada reliquia durante generaciones, junto con la historia del amable viajero, el joven que compartió las penurias de su viaje a través de España. Así como las historias de la Inquisición". Se estremeció al recordar. "El Inquisidor siguió a nuestra familia a través del mar, hasta las Carolinas. Así que mi familia se abrió camino hasta las colonias protestantes, aunque nosotros mismos somos católicos. Mis antepasados pensaron que estaríamos más seguros entre los protestantes que entre los católicos, con los inquisidores persiguiéndonos".

"Eso tiene sentido", asintió Jacinth. Pero, por favor... debes saber que ya nadie se dirige a los demás como Ama. Con mi nombre basta".

"Sí, Mistr... quiero decir, Jacinth", corrigió concienzudamente Rebeca. "Entonces, cuando los Magistrados de Salem venían a por mí, yo..."

"¡Salem!" La voz de Jacinto era de asombro, sus ojos se abrieron de par en par, llenos de horror.

Rebeca asintió lentamente. "Aldea de Salem. Después de oír historias de la Inquisición durante toda mi vida... mi familia en España no fue perseguida por ningún motivo religioso, como comprenderás, sino por motivos políticos. Así que cuando empezaron a extenderse las acusaciones de brujería, me pareció inquietantemente parecido. Y mi familia siempre había estado apartada de la sociedad puritana. Siempre nos vieron con recelo, a los católicos entre ellos, y a los españoles además. Sabía que vendrían a por mí... y entonces, lo hicieron".

"Tenían sabuesos siguiéndola", añadió Remi, con la indignación resonando en su voz. "Como si fuera una especie de criminal".

Rebeca bajó la cabeza. "Para ellos, lo era. Sabía que, al huir, significaría culpabilidad para ellos. Pero no vi que a los inocentes les fuera mejor, una vez lanzada la acusación de brujería".

"No tuve elección, Jacinto", dijo Remi, inclinándose hacia delante, con la mirada clavada seriamente en Jacinto. "No podía dejarla allí, y no sabía adónde llevarla, excepto a ti. Sabía que sabrías qué hacer".

"Por favor, Ama", secundó Rebeca, suplicándole. "No me gustaría ver a Remi en apuros. Me salvó la vida. Y le pedí que me llevara adonde no se persiguiera a las brujas. Porque no se puede negar que mi familia siempre ha tenido cierta conexión con la tierra, con el cultivo. Nuestra granja siempre fue fértil, nuestras cosechas las mejores de la zona. Era otra razón para que los aldeanos nos vieran con recelo".

Jacinth pareció reflexionar sobre ello, mientras Rebeca y Remi esperaban. Rebecca podía ver la esperanza en los ojos de Remi mientras observaba a la otra mujer. Una esperanza que parecía bien fundada cuando su anfitriona finalmente exhaló un largo suspiro y asintió.

"De acuerdo, entonces", le dijo a Remi. "Intentaré ocultárselo a Kieran, y si por alguna razón se entera de que Rebeca está aquí, diré que el amuleto era mío y que yo la rescaté y la traje aquí". Miró a Remi con fijeza. "¿Hay más de estos amuletos por ahí?".

El chico negó enérgicamente con la cabeza. "No, ése era el único".

"Bueno, ya es algo. Vale, pues vete, bribón, y deja a Rebeca conmigo. He hecho una llamada de socorro a Alessandra y vendrá con algo de ropa".

Rebeca no pudo evitar lanzar una mirada dudosa al atuendo de su anfitriona, que parecía ser ropa de hombre, no sólo pantalones, sino de un tipo que se ceñía a su figura de la forma más indecorosa. Aun así, Jacinth estaba siendo amable.

Un poco tarde, Rebecca ató cabos en la conversación para darse cuenta de que, al igual que Remi, Jacinth también era un Djinn. Y si Jacinth estaba dispuesta a fingir ante ese tal Kieran que el amuleto era suyo... el alivio inundó a Rebecca al darse cuenta de que le permitirían quedarse. No la enviarían de vuelta para ser capturada, torturada y, con toda seguridad, asesinada.

CAPÍTULO 3



REMI SE PERDIÓ DE VISTA TAN RÁPIDAMENTE, SIN PREVIO AVISO, QUE REBECA DIO UN PEQUEÑO respingo. Se llevó la mano al corazón, que le latía con fuerza en el pecho.

"¡Caramba! Ha ido muy deprisa".

La risa de Jacinto era alegre. "Siempre hace eso. Es un travieso, sin duda. Por cierto, no es tan joven como parece. Los djinn envejecen de forma diferente a los mortales. En términos humanos se le consideraría en la adolescencia tardía, pero en realidad ya tiene más de cien años. Bueno, en la época de la que te sacó". Pareció debatirse con aquello durante un minuto, y luego hizo un gesto con la mano. "Dejemos ese tema. El viaje en el tiempo es confuso incluso para nosotros, los Djinn".

Rebeca la miró fijamente, y Jacinto se rió, pero fue un sonido melodioso y edificante, como si invitara a Rebeca a reír con ella. "Déjame llevar estas cosas a la cocina. Acompáñame, tendrás que empezar a acostumbrarte a las cosas modernas cuanto antes".

Con aquellas crípticas palabras, cogió la bandeja del té, rechazando de nuevo la oferta de ayuda de Rebeca, y cruzó la habitación, desapareciendo de su vista al doblar una esquina. Curiosa, Rebecca se levantó y la siguió. Vio la cocina... al menos, supuso que era la cocina, aunque se parecía muy poco a cualquier cocina que hubiera visto. Se quedó inmóvil, mirando.

"¿Es... es una cocina?"

Aquello sonó más como una pregunta de lo que había querido decir, pero la sonrisa de Jacinth la animó. Rebecca consiguió descongelar sus miembros y caminó hacia delante, a través del espacioso comedor. Nunca había visto un comedor, aunque sabía que los colonos más ricos disponían de ellos. Estaba separado de la cocina por una amplia encimera con objetos de aspecto extraño incrustados en su pulida superficie. No había chimenea, ni hogar para cocinar, pero la tetera era reconocible, y estaba claro que era un lugar para preparar la comida. Desconcertada, dirigió la mirada hacia su anfitriona.

"Puedes pasar", le aseguró Jacinth, haciéndole una seña. Se dirigió a una zona en la que había dos profundas depresiones en la encimera, revestidas de una superficie blanca, lisa y dura. "Éste es el fregadero, y el agua sale de aquí". Dio unos golpecitos en un tubo metálico curvado, luego levantó un asa colocada a un lado y el agua brotó del tubo.

Rebecca jadeó y se precipitó hacia delante para mirar. "Es mágico", exhaló, metiendo la mano bajo el agua.

"Se llama grifo. Movemos la manivela así para el agua fría, luego así", demostró Jacinto, "y se pone caliente".

Efectivamente, el agua que fluía del tubo se volvió tibia, luego caliente, hasta que Rebecca apartó los dedos. Miró embelesada el grifo. "¿Se acabó acarrear agua del pozo?"

"Se acabó acarrear agua del pozo", afirmó Jacinto.

"¡Es increíble!" Miró a Jacinto, con el pecho ardiendo de impaciencia y esperanza. "¿Puedo probar?"

"Por supuesto".

Jacynth dio un paso atrás y Rebecca se acercó al... "¿Cómo se llama todo esto?", señaló las depresiones.

"Un lavabo", respondió Jacinto.

"Fregadero y grifo". Se aprendió las palabras de memoria. "Teníamos lavabos para lavarnos, por supuesto, pero no se parecían en nada a esto". Extendió una mano, agarró la manivela como había hecho Jacinto y tiró de ella hacia un lado. Obligada, el agua brotó del grifo. Giró la manivela y el agua se volvió fría. Si la giraba en la otra dirección, el agua se volvía caliente. Experimentó, con la mano libre bajo el chorro de agua, mientras descubría que podía controlar la temperatura del agua entre los dos extremos, así como la fuerza del chorro.

Finalmente, Jacinto se adelantó riendo. "¡Ya basta! Ya le has cogido el truco, Rebeca".

Sintiéndose satisfecha de sí misma, Rebecca asintió. "Fregadero, grifo, manivela", recitó, señalando cada uno por turno.

La mirada de su anfitriona la escrutó evaluadora, y Rebeca le devolvió la mirada, con el corazón encogido. ¿Ya la habían encontrado en falta?

"Voy a suponer que tienes hambre", fue la sorprendente afirmación de Jacynth. Como si fuera una señal, el estómago de Rebecca rugió ruidosamente, y Rebecca sintió que sus mejillas se coloreaban de vergüenza.

Jacinto, sin embargo, sólo se rió. "Tomaré eso como un sí".

Rebeca asintió. "Aún no había podido romper el ayuno, cuando... cuando vi que venían a por mí. Después estuve en el bosque, alejándome del asentamiento, y entonces llegó Remi, y... y aquí estamos".

Jacinto asintió. "Tendremos que ser cautos, los alimentos que comemos son muy diferentes a los que estás acostumbrado. ¿Qué te parece si empezamos con una simple ensalada y un poco de pan y queso?"

empezó Rebeca, recordando. "¡Oh! Tengo pan que traje de mi casa, y una rueda de queso".

Corrió al salón, levantó la bolsa de arpillera y la llevó a la habitación con la mesa y las sillas para comer. Descargó los alimentos que tan frenéticamente había empaquetado aquella misma mañana. Aunque... se detuvo, mirando a su alrededor para echar un vistazo a las amplias puertas de cristal que daban al exterior, juzgando la posición del sol en el cielo.

"Ya había pasado el mediodía cuando Remi vino a verme. Pero aquí, ¿parece que es por la mañana? ¿Cómo es posible?"

Jacinto se rió entre dientes. "Te ha traído unos trescientos treinta y tantos años al futuro, ¿y te preocupa la hora del día?"

Rebeca se sonrojó. "Supongo que tiene razón, ama McCandliss".

Se acercó a las puertas de cristal, tocándolas con dedos reverentes. "Nunca había visto algo así".

"Oh, cariño", suspiró Jacynth. "Va a haber muchas cosas que nunca habías visto. Toma", dijo, acercándose a las puertas. "Estos toboganes, deja que te los enseñe".

Encantada, Rebeca observó cómo la puerta del lado derecho se deslizaba hacia delante y hacia atrás. "¿Pero la otra no se mueve nunca?" preguntó, y Jacynth negó con la cabeza. "Sólo

ésta".

Se asomó al exterior, con la nariz pegada al cristal. "No parece otoño", dijo dubitativa.

"Eso es porque no lo es", le dijo Jacinth. "Estamos a mediados de abril. ¿Era otoño cuando te fuiste?"

"Sí. Había empezado a prepararme para el invierno".

Un extraño y fuerte sonido de desgarró hizo que Rebeca se girara, con el corazón en la garganta. A través de una puerta salió volando un gran gato marrón, de pelaje espeso y mullido. Le pisaba los talones otro gato más pequeño, también mullido, pero de color blanco puro. Rebecca se dio cuenta de que el sonido había sido el de sus garras sobre la alfombra al atravesar la casa. El gato blanco saltó sobre el rayado, y los dos cayeron en una bola chillona de indignación felina.

"¡Basta! ¡Brandy! Lacey!" Jacinth dio una fuerte palmada y las dos gatas se separaron, aunque permanecieron en su posición, agazapadas y siseándose la una a la otra. Ahora que estaban quietas, Rebeca pudo ver que ambas gatas tenían el pelo largo, aunque ahí terminaba el parecido. El marrón tenía rayas negras, ojos rasgados y almendrados que brillaban en dorado, orejas y patas grandes y empenachadas. El gato blanco parecía a medio crecer, más bien un gatito. Apenas medía la mitad que el otro, y tenía las orejas prolijamente erguidas con el interior de color rosa concha, y los ojos muy abiertos del azul del cielo estival.

El corazón de Rebeca se agitó en su pecho. Siempre le habían gustado los gatos, pero nunca se había atrevido a tener uno. Había alimentado a los callejeros cuando venían, pero discretamente, asegurándose de que nadie los viera, de que nadie lo supiera. El pelaje del gato marrón era afelpado y espeso, y le daban ganas de hundir los dedos en él, pero el pequeño blanco... ése le tiraba del corazón. Quería abrazarlo, quererlo, cuidarlo para siempre.

Apenas se había formado el pensamiento, el gatito blanco volvió la cabeza, casi como si la hubiera oído. Aquellas orejas se aguzaron hacia delante, y los ojos azules se abrieron de par en par en lo que parecía un reconocimiento. Sin previo aviso, la pequeña criatura corrió por la habitación y se lanzó hacia ella. Instintivamente, Rebecca levantó las manos, atrapando a la criaturita. Ésta se agarró a su corpiño con las garras, aferrándose, y ella se encontró con las manos llenas de gatito. La criaturita levantó la cabeza hacia la suya, y algún instinto hizo que Rebecca bajara la suya, dejando que el gatito le bufara.

Al cabo de un momento, el gatito le metió la cabeza por debajo de la mandíbula, un movimiento tan claramente cariñoso que Rebecca se encontró abrazándolo más estrechamente, inclinándose para acariciar con el hocico el suave y sedoso pelaje. Por un momento le ardieron los ojos y parpadeó para ahuyentar las lágrimas que amenazaban con salir. No había tenido nada ni a nadie a quien amar durante los años transcurridos desde la muerte de su madre. Había sido una vida dura y solitaria. Y ahora este pequeño gato venía a ella.

Levantó la vista y vio que su anfitriona la observaba, con una amable sonrisa en el rostro.

"Bueno, supongo que eso aclara el misterio", dijo Jacinth crípticamente, dirigiéndose hacia la mesa donde Rebeca había colocado el pan, el queso y las manzanas, y otros alimentos. "Vamos a traerte algo de comer. Por cierto, la gatita se llama Lacey".

Lacey. Un nombre bonito y agraciado para una gata bonita y agraciada. Rebecca no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios. "Me gusta".

"Eso está bien". Otra afirmación críptica, pero Jacinth ya estaba en la cocina, sacando un plato de un armario. Lo llevó a la mesa junto con un cuchillo. "¿Quieres ver si tu pan ha sobrevivido a su viaje al siglo XXI?".

Tragando saliva, Rebeca la miró fijamente durante un largo instante. ¿Siglo XXI?

"Cuando lo dices, parece imposible", dijo, dejando a Lacey en el suelo y cogiendo el cuchillo. Hábilmente, cortó dos rebanadas de pan y una porción generosa de queso, y examinó cada una con cuidado. "Parece que están bien".

Puso un poco de queso en una rebanada de pan y lo mordisqueó. Sabía igual que siempre. Miró a la otra mujer, dudando un poco, sintiéndose tímida, y le dijo: "Sabe como debería. ¿Quieres probarlo?"

"Sí, claro". Jacinth se cortó un poco de pan y queso, y sus cejas se alzaron. "¿El queso lo has hecho tú?"

Rebeca sabía que el orgullo era un pecado, pero aun así se agitó en su pecho ante el evidente elogio, y sintió que sus mejillas se coloreaban. "Sí, de la leche de mi vaca lechera. Hago queso y mantequilla para vender en el mercado".

"Hablando de leche, ¿quieres un poco?". le ofreció su anfitriona, y Rebeca la miró fijamente.

"¿Para beber, quieres decir?"

Jacinto frunció las cejas. "Sí, claro. ¿No bebes leche?"

Sacudiendo la cabeza, Rebeca contestó: "Normalmente no. La leche no se mantiene fresca mucho tiempo, así que la convertimos en mantequilla y queso, o, por supuesto, la utilizamos para cocinar."

"Ah, claro". Jacinto sacudió la cabeza. "Se me olvidaba. Ha pasado mucho tiempo. Ahora la leche se mantiene fresca mucho más tiempo. Iba a prepararte una ensalada. ¿Qué tal si vienes a la cocina conmigo y te presento el frigorífico?"

Al recordar el agua que fluía con el grifo y los lavabos, Rebeca casi saltó de emoción. ¿Qué nueva maravilla estaba a punto de desvelarse? Jacinto se detuvo ante una especie de gran armario rectangular, más alto que ellos dos. Cuando abrió la puerta, salió aire frío, y Rebeca se quedó mirando totalmente asombrada. Reconoció pocos de los objetos que veía en los estantes o en las cajas sujetas al interior de la puerta. Pero conocía el queso, aunque estuviera extrañamente envasado, y los huevos. Los tomates... raros en las colonias pero no desconocidos... así como la lechuga y la calabaza. Y...

"¿Eso es tocino, en ese extraño envoltorio?"

"Sí, y se conserva en frío aquí en el frigorífico, con otras cosas, y eso las mantiene buenas durante mucho más tiempo. De hecho, la leche puede conservarse hasta varios meses".

"Meses", repitió Rebeca, incapaz de apartar la mirada del fascinante contenido. "¿Eso es leche?", preguntó, dando golpecitos a un recipiente. "¿Qué es esto en lo que se guarda?"

"Eso se llama plástico, y tiene muchas formas", le dijo Jacinth. "Por ejemplo, esa jarra de leche es de plástico, pero también lo es el envoltorio en el que está el beicon".

"¿Y esto?" Señaló un extraño plato cubierto que estaba despejado por todas partes.

"También de plástico. La tapa se pone y se quita así, ¿ves?". hizo una demostración Jacinth. "Así conservamos la comida ya cocinada, fresca para comerla al día siguiente". Anticipándose a su siguiente pregunta, Jacinto le indicó otra jarra, ésta de cristal. Al menos sabía lo que era, pensó Rebeca.

"Zumo de manzana. Y al lado, esto de aquí es zumo de naranja. Lo compramos en... bueno, en un mercado, pero no el tipo de mercado al que estás acostumbrado".

Rebecca sintió que se le caía la mandíbula, y Jacinth se echó a reír. Sacó un cogollo de lechuga, un tomate y otras verduras que Rebeca no reconoció, y dio un paso atrás, cerrando la puerta del frigorífico. "Podríamos hacer esto todo el día, pero tienes cosas más importantes que aprender".

Con movimientos rápidos, rasgó la lechuga y cortó en rodajas el tomate y el pepino. Levantó

la mirada inquisitivamente. "¿Cebolla?"

"Sí, por favor, Ama McCandliss".

"No Señora, recuerda. Sólo Jacinth", le recordó distraídamente su anfitriona. Abrió otro armario y sacó una cebolla, que picó con rápida eficacia. Hizo una pausa, observando a Rebeca con detenimiento, y luego añadió lo que parecían trocitos de pan tostado seco sobre la ensalada, además de sacar de la nevera una bolsa de queso que venía en graciosos trocitos rallados, espolvoreándolos sobre la ensalada.

"Creo que te gustaría aderezo italiano", musitó Jacinth, mirando de nuevo el frigorífico. De una botella... ¿más de plástico, se preguntó Rebeca? ...vertió un líquido ligeramente espeso sobre la ensalada. Rebecca percibió el tentador aroma de las hierbas y se le hizo la boca agua. De un cajón que traqueteaba con los cubiertos, Jacinth sacó un tenedor y lo llevó, junto con el plato de ensalada, a la mesa del comedor, colocándolo junto al plato con el pan y el queso.

"Prueba esto, a ver si te gusta".

Rebecca dio un mordisco cauteloso y sus ojos se cerraron de felicidad ante la explosión de sabor. "¡Ohhh!" Exhaló. "Es maravilloso, Mistr... Quiero decir, Jacinth".

Dio otro bocado, luego otro. "Sé que la glotonería es pecado", confesó. "Pero con comida como ésta, podría convertirme fácilmente en una glotona".

"¡Oh!" exclamó Jacinth, con tono molesto. "También quería ponerle trocitos de beicon. Entonces te gustaría aún más. La próxima vez".

Un sonido parecido al de las campanas repicó desde algún lugar cercano, pero dentro de la casa.

"¡Genial!" dijo Jacinth, volviéndose para entrar a toda prisa en un pasillo más allá de la cocina, y desapareció de la vista. Se oyó el sonido de una puerta que se abría y el bullicio de una llegada. Un momento después, Jacinth regresó, con una mujer alta y rubia de larga cabellera a su paso. Esta mujer iba vestida un poco más adecuadamente, notó Rebecca con una sensación de alivio. Llevaba una falda larga y holgada, aunque suave y vaporosa, en lugar de remilgada y almidonada. Llevaba encima una blusa un poco larga, ceñida a la cintura con una especie de cuero trenzado, con pequeñas cuentas entretejidas en los extremos. El efecto era sorprendentemente femenino, pero no realmente impropio. Precisamente. La mujer sostenía dos grandes bolsas de algún material, quizá el misterioso plástico.

"Rebecca, ésta es mi amiga, Alessandra DiConti. Alessandra, ésta es Rebecca Castellano. Ha venido de... er..."

"La Nueva Inglaterra puritana", terminó la recién llegada, infalible, su mirada evaluadora. "Déjame adivinar. ¿Remi?"

Jacinto se rió entre dientes. "Sí, esto tiene toda la pinta de ser un Djinn travieso, ¿verdad? Pero en serio, estaba metida en un buen lío, y Remi la sacó de allí y la trajo aquí".

"¿Cómo te va, Ama DiConti?". preguntó Rebecca, juntando las manos con nerviosismo.

"Alessandra, por favor". La mujer se acercó para cogerle ambas manos, mirándola de arriba abajo. "He traído ropa para ti. Jacinto pidió que fueran modestas, y creo que te sentirás cómoda con ellas".

Alessandra sacó de las bolsas... Jacinth comprobó que, efectivamente, eran de plástico... varias faldas largas y túnicas del estilo que ella misma llevaba. Había ropa interior, que hizo que Rebeca se sonrojara furiosamente, así como algo que se parecía mucho a la camisa que llevaba debajo de los vestidos y en la cama por la noche, pero que Alessandra llamaba camisón. Estaba hecho de un material grueso llamado franela, y parecía bastante cálido.

"Pensé que debía comprar franela, porque las noches aún son frescas", explicó Alessandra.

"También te he comprado unas zapatillas".

Los zapatos que ella llamaba zapatillas tenían la suela blanda, y estaban acolchados por fuera, y el interior forrado de lana de oveja.

"No están pensados para llevarlos al aire libre", dijo Jacinth. "Son para mantener los pies calientes dentro".

¡Vaya! Eso fue asombroso, y parecía... bueno... indulgente. Frívolo. Tragó saliva.

"Y... ¿todo el mundo lleva estas zapatillas?", preguntó.

Ambas mujeres asintieron. "Más o menos", confirmó Alessandra.

Rebecca miró de reojo la ropa interior que yacía amontonada, un arco iris de colores. Ninguna era blanca, ni de algodón o lino. En cambio, eran de algún tipo de tela sedosa, cuyo uso seguramente le acarrearía unos azotes si la descubrían con ellas puestas.

"Y... ¿todo el mundo lleva esas cosas?", preguntó ella, encontrándolo difícil de creer. "¿No se considera pecaminoso?"

Las dos mujeres intercambiaron miradas y negaron con la cabeza.

"Para ser sincera", dijo Alessandra, "ya casi nada se considera pecaminoso. Créeme".

"Por supuesto, no queremos que te sientas incómoda", añadió Jacinth rápidamente. "Pero destacarás más vestida como estás ahora que vestida como Alessandra o yo misma".

"Vamos a vestirte con alguna de las prendas que te he comprado, y así podrás ver cómo te sientan", sugirió Alessandra.

La condujeron por un pasillo con puertas que daban a dormitorios claramente ocupados por niños de distintas edades. El último, sin embargo, era un dormitorio mucho más grande, lleno de la cama más enorme que jamás había visto.

Media hora después, y tras una breve batalla sobre algo llamado sujetador, Jacinth giró a Rebecca por los hombros para que mirara a un espejo de cuerpo entero pegado a la puerta de un armario. Rebecca parpadeó, miró fijamente y volvió a parpadear.

"¿Ésa... soy yo?" preguntó asombrada. Se volvió, y los largos pliegues de la falda se arremolinaron graciosamente sobre sus pantorrillas, dejando vergonzosamente al descubierto sus tobillos. Una blusa larga como la que llevaba Alessandra le caía hasta las caderas, atada a la cintura con un cinturón. Un ligero cordón con borlas en los extremos se anudaba escandalosamente bajo el cuello, sujetando la blusa justo por debajo de la clavícula. La ropa interior de seda le sentaba de maravilla, aunque se moriría antes de admitirlo. Giró lentamente, mirándose en el espejo.

"Creo que he infringido todas las leyes suntuarias existentes", confesó. "Por no hablar del pecado de vanagloria".

"Afortunadamente ya no tenemos leyes suntuarias", comentó Alessandra. "Ahora estate quieta, deja que te cepille el pelo".

Aunque Rebecca estaba acostumbrada a cepillarse el pelo todas las noches, era indecoroso llevar el pelo suelto en público. Pero hizo poco por protestar cuando Alessandra no sólo le cepilló el pelo largo, sino que le apartó los mechones delanteros de la cara, sujetándoselos detrás de la cabeza con una especie de pinza. Una vez más, Rebecca se miró en el espejo y luego a las dos mujeres que la observaban.

"Es extraño, pero... me siento tan libre. Como si casi pudiera alzar el vuelo y volar".

Alessandra la sonrió, claramente complacida. Jacinth, sin embargo, exhaló un suspiro y le hizo una seña a Rebecca.

"Esto va a ser aún más extraño para ti".

"Ah, claro". Alessandra dejó escapar un largo suspiro cuando Jacinth la condujo hasta una

puerta, empujándola para abrirla. Miró de reojo a la mujer Djinn. "Ésta es toda tuya".

"Esto es el baño", explicó Jacinth, haciendo una mueca de extrañeza a su amiga antes de volver a prestar atención a Rebeca. "Esperaría a que tuvieras un poco más de tiempo para adaptarte, pero supuse que a estas alturas ya estarías reventada".

Rebecca se quedó mirando la habitación cuadrada, con su larga encimera y dos lavabos con grifos. Frente a ella había lo que se reconocía claramente como una bañera, pero que no se parecía en nada a ninguna bañera que ella hubiera visto nunca, en un espacio empotrado en la pared y con una cortina colgando de una barra encima. En el extremo del mostrador con los lavabos, y frente a la bañera, había algo que parecía una especie de asiento con una tapa encima.

"¿Eso es...?"

Jacinth asintió, pareciendo un poco aliviada. "Un retrete, sí. Podrías haberlo llamado retrete. La diferencia es ésta". Cruzó el cuarto de baño, levantando la tapa para que Rebeca viera que el asiento estaba medio lleno de agua. Jacinth empujó una manivela situada encima del asiento, y un fuerte sonido llenó la habitación, mientras el agua se precipitaba en el retrete, enviando la que ya había por un agujero en el fondo.

"Se llama tirar de la cadena. Después de hacer tus necesidades, te pones de pie y tiras de la cadena". Señaló un rollo de papel de aspecto suave que había en el armario junto al retrete. "Eso es papel higiénico, para secarte".

Rebecca estudió la cosa y tardó en darse cuenta de que Jacinth revoloteaba a su lado. "Puedo arreglármelas", le aseguró a Jacinth, que asintió y salió del baño, cerrando la puerta tras de sí.

Cuando Rebecca salió, Jacinth reapareció de su dormitorio y enganchó su brazo al de Rebecca. "Vamos al salón. Tenemos mucho que repasar".

El salón resultó ser la gran habitación a la que Remi la había llevado por primera vez, con el enorme sofá ocupando la mayor parte de dos paredes. Rebecca lo memorizó cuidadosamente, así como la sala familiar que le mostraron, con más sofás y otros muebles que no reconoció, que se extendía junto al comedor. Jacinth le indicó que se sentara en el sofá, y las dos mujeres se colocaron a cada lado de ella.

Momentáneamente distraída, Rebecca jugueteó con el agradable tacto de su nueva falda. Estaba hecha de algo que Alessandra había llamado velvetina, y era suave como el terciopelo pero menos resistente. No es que Rebecca tuviera esperanzas de llevar terciopelo en su antigua vida, pero sabía lo que era. El cinturón que le rodeaba la cintura estaba hecho de una especie de cordones de color crema en un complicado trenzado... macramé, lo había llamado Alessandra.

Volvió bruscamente al presente cuando Alessandra preguntó a Jacinto: "¿Se quedará contigo por ahora?".

"¡Oh!" Jacinth se incorporó de golpe, mirando fijamente a su amiga. "Quería decírtelo. Recibí un críptico mensaje de Angus esta mañana, diciendo que tenían una habitación preparada para la recién llegada. De algún modo, debía de saberlo, y al parecer la esperan en la posada".

"¿Una posada?" preguntó Rebeca. En cualquier caso, sabía lo que era, aunque nunca se había alojado en una. La excitación la invadió ante la perspectiva de esta nueva experiencia.

Alessandra, sin embargo, parecía preocupada. "¿Cómo la llevarás allí?"

"Oh, vaya". Jacinth se mordió el labio. "No había pensado en eso".

Sintiéndose ofendida, Rebecca miró de uno a otro. "Sé montar, ¿sabes?".

Alessandra la miró como si hubiera hablado una lengua extranjera. "¿Montar?"

"Se refiere a un caballo", dijo Jacinto, con tono seco.

"Oh". La expresión de Alessandra cambió, volviéndose pensativa. "Ya. Ya ves cuál es el problema".

Se oyó un extraño y melodioso tintineo, y Alessandra sacó un pequeño rectángulo de metal del bolsillo y lo miró. Al cabo de un momento, sonrió y levantó la vista. "Es Julián. Quiere saber qué pasa".

Desconcertada, Rebeca miró de uno a otro.

"Julián es su marido", explicó Jacinto, y luego se interrumpió. "¡Oh!"

Alessandra y ella intercambiaron miradas, y finalmente Jacinth se encogió de hombros. "No va a ser más fácil con el mantenimiento".

La aprensión le carcomió el estómago cuando ambas mujeres se volvieron hacia ella, y trató de no tragar saliva nerviosamente bajo sus miradas. Sin embargo, el rostro de Jacinth mostraba una enorme sonrisa y sus ojos oscuros brillaban de diversión.

"No estés tan nerviosa. Esto te va a encantar", le aseguró a Rebeca. "De verdad, de verdad que te va a encantar. Puede que sea un poco chocante, pero te juro que es algo bueno".

Alessandra se levantó del sofá. "Déjame ir al patio trasero y te llamaré desde allí".

"Bien".

Con curiosidad, Rebecca observó cómo Jacinth sacaba su propio rectángulo de metal de un bolsillo. Un momento después, de él brotó música. Pulsó un botón de su superficie y surgió la voz de Alessandra.

"Hola, Rebecca. Ésta soy yo, Alessandra".

Sintió que se le desencajaba la mandíbula al contemplar el... lo que fuera... con su despliegue de cuadrados de colores dispuestos en un patrón ordenado.

"Devuélvele el saludo", la animó Jacinto.

Rebeca encontró la voz. "Er... ¿Hola?"

"¡Ya está! ¿Ves qué fácil es? Con un teléfono puedes hablar con quien quieras, a cualquier distancia, en cualquier parte del mundo".

Sentada, congelada, con la mirada fija en el... ¿teléfono? ... Rebeca sabía que debía cerrar la boca, que debía responder, pero parecía que no podía moverse. La risa de Jacinth, cálida y reconfortante, parecía rodearla.

"Creo que la has roto", dijo Jacinth al teléfono.

"No puede ser. ¿Rebecca? No pasa nada, de verdad. Mira, ¿me ves?"

Alessandra entró en el salón con el teléfono en una mano y una amplia sonrisa en la cara. Hablaba por teléfono, y Rebeca aún podía oírla desde el teléfono. Era extraño oír su voz desde dos lugares a la vez. Extendió un dedo para tocar el teléfono que sostenía Jacinth. Parecía de metal, pero no del tipo que ella conocía.

"¿Y esto se llama teléfono?"

"Un móvil, para ser exactos", respondió Jacinto con una sonrisa.

"¿Y puedes hablar con gente que está lejos?"

"Sí. Por ejemplo, tenemos amigos en Inglaterra. Puedo pulsar un botón y hablar con ellos en este mismo instante. Oh!" exclamó Jacinth, y toda su expresión se iluminó. "¡Es necesario que lo sepas! Ya no somos colonias. América declaró su independencia de Inglaterra hace más de dos siglos, y ahora somos los Estados Unidos de América".

Rebeca la miró con ojos muy abiertos y excitados. "¿Ya no son colonias? ¿Es nuestro propio país?"

"Sí, y también tenemos nuestro propio dinero, que es bueno para toda América".

"Va a necesitar un tutor", afirmó Alessandra. "Y no puede quedarse sola en la posada. No sin saber nada de este siglo, ni de los tiempos modernos, ni... de nada de lo que se espera que sepa todo el mundo".

Jacynth frunció el ceño, preocupada. "Aquí no tenemos un dormitorio extra, y Katerina y Troy han estado renovando las habitaciones de invitados del piso de abajo. Pero ella tendrá a Angus y a Renee. Es evidente que están preparados para tenerla allí, así que deben estar al tanto. Entonces Rebecca podrá acudir a mí durante el día. Con los niños en el colegio, tengo mucho tiempo libre y puedo ayudarla a aprender".

"No deseo ser una molestia para ti", interrumpió Rebeca, retorciéndose las manos, angustiada por la posibilidad de estar apagándolas. "Puedo quedarme en esta posada, lo prometo".

Su mirada se posó en el teléfono que Jacinto tenía en la mano, y lo señaló con un gesto. "Si puedo tener uno de éstos, podré... ¿cómo lo has dicho? ¿Llamarte, si hay algún problema?"

"¡Perfecto!" declaró Jacinto. "Entonces está decidido. Alessandra, ¿puedo preguntarte algo?"

Su amiga sonrió. "Ve a comprarle un móvil. Entendido. ¿Algo más mientras estoy fuera?"

"No, eso es, creo. Un iPhone no, eso es demasiado complejo. Consigue algo razonablemente sencillo, y el tamaño más grande será más fácil para ella, creo. Sin embargo", Jacinth hizo una pausa frunciendo los labios.

Rebeca esperó, casi sin aliento para ver qué ocurriría a continuación.

"Identificación".

Alessandra exhaló un largo "ohhh" de comprensión, mientras Rebeca miraba entre las dos, confusa.

"En este siglo tenemos papeles oficiales que llevamos con nosotros y que dicen quiénes somos", explicó Jacinth. "Son necesarios para... bueno... casi todo. Puedo encargarme de eso a través de mis conexiones entre los Djinn, pero necesitaré cierta información. Rebecca, ¿cuál es tu apellido y tu fecha de nacimiento?"

"Mi apellido es Castellano. Bueno", se preguntó. "En España, y cuando llegamos a las colonias, era Amador. Pero los inquisidores siguieron viniendo a por nosotros. Así que cuando finalmente huimos de las Carolinas para venir al norte, a Massachusetts, mi bisabuelo nos cambió el apellido a Castellano. Por Castilla, de donde era nuestra familia".

Jacinto frunció el ceño. "Pero... Salem no se fundó hasta mil seiscientos veintiséis".

"No", convino Rebeca. "Pero recuerda que la Inquisición seguía vigente en España, incluso ahora. Quiero decir, entonces". Confundida, hizo una pausa, resolviéndolo mentalmente. "En mi época, de la que vengo. Aunque por aquel entonces ya no corríamos peligro por culpa de los inquisidores, ya que los británicos intentaban apoderarse de las colonias españolas y todos se peleaban por ello." Hizo una pausa, dándose cuenta de repente de que ahora, siglos después, aquel conflicto seguramente debía de estar resuelto. Inclínándose hacia delante, ansiosa por saberlo, preguntó: "¿Quién ganó?"

Jacynth se rió. "Bueno, los británicos ganaron, pero luego los colonos arrebataron América a Gran Bretaña, así que al final los británicos no se quedaron con nada de ella. Así que". Volvió a adoptar una actitud de negocios. "Si eres católico, ¿tienes un nombre de confirmación?"

Rebeca agachó la cabeza. "Nunca pude ser confirmada. No había sacerdotes", explicó. No era culpa suya, pero siempre había sentido la culpa de no haberse confirmado. "Mi madre siempre había pensado elegir a Teresa, por Santa Teresa de Ávila".

Asintiendo, Jacinth introdujo esta información en su teléfono. "¿Y la fecha de nacimiento?"

"El día veintiuno de junio de mil seiscientos setenta".

"¿Y tus padres?"

"Mi padre era Juan Antonio Castellano, y mi madre Catalina Ana".

"Vale. Empezaré a preparar la identificación. Alessandra, ¿te acordarás de eso cuando configures su teléfono o te lo envío por mensaje de texto?"

"No, ya lo tengo".

"Y recógele también una tarjeta de débito, creo que las puedes conseguir en cualquier supermercado o farmacia, e iniciaremos un fondo".

Rebecca se recostó contra el cojín del sofá mientras las mujeres hablaban de cosas que apenas comprendía. Había sido un día largo, el estrés y el miedo de aquella mañana... ¿Sólo había sido aquella mañana? Sólo unas horas, y hacía trescientos treinta años, pensó cansada. Tenía el estómago lleno por la maravillosa ensalada, ropa nueva, bonita y cómoda, amigos que realmente le hablaban en lugar de tratarla como a una paria. Y aquel sofá era lo más cómodo en lo que se había sentado nunca. Quizá no se darían cuenta si cerraba los ojos un momento. Sólo un instante.

CAPÍTULO 4



ALESSANDRA HIZO UNA PAUSA Y LADEÓ LA CABEZA. "MIRA -SUSURRÓ-.

Jacynth se volvió para mirar, y el corazón le dio un vuelco en el pecho al ver que Rebeca estaba profundamente dormida. "Aww", dijo en voz baja. "Pobre chica. Ha pasado un día horrible. Vamos a ponerla más cómoda".

Se levantó, y juntas la giraron para que se reclinara completamente en el sofá, Jacynth levantándole las piernas mientras Alessandra le metía uno de los cojines del sofá bajo la cabeza.

"Pongámosle esta manta por encima". Alessandra cogió la manta plegada sobre el respaldo del sofá, pero Jacynth negó con la cabeza.

"Eso es demasiado ligero. Toma, éste".

Produjo una manta gruesa y pesada a partir del aire, utilizando su magia de Djinn.

"Aquí no hace tanto frío", objetó Alessandra.

"No, no lo es", respondió Jacynth, arrojando más firmemente con la manta la forma dormida de Rebecca, después de quitarse las botas. "No se trata del calor, sino de su peso. Eso la reconfortará mientras duerme, y dormirá mejor sintiéndose segura y protegida".

Alessandra lo comprendió de inmediato. "Como las mantas lastradas que hacen para presoterapia, para el estrés y para bajar el ritmo cardíaco".

"Sí, exactamente".

Cuando le tendieron la manta, Lacey saltó ligeramente al sofá, acurrucándose contra Rebecca. Se hizo un ovillo y, con la nariz hundida en su mullida cola, parecía nada menos que un malvavisco muy esponjoso. Incluso dormida, Rebecca pareció sentir la presencia de Lacey y levantó la mano para acunar a la gatita.

"Bueno, supongo que eso responde a la pregunta "W"", comentó Alessandra en voz baja.

Jacinto sonrió. "Esperemos un poco antes de soltárselo. Espero que Angus y Renee no tengan una política de no mascotas".

"Será mejor que me pase por una tienda de animales cuando vaya a coger el teléfono", dijo Alessandra, apartándose del sofá y dirigiéndose a la sala de estar. "Recogeré algunos suministros y comida para gatos para que se los lleve al bed and breakfast".

"Espera un poco antes de irte", le dijo Jacinto, sonando un poco sombrío. "Tenemos que hacer algunas llamadas".

Alessandra asintió. "Deja que ponga al día a Julian rápidamente, luego llamaremos juntos a Katerina".

Jacynth miró el reloj que había sobre el televisor. "No. Está cuidando mascotas en Manhattan.

Le mandaré un mensaje para que nos llame en cuanto vuelva a casa".

Sin embargo, nada más enviar el mensaje, sonó su teléfono. Intercambió miradas de sorpresa con Alessandra y contestó.

"¿Katerina?"

"La señora tuvo que cancelar en el último momento. Llamaron del colegio de su hijo y tuvo que ir a buscarlo a casa. Varicela", dijo escuetamente.

"Ay. Creía que ya tenían una vacuna para eso".

"Sí, es antivacunas".

"Doble ow. Vale, tenemos una Situación".

Katerina soltó una risita. "Ya sabes que me encantan las situaciones. Pónmela".

"Oh, Alessandra está aquí", añadió Jacinth, y Alessandra exclamó un alegre "¡Hola!".

"Vaya, estás pidiendo refuerzos. Me encanta". La voz de Katerina era alegre, mientras sonaba la alerta de videollamada. Jacinth deslizó el dedo por el teléfono y el rostro picante de Katerina, enmarcado por un mechón de rizos negros, apareció en la pantalla. "Hola a los dos. ¿Qué tal?"

"Querrás estar sentado para ésta", advirtió Jacinth. "Remi apareció esta mañana, con una mujer a cuestas".

"¿Una mujer? ¿Remi?"

"¡Así no! Joder". Jacinth puso los ojos en blanco. "Déjame que lo diga rápido. Remi rescató a una mujer a punto de ser acusada de brujería en Salem en mil seiscientos noventa y dos, y la trajo aquí".

Hubo un largo momento de silencio mientras los ojos dorados de Katerina los miraban fijamente desde el teléfono. Abrió la boca como si fuera a hablar, y luego la cerró. Volvió a intentarlo.

"Ni siquiera sé por dónde empezar", confesó. Tardó otro minuto en sumar dos más dos. "¡Oh! El mensaje de Angus de esta mañana".

Jacinto asintió. "Está claro. Esta joven... se llama Rebecca... tiene que adaptarse muy deprisa. Aunque tengo que decir -admitió- que hasta ahora se lo está tomando muy bien. Mucho mejor de lo que espero que lo haría mucha gente. Parece más emocionada e interesada que temerosa".

"Es una buena señal", asintió Katerina. "Será mejor que llame a Maroulla. Que movilicen a las tropas".

Jacinth vaciló, mordiéndose el labio con inseguridad. "No estoy segura de que debas hacerlo. Quiero decir, Remi lo hizo. Odio arrastrar a los Cambiaformas a lo que es esencialmente un problema de Djinn. Y eso también es un problema. El viaje en el tiempo está totalmente prohibido, aunque tengamos la capacidad. Tendré que cubrir a Remi, si los Djinn descubren la presencia de Rebecca aquí. Probablemente pueda inventar algún tipo de circunstancia exigente, pero en general, preferiría no involucrar a los Djinn. Eso significa que todo recaerá sobre mí".

"Tonterías", dijo Katerina en tono enérgico. "Ha acudido a ti, así que ahora es una de nosotros, forma parte de nuestra comunidad. Eso la convierte en familia, y todos haremos nuestra parte".

"Y no olvides que Angus y Renee sabían de su venida aquí, ya fuera por previsión o... o lo que sea que hagan. Eso significa que está destinada a estar aquí", coincidió Alessandra con Katerina.

Jacinth exhaló un suspiro que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo. "¡Uf! Bueno. Es un alivio, de verdad. La cuestión es que no debería quedarse sola durante estos primeros días. Estoy bien durante el día, cuando los niños están en el colegio, pero las noches están llenas de cenas y deberes y todo eso".

Alessandra arrugó la nariz, pensativa. "¿Quién se aloja todavía en la pensión? ¿Alguien?"

"En realidad -dijo Katerina-, tenemos a alguien alojado allí. ¿Conoces a Joe Malloy, el herrero? ¿También cambiaformas? Su hermano Jake se alojará allí los próximos días".

"¿Jake?" se hizo eco Jacinto. "¿El tipo de California? Creía que había encontrado una casa para comprar hace unos meses".

"Sí, pero al parecer tenía termitas. La están cubriendo con una carpa esta mañana, y ha vuelto al bed and breakfast durante... ¿tres días? ¿creo? Algo así. Y hay más!" añadió Katerina, con el rostro iluminado por el triunfo. "Tiene una licenciatura en historia... concretamente, ¡en historia colonial americana! ¿Qué puede haber mejor?"

Jacinto frunció el ceño. "¿En serio? Creía que era guardia de seguridad en un banco".

"Nos dijo que no estaba destinado a estar encerrado en un aula. Necesita estar fuera vigilando, protegiendo". Katerina se encogió de hombros. "Los lobos, ya sabes. Es cosa de la manada".

"¿Crees que estaría dispuesto?" preguntó Alessandra.

Katerina resopló. "¿Estás de broma? No haces una especialización así a menos que sea algo que te interese de verdad, sobre todo si nunca piensas convertirlo en tu carrera. Así que, ¿una oportunidad de interactuar con alguien de esa época, de verdad? ¡Va a aprovechar la oportunidad! Créeme, es pan comido".

"De acuerdo, entonces", dijo Jacinto con decisión. "Divide y vencerás. Yo vigilaré a Rebeca y le enseñaré más cosas chulas cuando se despierte. Katerina, llama a Maroulla para que te dé su opinión, y posiblemente también a Jake. Alessandra va a buscar un teléfono para Rebecca y suministros para gatos... ¡eh! Lacey se encariñó con Rebecca en cuanto la vio".

"Otro punto para que esta Rebeca esté destinada a estar aquí", señaló Katerina. "Julian siempre decía que estaba aquí esperando a que apareciera su bruja... o lo que fuera".

"Tendría que decir bruja, sí", asintió Jacinth, recordando el queso, el mordisco agudo, el sabor ácido. "Hay algo en ella. Aún no puedo decir qué, pero hay magia en ella. Profundamente oculta, y ella no es consciente de ello, creo. Pero está ahí".

Alessandra se levantó, sacudiendo los pliegues de su falda llena. "Saldré entonces a buscar un teléfono y provisiones para gatos. Puedo llamar a Julián desde el coche y ponerle al corriente".

"Llamaré a Maroulla", dijo Katerina, "y a Joe, ya que no tengo el número de Jake, pero yo me encargaré de esa parte. Además, Joe tiene que saberlo, ya que es el alfa de los cambiaformas lobo, así que puedo matar dos pájaros de un tiro".

"Lo que me deja a mí para vigilar a Rebeca", terminó Jacinto. "He estado pensando, y me parece que la mejor forma que se me ocurre para empezar a introducirla en la tecnología, es enseñarle vídeos sobre cosas... como los que hacen para instruir a los niños, cosas muy básicas, que ella sería capaz de seguir. Así que me meteré en Internet y empezaré a investigar las cosas que necesitará saber, así como las cosas *que* necesitaremos saber para ayudarla... más sobre los puritanos y las colonias del siglo XVII".

"Así que todos tenemos nuestras tareas", asintió Katerina. "Vale, listos... listos... ¡ya!".

Riendo, se desconectaron, y Alessandra se dirigió a hacer la compra. Jacinth cogió el portátil de su dormitorio, lo llevó a la sala de estar y se sentó en su sillón favorito, cómodo y mullido.

Mientras esperaba a que se encendiera el portátil, murmuró en voz baja: "Remi, me debes una por esto".



REBECCA SE DESPERTÓ LENTAMENTE, dándose cuenta poco a poco de que estaba muy cómoda y muy caliente. Una extraña vibración retumbante parecía provenir de las proximidades de su pecho. Al mover la mano, sus dedos encontraron una piel suave y sedosa. Sobresaltada, abrió los ojos para encontrarse con la mirada azul celeste del gatito blanco, que estaba acurrucado contra ella. El estruendo y la vibración eran el ronroneo profundo del gatito.

"Hola, ama Lacey -saludó a la gatita, que respondió con un amplio bostezo, dejando al descubierto una suave boca rosada y unos afilados dienteillos blancos. Rebecca no pudo evitar una carcajada, que al parecer era una especie de invitación, cuando el gatito se levantó y se acercó sigilosamente, metiendo la cabeza bajo su barbilla y lamiéndole la mandíbula con su áspera lengua.

"¡Oh, qué cosquillas!", soltó una risita, pero no pudo resistirse a acariciar el sedoso pelaje. El ronroneo de la gatita aumentó de velocidad y ritmo, y empezó a amasar, con sus diminutas garras pinchándole el hombro.

"Está bien, pero ahora me duele", le dijo Rebecca a Lacey, levantando al gatito en el hueco de su brazo mientras se incorporaba para sentarse. Con la mano libre se apartó el pelo de la cara. Normalmente dormía con el gorro de dormir puesto, así que le resultaba extraño llevar el pelo suelto.

Cuando miró a su alrededor, viendo la luz del sol que entraba por las ventanas de la fachada, se dio cuenta de algo espantoso. Se había quedado dormida durante el día, como invitada en casa ajena.

Cubierta de mortificación, apartó la manta y balanceó las piernas sobre el lateral del sofá. Dejó a Lacey en el suelo y se levantó, colocándose cuidadosamente la falda en su sitio antes de salir corriendo del salón en busca de su anfitriona.

Encontró a Jacinth y Alessandra sentadas una al lado de la otra, en lo que recordaba que se llamaba la sala familiar. Había otra mujer con ellas, de baja estatura, con una salvaje mata de pelo negro rizado y grandes ojos dorados.

"¡Señora McCandliss! Ama DiConti!" Rebecca se retorció las manos, angustiada. "Tengo que ofrecerte mis más abyectas disculpas por haberme quedado dormida. Te aseguro que no suelo dormir durante el día".

"¡Rebecca!" Jacinth se levantó del sofá y se acercó rápidamente a ella, cogiéndole las manos y asiéndolas con firmeza. "No pasa nada. En estos tiempos a nadie le importa que duermas de día". Sonrió, mostrando hoyuelos a ambos lados de la boca. "Te aseguro que lo hago todo el tiempo".

"Ella sí", afirmó la desconocida. "Y yo también".

"Y son Jacinth y Alessandra", le recordó Jacinth con suavidad, y Rebeca se sonrojó.

"Lo siento. Intentaré acordarme".

Alessandra palmeó el cojín del sofá junto a ella. "Ven a sentarte con nosotras", invitó. "Ésta es Katerina Shelton".

Consciente de sus modales, y todavía un poco agitada por haber cometido el pecado de la pereza al dormir de día, Rebeca consiguió sonreír cortésmente a la desconocida. "Buenos días, Mistr... Katerina".

Katerina ladeó la cabeza, un movimiento curioso, y aquellos ojos dorados la examinaron. "Eres sencillamente hermosa. Tengo que pintarte", fue su inesperado comentario. "Por favor, di que puedo, Rebeca... oh, no, eso suena muy formal. ¡Becca! Suena bonito y amistoso. ¡Un nombre nuevo para un siglo nuevo! ¿Puedo llamarte Becca?"

Un poco sobresaltada... ¿Pintarla? Y... ¿Becca? Rebecca miró fijamente a la otra mujer un

largo instante antes de recobrar el sentido. "S-sí", balbuceó, todavía un poco confusa sobre lo que estaba aceptando, pero su respuesta pareció satisfacer a su anfitriona.

"Así que tenemos que hablarte de algunas cosas que debes saber de inmediato", explicó Jacinth. "Vas a estar abrumada de todas formas, pero intentaremos facilitarte las cosas lo mejor que podamos".

Rebecca asintió, mientras sus pensamientos seguían dándole vueltas al nombre Becca en su mente. Descubrió que le gustaba cómo sonaba. Becca. Sonaba bien. A las mujeres de su país les parecería escandaloso, pensó, no sin cierta satisfacción. Por supuesto, también les parecería escandalosa la ropa que llevaba. Miró el verde intenso de su falda, exactamente el color del bosque profundo, contra el amarillo mantequilla de la blusa.

Jacinto le dio unas palmaditas en la rodilla, llamando su atención.

"¡Oh! Le pido perdón, Mist... Jacinth", se disculpó. "¿Qué deseas que sepa?"

"En primer lugar, es mejor que conozcas un poco más la magia Djinn, ya que la utilizo con regularidad. Por supuesto, ya sabes algo por Remi. Pero aquí hay algo más que podemos hacer".

Jacinth intercambió miradas con las otras mujeres, que recordaban mucho a la experiencia de Rebecca con los niños traviesos. Un momento después, apareció una bandeja de té sobre la mesa, delante del sofá, con el aromático olor del té surgiendo en el vapor. Con los ojos desorbitados, Rebecca se quedó mirando las cuatro tazas.

"Es como magia", exhaló.

"*Es magia*", confirmó Jacinto, cogiendo una taza y pasándosela. "Magia de djinn, concretamente".

Rebecca miró el rico brebaje marrón de su taza, un poco recelosa, y dio un sorbo cauteloso. Sabía igual que el té, aunque con un toque de algunas especias.

"¿Canela?", se aventuró a preguntar. "¿Y quizá nuez moscada?"

"También clavo, sólo una pizca", asintió Jacinth.

"Nunca se me había ocurrido ponerlas en el té", admitió Rebeca. *Becca*, se repitió en silencio. Ahora sería Becca, incluso en sus pensamientos. "Está tan bueno que es casi pecaminoso".

Las otras mujeres se rieron, aparentemente encantadas con su comentario.

"Donde estás ahora es en el valle del Hudson, a lo largo del río Hudson, a unos sesenta kilómetros al norte de Nueva York", explicó Jacinth, y Rebecca... *Becca*, susurró para sí... asintió.

"Conozco Nueva York -asintió-. Los cuáqueros la llamaban Nueva Amsterdam, pero los británicos la rebautizaron con el nombre del duque de York cuando reclamaron la colonia para Inglaterra. Eso ocurrió pocos años antes de que yo naciera".

"De acuerdo. Aquí, en esta parte del Valle, tenemos una serie de seres mágicos, ocultos entre los humanos que no saben de nosotros. Eso es muy importante, Becca, que los humanos no lo sepan y que les ocultemos quiénes y qué somos".

"O podrían ahorcarte", Rebecca asintió con la cabeza, comprendiendo.

"Lo creas o no -añadió Katerina, sonando un poco sombría-, en realidad hay cosas peores. No entraremos en eso, pero lo siguiente que debes saber es que los Djinn no son los únicos seres mágicos que hay aquí. De hecho, Jacinto es el único Djinn que vive aquí".

"Por ahora", interrumpió Jacinto. "Espero que consigamos que Arturo establezca un hogar aquí".

Katerina emitió un gruñido en la garganta y fulminó a su amiga con la mirada. "¿Me dejas que me ponga a ello?"

Jacinth se rió y volvió a sentarse en el sofá, sorbiendo su té, pero sus ojos castaños

centelleaban de diversión.

"Lo que más tenemos en esta zona es... bueno...". Katerina hizo una pausa, parecía un poco perdida. "¿Has oído hablar alguna vez de los cambiaformas?"

Becca sintió que se le fruncían las cejas, confundida. "Sé lo que es una forma, por supuesto", respondió. "Y desplazarse es cambiar de posición. No sé cómo cambia de posición una forma, si es eso lo que quieres decir".

"Esto va a ser incómodo", murmuró Katerina en voz baja.

Alessandra dio un codazo a Katrina con un hombro. "No tan incómodo como explicar por qué una pantera enfurecida está destrozando la puerta del dormitorio intentando llegar hasta ti".

"¡Ay! Eso ha sido mezquino. Vale". Katerina volvió aquellos ojos dorados hacia Becca. "Un cambiaformas es un humano que tiene dos naturalezas, dos formas. La naturaleza y forma humanas, por supuesto, y una naturaleza y forma animales. Siguen siendo una sola persona, pero pueden cambiar entre su forma humana y su forma animal".

Becca miró a Katerina, sin saber si se estaban burlando de ella o no. Nunca había oído algo así en toda su vida. Por supuesto, antes de esta mañana tampoco había oído hablar de un Djinn. Aun así, le parecía increíble. Imposible.

Como si percibiera su angustia, Lacey entró trotando en la habitación y fue directa hacia ella. La gatita saltó a su regazo y se hizo un ovillo ronroneando mientras las manos de Becca la acunaban automáticamente, acariciando su sedoso pelaje.

"Katerina, ¿por qué no se lo enseñas?" sugirió Jacinto.

"Lo sabía", refunfuñó Katerina en voz baja, poniéndose de pie. "Por eso me puse este caftán".

Rebecca vio que Katerina llevaba una especie de vestido largo, pero no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. Se parecía más a una camisa como las que llevaban las mujeres de su época debajo de sus vestidos, y sin embargo... no, era suave y sedosa. Entonces...

En un momento Katerina estaba de pie en el suelo ante ella, y al minuto siguiente había desaparecido, y la bata (o lo que fuera) se había desplomado en el suelo. Un montón que se movía y del que salió con delicadeza un gato calicó grande y de pelo largo, con grandes ojos dorados como los de Katerina, grandes orejas y patas empenachadas y una cola color ciruela. Becca se quedó mirando. Tragó saliva.

"Eso... eso no es posible", susurró.

Se oyó una risa suave... Jacinto, pensó que era... pero no pudo apartar la mirada del gato que estaba en el suelo ante ella.

"Y sin embargo -intervino la voz de Alessandra-, aquí estás, en el siglo XXI. Eso tampoco es posible".

La gata se paseó hacia delante, haciendo que Rebeca se echara hacia atrás, alarmada. La gata... ¿Katerina? ...la miró fijamente con aquellos grandes ojos dorados y dijo, con toda claridad, *Mrow*.

"¿De verdad es Katerina?", preguntó, sin apartar los ojos del gato.

"Sí. Se hace llamar Gata, en esta forma".

Eso llamó su atención, y soltó una breve carcajada mientras apartaba la mirada para mirar a Alessandra. "¿Un gato llamado Gato?"

Alessandra se encogió de hombros, sonriendo. "No le he puesto nombre, ¿no me mires a mí!".

"¿Puede entendernos?"

"Sí. Sigue siendo Katerina, sólo que con una forma diferente".

"Así que... cambiaformas", asintió Becca. "Porque cambiaba de forma".

"¡Exacto!"

Jacinth se levantó de su asiento, recogió la bata del suelo y la llevó a otra habitación, con Gato trotando tras sus talones. Un momento después, ambas regresaron, Katerina volvió en su forma humana, vestida de nuevo con la bata, y volvieron a sentarse en el sofá. Katerina le sonrió.

"Al principio es un shock, lo sé, pero te acostumbrarás a nosotros".

"¿Sois muchos? Me refiero a los metamorfos".

Katerina arrugó la nariz. Estas mujeres del siglo XXI tenían muchas más expresiones que el remilgo al que Becca estaba acostumbrada. Y hasta ahora ni una sola de las miradas reprobatorias y sentenciosas que estaba acostumbrada a recibir.

"Depende de lo que entiendas por muchos. Hay, oh, un par de docenas en el área inmediata. Aparte de mí, mi hermano y mi hermana, que somos todos mapaches de Maine, aquí hay sobre todo gatos monteses. Un par de lince y una manada de lobos".

Becca se enderezó alarmada. "¡Lobos!"

"Cambiaformas", tranquilizó Katerina. "No salvajes".

"No olvides a Liam, que es un Gran Pirineo", recordó Jacinth. "Y a los caracales".

Katerina asintió. "Ah, sí, y los leopardos nublados gemelos".

Alessandra se rió y agitó las manos, haciendo callar a sus amigas. "Creo que Becca está a punto de sufrir una sobrecarga de información".

"Ni siquiera voy a preguntar qué es un... un pirineo, o un caracal", admitió Becca. "¿Podría tomar un poco más de té?"

"Por supuesto". Con una sonrisa pícara, Jacinth miró la tetera que había sobre la mesa. Se elevó en el aire por sí sola y luego se inclinó, vertiendo un suave chorro de té humeante en la taza de Becca.

El grito ahogado de Becca se oyó en la habitación, y Alessandra abofeteó juguetonamente a Jacinto. "No hace falta que la asustes así, por el amor de Dios".

"No pude resistirme", se rió Jacinth, y luego miró a Becca, con un atisbo de disculpa en sus ojos oscuros. "No te ha importado, ¿verdad?"

"En absoluto", se apresuró a tranquilizarla Becca, inclinándose para coger la taza. "Quiero saber esas cosas que tú puedes hacer. Y, aunque la envidia es pecado, confieso que te envidio mucho por ser capaz de hacer esas cosas".

"¡Ah, los Siete Pecados Capitales!" Alessandra asintió. "El rollo puritano".

"Bueno, sí, pero en realidad soy católica", dijo Becca titubeando.

Al instante fue el blanco de dos pares de ojos interesados, seguidos de una ráfaga de preguntas de Alessandra y Katerina.

"¿Católico? ¿De verdad?"

"¿Cómo llegaste a la Nueva Inglaterra puritana?"

"No me lo esperaba".

"Tendremos que encontrarle una Confesora, entre los cambiaformas". Era Katerina, y los demás se detuvieron a mirarla.

"Ah, sí", dijo Jacinto pensativo. "Es una buena idea. Alguien en quien pueda confiar y no preocuparse por ocultar las cosas mágicas".

"Preguntaré a mi abuela", dijo Katerina, sacando el teléfono. "Ella sabrá si hay alguno por la zona".

Dio una especie de golpecitos con un dedo, captando la atención de Becca.

"¿Qué es eso que estás haciendo?". Se inclinó para mirar, interesada. Katerina sujetó el teléfono para poder mirar, y vio que en la pantalla había ahora cuadraditos con las letras del

abecedario.

"Se llama teclear", explicó Katerina, haciendo una demostración. "Escribo mi mensaje, luego pulso esto de aquí...", pulsó otro botoncito a un lado y el mensaje apareció en el recuadro sobre el alfabeto. "¡Ya está! Se lo he enviado a mi abuela. Se llama Maroulla, la conocerás tarde o temprano".

Un par de minutos después se oyó un timbre procedente del teléfono, y Becca pudo ver que aparecían más palabras en la pantalla. *Habla con Joe Malloy, su familia es católica irlandesa.* Vio cómo Katerina le respondía. *Lo haré, gracias.*

Becca tragó saliva, con fuerza. "Eso es..." Se detuvo, sacudiendo la cabeza. No había palabras.

"¡Oh, eso me recuerda algo!" Alessandra se levantó y fue al comedor, regresando con una pequeña bolsa. Ésta parecía ser una especie de papel, pero grueso y brillante. Se la entregó a Becca. Curiosa, Becca sacó una cajita de algún tipo, también hecha con lo que parecía papel muy duro.

"Ábrelo", instó Jacinto.

Becca levantó la tapa de la caja y encontró uno de los teléfonos dentro. "¡Un teléfono!" Miró a su alrededor, con los ojos brillantes. "¿Para mí?"

"Sí, para ti". Jacinto la sonrió, al igual que Alessandra y Katerina.

"Te enseñaremos cómo funciona", le dijo Katerina, "ya tenemos ahí nuestros datos para que nos localices en cualquier momento. Pero de momento, hay algo más que queremos enseñarte".

"¡Ah, claro!" exclamó Jacinth, poniéndose en pie, al igual que las demás mujeres. "Vamos, Becca. Vamos a salir al frente".

Les guió hasta lo que debía de ser la puerta principal, situada en un pasillo entre la cocina y el salón. Al abrirla, todos salieron al sol de la tarde, y Becca los siguió con curiosidad, intensamente interesada en lo que podrían mostrarle a continuación. Justo al lado de la puerta había un banco columpio. Jacinth tomó asiento en él y palmeó el espacio que había a su lado.

"Ven, siéntate", invitó. "Mira a tu alrededor. Tómate tu tiempo. Hazte una idea de las cosas en este siglo XXI".

CAPÍTULO 5



REBECCA SE SENTÓ CON CAUTELA, ASEGURÁNDOSE DE QUE ESTABA BIEN EQUILIBRADA JUNTO A Jacinth, el banco se balanceaba al sentarse. Katerina y Alessandra se acomodaron cómodamente en la hierba frente a ellas.

Acomodándose en el columpio mientras Jacinth utilizaba un pie para mecerlas suavemente, Becca escrutó la vista que tenía ante sí. Casas parecidas a ésta estaban retranqueadas a ambos lados de la calle, con suaves extensiones de hierba aterciopelada y jardines entre ellas. Algunas tenían vallas que delimitaban las propiedades, otras, como la de Jacinth, no. Todas eran espaciosas, las casas de ladrillo con contraventanas de madera en las ventanas.

"Aquí debe de vivir gente muy rica". Siguió contemplando, asombrada, la suntuosa belleza de aquella hilera de casas pulcramente simétricas, y tan limpias. No había desorden, ni basura, ni excrementos de caballo ni ruido de ruedas en la calle.

Jacinth se aclaró la garganta. "La verdad es que no. Éste es un barrio de clase media. Probablemente no muy diferente, relativamente hablando, de la mayoría de la gente de tu pueblo. Trabajan todo el día para mantener a sus familias, luego vuelven a casa por la noche para cenar y pasar la velada en casa o con los amigos. Simplemente, ahora el nivel de vida es distinto".

Rebecca sintió que se le caía la mandíbula y se volvió para mirar fijamente a Jacinth. "¿Clase media?"

"Clase trabajadora", asintió Jacinth.

Desde la hierba, Katerina intervino: "Sí, gente normal. No ricos".

Sin palabras, echó otro vistazo a su alrededor. Era difícil imaginar que aquellas casas pertenecieran a personas que no fueran increíblemente ricas. Su mirada se dirigió a la propia calle, que estaba hecha de una superficie sólida y dura, de color negro. Cada casa tenía un rectángulo de superficie similar, pero más lisa y blanquecina. La misma superficie blanca se extendía paralela a la calle, claramente una especie de camino para caminar.

"¿Qué es ese material duro que hay en la carretera?", preguntó. "¿Y el material blanco?"

"La carretera es pavimento, el blanco se llama cemento", respondió Alessandra. "El cemento que pasa por delante de las casas se llama acera, y los más anchos que llegan hasta las casas son calzadas".

Jacinth añadió, acercándose para acariciar la mano de Becca: "Más adelante hablaremos de cómo se hacen. Por ahora, límitate a observar. Esto te ayudará a acostumbrarte a las cosas de aquí. Ya habrá tiempo para explicaciones".

Sentado sobre el rectángulo blanco... de cemento, recordó Becca, delante de la casa de

Jacynth había un extraño artilugio, claramente un vehículo de algún tipo, hecho todo de metal con ventanas de cristal y montado sobre cuatro ruedas. Otras casas también los tenían, observó, y había algunos esparcidos por los lados de la calle en ambas direcciones. Parecían ser de todos los tamaños, formas y colores. Algunas incluso eran muy pequeñas y bajas hasta el suelo, con sólo dos puertas. Volvió la mirada a la que estaba frente a la casa de Jacinto. Era azul, y pudo contar cuatro puertas. Se levantó del columpio y fue a inspeccionarla más de cerca.

"¿Esto es tuyo?", preguntó, asomándose al interior de la ventana más cercana, que no estaba exactamente despejada, al estar un poco oscurecida. Pero pudo ver que dentro había lo que claramente eran asientos. "¿Es para viajar?"

"Sí", respondió Jacinto, poniéndose a su lado. "Se llama coche, o automóvil".

"Coche", repitió, memorizándolo. "Y automóvil. ¿Cómo engancháis los caballos? No veo arneses".

"Sí, explícalo, Jacinto", llamó Katerina desde su asiento en la hierba. "¡Quiero oírlo!"

"Yo también", dijo Alessandra, sonriendo.

Jacynth hizo un gesto extraño, levantando la mano con un solo dedo en el aire, los otros doblados y cerrados, y las demás mujeres se echaron a reír.

Jacynth se volvió hacia Rebeca. "Se mueve por su propia fuerza", dijo. "Se llama motor. De nuevo, habrá tiempo para explicaciones detalladas más adelante, pero así es como se mueve todo el mundo hoy en día".

Un movimiento le llamó la atención y giró la cabeza para ver a un niño, quizá de unos diez años, que se acercaba rápidamente por la acera. Tenía los pies firmemente plantados sobre una especie de tabla y, a medida que se acercaba, pudo ver que había unas ruedecitas sujetas a ella. De vez en cuando, el chico levantaba un pie de la tabla y empujaba hacia el suelo, impulsándose. Cuando llegó a la altura de donde estaban sentados, pareció cambiar de peso y, de repente, voló por los aires, dando vueltas, con los pies todavía, increíblemente, sobre la tabla. La tabla aterrizó de nuevo en la acera, con el muchacho aún en equilibrio sobre ella, y continuó en su dirección inicial.

Las mujeres que la acompañaban prorrumpieron en un aplauso espontáneo, y el chico levantó el puño, al parecer en un gesto de agradecimiento por su admiración.

Jacynth gritó: "Todd, ¿por qué no estás en la escuela?".

"Medio día", gritó el chico, y su voz se apagó mientras seguía su camino. "Reuniones de padres y profesores".

Sintiendo de nuevo el peso del pecado, Becca preguntó con envidia: "¿Qué era esa cosa sobre la que estaba de pie?".

"Eso se llama monopatín", le contestó Katerina.

"¿Podría hacerlo?", preguntó asombrada, y las otras mujeres se rieron, aunque amablemente.

"Por supuesto. No es tan difícil aprender lo básico, pero pasará un tiempo antes de que puedas hacer trucos como Todd".

Jacynth dio a Becca un suave empujón hacia el columpio. "Ve a sentarte otra vez, y yo nos traeré a todos algo de beber".

Obedientemente, Becca volvió a sentarse en el columpio y, unos minutos después, Jacynth regresó con cuatro vasos altos de un zumo amarillo pálido. Les pasó uno a cada una y luego se sentó junto a Becca. Becca se sorprendió de lo frío que estaba el vaso y se dio cuenta de que había hielo flotando en el zumo.

"Pero hoy hace calor", protestó. "¿De dónde has sacado hielo?"

"Explicaciones después", dijo Jacinto con firmeza. "Pruébalo... se llama limonada".

Alessandra miró a su alrededor, con expresión curiosa. "¿No tenían limones en las colonias?"

"Lo busqué en Internet", explicó Jacinth. "Parece que los cítricos los importaban los ricos, así que parecía poco probable que Becca hubiera tenido alguno".

A punto de preguntar qué era Internet, Rebecca se quedó paralizada. Calle abajo, apareció a la vista uno de aquellos vehículos, que se dirigía rápidamente hacia ellos a una velocidad inimaginable, mucho mayor de la que ella había visto galopar a cualquier caballo.

"Ut-oh". Rápida como un guiño, Jacinth agarró el vaso de Rebeca cuando se le cayó de la mano, atrapándolo antes de que salpicara nada de la limonada.

Rebecca no podía apartar la mirada del coche mientras se acercaba. Vio que había una mujer dentro cuando el coche se acercó a ellos. No había ventanilla de cristal como la del coche de Jacinto, y la mujer tenía el pelo largo que ondeaba al viento.

El coche pasó junto a ellos. Más adelante aminoró la marcha y giró hacia una de las cosas de cemento que había delante de una casa. *El camino de entrada*, recordó.

"Se mueve tan deprisa", se preguntó en voz alta, con la voz temblorosa mientras la invadía el asombro.

A su lado, Jacinth se aclaró la voz. "En realidad, iba un poco despacio. El límite de velocidad aquí es de treinta y cinco kilómetros por hora".

Becca movió su mirada sorprendida hacia el rostro de Jacinth. "¿Lento? Treinta y cinco millas en una hora, ¿eso es lento?"

"En los tramos de carretera más grandes suele ser de cuarenta y cinco", intervino Katerina. "Y en las autopistas, que la gente utiliza para ir de una ciudad o estado a otro, es de sesenta y cinco, o incluso de setenta y cinco en algunos lugares".

La conmoción la mantuvo en silencio durante un largo minuto. No podía ni imaginarse algo así. Jacinto le puso una mano suave en la rodilla, dándole una pequeña sacudida.

"No pasa nada, Becca. Respira. Por eso te hemos traído aquí, para que te familiarices con algunas de las cosas a las que te vas a enfrentar. Además -dijo, con una expresión de preocupación en el rostro-, esta noche tengo que llevarte a la posada en mi coche, y no quería soltártelo sin avisar".

"¿No a sesenta y cinco kilómetros por hora?" preguntó Rebeca con voz débil.

"No", se apresuró a tranquilizarla Jacinth. "Carreteras rurales, a cincuenta kilómetros por hora. ¿Crees que podrás soportarlo?"

Rebecca observó cómo aparecía otro coche, que pasó junto a ellos sin detenerse y desapareció al doblar una esquina un poco más abajo. Al otro lado de la calle y un par de casas más abajo, un hombre salió de una casa y subió a un coche. El coche retrocedió lentamente, hacia la calle, y luego aumentó la velocidad a medida que avanzaba.

Tragó saliva.

"¿Y esto es... normal? ¿Cómo vive ahora la gente normal?"

"Mmhmm", afirmó Jacinth.

Alessandra giró la cabeza para sonreír tranquilizadora a Becca. "Dentro de un año conducirás tu propio coche".

Becca sacudió la cabeza, pensando que era imposible. Su atención se vio desviada por una joven que se acercaba por la calle, corriendo lentamente. Sin embargo, era una forma extraña de correr, un paso suave y acompasado que era a la vez decidido y extrañamente grácil. Becca sintió que sus ojos se abrían de par en par cuando la mujer se acercó. Llevaba lo que parecían unos calzoncillos largos, aunque escandalosamente ajustados, ceñidos a cada una de sus curvas. El

corpiño era del mismo material, también ceñido. No tenía mangas y... ¡Becca ahogó un grito! ... ¡dejaba el vientre al descubierto! ¡En público!

La mujer llevaba uno de los teléfonos en la mano, y dos delgados cables iban del teléfono a sus orejas. No cambió el paso cuando se acercó a ellos, simplemente levantó una mano en señal de saludo y les sonrió, continuando su camino.

Rebecca se quedó mirando a la mujer. Finalmente su mirada se dirigió a las tres mujeres que la observaban con expresión solemne y expectante.

"¿Y eso también es normal?"

Los tres asintieron al unísono.

"Eso se llama footing", explicó Katerina. "Un tipo de carrera que se hace para hacer ejercicio".

"Su ropa..." Rebecca no pudo terminar la frase. Definitivamente, ahora mismo se sentía como una Rebecca, no como una Becca.

"Es ropa de ejercicio, es bastante común", dijo Jacinth. "Algunos llevan pantalones cortos".

Alessandra levantó una mano. "Llevo pantalones cortos", se ofreció voluntaria. "Y una camiseta sin mangas, cuando salgo a correr por Central Park".

Jacinth sacó su teléfono y dio unos golpecitos, luego se lo tendió a Rebecca para que lo viera. "Toma... pantalones cortos y camiseta de tirantes".

Rebecca lo miró con los ojos muy abiertos, al principio sin fijarse en la ropa.

"Eso... eso es una persona", dijo dubitativa. Extendió la mano para tocar la pantalla con cautela. "En el teléfono".

"Uy". Jacinth se mordió el labio y pareció disculparse. "No, es una fotografía. Algo así como un cuadro, pero... um... diferente. Luego hablaremos de eso, te lo prometo. Pero mira qué ropa".

Obedientemente, escaneó la... ¿fotografía? Se repitió la palabra, memorizándola, junto con coche, automóvil y teléfono. Parpadeó al darse cuenta de lo que estaba viendo. La mujer del teléfono llevaba unos pantalones muy cortos que le llegaban hasta los muslos, las piernas largas y bronceadas y muy visibles. El escote del top que llevaba apenas le llegaba a la curva superior de los pechos y, al igual que la mujer que hacía footing, tenía los brazos desnudos.

"¿Llevas esto en público?" Preguntó ella, incapaz de apartar la mirada del espectáculo. "¿No se considera... indecente?"

"En absoluto", le aseguraron.

Jacinth hizo aquel movimiento de deslizamiento con un dedo, y la mujer... la fotografía... desapareció, la esfera del teléfono se volvió negra. Con una sonrisa, Jacinth le entregó a Becca el vaso de limonada que había rescatado unos minutos antes.

"¡Oh! ¡Gracias!"

Becca se obligó a beber un sorbo y tuvo que reprimir un zumbido de placer. Era dulce y ácido a la vez.

"Esto es de lo más agradable", dijo algo sorprendida. "¿Lo has llamado limonada?"

"Sí, zumo de limones exprimidos, con agua añadida y el azúcar justo para que sea dulce", dijo Jacinth, sonriendo. "Pensé que te gustaría".

"Sí, quiero", le aseguró Becca, bebiendo un poco más.

Jacinth volvió a hacer eso con el móvil, leyendo lo que había en la pantalla. "Son casi las tres. Ben y Molly llegarán pronto a casa y tengo que empezar a preparar la cena. Había planeado un asado, así que necesita tiempo para cocinarse. Becca, ¿te gustaría ayudarme en la cocina?"

"Sí, Mist... Jacinth. Por supuesto". Becca se levantó, al igual que todos los demás.

"Yo también necesito llegar a casa", observó Alessandra. "Quiero atravesar Manhattan

mucho antes de la hora punta de las cinco".

Katerina se estiró, un movimiento casi felino, observó Becca. "Yo también me voy. Quiero dirigirme a casa de los Malloy y ponerlos al corriente. Joe es el alfa de la manada, así que tiene que estar informado, y probablemente sea mejor explicárselo en persona".

En una ráfaga de despedidas, con abrazos incluidos que hicieron enmudecer a Becca, se marcharon, dejándola a solas con Jacinth.

"Vamos, siéntate y termínate primero la limonada", invitó Jacinto.

"¿No necesitas empezar los preparativos para la cena?" preguntó. "No deseo apartarte de tus tareas".

"Puede esperar unos minutos más mientras terminas eso", dijo Jacinto, dejándose caer en el columpio a su lado con una sonrisa apenada. "Cuando los niños lleguen a casa, nos asediarán a preguntas, así que disfruta de la tranquilidad mientras puedas".

Al sentir un tirón en la falda, Becca miró hacia abajo y encontró a Lacey a sus pies, con una garra enganchada en los pliegues de la falda. Regañando suavemente, Becca dejó el vaso en la mesita que había junto al columpio, desenganchó con cuidado a la gatita y la levantó en brazos. Aparentemente satisfecha, Lacey le lamió la barbilla y empezó a ronronear. Frunciendo un poco el ceño, Becca miró por encima del hombro hacia la puerta principal, que creía cerrada. Lo estaba, pero recordó la puerta de cristal del comedor. Debía de estar abierta, y el gatito entró en la casa.

Jacinth, sin embargo, miró al gatito y dio un leve suspiro. "Sí, sobre eso".

Confundida, Becca preguntó: "¿Sobre qué?".

"Lacey". Jacinto se acercó para hacerle cosquillas en la oreja a la gatita, y el volumen del ronroneo retumbante subió un decibelio. "Lo importante aquí es que es mágica".

Incrédula, Becca la miró fijamente, luego bajó la vista hacia el gatito y después volvió a mirar a Jacinth. La Djinn se rió y levantó ambas manos. "Has sido transportada por un Djinn a través de tres siglos, has visto a una mujer convertirse en gato y has bebido té conjurado por arte de magia. Seguro que un gatito mágico no es demasiado difícil de creer por encima de todo eso".

Becca miró dubitativa a la gatita, que se las había arreglado para ponerse de lado entre los brazos de Becca y ahora estaba amasando galletas de aire.

"Mágico, ¿cómo?", aventuró.

"Bueno, no lo sabemos con exactitud", admitió Jacinth. "Apareció en la tienda de Julian... que es el marido de Alessandra... una tarde. Nos dijo que debía traerla aquí, al valle del Hudson, donde se ha contentado con esperar hasta encontrar a su humano". Los labios de Jacinth se curvaron y sus ojos brillaron con picardía. "Evidentemente, ése serías tú".

Sorprendida, Becca exclamó: "¿Yo? Pero... ¿pero por qué?".

Jacinto se rió. "No tengo ni idea. Y como es una gata, difícilmente podemos preguntarle. Pero acudió directamente a ti en cuanto entró en la habitación en la que estabas, como el metal a un imán, y desde entonces ha seguido cada uno de tus pasos. Está claro que eres su elección".

Becca frunció el ceño. "¿Imán?"

"Ah, claro. Imanes. Ya hablaremos de eso más tarde", decidió Jacinto. "Alessandra te consiguió provisiones para ella... comida y demás, pero pensé que la mantendríamos aquí por esta noche, y la llevaré a la posada mañana en algún momento, junto con comida y vajilla para ella, y te enseñaré a cuidarla".

Dudosa, pero nada reacia, Becca miró al gatito que sostenía, y su corazón se compadeció de él. Entre todas las personas, ¿la había elegido a ella? Era una locura, tan imposible como todo lo demás, pero al mismo tiempo...

Se mordió los labios. "Dijiste que me alojaría en una posada. ¿Me dejarán tenerla allí, en esta posada?".

Jacinto se rió entre dientes. "Como sabían que vendrías antes de que llegaras, voy a suponer que sabían que tendrías un gatito contigo, así que yo diría que sí".

Eso le hizo cosquillas en la memoria. "Hoy temprano, recuerdo que dijiste algo de que alguien llamado Angus tenía una habitación preparada".

"Sí, claro. Angus y su mujer, Renee, son los dueños de la posada West Side. Angus dirige la posada, mientras que Renee se encarga de la cocina. Ellos también son mágicos de alguna manera, aunque nadie parece saber exactamente qué tipo de magia tienen. Lo que sí puedo decirte es que la posada está protegida mágicamente contra... bueno... los malhechores, por así decirlo. Y tengo que creer -reflexionó, con el ceño fruncido- que Renee infunde algún tipo de magia en su repostería. Porque, en realidad, aunque creo que todas las galletas y pasteles son maravillosos -y sus ojos centellean alegremente-, los productos horneados de Renee son... algo más que eso".

Becca tragó saliva. Protecciones mágicas. Productos horneados mágicos. Miró a la bola de pelusa, ahora profundamente dormida, en su regazo. Gatito mágico, añadió a la lista.

"¿Y... y la magia no se considera malvada?" Preguntó con voz temblorosa.

La sonrisa de Jacinto era cálida y tranquilizadora. "En absoluto. La magia simplemente es". Dudó un momento y continuó. "El marido de Alessandra, Julián, era un mago de Génova, Italia. Estoy segura de que habría oído hablar de la peste".

Becca sintió que palidecía. "Sí", susurró. "Eran horribles las historias que se contaban en mi familia".

"Julián era de aquella época, cuando llegó por primera vez a Italia, en el siglo XIV".

Se quedó boquiabierta mirando a Alessandra. "¿Qué? preguntó débilmente.

"Era un Mago... un estudiante de magia ceremonial. De alquimia, en particular. Lanzó un hechizo para poder ayudar a su pueblo y acabó atrapado en una botella de genio, maldito para conceder deseos".

No hubo palabras. Becca se esforzó por decir algo y acabó simplemente negando con la cabeza. Jacinto se rió y continuó.

"Alessandra consiguió su botella y pudo liberarle del hechizo. Es toda una historia, pregúntale alguna vez. Pero el caso es que Julian también es un viajero de siglos pasados, aunque un poco diferente de tu situación".

Becca frunció el ceño, haciendo cuentas. "¡Pero eso le haría tener casi setecientos años!".

"Era la magia Djinn a la que accedió sin darse cuenta", dijo Jacinto. "Ahora que el hechizo se ha roto, es un mortal normal".

"Entonces, ¿los Djinns son inmortales?"

"Sí. No nos pueden matar, aunque sí desterrarnos del reino humano. Generalmente eso se reserva para los malvados. Tenemos un Consejo, cuyo trabajo consiste en buscarlos y atarlos".

¿"Djinn maligno"? tartamudeó Becca. Sonaba mal. Muy mal.

Jacinto le dedicó una suave sonrisa y se acercó para acariciarle la mano. "¿No conoces a los humanos que son malvados?"

Una visión de Goodman Sanders se alzó ante sus ojos, y ella se estremeció. "Sí", susurró.

"En todas las especies hay bondad y maldad, Becca. Humanos, Djinn, metamorfos, brujas".

Dio otra palmadita a la mano de Becca y se puso en pie. "Entra y empecemos a cenar".

Poco después, sentada en un taburete de la encimera de la cocina con un montón de patatas y zanahorias, y tras una explicación del pelapatatas (un invento ingenioso) y una rápida

demostración, Becca empezó a sentirse más cómoda de lo que se había sentido en todo aquel largo día. La preparación de la comida era una tarea normal, y se acomodó a un ritmo fácil mientras Jacinth se movía por la cocina.

"Mi marido, Douglas, es veterinario", le dijo Jacinth. "Cuida caballos y algo de ganado. Nuestros hijos son Ben, de siete años, y Molly, de casi cinco. Luego tenemos una hija adoptiva, Talya. Tiene catorce años, vino con nosotros desde Marruecos y está aprendiendo muchas de las cosas modernas que tú aprenderás."

Becca frunció el ceño. "¿No tienen estas cosas modernas en Marruecos?"

"Sí, así es. Pero Talya estaba en una... situación bastante mala. Básicamente, la rescatamos y la trajimos a América. No tenía acceso a cosas como teléfonos y otras cosas modernas, incluida la ropa moderna. Así que ha sido una adaptación para ella".

"Quizá podamos ayudarnos mutuamente a aprender, ella y yo", sugirió Becca con esperanza, lo que le valió una brillante sonrisa de Jacinth.

"Esa es mi esperanza".

CAPÍTULO 6



"¿*TIENE QUE IRSE*, SEÑORITA BECCA?"

Benny era adorable, con la piel rojiza y un mechón de pelo espeso como el de su padre. Su hermana pequeña, Molly, era en cambio una muñeca de porcelana, de piel clara, grandes ojos azules y suaves rizos rubios.

"Sí, tiene que irse", contestó Jacinth, levantando el plato de la cena de delante de Benny y llevándolo a la cocina. "Necesita su propia habitación para dormir, y a menos que te ofrezcas a mudarte con Molly a su habitación..."

"Eww, ¿con una chica?" El asco goteaba de la voz del chiquillo.

"Exacto", dijo Jacinth en tono seco. "Por lo tanto, Becca tiene que ir a quedarse con Angus y Renee por ahora".

A Becca le encantaban los niños. Eran alegres y exuberantes, no estaban constantemente rodeados de convencionalismos y decoro, y sin embargo, al mismo tiempo, eran perfectamente respetuosos.

Benny la miró con una mirada conmovedora. "¿Volverás a vernos, señorita Becca?"

Se le derritió el corazón y sonrió al chico. "Claro que sí".

"¿Y yo también?" preguntó Molly desde el otro lado de la mesa. "¡Ven a verme a mí también!"

"Sí, y tú también", se rió Becca.

Talya estaba levantada, ayudando a su madre a recoger la mesa. La adolescente ya había conseguido arrastrar a Becca a su dormitorio antes de la cena para una intensa sesión de instrucción sobre el uso del móvil. Tras media docena de llamadas y mensajes de prueba, Becca pensó que al menos podía enviar y recibir ambos sin confundirse demasiado. Ahora había media docena de nombres... ¿cuál era la palabra? Ah, sí, *introducidos*... en el teléfono ahora: Jacinth, Katerina y Alessandra, por supuesto, así como Talya, además de la posada donde se alojaría, junto con la abuela de Katerina, Maroulla, aunque Becca no entendía la insistencia de Jacinth en tener en su *lista de contactos* a aquella persona a la que nunca había conocido... otra frase que se había aprendido de memoria.

Becca se movió un poco incómoda, pues la habían apretado contra la silla cuando intentó levantarse para ayudar con la limpieza.

"Eres nuestra invitada", había dicho Jacinto con severidad, pero con un brillo amistoso en los ojos.

Curiosamente, incluso Douglas estaba ayudando, cargando los platos en algo llamado

lavavajillas. Talya prometió buscar algo en la misteriosa Internet que le enseñara cómo funcionaba un lavavajillas, pero era otra de esas comodidades modernas. *Tecnología*, había dicho Talya. Esta tecnología, explicó, eran cosas que los humanos ideaban o inventaban para hacer la vida más fácil.

Ni Jacinth ni Talya llevaban delantal, pero eso resultaba menos incomprensible una vez que a Becca le habían enseñado el armario de Talya, rebosante de ropa de todos los colores imaginables. Acostumbrada a tener unos cuantos vestidos para las tareas domésticas y el día, y un vestido bonito para ir a la ciudad, la cantidad del armario de la muchacha había asombrado a Becca, por no hablar de los confusos estilos, que en su época habrían ido de lo llamativo a lo escandaloso, pero que, al parecer, eran bastante normales para esta época.

Finalmente, llegó el momento de abandonar la casa y viajar hasta la posada donde se alojaría. Ben y Molly suplicaron con insistencia que les acompañaran, pero Becca consiguió apartar a Jacinth y rogarle que no lo permitiera.

"Me da mucho miedo viajar en coche", confesó. "No quiero humillarme ante los niños".

Sin embargo, Talya se escabulló por la puerta trasera de la casa y salió de un escondite tras los arbustos cuando Jacinth y Becca se dirigían al coche.

"No me quedaré atrás", dijo tercamente, deslizándose la mano hacia la de Becca y agarrándola con fuerza. "Puedo ayudar. Será mucho más fácil para Becca si se sienta en el asiento trasero y yo me siento a su lado".

Con una mirada de impotencia a Jacinth, Becca aprobó este plan, y se encontró sentada dentro del coche, Talya ayudándola con unas correas que le cruzaban el pecho y las caderas.

"Se llama cinturón de seguridad", explicó Talya. "Por seguridad".

Luego se acomodaron, se cerraron las puertas del coche y retrocedieron lentamente. El coche giró hacia la calle y empezó a avanzar lentamente. Cogió un poco de velocidad, y Becca se encontró agarrando con fuerza la mano de Talya. Estaba llena de una extraña exuberancia, y se inclinó hacia delante todo lo que le permitía la correa, asomándose entre los asientos para ver por la ventanilla delantera. Parabrisas, le habían dicho que se llamaba.

"Esto no está tan mal", observó, fijándose en las casas y los árboles a medida que pasaban. "¿Podemos ir más rápido?"

Jacinth se rió y le obedeció. "Sólo un poco más rápido. Treinta y cinco es lo más rápido que podemos ir aquí. Cuando salgamos del barrio, podré ir a cuarenta durante un rato".

Becca no pudo evitar soltar un grito de alegría cuando doblaron una esquina y cogieron velocidad, y volvió la cara hacia la ventanilla que tenía a su lado, casi apretando la nariz contra el cristal en su afán por verlo todo a la temprana luz del atardecer. Al cabo de un rato, Jacinth detuvo el coche y giraron hacia una calle larga y estrecha que se curvaba hacia un lado y hacia otro, con árboles amontonados a ambos lados. Lo que parecían casas de labranza estaban apartadas de la carretera, y ahora, por primera vez, Becca veía las vistas más familiares de graneros, pastos e incluso algunos caballos.

Jacinth aminoró la marcha, señalando a la izquierda. "Mira allí, es donde viven Katerina y Troy".

Becca miró ansiosamente más allá de Talya, que estaba sentada a su izquierda, y vio una gran granja con un camino de grava que conducía hasta ella. En la parte delantera había grandes árboles que daban sombra, y detrás podía ver un granero y vallas encaladas.

"Tienen caballos", le dijo Talya. "Unos grandes y negros llamados frisonos".

"Frisonos", repitió Becca, memorizando la palabra. Su memoria estaba repleta de palabras y frases nuevas, y no estaba segura de poder recordarlo todo. De hecho, estaba segura de haber

olvidado al menos la mitad de las palabras que le habían dicho.

"Se criaban en Holanda, para llevar a los caballeros con armadura en la época medieval", dijo la adolescente. En el asiento delantero, Becca pudo ver cómo Jacinto reprimía una sonrisa ante el tono instructivo de la chica, y sus miradas se cruzaron en el espejo situado sobre la cabeza de Jacinto, intercambiando miradas de diversión.

No más de uno o dos kilómetros más adelante, aunque Becca sólo podía calcular la distancia a esa velocidad, Jacinth volvió a aminorar la marcha y giró hacia un camino de tierra. Becca jadeó al ver una estructura, y sus ojos se abrieron de par en par. Se alzaba sobre la hierba aterciopelada como un castillo de algún libro de cuentos, con torres que surgían de las esquinas, pintadas de verde pálido con ribetes blancos.

"¿Qué es este lugar?", jadeó.

Jacinto sonrió. "Es la posada donde te alojarás. Este estilo de casa se llama victoriano y data de principios del siglo XIX. La pareja propietaria, Angus y Renee Johnston, la compraron y la convirtieron en posada. Es lo que llamamos un bed and breakfast; ofrecen un desayuno completo todas las mañanas, y bebidas durante todo el día y la noche."

La aprensión se apoderó de ella. "¿Qué haré para otras comidas?"

La risa de Jacinto, como campanadas, la tranquilizó. "No te preocupes. Ahora formas parte de la familia, de la familia de la gran comunidad mágica de aquí. Katerina ya te ha pedido que vengas a cenar con ella mañana por la noche. Conocerás a su marido, Troy. Troy también es veterinario, como Douglas, pero su especialidad es cuidar gatos".

Detuvo el coche ante una cuidada acera que conducía a un amplio porche y unas puertas dobles acristaladas. "Venga, vamos a registrarte".

Jacinth abrió la parte trasera del coche y sacó el artilugio con ruedas en el que habían colocado las pertenencias de Becca, tanto las nuevas como las viejas. *Maleta*, lo había llamado. Había un tobogán metálico con un asa en la parte superior, y Talya le demostró cómo hacer rodar la maleta detrás de ella. Sintiendo muy atrevida e intrépida, Becca agarró el asa, asombrada de lo fácil que era maniobrar a pesar del peso. Era muy superior a llevar la mochila del vendedor ambulante, que había amenazado con romperle la espalda. No es que hubiera podido arrastrar esto por el bosque como lo había hecho... ¿tan sólo esta mañana? Seguía llevando la mochila del vendedor ambulante al hombro, por supuesto, pero era fácil llevar la maleta a su lado.

Becca siguió a Jacinth y Talya por el pasillo y subió los escalones, con la mirada ansiosa observando los tablones bien barridos y pintados con suavidad, las cómodas sillas y las mecedoras dispuestas en el porche. Siguiendo a Jacinth por la puerta principal, se encontró en un pequeño vestíbulo, con un pasillo que se extendía hasta la parte trasera del edificio y una escalera que subía justo delante de ella, a su derecha una amplia puerta que daba a una sala más grande. Estaba bien iluminada y era acogedora, y olía deliciosamente a algún tipo de aceite para muebles y a repostería.

A la izquierda de la puerta había un mostrador bajo. Un negro alto se levantó de un escritorio que había detrás, con los dientes blancos brillando contra la piel oscura mientras les saludaba. Era mayor, tenía el pelo un poco canoso, pero sus ojos eran amables.

"Jacinth, me alegro de volver a verte. Y a ti también, joven Talya". Su mirada se dirigió a Becca. "Y ésta debe de ser nuestra nueva residente".

"Buenas noches, Angus", respondió Jacinth con despreocupación. "Sí, soy Rebecca Amador. Becca, éste es Angus Johnston".

Angus asintió a Becca, con una sonrisa cálida y acogedora. "Bienvenida, Rebeca. Tenemos una habitación preparada para ti en la parte delantera del segundo piso, con balcón".

"Gracias, buen Johnston", respondió ella automáticamente, con los pensamientos desbocados. Estaba claro que era un blackamore y, sin embargo, al parecer era el dueño de esta posada, y conversaba fácilmente con Jacinth y Talya como si fueran iguales. Es más, él y su mujer tenían algún tipo de magia. En su época, los únicos blackamores que había visto eran esclavos. Había negros liberados, por supuesto, pero, al igual que los libres contratados, nunca más que sirvientes. Al menos, no que ella supiera. No era que la buena gente de la aldea de Salem la incluyera en sus discursos políticos. Se dio una sacudida mental y volvió a centrar su atención en el presente.

"Angus", corrigió amablemente, con una sonrisa tranquilizadora.

Jacinto tenía la cabeza ladeada y miraba a la posadera con cierta curiosidad. "Supongo que debes saber algo sobre su situación".

Angus sacudió su canosa cabeza. "No mucho. Sólo que estaba en peligro y vino aquí en busca de seguridad".

Becca tragó saliva. Por supuesto que habría que decírselo, ya que ella viviría aquí, al menos de momento. Al menos era mágico y creería su increíble historia. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Talya intervino.

"Es de Salem", dijo Talya con entusiasmo, aparentemente encantada de formar parte de todo aquello. "Iban a juzgarla por bruja, pero vino aquí".

Angus soltó un silbido largo y bajo, con las cejas levantadas. "Qué inesperado. Bueno, entonces, Becca. Seguro que aquí estás a salvo de cualquier perseguidor".

Sus ojos tenían un brillo amistoso, y Becca se rió, como él había querido que hiciera.

"Te lo agradezco", le dijo ella. "Tengo mucho que aprender, pero ya me está gustando este tiempo".

"Lo harás bien, con esta gente cuidándote", inclinó la cabeza hacia Jacinto, que se limitó a reír.

"Déjame que firme su habitación", dijo Jacinto, "y la subiremos para que se instale por la noche".

Se oyó un extraño zumbido detrás del mostrador, y un momento después Angus colocó una hoja de papel sobre el mostrador. Jacinth lo firmó, y Angus le pasó una llave por el mostrador. "La hemos puesto en la habitación en la que se alojó Tamera, ya sabrás dónde está".

"Perfecto". Jacinth cogió la llave, y juntas subieron las escaleras, Becca con su mochila de vendedora ambulante sobre un hombro, y Jacinth con la maleta, mientras Talya saltaba escaleras arriba delante de ellas.

Becca esperó hasta que estuvieron arriba, se detuvo ante una puerta blanca pintada con el número tres, antes de susurrar: "¿A los negros se les permite tener propiedades? ¿Y negocios?"

"No me lo esperaba", dijo Jacinto con una media carcajada. "Por supuesto, la mayoría habrían sido esclavos en tu época. Ha pasado tanto tiempo que lo había olvidado. Bien, una lección rápida sobre libertades civiles. La esclavitud se abolió hace más de ciento cincuenta años. El término 'negro' ya no se utiliza, lo correcto es llamarlos afroamericanos, o negros".

"¿Nada de esclavitud?" Los ojos de Becca se abrieron de par en par, asombrada. "Nunca habría pensado que los hombres ricos, los dueños de las plantaciones y demás, permitirían que eso ocurriera".

Jacinto parecía sombrío. "No se rindieron fácilmente. Hubo una guerra y los liberaron a todos".

"Lo estoy aprendiendo ahora", admitió Talya. "En la escuela. Sobre la Guerra Civil, quiero decir, en historia, y sobre la igualdad en la clase de estudios sociales".

Jacinto asintió. "Hace cien años, las mujeres también empezaron a exigir derechos. Ahora todos somos iguales... o se supone que lo somos, al menos... ante la ley".

Becca parecía dudosa. "¿Incluso cuando nos casamos? Porque todo lo que poseemos pasa a ser propiedad de nuestro marido cuando nos casamos. Incluso cuando tenemos hijos, son propiedad del marido".

"Ya no". Jacinto le guiñó un ojo. "Dejaremos las lecciones de historia y sociedad para otro día. Por ahora, vamos a llevarte a tu habitación, ¿vale?".

Introdujo la llave en la cerradura de la puerta y la abrió de un empujón. Becca la siguió, y Talya, que la seguía de cerca, casi chocó con ella cuando se detuvo bruscamente, mirando a su alrededor.

"¿Ésta... es mi habitación?"

La habitación era enorme, con un bonito papel pintado y apliques de cristal en las paredes. Había una gran cama con dosel, cuyo colchón era al menos tres veces más grueso que el de su casa. Contra una pared había un armario, así como un escritorio sencillo y una silla con una lámpara encima. Otra mesita y una lámpara a juego estaban junto a la cama y sostenían una cajita negra con números rojos que brillaban. Había unas puertas dobles acristaladas que daban a un balcón con vistas a la entrada de la posada.

"Ven a mirar aquí, Becca". De pie justo en el umbral de la puerta, Jacinth llamó su atención. Señaló un pequeño pomo que sobresalía de la pared. "Es un interruptor que enciende y apaga las luces, ¿ves? Con un movimiento del mando, se encendieron las luces de los apliques. Otra vez, y se apagaron.

Fascinada, Becca alargó la mano, encendiendo y apagando de nuevo las luces. "¡Más magia!"

"Se llama electricidad, y es lo que hace funcionar el frigorífico y el lavavajillas. Entre otras cosas", explicó Jacinth. Se acercó a la mesa de al lado y estudió la lámpara que había allí. "Ésta tiene una cadenita de la que tiras para encender y apagar la luz. ¿Ves?"

"Sí, ya veo", dijo Becca, probándolo. "¿Qué es esa caja que hay en la mesa de al lado, con los números?"

En el poco tiempo que llevaba en la habitación, el número había cambiado.

"Eso es un reloj. Otra vez eléctrico, te dice la hora".

Estudió el reloj. "Sé lo que es un reloj, pero sólo los ciudadanos más ricos podían permitírselos".

Tanto Jacinth como Talya se rieron. "Están por todas partes y todo el mundo las tiene", dijo Jacinth.

"Tu teléfono también", le dijo Talya. "Olvidé enseñarte esa parte. Toma, saca el tuyo".

Becca obedeció, pulsó el botón como le habían enseñado a encenderlo e introdujo el código que había elegido. "¡Ya veo!" Sonrió de alegría por haberlo encontrado ella sola. "Ésa es la hora, justo encima de la fecha".

"¡Ya lo tienes!" sonrió Talya. "Serás una experta en un santiamén".

Era una expresión que nunca había oído, pero comprendió su esencia y sintió que se le hinchaba el pecho de orgullo. El orgullo era un pecado, por supuesto, pero... se sentía bien haciendo cosas por sí misma, aprendiendo rápidamente para no sentirse tan perdida y desamparada en este mundo nuevo y tan extraño, completamente diferente de todo lo que había conocido antes.

Volvió a echar un vistazo a la habitación. "Es muy grande. Casi tan grande como toda mi casa en la aldea de Salem".

Talya frunció el ceño. "Una casa no puede ser tan pequeña. ¿Verdad?"

"Pues no", admitió Becca. "Bueno, algunas podrían serlo, pero la mía era una casa agradable, no tan grande como otras, pero tampoco un cuchitril. Sin embargo, esta habitación parece mucho más grande, es espaciosa, y el techo alto, y las puertas de cristal se abren al exterior. La mayoría de las casas de mi época eran oscuras, y las paredes se oscurecían por el hollín de la chimenea. Al menos -se enmendó-, a menos que fueras rico y tuvieras sirvientes que fregaran las paredes y los techos con regularidad".

Jacynth, que había estado abriendo su maleta y guardando ropa en el gran armario, se giró al oír esto. "Hablando de chimeneas...". Se acercó a la chimenea que ocupaba un lugar frente a la gran cama y la examinó. "Sí, me lo imaginaba. Es de gas", dijo, enderezándose. "Becca, ven aquí. Esto es importante, así que presta mucha atención".

Con curiosidad, Becca cruzó la habitación. La chimenea le parecía una chimenea, aunque era extraño que no hubiera braseros ni una pila de leños, pero Jacynth estaba señalando un pomo redondo en la pared.

"Esto es más tecnología que aún no hemos explicado. La chimenea no quema troncos, utiliza algo llamado gas. Ya te lo explicaré más adelante, pero lo importante es que, cuando enciendas esto, se encenderá un fuego".

Becca frunció el ceño. "Pero eso son troncos", dijo, frunciendo el ceño hacia los troncos de la chimenea.

"No son reales", explicó Jacinto. "Tócalos, ya verás".

Becca puso la mano sobre uno de ellos, incrédula, y luego dio un grito ahogado, apartando la mano. "¡No es madera!"

"¿De qué *están* hechos?" preguntó Talya, que había estado observando. "Nunca se me había ocurrido preguntarlo".

Jacinto parecía avergonzado. "No lo sé. A mí tampoco se me ocurrió preguntar".

"Déjame buscarlo en Google". Talya dio unos golpecitos en su teléfono y levantó la vista. "Están hechos de algún tipo de cerámica, o de una mezcla de cemento".

¿"Google"? preguntó Becca, desconcertada.

Talya le sonrió. "Esa es la lección de mañana. Vengo directamente de la escuela para enseñarte más cosas".

Con el ceño fruncido, Jacynth se volvió hacia la adolescente, cruzándose de brazos ante ella, con una ceja levantada. "¿En serio? ¿Y los deberes, jovencita?"

Talya se mordió el labio, pareció indecisa por un momento, pero luego se animó. "¡Ya sé! Puedo ponerla en marcha y darle una lista de cosas que buscar, y mientras ella lo hace yo puedo hacer mis deberes. Podemos ponernos en una mesa del salón y tomar cacao y galletas. Y esas cosas". Becca tuvo que reprimir una carcajada cuando la niña abrió mucho los ojos y todo su delgado cuerpo se inclinó hacia su madre en señal de súplica. "¿Por favor?"

Jacynth aflojó la postura, pero mantuvo su expresión severa. "De acuerdo, entonces, pero sólo mientras sigas con tus deberes escolares. Si empiezas a descuidarlo, sólo podrás venir a visitar a Becca los fines de semana".

La adolescente rebotó de emoción sobre las puntas de los pies. "¡Puedo hacer las dos cosas, lo juro!"

Cuando Becca se inclinó para girar el pomo del gas, Jacynth exclamó. "Ah, claro. Ahora presta atención, Becca, esto es muy, muy importante. Utilizamos el gas para las chimeneas, y en estufas y hornos para cocinar, pero también puede ser muy peligroso si no se utiliza correctamente. Si giras el mando y no hay llama, apágalo inmediatamente y avisa a Angus. En ningún momento quieres inhalar el gas, lo que ocurriría si no se encendiera el fuego para quemar

el gas".

Becca retiró la mano del pomo. El peligro no era bueno y no entendía casi nada de lo que Jacinth decía. "Quizá me limite a dejarlo estar".

Jacinto sonrió tranquilizadamente. "Necesitarás la chimenea para calentarte aquí, a última hora de la noche y a primera hora de la mañana. Todavía hace mucho frío por la noche. Asegúrate de que la llama esté encendida y estarás bien".

Al girar el mando, Becca oyó un sonido "whumpf" y, de repente, salieron llamas de un largo tubo metálico que había debajo de los troncos que no eran de madera.

"Puedes controlar la cantidad de llama girando un poco el mando en cualquier dirección", instruyó Jacinto, inclinándose para hacer una demostración. "Sólo asegúrate de que la llama no se apague, a menos que la hayas apagado del todo".

"Apuesto a que puedo encontrar un tutorial o algo sobre seguridad con el gas natural en YouTube", dijo Talya. "Lo pondré como primera cosa en la lista para mañana".

"Es un buen plan". Jacinth deslizó el brazo alrededor de su hija adoptiva y sonrió suavemente a Becca. "Te dejaremos ahora para que puedas terminar de deshacer las maletas y dormir un poco".

"Nos vemos mañana", asintió Talya. "¡Nos lo vamos a pasar muy bien!".

"Pero no hasta mañana", aceptó Jacinto, acompañando a Talya hasta la puerta. Sonrió por encima del hombro mientras se marchaban. "Buenas noches, Becca. Intenta no preocuparte. Todo va a salir bien".

"¡Buenas noches!" Talya saludó con la mano y la puerta se cerró tras ellas, y Becca se quedó sola en aquella encantadora habitación, en aquella encantadora posada, lejos tanto en el espacio como en el tiempo de su hogar y de la única vida que había conocido.

Sintiéndose un poco desamparada, Rebeca se encaramó al borde de una silla. Incluso a sus ojos era antigua, con las patas y el respaldo de madera exquisitamente tallada y el asiento bordado. Se preguntó si sería algo que se había fabricado en su época y envejecía de la forma habitual. Era extraño preguntárselo, pero de todos modos se sentía extraña. Era la primera vez que estaba sola desde que había visto a Remi, hacía tantas horas y trescientos años. Estaba acostumbrada a estar sola, lo había estado durante años. Sin embargo, ahora anhelaba la compañía de los demás.

Inquieta, se levantó y se dirigió a las puertas que daban a un balcón. ¡Qué casualidad! ¡Su propio balcón! Abrió las puertas y salió al exterior, levantando la cara hacia la brisa del atardecer. No olía tan distinto de lo que había olido hacía tanto tiempo, en la aldea de Salem. El aire fresco de la primavera, el leve aroma del humo de las hogueras de las casas cercanas. Vio que en el balcón también había sillas y una pequeña mesa.

Eligió uno y se sentó, estirando los pies ante ella para contemplar las puntas de los zapatos que Alessandra le había comprado. No eran de cuero, ni de ningún material que ella hubiera conocido antes. Incluso los cordones eran distintos, blancos, con pequeños destellos. Sin embargo, eran cómodos, más de lo que se hubiera imaginado. Movié el pie, estudiando los zapatos. También tenía las zapatillas, las bonitas acolchadas de un tono parecido al de las frambuesas. Había metido la mano dentro de una, y eran suaves y muy cálidas.

Se retorció un poco en la silla, intentando sentarse correctamente, pero descubrió que no podía. La silla estaba baja hasta el suelo y tenía el respaldo inclinado. Estaba claro que estaba hecha para que alguien se sentara, muy distinto de lo que ocurría en casa, donde era de perezosos encontrarse tumbados. Uno se sentaba correctamente, con la espalda recta y los pies en el suelo. Pero era imposible hacerlo en esta silla.

Se dio por vencida y se reclinó en la silla, relajándose en su curva, mientras pensaba en su situación actual. Estaba lejos de la aldea de Salem, lejos de los puritanos, y a salvo aquí, entre nuevos amigos. Parecía que ya la habían acogido en su seno. Pero la pregunta seguía siendo: ¿qué iba a hacer? Su vida había sido la granja, las gallinas, la vaca lechera, el cerdo y sus huertos. Cada minuto de su vida, parecía que había trabajo que hacer. Y ahora, de repente, no tenía otra cosa que hacer que sentarse en aquel balcón y contemplar la luna plateada que se alzaba sobre las copas de los árboles.

Tampoco tenía ni idea de cómo iba a mantenerse en este nuevo mundo. Por ahora, al menos, parecía que tendría que depender de la amabilidad de aquellos desconocidos. Aunque el orgullo puede ser un pecado, era un golpe para ella, ya que siempre había podido mantenerse vendiendo productos que había hecho en casa, productos de su huerto. Ahora no tenía casa, ni tierra, ni huerto. Ni vaca lechera para la leche, la mantequilla y el queso, ni gallinas para los huevos.

Claro que, pensó, si la hubieran ahorcado por bruja, tampoco tendría esas cosas, ni las necesitaría. Aun así, le escocía depender de los demás. Sin duda tenía que haber algo que ella pudiera hacer, aquí y en esta época. Mañana hablaría de ello con Jacinto.

Su teléfono sonó desde donde lo había dejado, sobre la mesa, a su lado. Lo cogió y tocó el recuadro que aparecía en la pantalla, como le habían indicado. Apareció un mensaje y sonrió al ver que era de Alessandra.

¿Cómo te va?

Con un estremecimiento de excitación, volvió a teclear... complacida por haber recordado la palabra "teclado". *Estoy muy bien, gracias. Me resulta un poco extraño, esta vez, todo es muy diferente.*

La respuesta llegó un momento después, a pesar de que Alessandra vivía en Staten Island. Según Jacinth, no estaba lejos de Nueva York, sino a unos cuarenta kilómetros o más. Y, sin embargo, podían enviarse cartas tan rápido como si se las pasaran de mano en mano. Ella la leyó.

Te llevará algún tiempo adaptarte, pero tengo fe en ti. Tómate tu tiempo y no te preocupes.

Un cálido resplandor la invadió. Nadie había preguntado nunca por ella, nadie se había preocupado por cómo estaba, no en los años transcurridos desde la muerte de su madre. Se le hizo un nudo en la garganta y tecleó una respuesta.

Lo intentaré. Gracias por tu amabilidad y por las cosas que me has traído hoy.

Estoy encantada de ayudarte. Puedes llamarme en cualquier momento, si necesitas algo, o si sólo necesitas un amigo con quien hablar.

Una amiga. ¿Había tenido alguno alguna vez? Católica española, que vivía en las afueras de la sociedad puritana, Becca nunca había tenido la oportunidad de tener amigos. Incluso de niña, los adultos habían advertido a sus hijos que se alejaran de ella, impidiéndoles entablar amistades. No había sido infeliz, pero era una existencia solitaria. Y ahora, estas mujeres reclamaban su amistad.

Su teléfono volvió a sonar, esta vez un mensaje de Katerina.

No olvides que hay té y café disponibles toda la noche en el salón de abajo, así como productos de pastelería.

Era una tontería, pero en ese mismo instante abrazó el teléfono contra sí. Aquellas mujeres se preocupaban de verdad por ella. Se tomaban el tiempo de pensar en ella, de escribirle para ver cómo estaba, para asegurarse de que no estaba necesitada.

El siguiente mensaje era de Talya, y la hizo reír aunque no lo entendió ni la mitad.

¡¡¡¡¡Squeee!!!! ¡Estoy tan emocionada de que estés aquí! Vamos a divertirnos mucho juntos, ¡espera y verás! Me aseguraré de que aprendas todo lo que necesitas saber. Mañana

aprenderemos lo básico, la televisión, los ordenadores e Internet. Y Google. Créeme, te van a encantar Google y YouTube.

¿Qué debía decir a cambio? No tenía ni idea de qué estaba hablando Talya. Se lo pensó un momento y respondió: *"Espero con impaciencia nuestras clases"*.

Jacinth dice que ahora tengo que apagar la luz e irme a dormir. Buenas noches, Becca, dulces sueños.

Becca se quedó mirando el mensaje. ¿La chica estaba escribiendo desde la cama? Definitivamente, el siglo XXI era bastante extraño. Tecleó una última respuesta

Y buenas noches para ti, Talya.

Miró la hora en el teléfono. Las diez. En casa ya se habría acostado mucho antes, para levantarse temprano por la mañana y hacer sus tareas; empezar a hornear, ordeñar la vaca, dar de comer al cerdo, recoger los huevos de las gallinas. Aquí no tenía nada de eso que hacer; aun así, supuso que debía intentar dormir. Antes de irse, Jacinth había puesto una "alarma" en el reloj de cabecera para despertarla a las siete. Así, según Jacinth, podría levantarse, vestirse y bajar a tiempo para desayunar. ¡A las siete! Parecía casi indecente quedarse en cama hasta las siete de la mañana.

Se levantó de su asiento y entró, cerrando bien las puertas del balcón. Sólo ahora se dio cuenta de que estaba temblando de frío; antes había estado demasiado absorta en sus pensamientos como para darse cuenta. Se apresuró a ponerse el cálido camisón largo... no, camisón, se llamaba... que le había dado Alessandra, y se metió en la cama. Un momento después volvió a salir corriendo hacia la chimenea, donde se había olvidado de apagar el peligroso e importante gas. Una vez hecho esto, se metió en la cama y se tapó con las pesadas mantas. Se acurrucó en la almohada más suave que jamás había encontrado, sintiéndose caliente, segura y extrañamente contenta.

CAPÍTULO 7



REBECCA SE DESPERTÓ LENTAMENTE. LO PRIMERO QUE NOTÓ FUE QUE LE DOLÍA TODO. LA espalda, los hombros, las piernas. Lo siguiente que notó fue que el colchón sobre el que estaba era blando y que la manta que la cubría era gruesa y cálida. Su mejilla descansaba sobre una almohada tan suave y mullida que le hizo pensar que seguía dormida y soñando. De mala gana, abrió los ojos. Los rayos de la madrugada iluminaban la habitación en una suave cama. Parpadeó, desconcertada, ante el entorno desconocido y de aspecto muy extraño. Un momento después, la memoria la inundó y se incorporó de golpe en la cama, jadeando, llevándose una mano al pecho mientras miraba a su alrededor.

Entonces era real. No era un sueño. Empujó las pesadas sábanas y se deslizó de lado para que las piernas le colgaran del suelo. Se estremeció al observarse los pies. Estaban cortados y magullados por su desesperada caminata por el río, y parecían aún más hinchados que ayer. Tendría que preguntar a alguien por los ungüentos curativos, pero, se recordó a sí misma, tenía suerte de no haberse torcido el tobillo o algo peor. Ayer debería habérselo preguntado a Jacinth, pero había tenido tanto que asimilar que no se había dado cuenta de sus dolores. Ahora era muy consciente y se levantó de la cama con dificultad.

Entró en el minúsculo cuarto de baño, que sólo contenía un inodoro y un lavabo... Se sintió orgullosa de sí misma por recordar el nombre. Un estante sostenía una toalla gruesa y mullida y una toallita, y sobre el lavabo había un pequeño paquete envuelto en papel. Curiosa, Becca lo cogió y lo examinó. Desprendía una dulce fragancia. Despegó el papel y descubrió una pastilla de jabón de color crema. Abrió el grifo del lavabo, como había hecho el día anterior en casa de Jacinth, y se echó agua en la cara para despertarse más, luego se lavó la cara y el cuello, encantada con el tacto sedoso del jabón y la delicada fragancia. Sentada en el asiento del váter, se lavó los pies con cuidado, haciendo una mueca de dolor cuando el jabón golpeó los cortes abiertos. Se secó los pies con la toalla, que era más suave y gruesa que cualquier otra que hubiera tenido, y volvió al dormitorio.

Con un suspiro de puro alivio, deslizó los pies en las suaves zapatillas acolchadas que le habían regalado. Después se dirigió a su armario y eligió una de sus nuevas faldas, un bonito algodón de flores azules, y una blusa de color zafiro oscuro, larga y holgada. Se las puso y se ató el cinturón de cuerda a la cintura. Sentada en el borde de la cama, se cepilló el pelo con cien movimientos cuidadosos. Lo hacía todas las noches antes de acostarse, pero anoche estaba tan agotada, tan abrumada, que se había olvidado. Después de cepillárselo, lo retorció en una gruesa trenza y dudó. Hasta el momento, nadie se había recogido el pelo, y mucho menos con gorro o

cofia. Se lo pensó dos veces y decidió dejar la trenza suelta sobre el hombro. Después de todo, podría recogerla rápidamente si lo consideraba necesario.

Una vez decidido esto, centró su atención en sus pertenencias de casa. Había colocado la pesada mochila de vendedor ambulante junto a la cama cuando llegó anoche, y ahora se arrodilló junto a ella y abrió la solapa superior. Reverentemente, sacó la estatua de la Santa Madre y la colocó sobre la mesilla de noche. Sacó su ropa y la colocó en un montón sobre la cama; luego sacó la Biblia familiar y el crucifijo enjoyado. Los colocó también sobre la mesilla y se sentó sobre los talones para contemplarlos con una sonrisa, alargando un dedo para trazar las curvas del crucifijo. Volvió a rebuscar en la mochila y sacó la caja de madera tallada a mano con los rosarios. Miró alrededor de la habitación. Contra una pared, al otro lado de la cama, había una mesita sencilla. Se levantó y llevó la Biblia, el crucifijo y la estatua hasta allí, colocándolos sobre la mesa, junto con los rosarios en su caja. Una punzada le retorció el corazón al mirarlos, las únicas reliquias de su familia que le quedaban. Bueno, los libros y los papeles, las joyas, en la mochila del vendedor ambulante, pero llevaban allí un siglo; estos objetos de aquí, con los que había crecido, los veía en su casa todos los días.

Con un suspiro, se volvió hacia la cama. Miró hacia la mesita de noche, donde estaba la caja con números. No recordaba cómo se llamaba, pero Jacinth le había enseñado el botón para apagar la alarma. Eran las 6:56. Curiosa, esperó a ver qué pasaba a las siete. Efectivamente, cuatro minutos después, un fuerte pitido llenó la habitación. Riendo de alegría, pulsó el botón que la apagaba y se hizo el silencio. Era hora de bajar a desayunar y de empezar el día con esta nueva hora.

Con una mueca interior, se quitó las zapatillas acolchadas y recogió los zapatos nuevos del suelo. Le costó ponérselos en los pies hinchados, pero aflojó los cordones de la parte superior. Echó una mirada nostálgica a las suaves y sedosas zapatillas, pero no podía llevarlas en las zonas públicas, por supuesto. Cogió el pequeño bolso de algún tipo de material que no era ni cuero ni el interesante plástico, y salió de su habitación, cerrando concienzudamente la puerta y dejando caer la llave en el bolso.

Intentando no cojear, con el estómago revuelto por la aprensión, Rebecca... *¡Becca!* se reprendió a sí misma... se dirigió hacia la escalera. Descubrió que era fácil ser audaz e intrépida cuando se estaba rodeada de señoras alegres y parlanchinas a las que parecía gustar. Otra cosa era aventurarse a salir de su habitación en una posada extraña, sin conocer a nadie. Apoyando una mano en la barandilla para estabilizarse, bajó las escaleras, haciendo una mueca de dolor a cada paso.

"Tú debes de ser Rebeca. Bienvenida".

Levantó la vista, sobresaltada, cuando una majestuosa mujer negra... espera, no. Jacinth había dicho que no utilizara esa palabra, pero una mujer afroamericana... de unos cincuenta años quizá, con el pelo ligeramente salpicado de plata, se acercó cuando Becca llegó al pie de la escalera. La mujer cogió las manos de Becca y le sonrió ampliamente, y Becca no pudo evitar devolverle la sonrisa.

"Gracias..." Buscó la dirección adecuada, pero no conocía a la mujer, así que optó por la forma más formal de dirigirse a ella. "Señora".

La mujer soltó una profunda carcajada. "Soy Renee, la esposa de Angus. Estábamos esperando tu llegada".

Desconcertada, Becca la miró fijamente. Por la forma en que lo había dicho, parecía que la esperaban desde hacía tiempo. Pero ella había estado en Salem Village hasta ayer.

"No lo entiendo".

"No importa". Renee la soltó, dando un paso atrás, y señaló las mesas que bordeaban una de las paredes de la sala. "Debes de estar hambrienta. Ven, Rebecca, vamos a desayunar".

"Sólo Becca, por favor".

Renee se detuvo para mirarla. "¿Becca? Es encantadora".

No pudo evitar sonreír al recordarlo. "Lo eligió Katerina. Dijo que necesitaba un nombre nuevo para este siglo".

Renee asintió en señal de aprobación. "Porque te estás reinventando. Me gusta".

Reinventarse a sí misma. A ella también le gustaba cómo sonaba. Eso era lo que estaba haciendo. Tuvo que reprimir un escalofrío de placer mientras seguía a Renee hasta una mesa situada en una esquina de la habitación, donde había montones de platos y cuencos, y una gran variedad de cubiertos.

"Esto se llama buffet, con toda la comida dispuesta, para que cojas lo que quieras".

Renee le dio un plato y se dirigió a la mesa contigua, larga y rectangular, con varias cacerolas grandes de metal tapadas. Renee levantó la tapa de la primera sartén y salió vapor. Dentro había huevos, cocidos revueltos, ligeros y esponjosos. Renee abrió la siguiente sartén.

"Estos huevos de aquí tienen jamón y queso mezclados. Y esto de al lado es bacon y salchicha. Y así sucesivamente. Ve cogiendo lo que quieras de cada uno. Contra la pared, allí - señaló con la cabeza un lado de la habitación-, tenemos bebidas. Té, café, chocolate caliente, zumo de naranja y zumo de tomate. Sírvelo lo que quieras".

Becca se movió a lo largo de la mesa, cogiendo un poco de cada cacerola. La cuarta sartén contenía lo que parecía una especie de patatas, pero desmenuzadas y con cebolla y pimientos mezclados. Sin embargo, cuando llegó a la quinta sartén, no pudo contener un grito de alegría.

"¡Hoecakes!"

Renee, que había desaparecido por una puerta que Becca supuso que conducía a la cocina, regresó justo en ese momento.

"Ahora se llaman tortitas. No sé cómo se comían en tu época, pero ahora las untamos con mantequilla y les echamos sirope por encima. Sobre la mesa con las bebidas tenemos distintos siropes: de arce, de arándanos, de fresa y de nuez de mantequilla".

Se rió al ver la expresión de Becca. "Toma, coge un plato aparte. Apila dos o tres tortitas y úntalas con mantequilla. Luego corta la pila en cuartos y prueba un sirope distinto en cada uno. A ver qué te gusta más".

Becca miró el plato que ya tenía en las manos y la sartén de tortitas. "Debería dejar esto primero".

Mirando a su alrededor, eligió una mesa junto a una ventana que daba a un césped verde, enmarcado por el bosque cercano, cuyas hojas rebosaban del verde fresco de la primavera. Dejó el plato y los utensilios en el suelo, y volvió a por unas tortitas. Estaba maravillada con los sabores de su primer bocado de tortita, ligera y esponjosa, rica en mantequilla de arce, cuando una voz masculina la hizo levantar la vista.

"Buenos días. ¿Eres Becca?"

Tragó saliva rápidamente, dejó el tenedor en el suelo y se levantó rápidamente de su asiento. La ansiedad la inundó. El extraño hombre era quizá un poco mayor que ella, de piel clara, con un mechón de pelo castaño rojizo sobre unos brillantes ojos color avellana con motas verdes. Tenía líneas de expresión alrededor de los ojos y pliegues, que no llegaban a ser hoyuelos, a ambos lados de una boca ancha y generosa.

"¿Sí? Quiero decir, sí, lo soy".

El hombre pareció sorprendido cuando ella se volvió hacia él, mirándola como si nunca antes

hubiera visto a una mujer.

"¡Dios mío, eres preciosa!"

Al instante se coloreó hasta las orejas. Ella sintió que su propia piel se calentaba de vergüenza y bajó la mirada.

"Te pido disculpas", dijo, con voz apenada. "Es que... me dijeron que eras puritana, así que pensé...", se detuvo a trompicones, sonrojándose de nuevo. "Eso no suena mucho mejor, ¿verdad?"

Ella tuvo que reírse de su consternación. "¿Pensabas que sería sencilla y fea? ¿Amarrochada y remilgada?"

"Pues sí", admitió. "Te ruego que me disculpes".

Renee volvió de la cocina, adonde había desaparecido de nuevo tras asegurarse de que Becca tenía todo lo que necesitaba.

"¡Jake!" Le saludó cordialmente, con claro afecto. "Llegas tarde".

"Sí, señora", respondió, inclinándose para besar a Renee en la mejilla. "He perdido la noción del tiempo. He estado refrescando mis conocimientos sobre las colonias puritanas en Internet y me he puesto al día".

"Y volverás a ponerte al día si empiezas a hablar con Becca antes de desayunar. Ven a llenarte un plato, y luego podréis sentaros y hablar hasta hartaros".

"Sí, señora", repitió, con un alegre guiño a Becca, mientras se volvía hacia el bufé.

Unos minutos después, regresó con un plato cargado de huevos, salchichas y algún tipo de bollería, y una taza de café en la otra mano. Rondaba inseguro.

"¿Puedo sentarme contigo?", preguntó. "Tenía ganas de conocerte desde que Katerina vino y habló con mi hermano y conmigo anoche".

"¿Sí?" Ella le miró insegura. "¡Oh! Sí, claro, por favor, siéntate".

Consciente de que estaba balbuceando, cerró los labios con fuerza y bajó la mirada hacia su plato, sintiendo que un rubor se apoderaba de sus mejillas.

"Verás, me especialicé en Historia en la universidad", explicó, sentándose y dejando el plato y la taza de café. "Concretamente, me centré en las primeras colonias. No sólo Nueva Inglaterra, sino también las colonias holandesa, española y francesa".

La observó mientras probaba un bocado de tortitas con sirope de arándanos.

"¿Cómo te va hasta ahora? Todo debe parecerte increíblemente extraño".

Ella asintió, pero esperó a tragarse la tortita antes de responder.

"Sí, es muy extraño, y además con tantas palabras nuevas. Jacinto me dio un cuaderno y una pluma, y he ido escribiendo todas las palabras a medida que las aprendía".

"No puedo ni empezar a imaginar lo que debe de ser", admitió Jake. "Vivir en la Nueva Inglaterra del siglo XVII y, de repente, verte transportado a los Estados Unidos de hoy".

"Algunas cosas han sido un shock, como la ropa", dijo, mirando su falda y su bonita blusa de colores brillantes que nunca habría podido ponerse en su país. "Pero todo el mundo ha sido muy amable".

Sacudió la cabeza lentamente, pareciendo tener dificultades para apartar los ojos de ella. "Ni en mis sueños más salvajes pensé que conocería a un puritano vivo y coleando".

Becca se mordió el labio... parecía que ya había adquirido ese amaneramiento observando a la adolescente Talya... y le envió una tímida sonrisa.

"Aún no lo has hecho. De hecho, soy católico. Mi familia era originaria de España".

Jake se echó hacia atrás en la silla, con cara de asombro. "Creía que los puritanos no toleraban a los de otras religiones. Incluso de otras confesiones cristianas".

Becca se estremeció, los recuerdos la inundaron. Las miradas que había recibido, los nombres que le habían puesto.

"No lo hacen. Al menos, nos toleraban, pero sólo porque mi familia llegó a Salem más o menos al mismo tiempo que los primeros colonos. La ciudad aún estaba en construcción y supongo que se alegraron mucho de contar con manos extras. Mi abuelo y mi bisabuelo les ayudaron a construir muchos de los edificios, incluso la iglesia, así como otros edificios importantes como el Ordinario. El original", rectificó. "No el que se construyó cuando yo era niña".

"El Ordinario era una taberna", reflexionó Jake. "Muchas de las brujas acusadas fueron recluidas allí".

Sintió que se le iba el color de las mejillas. El recuerdo estaba demasiado cerca. Ayer mismo los había visto venir para detenerla por brujería. Ayer mismo había huido de su casa aterrorizada por su vida.

"Sí, lo eran".

Jake se disculpó de inmediato. "Lo siento. Ha debido de ser horrible".

Becca se vio obligada a tranquilizarle. "De hecho, no me acusaron, ni siquiera me detuvieron. Los vi venir por la carretera desde el pueblo". Se quedó pensativa, con la cabeza ladeada al recordar los sucesos del día anterior, reprimiendo un escalofrío. "Sabía que venían a acusarme. Sin embargo, no puedo explicar cómo lo supe. Me lo esperaba, por supuesto. Ya era una paria, en virtud de mi religión y mi herencia. Y mi propiedad, aunque pequeña, era próspera. Era consciente, por las historias de mi familia sobre la Inquisición española, de que sería un objetivo obvio para ellos. Pero cómo supe que ese día venían a por mí... no podría decirlo. Simplemente lo supe".

Renee, que había estado ocupándose de los alimentos del bufé y limpiando las mesas de los ocupantes anteriores, se detuvo junto a su mesa al pasar.

"Se te enfría el desayuno", le dijo a Jake, con voz acusadora.

Agachó la cabeza con aire culpable. "Lo siento".

Cogió un trozo de tocino y lo mordió, y Renee asintió satisfecha, apartándose.

Becca soltó una risita y él le guiñó un ojo. "Renee dirige un barco hermético".

Su ceño se frunció. "¿Barco apretado?"

"Ah, claro. Perdona. Tendré que vigilar la jerga. Dirigir un barco firme significa que es organizada y ordenada. Como el capitán de un barco".

Sus dedos ansiaban su papel... su cuaderno... y su bolígrafo. "He empezado a hacer una lista de estas palabras", le dijo a Jake. "Jacinto me dio un cuaderno y un bolígrafo, pero los dejé en mi habitación".

"Katerina dijo que se aseguraron de que tuvieras un móvil. ¿Lo llevas contigo? ¿Puedo verlo?"

"Sí, claro", respondió ella, sacándolo del bolsillo de la falda y pasándoselo al otro lado de la mesa. Jake lo cogió y dio unos golpecitos antes de tenderse.

"Me pongo en tus contactos, pero ¿ves este cuadrado morado de aquí, con la N blanca? Piensa que es como un cuaderno, pero en tu teléfono. Si te fijas, verás que he empezado una sección para el vocabulario, con una página para palabras y otra para frases".

Encantada, se quedó mirando la pantalla, tocando la sección llamada Frases. *Dirigir un barco firme* ya estaba introducida, junto con el significado que él le había dicho.

"Esto es mucho mejor que el cuaderno y el bolígrafo", dijo entusiasmada. "Puedo llevarlo conmigo a todas partes y es mucho más pequeño. Cuando vuelva a mi habitación, pondré aquí

todas mis palabras y significados".

Ante una mirada mordaz de Renee desde el otro lado de la habitación, ambas se callaron y se concentraron en su desayuno. Al terminar el suyo, Becca se levantó y cruzó la habitación hasta la mesa con las bebidas, sirviéndose una taza de café y añadiéndole una buena cantidad de azúcar. Volvió a la mesa y bebió un sorbo, lanzando un suspiro de satisfacción.

"Puede que sea pecaminoso, pero siempre quise poder poner todo el azúcar que quisiera en mi café. El azúcar era algo que tenía que comprar, así que tenía que tener mucho cuidado con ella. Jacinth me dijo que ahora era barato y abundante para todos. Por supuesto, también tenía que comprar té y café, pero me han dicho que ahora también son artículos domésticos habituales que todo el mundo tiene."

"Lo son, y probablemente muchas cosas a las que no estarías acostumbrado".

Ella asintió. "Como la limonada. Ayer la probé por primera vez. Estaba deliciosa".

Terminando también su comida, Jake dejó a un lado el tenedor y el cuchillo.

"Maroulla me pidió, a través de Katerina, que te pusiera al día... es decir, que te ayudara a aprender, la historia de América desde tu época hasta nuestros días. También, en cierta medida, la historia mundial, al menos los puntos pertinentes. Pero para empezar, necesitas conocer la historia americana, ya que es algo que todos los niños de América aprenden a partir de los siete años".

"Sí, y quiero aprender", asintió Becca con entusiasmo, inclinándose hacia delante y fijando su mirada en él. "Quiero aprender todo lo que pueda. Todo esto es muy diferente y nuevo, y quiero saberlo todo".

Jake se rió, levantando las manos. "¡Vaya! ¡Despacio! Puedes tomarte tu tiempo, no va a ninguna parte".

Le brillaron los ojos. "¡Hasta he entendido lo que acabas de decir!"

"Lo estás haciendo bien", le aseguró con una sonrisa. "Ahora, entiendo que esta noche irás a cenar a casa de Katrina, pero me gustaría ser el primero en llevarte a cenar a un restaurante, mañana por la noche. Podríamos tener nuestra primera lección y podrías experimentar un restaurante moderno... considerablemente diferente de lo que habrías conocido en la taberna común".

Becca vaciló, insegura. Recorrió la habitación con la mirada y volvió a mirarle a la cara. "¿Es correcto?", preguntó vacilante.

"Perfectamente", la tranquilizó Jake. "Siempre que te sientas cómoda con ello".

Aún así, dudó. "¿Y esto es ahora... normal? ¿Por esta vez?"

"Todo el mundo sale a restaurantes, cafés, cafeterías. Hay sitios en los que ni siquiera sales del coche, te dan la comida a través de una ventanilla, te vas en coche y te la comes en casa. Eso se llama comida rápida. Amigos de cualquier sexo y edad salen juntos a comer o beber, incluso a bailar. Aunque", añadió, "si es romántico, se llama cita".

Ella lo miró boquiabierto. "¿Bailar?"

Sacudió la cabeza, riendo. "Ah, sí. Pero no me tomes la palabra. Consigue que una de las señoritas te saque a bailar. O a un par de ellas".

"Yo... ¿bailando?"

"Toma, deja que te dé una idea". Sacó el teléfono y dio golpecitos en la pantalla durante unos minutos, hasta que por fin pareció encontrar lo que buscaba, y sostuvo el teléfono para que ella lo viera. "Toma, esto es en un club nocturno local".

Tardó un minuto en darse cuenta de lo que estaba viendo, y su grito ahogado resonó en la habitación, llamando la atención de Renee.

"Se... se mueve", tartamudeó. "Se mueve, la p-película".

"Ut-oh", dijo Jake, con cara de disgusto. Le apartó el teléfono. "Todavía no has llegado tan lejos, ¿eh? Lo siento, Becca".

"¡No!" Ella le agarró la muñeca, tirando de ella hacia atrás, con los ojos pegados a la pantalla. "Quiero ver".

Sabía que le temblaban las manos, pero aun así observó a la gente que bailaba. Mujeres y hombres... mujeres jóvenes en grupos... algunas apenas superaban la adolescencia, otras eran mayores de lo que habría sido su madre. Todos bailando o al menos... bueno... moviéndose en algún tipo de ritmos, todos diferentes. Al fondo, entre la multitud, podía ver músicos. Reconoció algunos instrumentos, pero la mayoría no.

"Y... ¿esto está ocurriendo ahora mismo?"

"No. Era de anoche. Estaba guardado, para que la gente pudiera verlo cuando quisiera. Pero aquí..." volvió a coger el teléfono y tecleó un poco más. "Aquí. Esto es una cámara en directo. Cam significa cámara, que es lo que hace las fotos".

Parpadeó, apenas comprendiendo. "Son coches moviéndose. Y gente andando".

"Sí, eso está ocurriendo ahora mismo, en Nueva York, en una plaza muy concurrida, llamada Times Square. En este momento, se trataría de personas que se dirigen al trabajo, en su mayoría. Hay una cámara montada en algún tejado, que graba y envía esto para que cualquiera pueda verlo".

"Y en cualquier momento, puedo abrir esto... esto..."

"Webcam", terminó por ella. "Sí, a cualquier hora del día o de la noche, podrías entrar en este sitio web y ver lo que está ocurriendo aquí mismo, tal y como está ocurriendo".

Miró más de cerca. "Hay imágenes en movimiento en la imagen en movimiento".

"Esas se llaman vallas publicitarias, son para hacer publicidad".

"Vale, aquí tienes otra. Te gustará". Tecleó un poco más y le enseñó la pantalla.

"¡Ohh!" Respiró, inclinándose hacia delante para mirar más de cerca, encantada. "¡Conejitos! Mira ése, está lamiendo la cara del otro". Apartó su mirada fascinada del teléfono para mirar a Jake. "¿Dónde está?"

"En casa de alguien. Son mascotas, y el dueño puso una cámara para que cualquiera pudiera verlas en su corral".

"¿Cualquiera puede hacer esto, entonces?"

"Claro", dijo con facilidad. "Algunas pueden ser bastante aburridas, mientras esperas a que ocurra algo. Por ejemplo, una cámara apuntando al comedero de pájaros del jardín trasero de alguien. Sólo es interesante cuando vienen los pájaros, el resto del tiempo te limitas a ver cómo cuelga el comedero. Hay una gran cámara de osos pardos en Alaska... que es un estado muy al noroeste, muy frío y nevado. Estudiaremos Alaska en la asignatura de Historia de América. De todos modos, hacia septiembre, cuando sale el salmón, puedes ver a los osos bajar al río para atraparlos".

Becca sonrió. "Osos y salmón. Por fin hay algo que me resulta familiar".

Se rió. "Sí, todavía hay osos negros en Massachusetts. También los hay aquí, en el valle del Hudson, así como coyotes, ciervos, lince, castores, por nombrar algunos. Zorros, nutrias, puercoespines".

Jake echó un vistazo a un pequeño aparato que llevaba en la muñeca, con una pantalla similar a la del reloj de la mesilla de noche del piso de arriba. "Es hora de que me prepare para ir a trabajar. Si no nos encontramos esta noche cuando vuelvas de casa de Katerina, te veré mañana".

"Que te vaya bien", respondió Becca, sintiéndose incómoda, pues se dio cuenta de que no

conocía las palabras adecuadas de despedida en este tiempo.

Le dedicó una sonrisa. "Adiós por ahora, Becca".

Salió de la habitación silbando una melodía en voz baja. Sin saber muy bien qué hacer con los platos y utensilios sucios de la mesa, Becca empezó a apilarlos. Renee, que estaba cerca, se detuvo para sacudir la cabeza.

"Déjalos, ya los cojo yo".

Becca dudó. Era extraño no limpiarse. "¿Estás segura?"

"Por supuesto. Tengo personal para ello". Renee miró un reloj que había en la pared, encima del bufé. "Seguimos sirviendo el desayuno durante una hora más, y luego tengo que limpiar la cocina y preparar el comedor para mañana. Pero si vuelves a las diez, quiero enseñarte algo".

"Sí, Goody... sí, Renee", dijo, tropezando aún con los títulos con los que la habían educado para dirigirse a los demás.

La sonrisa de Renee era cálida. "Hasta luego".

Sintiéndose extrañamente reconfortada, Becca subió de nuevo a su habitación; el dolor de pies era mucho mayor que el cálido resplandor de felicidad que sentía en el pecho.

CAPÍTULO 8



SUBIENDO LAS ESCALERAS HACIA SU HABITACIÓN, BECCA SALIÓ AL BALCÓN Y SE DETUVO, pensativa. Hacía un poco de frío tan temprano, pero aún así hacía mucho más calor que en su casa, ayer mismo. Sólo ayer. No habían pasado ni veinticuatro horas. Ayer, a estas horas, había estado horneando pan, sin saber que sería cualquier cosa menos un día normal.

Parecía increíble, imposible... y, sin embargo, aquí estaba. Miró a su alrededor, fijándose en el mueble que había junto a la silla en la que se había sentado la noche anterior. Parecía hecho para dos personas, pero sólo tenía cojines sobre una especie de armazón. Se sentó con cautela y chirrió de sorpresa cuando se movió. Se dio cuenta de que era una especie de balancín y se acomodó en el cojín, dejando que el pie colgara en el suelo y empujándolo hacia delante y hacia atrás. Qué bonito.

Todo esto seguía pareciéndole tan extraño. Primero, había dormido hasta bien entrada la madrugada. Después, había tomado un desayuno enorme, que no había tenido que cocinar, ni se le había permitido ayudar a limpiar. Ahora, en vez de salir a ordeñar la vaca y recoger huevos, estaba relajándose en este columpio-mueble sin nada que hacer.

¡Había algo que podía hacer! Recordó lo que Jake le había enseñado aquella mañana, el... el... oh, vaya, ya había olvidado la palabra. Abrió la N cosa que era un cuaderno y lo buscó. ¡Cámara en directo! Había unas palabras subrayadas, algo que él había llamado enlace. Hizo clic en él, ¡y vaya si lo hizo! Ahí estaba: ¡Times Square! La estudió detenidamente, la gente, los coches, otros vehículos que no entendía. Había artilugios de dos ruedas, algunos de los cuales zumbaban alrededor de los coches, que parecían mantenerse siempre en línea, aunque no se movían mucho. Otros vehículos de dos ruedas se pedaleaban claramente con los pies, pero no tenía ni idea de cómo mantenían el equilibrio aquellas personas. Tal vez fuera algo parecido al monopatín que había visto montar ayer al chico delante de la casa de Jacinto.

Sin perder de vista el reloj de la parte superior del teléfono, decidida a no llegar tarde a su reunión con Renee, dirigió su atención a la cámara que mostraba a la gente yendo y viniendo, ocupándose de sus asuntos cotidianos en las aceras, cruzando las concurridas calles a intervalos regulares. Había muchos más colores de piel de los que nunca había visto, desde el blanco porcelana hasta el negro tinta, pasando por todos los tonos intermedios. Sus ojos se abrieron de par en par ante la longitud de algunas faldas, que apenas cubrían las partes íntimas de la mujer. Pocas de las faldas llegaban más abajo de uno o dos centímetros por debajo de la rodilla. Estaba claro que las faldas que llevaba Alessandra eran una rareza, si lo que veía aquí era lo normal. Y muchas mujeres llevaban pantalones como los hombres.

No podía imaginarse a sí misma llevando nunca faldas tan cortas, ni pantalones en absoluto, pero se acostumbraría a verlo. Ésa sería su nueva vida, y aceptaría a los demás por sus elecciones, en lugar de ser estrecha de miras y juzgar a cualquiera que fuera diferente de lo que ella conocía. Ya había sufrido bastante por ello, como para infligir a los demás las opiniones de su educación.

Siguió observando Times Square durante una hora entera, acostumbrándose a los muchos tipos de... bueno, de todo. Gente, peinados, ropa, vehículos. Todo era tan extraño, nuevo, asombroso y emocionante, pero también estremecedoramente aterrador, todo al mismo tiempo. A veces creía que se le iba a salir el corazón del pecho, pero entonces algo de la cámara captaba su interés y se olvidaba de tener miedo.

Exactamente cinco minutos antes de la hora... era increíble la precisión de estos relojes... se levantó del sillón y volvió a bajar las escaleras. A diferencia de su aprensivo descenso de esta mañana, la sensación de audacia e intrepidez había vuelto, y se sentía muy orgullosa de sí misma... aunque fuera un pecado... de bajar las escaleras con total confianza, o al menos, casi total, como si realmente viviera allí. Lo cual, se recordó a sí misma, era cierto.

Al doblar la esquina hacia el comedor, vio que Renee acababa de salir por la puerta de la cocina. Al verla, Renee le dio una cálida bienvenida con una sonrisa.

"Oh, bien, aquí estás. Acabo de terminar. Ven por aquí".

Curiosa, Becca siguió a Renee a través de la puerta... no una puerta propiamente dicha, sino una que se abría y cerraba... hasta la cocina. Sus ojos se abrieron de par en par mientras miraba a su alrededor, asombrada. La plata se cruzaba con sus ojos allá donde mirara. Mostradores, armarios, lo que reconoció como un frigorífico, pero de gran tamaño, todo era de metal plateado brillante, e imposiblemente limpio. Sin embargo, Renee no prestó atención a nada de aquello, sino que continuó hasta una puerta situada en la parte trasera.

"Aquí fuera".

La puerta daba a un amplio patio, con una suave extensión de hierba que se extendía hasta la línea de árboles, sólo interrumpida por el camino de entrada que salía de la fachada de la posada y una zona para aparcar coches a la izquierda. Renee giró a la derecha y Becca la siguió. Al otro lado del camino de entrada había una gran zona rectangular excavada, con la tierra recién removida. A un lado había lo que parecían docenas de macetas, que ahora podía reconocer como de plástico, que contenían multitud de brotes jóvenes. Había una azada, una pala, un rastrillo y una carretilla llena de herramientas de jardinería.

"Como sabíamos que vendrías -le dijo Renee, agitando una mano elegante sobre la parcela de tierra-, preparamos esto para ti. Lechuga, maíz, calabaza, tomates, zanahorias, cebollas. Tendremos que despejar otra sección si quieres cultivar maíz, o bayas. Y he querido poner un huerto de hierbas en algún momento, más cerca de la cocina. Pero éste es un buen punto de partida".

Becca se quedó mirando la tierra fresca y luego trasladó su mirada asombrada a Renee. "¿Has hecho todo esto... por mí?".

Renee la miró con una leve sonrisa. "Tienes una conexión innegable con la tierra, con las cosas que crecen. La tierra canta cuando entierras las manos en su suelo, dándote la bienvenida. ¿No lo has sentido?

Becca vaciló. Claro que lo había hecho, desde que tenía memoria. Pero nunca jamás podría admitir tal cosa. Sería una sentencia de muerte. O lo habría sido en la Aldea de Salem. Sin embargo, en esta época y en este lugar, con Djinn y magia de Djinn que conjuraba té caliente, y gente que cambiaba de forma para convertirse en animales...

Renee le puso una mano en el hombro, la calidez de sus ojos transmitía comprensión y simpatía.

"Aunque la magia aún no es muy conocida en estos días, existe y es reconocida por muchos. Aquí estás entre amigos, Becca, amigos que comparten habilidades mágicas de muchos tipos, y es seguro hablar de estas cosas con ellos".

"¿Tú también eres mágica?" preguntó Becca.

Renee sonrió. "Así es, Angus y yo. Estás a salvo aquí con nosotros, joven bruja".

El corazón de Becca palpó alarmado. "¿Bruja? Su voz chirrió de verdad.

"No una bruja como las que buscaban esos idiotas de Salem", se burló Renee, con la voz cargada de disgusto. "Nada de tratos con Satán o el diablo".

"Pero... ¿las brujas no son malas?"

Renee negó con la cabeza. "Las brujas son practicantes de la magia, y la magia no es ni buena ni mala. Simplemente es. Lo que es bueno o malo es la intención del que la usa. Igual que algunos cristianos son personas buenas, pacíficas y devotas, mientras que otros optan por utilizar sus creencias para perseguir a los que son diferentes o no creen lo mismo que ellos." Hizo una pausa para que Rebeca reflexionara sobre aquello, y luego sonrió, dándole una palmadita en el hombro. "Eres una bruja de la tierra, niña, con una afinidad natural por las cosas que crecen. Tu tierra de Salem siempre fue próspera, ¿verdad? De hecho, floreció hasta el punto de que a menudo te miraban con recelo por ello".

Becca la miró con creciente asombro. "Sí. ¿Cómo es posible que lo sepas?"

"Sabemos cosas, niña. Y una cosa que sé es que te sentirías miserable trabajando en una oficina, o para una empresa, cuando podrías estar al aire libre, haciendo crecer las cosas. Angus y yo hemos pensado en ello. Ninguno de los dos tiene tiempo para cultivar un huerto, con lo que supone llevar la posada, cocinar y hornear. Tampoco, para ser sinceros, tenemos ganas. Si lo deseas, este jardín será tuyo, y podremos ampliarlo según sea necesario. Nuestra propiedad llega hasta la carretera, allí -señaló. "Te pagaremos el valor justo de mercado por cualquiera de tus cosechas que deseemos comprar para la posada, y por el resto, hay varios mercados de agricultores en los que podrías vender. Si deseas hacer queso o mermelada, cosas que solías hacer para vender en tu antigua vida, esas cosas también se venderán bien aquí, en esta época."

Sin palabras, Becca sólo pudo mirar la tierra removida. A decir verdad, sus manos ansiaban enterrarse en la rica tierra, plantar, engatusar. Las macetas de plantones también parecían llamarla, para que las plantara, para que las cuidara. Nutrir las.

"No sé qué decir", balbuceó.

"No hace falta que digas nada. Ven, te enseñaré lo que tenemos". Renee se dirigió hacia donde estaban las herramientas y la carretilla, en la hierba, a un lado de la parcela que habían preparado. "Ya sabes lo que son la mayoría, por supuesto. Pero éstas", y señaló varias bolsas grandes de plástico. "Estas bolsas contienen tierra de siembra. Cuando trasplantes los plantones a la tierra, mezcla la tierra con esto al rellenarla. Les ayudará a crecer y a superar el choque del trasplante. Tendremos que vigilar las heladas durante las próximas semanas, pero tengo algunas cubiertas de jardín. Te enseñaré a colocarlas si parece que vamos a tener una noche de heladas".

Becca miró a su alrededor en busca de un pozo. "Yo también necesitaré agua".

Renee soltó una profunda carcajada. "Allí, en el lateral de la posada, ¿ves el tubo verde enrollado? Es una manguera. Está conectada a un grifo, basta con abrir el grifo y saldrá agua".

"Me encanta este siglo", dijo Becca a Renee, casi saltando de alegría. "¡Es increíble!"

Renee sonrió y se volvió hacia la posada. "Os dejaré para que empecéis, entonces".

"¡Oh!" Al dar un paso incauto, el dolor atravesó el pie de Becca. "Renee, espera".

Se sentó en el suelo, aflojó los cordones y se quitó el zapato y el fino calcetín. Renee se acercó frunciendo el ceño al ver el pie hinchado y magullado.

"¿Qué demonios?"

"Tuve que huir", explicó Becca. "Había sabuesos y, bueno, vadeé el arroyo un buen trecho. Cuando por fin salí, no podía sentirlos. Pero ahora los siento -admitió con una mueca.

"Quítate el otro zapato y quédate quieta", le dijo Renee. "Volveré enseguida".

Se apresuró a ir a la posada, mientras Becca luchaba por quitarse el otro zapato, y respiró aliviada. Aún le dolían los pies, pero no tanto como aplastados en los zapatos. Con consternación, observó manchas rojas en las suelas de los bonitos calcetines nuevos. Tuvo que volver a recordarse a sí misma que podría haber sido mucho, mucho peor.

Renee irrumpió por la puerta de la cocina, corriendo hacia ella, llevando un pequeño frasco y unas finas tiras de tela. Se arrodilló junto a Becca y le levantó un pie con un tsk'ing.

"Podría haber sido peor, supongo", dijo, haciendo reír a Becca, pues las palabras de Renee se hacían eco de sus propios pensamientos. Renee abrió el frasco, que contenía una especie de sustancia espesa y cremosa de color amarillento. La mujer se echó un poco en los dedos y empezó a aplicársela en el pie hinchado, inspeccionando de cerca los cortes.

"En cualquier caso, ninguna es tan profunda como para necesitar puntos. Tendrás que ponerte esta pomada dos veces al día", te dijo con voz amable. "Por la mañana y por la noche, antes de acostarte. Es mejor que lleves zapatillas, si tienes".

Esto último era una pregunta, y Becca asintió. El ungüento estaba frío, y sintió el alivio en los pies casi de inmediato.

"Excelente", prosiguió Renee. "Ponte zapatillas cuando estés fuera de la posada... a nadie le importará, o probablemente, ni siquiera se dará cuenta. Por la noche, querrás quitarte las vendas, dejar que las heridas respiren un poco".

Becca lanzó una mirada anhelante a sus zapatos nuevos, sintiéndose en conflicto. "¿Y aquí fuera? Estar aquí fuera haciendo jardinería me estropeará las zapatillas".

Se estremeció ante la mirada repentinamente severa de Renee.

"Las zapatillas se pueden cambiar", le dijeron, y Becca se apresuró a aceptar.

"Sí, señora", dijo obedientemente.

Renee sacó un teléfono móvil y pulsó un botón. "¿Martin? ¿Podrías subir al número tres y coger las zapatillas de Rebecca?"

"Están junto a la cama", le dijo Becca, y ella le transmitió la información.

Sí, por favor, y llévalos al jardín".

Mientras esperaban, Renee vendó los pies maltratados, envolviéndolos ligeramente en una gasa muy fina. Cuando terminó, dejó a un lado la pomada y el rollo de venda. "Tendrás que cambiar la venda con regularidad, hasta que los cortes empiecen a cicatrizar". En su profunda mirada apareció un brillo acechante. "El ungüento tiene propiedades curativas, joven Becca de Salem. Lo hago yo misma".

Ambos miraron a su alrededor cuando un joven delgado, quizá un par de años más joven que Becca, se acercó desde la posada, con las zapatillas de colores en las manos.

"Gracias", le dijo Becca agradecida.

"No hay problema, señorita", dijo, dirigiéndose de nuevo a la posada.

Renee también se puso en pie, mientras Becca se calzaba las zapatillas. Su mirada recorrió la tierra removida y las plantas que esperaban ser colocadas en ella, y sonrió.

"Tómate tu tiempo", aconsejó amablemente a Becca. "No hace falta que todo se plante hoy. Tu cuerpo te dirá cuándo necesita descansar, así que escúchalo".

"Sí, lo haré", prometió Becca, moviendo los dedos de los pies en las amplias y cómodas zapatillas. "¡Y gracias!"

La sonrisa de Renee era cálida. "De nada".

Mientras Renee se dirigía a la posada, Becca se volvió hacia la parcela del jardín. Se arrodilló en el borde de la tierra removida y se inclinó hacia delante para hundir las manos en la tierra. Sus ojos se cerraron mientras sintonizaba con el rumor de la vida en el suelo, las plantas jóvenes que brotaban, las más viejas que regresaban tras el frío del invierno. Los árboles de los alrededores le susurraban, y un arroyo borboteaba alegremente en algún lugar. Las hojas crujían mientras los pequeños animales correteaban por los bosques circundantes.

Extendió la mano hacia los plantones en sus macetas, sus dedos rozaron hojas y tallos. Los tomates la llamaban, ansiando estar en la tierra. Tenía el primero en las manos, aflojando con cuidado los terrones de tierra de la maceta, cuando oyó un *maullido* lastimero detrás de ella. Se volvió y encontró a la gatita, Lacey, que se balanceaba sobre unas pequeñas y perfectas patas blancas sobre un montón de tierra removida.

"¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?" preguntó Becca, dirigiendo su mirada hacia la posada, buscando a Jacinth. "Creía que Jacinth te traería con Talya esta tarde".

Un *maullido* poco informativo le respondió, y ella se rió entre dientes. "Bueno, espera mientras planto estos tomates". Frunció el ceño ante el blanco pelaje de la gatita. "Te vas a poner muy sucio".

Aparentemente despreocupada, Lacey divisó la punta de su cola, crispada, y se abalanzó sobre ella. Becca se echó a reír y volvió a centrar su atención en la tomatera. Metió la mano en la bolsa de tierra para macetas que tenía a su lado, plantó el tomate con cuidado y pasó al siguiente. Había una docena de tomateras y las plantó en una hilera ordenada antes de detenerse para ver cómo estaba el gatito.

"¡Hola!"

Miró a su alrededor, saludando con la mano cuando Jacinth se acercó a ella desde la posada. "¡Hola, Jacinto! Creía que vendrías esta tarde".

"Pues sí", admitió Jacinth. "Pero pensé en venir a ver cómo estabas y traer a Lacey. Salió por la puerta del coche antes de que pudiera cogerla. Supuse que te estaba buscando, así que subí con sus cosas a tu habitación. Angus me dejó entrar, y dejé una hoja con instrucciones para el cuidado del gato en tu escritorio. Renee me dijo que habías vuelto".

"¡Oh!" Becca no pudo evitar una enorme sonrisa, su corazón se calentó al pensar en su propio gatito. "Gracias".

Se levantó y se quitó la suciedad de las manos. Hizo un gesto de barrido con un brazo, con el orgullo estallándole en el pecho.

"¡Mira! ¡Mi propio jardín! Bueno", admitió, "mío y de Renee. Pero lo hicieron sólo para mí".

La mirada entrecerrada de Jacinto barrió la gran parcela, la tierra removida, las plantas que esperaban ser trasplantadas.

"Han pensado mucho en ello", reflexionó. "Esto no se ha hecho de la noche a la mañana. Me pregunto cuánto hace que sabían que ibas a venir".

Becca extendió las manos. "No tengo ni idea. Renee simplemente me dijo que sabían que iba a venir, así que lo prepararon para mí. Dijeron que me pagarían por cualquier producto del huerto que quisieran para la posada, y que el resto podría venderlo en algún mercado de agricultores, aunque no estoy del todo segura de lo que quiere decir eso, aunque por supuesto siempre he vendido en mercados. Fue la forma en que lo dijo lo que me hizo pensar que no era a lo que estoy acostumbrada...". Terminó con una pregunta.

Jacinto sonrió con aparente aprobación. "Tienes buen oído para los matices".

Frunciendo el ceño, pensativa, Becca repitió la palabra. ¿"Matices"?

"Sí, sutiles diferencias de significado. Hoy en día los mercados ya no son lo que eran hace un siglo, pero lo que ahora se llaman mercados de agricultores *son* más bien a lo que tú estás acostumbrado. Que vendas productos allí es una idea inspirada".

"Renee sugirió también mermeladas, queso y demás".

Con una amplia sonrisa, Jacinth asintió energicamente. "Oh, sí. Hablaré con Alessandra, esto es algo con lo que realmente puedes correr. Me gusta".

Becca parpadeó, confusa. "¿Correr con?"

"Una idea con la que te puedes poner de acuerdo", aclaró Jacinth. "No, tampoco lo conseguirás".

Becca se rió entre dientes. "Empiezo a comprender. Estás diciendo que es una buena idea".

"Básicamente, sí", dijo Jacinth, riendo.

Becca recordó de repente a su nuevo conocido. "¡Oh! He conocido a Jake esta mañana en el desayuno. Me llevará a cenar mañana por la noche. Para las clases", se apresuró a añadir, no queriendo que hubiera ningún indicio de incorrección.

Jacinth asintió, sonriéndole. "Es maravilloso. Todos quieren conocerte, pero los estamos reteniendo. Aún no conoces a Naomi, pero se sintió bastante abrumada cuando llegó aquí por primera vez, nueva en la magia y rodeada de nuestra comunidad. Le espera una gran adaptación, así que la estamos cuidando aún más".

"No caeré desmayada", le aseguró Becca. "Por supuesto, todo es nuevo y diferente, ¡pero maravillosamente!".

"No, lo has hecho sorprendentemente bien", convino Jacinth. "Aun así, es mucho. Aunque me alegro de que hayas conocido a Jake".

Becca entrelazó los dedos con fuerza, agachando la cabeza. "¿No... no es impropio? ¿Que vaya con él a comer? Me aseguró que no lo era, pero...".

"Pero querías estar seguro", asintió Jacinto, con su cálida sonrisa tranquilizadora. "Tiene razón, no pasa nada. Hoy en día todo el mundo lo hace. Desayuno, comida, cena, un café... todo vale entre amigos, o incluso entre simples conocidos".

Becca sintió como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. Compartir una comida con un hombre ajeno a ella le parecía algo tan alejado de su experiencia que le había costado aceptar que era aceptable.

Jacinth miró el reloj que llevaba. "¡Vaya! Será mejor que me vaya. Dejaré a Talya cuando acaben las clases y la recogeré más tarde, cuando sea hora de que vayáis a cenar a casa de Katerina y Troy". Se rió entre dientes. "Talya estaba muy decidida a querer pasar tiempo los dos solos. Espero que dentro de una semana sea una experta en teléfonos móviles".

Becca se despidió de su amiga Djinn con un gesto de la mano y volvió a centrar su atención en las hileras de plantas que aún esperaban a ser colocadas en la tierra. Miró a su alrededor en busca de Lacey, que estaba ocupada acechando a una mariposa cercana, y se echó a reír, extendiendo los brazos en una oleada de felicidad. Le encantaba el sol, que brillaba sobre ella cálido y luminoso, con esponjosas nubes blancas flotando perezosamente en el cielo. Los olores de la primavera la rodeaban, abrazándola, el dulce aroma de la tierra recién removida y la hierba recién cortada.

Un tirón de la falda la hizo mirar hacia abajo, para ver a Lacey intentando trepar por la tela ondulante. Con una carcajada, levantó a la gatita y la abrazó, acariciando su suave pelaje y sintiendo el ronroneo contra su pecho. ¡Le encantaba este momento!

Al parecer, dos minutos era su cuota de afecto, porque Lacey se retorció de repente, exigiendo que la soltaran. Becca se agachó para dejar a la gatita en el suelo y la vio saltar sobre un montón de tierra. Becca se arrodilló de nuevo, volviendo a su plantación.

Bien entrada en la plantación de una hilera de calabazas, la llamada de un halcón desde las copas de los árboles la alertó de un peligro potencial para su gatito. Un duro nudo de ansiedad se había alojado en su estómago, y tuvo que detenerse para escudriñar el cielo constantemente en busca de halcones y águilas, que encontrarían en el gatito un sabroso tentempié. Afortunadamente, Lacey nunca se alejaba de su lado, pero seguía sintiéndose nerviosa por tener a la gatita con ella. No creía que pudiera soportar que algún depredador alado... o con garras... se llevara al pequeño trozo de pelusa.

Al cabo de un rato, Lacey se acercó dando saltitos, toda pelambrera y monada, y Becca no pudo evitar soltar una risita. Tardó un minuto en darse cuenta de que la gatita tenía algo en la boca. Agarrándola por el pescuezo, Becca la mantuvo quieta mientras investigaba. Era una lagartija, de unos diez centímetros y muy viva.

"Pobrecilla". No se atrevía a regañar a Lacey, que estaba muy orgullosa de sí misma en su papel de Gran Cazadora, pero tampoco podía dejar que mataran a la pobre lagartija, sobre todo porque parecía ilesa. "Suéltalo", le dijo a Lacey, apretando con más fuerza el peludo pescuezo. Extendió la mano libre y separó suavemente los dientes del gatito hasta que el lagarto cayó en su palma. Extrañamente, no huyó como ella esperaba. Debía de estar muerto de miedo, decidió, al ver que los costados de la pobre criatura se agitaban y sus ojos negros se clavaban en su cara.

Soltó a Lacey y, con la mano libre, acarició el lomo de la lagartija con una ligera yema del dedo. Era de color oscuro, pero tenía varias líneas amarillentas claras que lo recorrían longitudinalmente, desde la nariz hasta la punta de la cola. En la propia cola, las líneas cambiaban a verde y luego a un azul brillante ligeramente sorprendente. Tendría que acordarse de buscarlo más tarde en su teléfono, a ver si descubría qué tipo de lagarto era.

"No pasa nada, cariño", canturreó. "Ahora estás a salvo. Toma, sigue contigo".

Se arrodilló y bajó la mano hasta apoyarla en el suelo, con el lagarto todavía agazapado en la palma. Movié los dedos para animarla a moverse. "Vamos -repitió-. "Tengo trabajo que hacer".

La lagartija parpadeó... nunca había estado cerca de una como para saber que parpadeaban, pero ésta sí que lo hizo. Luego se apartó lentamente de su mano y cayó sobre el montón de tierra recién removida en el que había estado trabajando cuando Lacey se acercó a ella. Ella y la lagartija se observaron durante un largo rato. No fue hasta que Lacey se acercó corriendo de nuevo cuando la lagartija echó a correr para ponerse a cubierto detrás de unas plantas, donde esperaba estar a salvo. Para asegurarse, cogió al gatito en brazos y lo abrazó, acariciando su suave pelaje caliente por el sol, sintiendo que su corazón rebosaba felicidad.

CAPÍTULO 9



A MEDIA TARDE, BECCA YA HABÍA PLANTADO TODAS LAS PLANTAS EN LA TIERRA, Y TODA LA parcela estaba dispuesta en hileras largas y ordenadas. Le encantó ver que las semillas venían en paquetitos con dibujos en el anverso e instrucciones para plantarlas y cultivarlas. No es que necesitara las instrucciones; con el estímulo de Renee, se había detenido a escuchar lo que le decía su instinto al plantar cada planta y semilla.

Se sobresaltó al ver a Talya doblar la esquina de la posada, y miró al cielo.

"Buenos días, Talya", saludó. "¡No me había dado cuenta de que ya era tan tarde! Tenía intención de ducharme y reunirme contigo en el salón".

"Angus me dijo dónde estabas", respondió Talya, acercándose para arrodillarse junto a ella en el suelo. "¿Puedo ayudarte?"

Becca se sentó sobre los talones y se pasó el dorso de la mano por la frente, secándose parte del sudor. Su mirada recorrió el jardín.

"Creo que ya he hecho bastante por hoy", dijo. "Sólo quedan unos cuantos paquetes más de semillas para plantar, y eso podré hacerlo mañana. Me encantaría tener bayas, Renee ha prometido llevarme mañana por la tarde a algo llamado vivero, para ver qué más pueden tener que nos interese".

Mirándose a sí misma, Becca arrugó la nariz y se levantó del suelo. "Oh, vaya. Estoy muy sucia". Apenada, se frotó inútilmente la suciedad de la falda. "También mi falda nueva, pero no tenía delantal que ponerme encima".

Talya inclinó la cabeza hacia un lado, pensativa. "¿Alguien te ha enseñado ya la ducha? ¿O al baño?"

Ligeramente ofendida, Becca frunció el ceño. "Sé lo que es bañarse".

"Sí, pero quiero decir, en una bañera. Como...", la adolescente frunció el ceño, concentrada. "¿Una bañera? ¿Ducha?"

Becca recordó el día anterior. "Creo que Jacinth mencionó algo sobre eso ayer, cuando me estaba enseñando el retrete y explicando cómo funcionaba".

"Primero te limpiaremos", dijo Talya con decisión. "Luego te enseñaré a lavar la ropa, hay una lavandería en el sótano de la posada".

Becca suspiró. "Lavandería", dijo con desagrado. Miró al cielo y consideró que era media tarde y que el sol ya había pasado su cenit. "Quizá debería esperar a mañana. No hay tiempo para tenderla y secarla antes de que se ponga el sol".

La adolescente soltó una risita. "Te vas a sorprender mucho".

Intrigada, Becca se enderezó, colocándose la falda en su sitio, y dirigió toda su atención a Talya. "¿Más tecnología?", preguntó esperanzada. "¿Que hace que lavar la ropa no sea tan tedioso?".

"Oh, te va a encantar", anunció Talya, sonriendo, mientras enganchaba su codo con el de Becca, volviéndose hacia la posada. "Me encantará".

"¡Oh! ¡Espera!" Miró a su alrededor y vio a Lacey dormitando bajo una de las tomateras recién trasplantadas. Cogió a la gatita y se echó a reír mientras Lacey colgaba flácida en sus brazos, al parecer demasiado sumida en su siesta para despertarse aunque la levantaran y la llevaran al interior.

Becca se dirigió a la posada, con Lacey acunada en el pliegue del codo y Talya charlando a su lado sobre su día en la escuela. Al abrir la puerta de su habitación, Becca se quedó helada y su mirada se posó en la cama. Estaba bien hecha, con las almohadas mullidas y una manta más doblada en la parte inferior.

"¿Qué ocurre? preguntó Talya, mirando por encima del hombro mientras estaban en la puerta.

Becca señaló su cama. "Yo no la dejé así". Recorrió el resto de la habitación. Los envoltorios del teléfono y de otras cosas, que había depositado en la papelería junto al escritorio, habían desaparecido, y el cuaderno que había dejado sobre la cama estaba en la mesilla, con los bolígrafos ordenados encima. "Y dejé el cuaderno y los bolígrafos sobre la cama. Estoy segura".

Talya hizo un gesto con el aire y empujó a Becca hacia el interior, cerrando la puerta tras ellas. "Ah, es el servicio doméstico. Han venido mientras estabas fuera".

Becca se volvió para mirarla inquisitivamente. "¿Tareas domésticas?"

"Sí. Ya sabes, como criadas. Debían de tener criadas en tu época".

"Sí, claro, los acomodados tenían de eso", convino Becca, cruzando hacia la cama para depositar a la gatita aún dormida sobre la manta doblada. Lacey se estiró, parpadeó soñolienta, luego se hizo un ovillo peludo y reanudó la siesta.

"Vendrán todas las mañanas", instruyó Talya, disfrutando claramente de su papel de tutora. "Y te harán la cama, cambiarán las sábanas si es necesario, cambiarán las toallas y paños usados por otros nuevos, vaciarán la basura, barrerán y fregarán, ese tipo de cosas".

Sin habla, Becca la miró fijamente. "¿Todas las mañanas?"

"Mmmhmm. Hace un par de meses, Troy tenía que ir a una especie de conferencia de veterinarios, y me dejaron ir con él y con Katerina. Nos alojamos en un hotel enorme donde tenían la conferencia. Había una piscina cubierta climatizada, y restaurantes, una librería y un Starbucks... que es un sitio donde venden montones de tipos diferentes de café y té y bocadillos, ese tipo de cosas... y había como un gazillón de gente por todas partes. De todas formas, las asistentes venían todos los días mientras estábamos fuera, lo limpiaban todo y, cuando volvíamos, la habitación estaba perfecta y todo."

Becca tragó saliva. No había entendido más que la mitad de lo que Talya le estaba contando. "Eso suena... un poco aterrador, debo ser sincera".

Talya se limitó a sonreírle. "Puede que lo estuviera, un poco, al principio. Pero desafío a cualquiera a sentirse intimidado cuando está con Katerina. Es tal torbellino de energía que nunca tuve tiempo de estar quieta el tiempo suficiente para pensar en ello. De acuerdo. Primero vamos a asearte, luego podemos hacer la colada y después ir de compras".

Talya fue al armario y sacó una muda de ropa nueva. Entró en el pequeño cuarto de baño y gritó: "¡Oh! Mamá ha puesto aquí cuencos con comida y agua para Lacey". Asomó la cabeza por la esquina y recorrió la habitación con la mirada. Señaló el rincón donde había una caja de

plástico llena de lo que parecía arena muy fina. "Ahí está su caja de arena. Mamá me dijo que te dijera que había dejado unas instrucciones en tu escritorio".

Desapareció de nuevo, y un minuto después salió del cuarto de baño con una toalla y una toallita, así como una pastilla de jabón envuelta en una especie de papel, y un par de botellas del omnipresente plástico.

"Por aquí. Lo que tienes aquí, fuera de tu habitación, se llama medio baño", explicó, disfrutando claramente de su papel de instructora. "Eso significa que sólo tiene un retrete y un lavabo. Al final del pasillo hay un baño completo, que compartes con los demás huéspedes de esta planta de la posada. No tardes mucho en bañarte o ducharte -advirtió-, por si alguien más quiere utilizarlo".

Sintiéndose un poco perdida, Becca la siguió mientras la chica la guiaba por el pasillo y abría una puerta. "Éste es el baño".

Al entrar, Becca miró a su alrededor. Había una bañera grande con patas en forma de garra. Una fina varilla metálica corría por el techo, de la que descendía una sábana blanca, quizá de plástico, de unas pequeñas anillas que la sujetaban a la varilla.

"¿Ves aquí?" Talya señaló las dos asas que había en un extremo de la bañera. "Estos son los de agua caliente y fría. Y esto", y agitó otra manivela distinta, "cambia de bañera a ducha".

Confundida, Becca se quedó mirando, frunciendo el ceño. "¿No lo entiendo?"

"Bien aquí". Talya giró las manivelas y el agua se vertió en la bañera. "¿Ves? Las giras las dos hasta que el agua esté a la temperatura que quieras, ¿no?"

"Sí, lo entiendo", convino Becca. "Nosotros también teníamos bañeras, ¿sabes?, pero eran de madera y teníamos que traer cubos de agua para llenarlas".

"Sí, ya no".

Talya le sonrió, y luego movió la tela blanca, que estaba hecha de otro tipo de plástico, hasta colocarla en su sitio, formando una cortina alrededor de la bañera. Apartándose, metió la mano y accionó la tercera palanca, haciéndola girar hacia arriba. El agua dejó de fluir dentro de la bañera, y en su lugar llovió desde un artilugio que sobresalía de la pared por encima de la bañera.

Becca se rió encantada. "¡Es como una cascada!"

Talya le sonrió. "Se llama ducha, y ahí donde sale se llama alcachofa. Hay todo tipo de alcachofas de ducha, que te permiten controlar cuánta agua sale y con qué fuerza, y, bueno, es difícil de explicar. Ésta es de las antiguas, simplemente básica".

"Me daré esta ducha", decidió Becca.

"Vale, esperaré en tu habitación". Talya estaba a punto de marcharse, pero se detuvo y se volvió para señalar dos frascos que había colocado junto con el jabón sobre la encimera. "Ése es champú, es como el jabón pero sólo para el pelo, y el otro es acondicionador que se pone después de haber usado el champú, para que el pelo quede... bueno, suave, supongo". Arrugó la nariz, pensativa. "¿Sabes qué? Ni siquiera estoy segura". Soltó una risita. "Tendré que preguntarle a mamá".

Riéndose, Becca hizo ademanes de espantarse. "De acuerdo, lo utilizaré de todos modos y ya veremos qué hace más tarde".

"¡Bien, adiós!"

Se despojó de la ropa con impaciencia y se metió en la bañera, moviéndose bajo el agua para dejar que cayera en cascada sobre su cuerpo. Levantó la cara hacia las gotas cálidas y relajantes. Cerró los ojos y se dejó llevar por la magia del agua, que no sólo arrastró la suciedad, sino que le pareció como si todo el estrés y la tensión desaparecieran también, saliendo de la bañera con el agua. Sus músculos también se relajaron bajo el chorro de agua. Por extraño que parezca, no se

había dado cuenta de lo doloridos que tenía los brazos, los hombros y la espalda hasta que el agua se los quitó.

¡Su pelo! Apartó con cautela la cortina lo suficiente para alcanzar los frascos que Talya le había indicado que eran champú y acondicionador. Curiosa, leyó el dorso de los frascos. Obediente a las instrucciones, se lavó y aclaró el pelo dos veces, mientras tomaba nota para preguntarle a alguien por qué dos veces. Se echó una cucharada de acondicionador en la palma de la mano y notó que era más espeso que el champú. Se lo aplicó en el pelo tal y como indicaban las instrucciones, y contó tres minutos antes de volver a meterse en la ducha y enjuagarse.

Finalmente, sintiéndose un poco reacia a abandonar la encantadora ducha, cerró el grifo. Cuando se vació la última gota de agua de la bañera, salió a la alfombra que había junto a ella, se sacudió el pelo de los hombros y cogió la toalla grande y mullida. Era increíble lo bien que la hacía sentir la ducha. Refrescada y llena de energía, y preparada para enfrentarse a lo que se le pusiera por delante. Que, según Talya, era la colada.

Se secó y cogió el peine, dispuesta a arrastrarlo por su espesa cabellera y deshacer los nudos que inevitablemente se formaban después de lavarse el pelo. Para su sorpresa, el peine se deslizó fácilmente por su pelo, sin engancharse en nada. ¿Era esto lo que hacía el acondicionador? Le parecía milagroso.

Se vistió rápidamente, recogió la toalla y la ropa sucia, así como el jabón, el champú y el acondicionador, y se dirigió a su habitación. Talya levantó la vista del sillón, donde había permanecido reclinada de lado, con las rodillas sobre un brazo del sillón y el teléfono en la mano.

"¿Cómo ha ido?"

Rebeca le sonrió. "¡Me encanta la ducha! ¿Y puedo ducharme cuando quiera? ¿Tan a menudo como quiera?"

"Por supuesto", asintió Talya. Se levantó de la silla y se puso de pie, dirigiéndose a la puerta del baño. "Esto también te va a encantar", prometió. "Mamá y yo nos detuvimos a comprarlo de camino hacia aquí".

Curiosa, y también excitada porque cuando Talya decía que le iba a encantar algo, estaba muy segura de que le esperaba otra maravillosa sorpresa, Becca la siguió hasta el cuarto de baño. Talya estaba sacando algo de una caja, un extraño artilugio de plástico blanco. Tenía una especie de asa, y el extremo parecía un tubo hueco con un largo cordón unido al asa. Talya introdujo el extremo del cordón en un par de agujeros que había en la pared, junto al pequeño espejo que había sobre el lavabo.

"Ven aquí, delante del espejo", exigió el adolescente.

Tras obedecer, se miró en el espejo, con el largo cabello húmedo pero despeinado a ambos lados de la cara. A su lado, Talya la observaba con una sonrisa expectante.

Apenas podía soportar el suspense. "¿Qué? Preguntó, ansiosa por ver qué le deparaba esta nueva era.

Talya pulsó algo en el artilugio, y el pequeño cuarto de baño se llenó de repente de un fuerte ruido. Un momento después, sintió una oleada de calor en un lado de la cabeza, donde Talya apuntaba con el aparato. En el espejo, vio que Talya levantaba uno de sus largos mechones de pelo, ¡y que el aire caliente del tubo lo estaba secando!

"Se llama secador de pelo. Fue idea mía", explicó Talya con orgullo. "Te secaremos el pelo en un santiamén".

"¿Qué es un jiffy?" preguntó Becca, con los ojos clavados en el espejo, viendo cómo los

largos y pesados mechones de pelo se secaban, y se volvían suaves, bajo el aire caliente que Talya soplaba sobre ellos.

La adolescente soltó una risita. "No tengo ni idea", confesó. "Pero supongo que significa rápido".

Becca asintió con énfasis. "¡No me puedo creer lo rápido que me secas el pelo! Normalmente tarda una hora, hay tanto".

"Es precioso", dijo Talya, con los ojos brillantes de admiración. "Yo también tengo mucho pelo, como tú, pero es completamente liso, no rizado como el tuyo".

"Y este secador, ¿es para mí?"

"Mmhmm. Yo tengo el mío en casa. Toma, mira". Pulsó algo en el secador y el silencio llenó el cuarto de baño. Talya lo giró para que Becca pudiera ver los botones laterales. "Estos de aquí son para la temperatura... frío, templado o caliente. Luego este interruptor de aquí es para alta o baja".

Becca lo examinó. "¿Y este cordón?"

"El secador de pelo funciona con electricidad, como el frigorífico y demás. La electricidad está en la pared, para eso es esta placa, con los agujeros, para enchufar los extremos y que tenga energía para funcionar". Talya desenchufó el extremo, mostrándole las dos púas metálicas del extremo. "Y nunca pongas el dedo en el enchufe... que es esto", golpeó la placa contra la pared, "o recibirás una descarga eléctrica. Tampoco lo acerques nunca al agua, porque la electricidad y el agua juntas pueden matarte".

"Como un rayo en un estanque", comprendió Becca, captando el significado. "Esta electricidad, ¿es como un rayo?"

Talya le sonrió. "¡Exacto! De hecho, así fue como se inventó la electricidad: alguien hizo volar una cometa con unas llaves metálicas en medio de una tormenta. Pero -advirtió- no me preguntes más sobre eso porque no lo sé. En otra ocasión podemos buscarlo juntos y averiguarlo, ¿vale?"

"Sí, quiero saberlo", aceptó Becca de buena gana, mientras Talya encendía el secador una vez más.

Era agradable estar allí, con los dedos de Talya en el pelo, el flujo de aire caliente moviéndose sobre su cuero cabelludo. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había ayudado con el pelo? Habría sido cuando era pequeña, hacía tanto tiempo. Recordaba que estaba ante el fuego de la chimenea y su madre la peinaba pacientemente.

Finalmente, Talya apagó el secador, pareciendo satisfecha. Becca también lo estaba, mirándose en el espejo mientras se pasaba los dedos por el pelo, que ahora estaba completamente seco y suave, esponjoso como nunca lo había estado.

"Es precioso", suspiró Talya con envidia. "¡Vale! Vamos, deja que te enseñe la lavandería. Está abajo, en el sótano. Debería haber una bolsa de lavandería en tu armario para bajar la ropa".

Al abrir el armario, Becca vio inmediatamente la bolsa de color crema que colgaba al fondo. "Me preguntaba para qué serviría -dijo sacándola. La abrió y metió en ella la falda y el top, así como la ropa vieja que se había puesto cuando huyó de Salem, ayer mismo, aunque ahora parecía que hacía tanto tiempo.

Siguiendo a Talya fuera de su habitación, bajaron dos tramos de escaleras. Había un pequeño pasillo, con una puerta a cada lado. Talya giró a la derecha.

"Ésta es la lavandería. Angus me dijo que utilizan la otra habitación, la de la izquierda, como almacén".

Talya abrió la puerta de un tirón y Becca la siguió hasta una pequeña habitación que tenía un

mostrador largo y ancho a lo largo de un lado, y el otro lado forrado de grandes cajas de metal, algunas con tapas abatibles en la parte superior y otras con aberturas en la parte delantera. Talya levantó una tapa superior y empujó un pomo que había encima de la caja y, para asombro de Becca, empezó a entrar agua en la caja.

"Esto se llama lavadora", le dijo Talya, metiendo la falda y la blusa. "No conviene poner colores claros con colores oscuros, siempre hay que separarlos, pero como éstos son más o menos iguales, podemos lavarlos juntos".

Puso a correr agua en otra de las cajas... lavadoras, se recordó Becca... y metió en ella el turno, el cuello y la cofia de Becca. "Las prendas blancas siempre se lavan por separado", dijo en tono severo. Becca sintió que se le movían los labios, pero reprimió su diversión, no quería herir los sentimientos de la chica.

Volviéndose hacia la larga mesa, Talya cogió una caja y vertió una sustancia pulverulenta en el agua. "Es jabón para la colada. Jacinth dice que siempre hay que echar primero el jabón, pero siempre se me olvida".

Cerró la tapa de las máquinas. "Esto tarda una media hora. Estas otras -señaló las máquinas con las tapas en la parte delantera- son secadoras. Metes la ropa y da vueltas y vueltas, con calor, y la sacas cuando está seca".

Becca se quedó mirando asombrada, con la cabeza temblando de incredulidad. "¡Esto es tanta magia! Sigo pensando que debo de estar dormida y soñando, y que sin duda debo despertarme".

CAPÍTULO IO



CUANDO LA COLADA ESTUVO TERMINADA Y DOBLADA, Y OLÍA DULCEMENTE POR EL USO DE ALGO que Talya había llamado hojas de secadora, Becca se había vuelto a enamorar del siglo XXI.

"¡Esta lavadora y esta secadora son un milagro!". Declaró, dejando el montón de ropa limpia sobre la cama.

La adolescente soltó una risita. "¡No, es tecnología! Y también hay muchas más. Espera y verás".

Lacey estaba despierta y parecía bastante entusiasmada con la colada recién secada, abalanzándose sobre el pequeño montón de ropa mientras Becca intentaba doblarla. Golpeó la falda que Becca sacudía antes de ponerla en una percha, y sus diminutas y afiladas garras se engancharon en la tela.

Regañando suavemente, Becca desenganchó al gatito de su falda. Aquél parecía ser un tema recurrente: el gatito, las garras diminutas y las faldas. Riéndose, colgó la falda rápidamente antes de que Lacey pudiera volver a agarrarla.

"Ahora", dijo Talya frunciendo el ceño, sacando el móvil del bolsillo para mirarlo mientras Becca guardaba el resto de la ropa en el armario. "He pedido un Uber hace un rato. Deberíamos bajar, llegará en cualquier momento".

"¿Qué es esto Uber?" quiso saber Becca mientras cerraba la puerta de su habitación tras ellas y echaba el cerrojo, dirigiéndose escaleras abajo tras Talya.

"Es como un taxi... ¡Oh! Tú tampoco sabrás lo que es un taxi. Es un coche que se alquila", explicó. "Llamé a uno para que nos llevara a la tienda".

"¿Una tienda?" Becca no pudo contener una oleada de excitación. "¿Qué tipo de tienda?"

"Ropa". Ya estaban en la entrada de la posada, y Talya se volvió para mirarla con el ceño fruncido. "Si vas a dedicarte a la jardinería, necesitarás unos vaqueros. Son resistentes, y no importará que se manchen".

¿"Vaqueros"? repitió Becca, aturdida.

"Se llaman vaqueros, no sé por qué, porque están hechos de tela vaquera". Talya movió la mano hacia abajo, indicando los pantalones azules finos que llevaba, similares a los que Jacinth había llevado el día anterior.

Casi retrocediendo físicamente, la mano de Becca voló hacia su pecho. "¡Oh! ¡Pantalones! No, no, ¡no podría!"

"Sí, puedes", insistió Talya. "Y además, nadie te verá cuando estés fuera trabajando en el jardín, ¿verdad? Puedes ponértelas sólo para trabajar en el jardín, y luego ponerte una falda

cuando vuelvas dentro, si quieres".

Un coche plateado entró en la entrada y Talya consultó su teléfono. "Éste es nuestro transporte. Vamos".

Sintiéndose un poco impotente ante la determinación de la chica, Becca la siguió hasta el coche, y subieron al asiento trasero. El conductor las saludó con la cabeza y luego, sin que Talya le diera ninguna indicación, hizo girar el coche y volvió a salir.

De nuevo, Becca sintió aquel alborozo salvaje ante la velocidad del coche, y se inclinó hacia delante para mirar por la ventanilla, excitada. Iban más rápido de lo que Jacinth había conducido la noche anterior, y la carretera por la que habían girado también parecía más grande. También había líneas pintadas en la carretera.

"¿Por qué algunas líneas de la carretera son blancas y otras amarillas?", preguntó a Talya.

Vio que el conductor se sacudía en su asiento y que su mirada sobresaltada les devolvía la mirada por el retrovisor.

"Es de fuera", mintió Talya alegremente, y el conductor se relajó, volviendo la vista a la carretera. Becca tuvo que admirar la rapidez mental de la adolescente.

"Las líneas blancas discontinuas separan los carriles que circulan en la misma dirección - explicó Talya-, y la línea amarilla los separa de los coches que circulan en la otra dirección. Si son amarillas continuas en este lado, significa que no podemos cruzarlas, ni siquiera para adelantar a alguien que vaya más despacio. Si está rota, puedes pasar al carril contiguo cruzando la amarilla el tiempo suficiente para adelantar".

"Bien resumido, jovencita", dijo el conductor, sonriéndoles por el retrovisor.

Talya enrojeció de gratificación. "Gracias", respondió. "Aún falta un año para que pueda sacarme el carné, pero estoy estudiando para estar preparada".

Mientras el chófer y Talya seguían charlando sobre las normas de conducción, Becca los observó, un tanto asombrada por la facilidad con que la chica conversaba con un hombre extraño, mucho mayor que ellos y presumiblemente desconocido para ella. Anoche, durante la cena, no había pensado mucho en la facilidad con la que habían conversado Jacinth y Douglas, ya que, por supuesto, estaban casados. Talya no parecía mostrar ninguna de las incomodidades que Becca había sentido al hablar con Jake, que era el único otro varón con el que había pasado algún tiempo. Había conocido a Angus, por supuesto, pero sólo el tiempo suficiente para que la registraran en la posada la noche anterior, y luego la habían subido a su habitación.

Consciente de su metedura de pata anterior sobre las líneas de la carretera, Becca se mordió la lengua mientras giraban hacia una carretera mucho más transitada que las que había visto hasta entonces. Había dos carriles de tráfico en ambas direcciones, con muchos coches. También había un carril central, que parecía utilizarse, no para circular, sino para esperar a girar en dirección contraria. Con los ojos muy abiertos, vio unas luces enormes que colgaban por encima de la carretera, y que pasaban de verde a amarillo al mismo tiempo, y luego a rojo. No se le pasó por alto que todos los coches a su alrededor se detuvieron y esperaron. Entonces las luces se pusieron verdes de repente, y todos los coches volvieron a moverse.

Un poco más adelante, el conductor pasó al carril central y, tras esperar una distancia entre los coches que venían en sentido contrario, giró hacia lo que a sus asombrados ojos parecieron acres y acres de pavimento, todo con líneas blancas pintadas en hileras ordenadas. La acera rodeaba el edificio más grande que jamás había visto, todo de ladrillo y de dos pisos de altura. Parecía no tener fin. Había varias entradas marcadas por grandes puertas de cristal y bancos exteriores. El conductor se detuvo ante una de ellas.

"Old Navy", les dijo. "Que tengáis un buen día, señoras".

Salieron del coche y él se marchó. Becca se quedó mirándole confusa.

"¿No tenemos que pagarle?"

"Ya me he ocupado de eso", le aseguró Talya con despreocupación. "De hecho, la cuenta de Uber está a tu nombre. Supusimos que necesitarías una forma de desplazarte por ahora, y de todas formas yo no tengo edad suficiente para usar Uber por mi cuenta. Tienes que tener dieciocho años. Te lo explicaré todo más tarde, cuando te hayamos conseguido unos vaqueros y unas camisas para la jardinería". Miró a Becca evaluándola. "Y también un sombrero, porque creo que quizá te hayas quemado un poco con el sol".

Le escocía un poco la nariz cuando se la tocó con el dedo. "Puede que tengas razón", admitió.

"No es que probablemente te quemes con facilidad, tienes una piel maravillosa", se entusiasmó Talya. "Qué envidia, me encantaría tener una piel tan bonita como la tuya".

Un poco desconcertada, Becca se quedó mirando a la chica un momento. "Gracias", balbuceó insegura. ¡Vaya! ¡En este siglo, la gente sí que se deshacía en cumplidos! De donde ella venía, sólo había miradas duras, críticas y juicios.

Talya ya estaba desapareciendo en la tienda, la que tenía un gran cartel que decía "Old Navy" sobre la puerta. Becca se apresuró a seguirla. Dentro, se detuvo y miró a su alrededor, incrédula. ¡El local estaba repleto de ropa! Doblada en grandes pilas o colgada en un sinfín de percheros, mirara donde mirara había ropa, más de la que había visto en su vida. También había zapatos, sombreros y abrigos de tantos tipos que sólo podía mirar, con los pies clavados en el suelo.

Le cogieron la mano con firmeza y Talya tiró de ella con impaciencia. "¡Venga! Veo los vaqueros, están por aquí".

La adolescente la condujo entre hileras de estanterías, deteniéndose para señalar triunfante una sección, repleta de vaqueros de varios tonos de azul, gris y negro. "¡Ahí! Por aquí, éstos son los que quieres".

Talya no se equivocaba, reflexionó Becca, cogiendo un pantalón... vaquero... de la parte superior de una pila y examinándolo. El tejido era fuerte, el material grueso, y estaba segura de que probablemente resultaría casi indestructible. Las manchas no le importarían, pues sólo los llevaría para trabajar en el jardín, y sin duda salvarían sus faldas, que eran de un material mucho más frágil que éstos.

Dio la vuelta a un pequeño papel blanco pegado a los vaqueros y se quedó boquiabierta al ver las cifras que había. "¿Esto es lo que cuesta?"

"Sí, dólares", confirmó Talya. "¿No tenías dólares?"

"Teníamos los dólares españoles... los *reales*", admitió Becca, "pero sobre todo utilizábamos chelines y libras. Pero esto...", agitó los vaqueros en el aire. "¡Esto es escandaloso! Yo no tengo tanto dinero, ¡es una fortuna!".

"Ahora no", se rió la adolescente. "Puedo ganar tanto en una tarde haciendo de canguro".

Después de que le recordaran tan bruscamente su estado de casi indigencia, Becca dirigió una mirada feroz a la muchacha. "¡No puedo permitir que pagues mi ropa!"

"Yo no lo soy. Tú sí". Talya le sonrió con satisfacción y rebuscó en su bolso, sacando un pequeño rectángulo plano de plástico. "Jacinth me dio esto para que te lo diera, para que lo utilizaras para lo que necesitaras".

Becca cogió la cosa, manejándola como haría con una serpiente, manteniéndola a un brazo de distancia y estudiándola. "¿Este es tu dinero en estos tiempos?"

"No, se llama tarjeta de débito. Crean una cuenta en un banco a tu nombre, y utilizas la tarjeta para pagar cosas, y el dinero sale del banco", explicó Talya. "Están buscando a alguien que venga a enseñarte cómo funciona todo. Pero, de todos modos, Jacinth aportó algo, y Katerina

y Maroulla también, en nombre del... -se interrumpió la muchacha, mirando a su alrededor. No había nadie cerca, pero de todos modos bajó la voz. "En nombre del Consejo de Cambiantes".

Su corazón se calentó hasta desbordarse. El placer desbordante se enfrentó a la consternación por estar en deuda. El placer venció. "¿De verdad? ¿Lo han hecho por mí?"

"Lo hicieron", asintió Talya, rodeando a Becca con los brazos en un abrazo espontáneo. "¡Me alegro mucho de que estés aquí!"

Un poco desconcertada, totalmente desacostumbrada a los abrazos, Becca devolvió el gesto con cierta torpeza. "Yo también me alegro de estar aquí".

Talya se soltó, retrocediendo unos pasos. "Yo también soy nueva en América", confió. "Ha sido un poco solitario, sin nadie más que entienda lo increíble que es todo esto, pero lo entiendes".

Becca no había oído antes la frase "lo pillo", pero tenía una idea bastante clara de lo que quería decir la chica, así que asintió. "Sí, lo entiendo".

"Vamos a ponerte unos vaqueros", Talya cambió bruscamente de tema de conversación. Se zambulló en los montones de vaqueros y sacó dos pares, que le tendió sobre el brazo. "Puedes probártelos y veremos cuál te queda mejor".

"¿Probarlos? ¿Quieres decir aquí, en la tienda?" Becca moderó la voz, intentando no parecer tan sorprendida como se sentía. Echó un vistazo a la tienda, llena de gente comprando en los distintos pasillos. "¡No podría!"

"Aquí no, tonta", se rió Talya. "En los vestuarios, por aquí".

Tiró de Becca hacia una puerta situada en una pared trasera de la tienda, marcada simplemente con "Señoras". La guió y Becca se encontró en un estrecho pasillo con semipuertas dispuestas a intervalos a cada lado. Talya se acercó a una y la empujó experimentalmente.

"Éste está vacío".

Entró y Becca la siguió. Colocó los vaqueros en una de las dos sillas de la pequeña habitación, que también tenía un largo espejo en una pared, y Talya salió de la habitación. "Esperaré aquí fuera. Llámame si no te queda bien ninguno, iré a buscar más tallas y las traeré".

Media hora después, Becca tenía dos pares de los vaqueros, así como tres blusas de colores, un cinturón y unos calcetines de los más finos que había visto nunca.

"No tiene sentido ir en manga larga ahora que hace más calor", había decidido Talya, echando un vistazo a los estantes de camisas algo más pesadas. Sin embargo, se detuvo ante un expositor de sombreros y eligió uno de ala ancha de paja color crema.

"Necesitarás esto, si vas a estar mucho tiempo fuera. Oh! ¡Y aquí, mira!" Cogiendo a Becca de la mano, la arrastró hasta el final del pasillo, donde un perchero circular sostenía varias bufandas diáfanas y finas. Talya eligió uno de ellos, un bonito pañuelo rosa con remolinos naranjas y amarillos. La envolvió en el ala del sombrero de paja, atando un lazo para mantenerla en su sitio, y los extremos se extendieron sobre el ala del sombrero en un colorido despliegue. "¡Ya está! ¿A que es bonito?"

Era bonito, decidió Becca... y le habría valido varios chelines en multas y, casi con toda seguridad, unos azotes públicos en su pueblo. Tragó saliva, dividida entre el anhelo por aquella cosa tan bonita y el miedo a la ira de otras mujeres si la veían llevando algo así. Y sin embargo...

Becca se detuvo, echando un buen vistazo a la tienda. Ninguna de las muchas mujeres presentes llevaba cofia, ni los hombres llevaban sombrero de ningún tipo. De hecho, sorprendentemente, algunas mujeres llevaban el pelo más corto que cualquier hombre de su época, mientras que otras lo llevaban largo y suelto por la espalda, de una forma que en su país se habría considerado vergonzosa. Volvió a mirar a Talya, que la observaba pacientemente.

"¿De verdad puedo llevar algo así?"

La muchacha asintió solemnemente, con una mirada cálida y comprensiva. "Yo también tuve que acostumbrarme a muchas cosas cuando llegué aquí. Así que, sí, está perfectamente bien. Venga, vamos a pagarlas. Saca la tarjeta que te di del bolso".

Se dirigieron a un largo mostrador en la parte delantera de la tienda, donde una mujer hizo algo extraño con las etiquetas de los precios, y luego anunció un total que hizo que Becca quisiera desmayarse. Sin embargo, Talya no se inmutó, sino que cogió la tarjeta de los dedos inertes de Becca y la pasó por una especie de maquinita. La mujer del mostrador puso la ropa en dos bolsas grandes. Talya cogió una, entregó la otra a Becca y tiró de la mano libre de ésta.

"Vamos", les instó mientras salían de la tienda. "Entremos en el centro comercial y busquemos algo de beber. He enviado un mensaje a Katerina mientras te probabas el último lote. Dentro de un rato pasará a recogernos, me dejará en casa y te llevará a cenar a su casa".

Becca resistió la presión sobre su mano, la ansiedad la inundaba. Sintió que se coloreaba cuando Talya se volvió para mirarla.

"Estoy... un poco abrumada", confesó. "¿Podríamos esperar aquí fuera a Katerina?"

"¡Oh, claro!" Talya parecía avergonzada, y se dirigió a un banco cercano situado contra el edificio, entre dos arbustos con grandes macetas de cerámica. "Siempre se me olvida", se disculpó. "Probablemente esto sea abrumador para ti. Debería saberlo, lo fue para mí, mis primeros días en América".

"Es sólo que en toda mi vida no había imaginado una tienda así", Becca buscó a tientas las palabras para explicarse. "Tanta ropa, tanta gente comprándola. Siempre cosíamos nuestra propia ropa. Había sastres, por supuesto, y también se podía comprar ropa ya hecha, pero eso era para las familias adineradas. No... no para la gente normal".

Talya asintió solemnemente. "Olvido lo diferente que es todo esto para ti, incluso más de lo que lo fue para mí. Al menos yo nací en este siglo, y teníamos electricidad, y cañerías, y televisores y... y demás". Sonrió, palmeando la mano de Becca como si fuera ella, y no Becca, la adulta. "Avísame cuando empieces a sentir que es demasiado y lo reduciré un poco".

¿Reducirlo? Estaba demasiado cansada para preguntar, pero comprendía y apreciaba el sentimiento general. Talya le entregó el rectángulo de plástico... *tarjeta de débito*, se recordó a sí misma.

"Pon esto en tu bolso y no lo pierdas", advirtió. "Puedes utilizarlo en cualquier sitio, para comprar lo que quieras. Mamá... Jacinth... dijo que no tardarían en enseñarte lo que es el dinero, los bancos y las tarjetas de débito". La niña rebotó en el banco. "No saben lo del jardín de la posada, ¡seguro que mamá se pondrá muy contenta cuando se lo diga! Anoche estaba que trinaba, preocupada por lo que podrías encontrar para hacer que te gustara".

Becca tuvo que morderse el labio y decidió no estropear la diversión de la adolescente diciéndole que Jacinth ya había estado en la posada aquella mañana y había visto el jardín.

"Me gusta mucho estar en el huerto, hacer crecer cosas y preparar mermeladas y cosas así, y llevarlas al mercado para venderlas", se apresuró a asegurarle Becca. "Renee me dijo que hay mercados de agricultores por toda la zona en los que podría vender. Por supuesto, pasará un tiempo antes de que tenga algo que recoger para vender, pero es algo que puedo esperar".

Talya asintió con énfasis, y luego miró a Becca un poco ansiosa. "Sé que esto ha sido mucho. ¿Estás bien?"

"¿Estoy bien?", repitió, sin estar segura de lo que preguntaba la chica.

"Sí. Quiero decir que fue ayer cuando estabas allí y ahora estás aquí. Sé que sigo olvidándolo", confesó. "No me gusta pensar que estás agobiada, y sigo añadiendo cosas".

Vale, sí. Dos palabras más que añadir a su vocabulario. Se tomó un momento para pensar, la repentina ansiedad de Talya valía más que una respuesta rápida.

"Es mucho", admitió Becca. "Es tan extraño lo que se siente. Mi antigua vida parece ya una eternidad, y sin embargo sólo fue ayer". Hizo una mueca. "Toda una vida, más de trescientos treinta años. Sigo sintiendo como si no fuera real. Existe este enorme conflicto, la contradicción de todo ello. Una parte de mí grita que no puede ser real, todo lo que estoy viendo, aprendiendo. Y, sin embargo, una parte de mí no sólo cree, sino que quiere correr hacia ello, abrazarlo todo tan rápido como pueda y no mirar nunca atrás".

"¿Querías volver? Quiero decir, ¿si pudieras?"

La pregunta fue tan inesperada que se sintió desconcertada por un momento. Pero no había duda sobre su respuesta.

"¡Por Dios, no! Dios mío, Talya, ¡me encanta cada minuto de este siglo! Tanto por hacer, tanto por aprender. Además, ya me encanta la gente que he conocido, la amistad que me han ofrecido, tú, y Jacinth, Katerina, los niños, ¡incluso Lacey! Nunca elegiría dejaros a todos y volver a Salem". Tras pensarlo un minuto, añadió: "Y eso sin considerar el hecho de que si me transportaran de vuelta, me colgarían por bruja".

Talya arrugó la nariz. "Sí, eso estaría mal". Hizo una pausa y miró a Becca, con expresión casi culpable. "¿Te importaría que te corrigiera en algo?"

"Oh, vaya". Becca se mordió el labio. "¿Qué he dicho mal?"

"Nada importante", se apresuró a tranquilizarla Talya. "Es sólo que la gente ya no dice 'tis', o 'tish'".

"¿No? Ella frunció el ceño al oír aquello, pensando en las últimas veinticuatro horas. "Tienes razón, no lo hacen".

"Usamos contracciones, por supuesto, muchas veces. Pero no ésas".

Becca asintió e hizo una nota mental. "Si utilizo las equivocadas, ¿me lo dirás?"

"¡Claro que sí!"

Miró de reojo a Becca por debajo de las pestañas. Puede que Becca no fuera de esta época, pero conocía esa mirada en cualquier parte.

"¿Qué pasa?", preguntó con cautela.

"Bueno, la cosa es así", dijo Talya confidencialmente. "Hay un curso de defensa personal que quiero hacer. Es después del colegio, los miércoles por la tarde, pero mamá no puede acompañarme porque es cuando trabaja como voluntaria en la escuela a la que van Molly y Ben. Está demasiado lejos para ir en bici, y mamá dice que, de todas formas, no quiere que vaya sola hasta allí. Y no puedo coger un Uber, porque tienes que tener dieciocho años para ir sola. Así que me preguntaba si te interesaría ir conmigo".

¿Autodefensa? Sabía lo que era, por supuesto, pero tenía en mente disparar con su escopeta a cualquier depredador que persiguiera a sus gallinas. ¿Pero una clase sobre ello?

Su desconcierto debió de reflejarse en su rostro, porque Talya se apresuró a explicárselo.

"Digamos que vas andando por la calle y un tipo se acerca y te agarra, ¿verdad? Así que esto te enseña a alejarte, o a librarte de un agarre, cosas así. Y conciencia de la situación, para que no dejes que alguien se te acerque sigilosamente en primer lugar. Ese tipo de cosas".

Becca le dio vueltas a la idea, sin saber muy bien qué pensar. Por un lado, sonaba intrigante. Por otro... recordó sus palabras imprudentes en el Uber y la reacción del conductor.

"Tendría que tener mucho cuidado y no hablar, creo", dijo. "¿Y si me dijeran algo que no entendiera?"

"Estaré a tu lado", dijo Talya con entusiasmo. "Puedo explicarte cosas. Y sería especialmente

divertido que una amiga lo hiciera conmigo".

Becca podía entenderlo. Aún así.

"¿Defensa personal? ¿Cómo se te ocurrió tomar una clase de eso?"

Encogiéndose de hombros, Talya hizo un gesto vago con la mano. "Simplemente es algo que quiero hacer".

Estaba claro que había algo más, pero la determinación de la adolescente de seguir este curso por seguridad atrajo a Becca.

"Lo haré", decidió.

Talya se animó y sonrió. "Se lo diré a mamá para que nos apunte".

Riendo, Becca se inclinó para abrazar a la chica. "Haremos que sea divertido", prometió. "Y también nos ayudará a mantenernos a salvo".

"Sí".

La adolescente se sumió en el silencio durante unos minutos, rascando el suelo con la punta del zapato.

"¿Te han hablado de mí?", preguntó bruscamente. Becca miró a la muchacha, pero tenía la cara gacha, los ojos en los pies, el rostro carente de expresión.

Desconcertada, Becca frunció el ceño. "Sólo que eres la hija adoptiva de Jacinth y Douglas".

Hubo un breve silencio. Becca esperó pacientemente, dando tiempo a la muchacha para ordenar sus pensamientos... o, tal vez, Talya estaba decidiendo si confiarle lo que tenía que decir.

Al cabo de un rato, Talya le lanzó una rápida mirada hacia arriba. "Sabes que soy metamorfa, ¿verdad?"

"Pues no". Sonrió de repente. "¡Oh! ¡Eso significa que ahora he conocido a dos metamorfos!".

Aquello arrancó una carcajada a la adolescente.

"En realidad, no. No, si has conocido a Jake esta mañana, él también es un metamorfo. Así que ya son tres".

Becca sintió un extraño aleteo en el pecho cuando una imagen de Jake apareció en su mente. "No sabía que lo fuera".

"Sí. Un lobo". Talya volvió a arañar el suelo con el zapato. "Yo soy un caracal. Es una especie de gato salvaje, originario de África y la India. Sobre todo. En fin. Verás, había un grupo de tipos. Cambiadores de caracal. Querían que la raza de cambiaformas caracal se mantuviera "pura". Así que reunieron a todas las mujeres metamorfo de caracal que pudieron encontrar y las llevaron a un complejo que construyeron en Marruecos".

Hizo una pausa, humedeciéndose los labios. "Necesitaban más mujeres para tener suficientes para los hombres, para criar más cambiaformas caracal puros. Algunos bebés varones que nacían no se consideraban lo bastante aceptables para la cría, y los llevaban al desierto a morir. A las mujeres también, cuando se hacían demasiado viejas para tener más bebés. A mi madre se la llevaron cuando yo tenía unos cinco o seis años. Me desperté una mañana y ya no estaba. Así es como lo hacían, por la noche. Te despertabas y faltaba gente".

El horror de todo aquello casi heló la sangre de Becca, que sintió cómo se le escurría la sangre de la cara. "Es vil", consiguió susurrar.

Talya asintió, con un movimiento brusco de la cabeza. "Eso no es todo. Una vez que una chica llega a su primera menstruación... ya sabes", dijo, con las mejillas encendidas de color. "La menstruación de una mujer..."

"Sí, lo entiendo", se apresuró a asegurarle Becca, con las mejillas encendidas.

"Cierto. Bueno, una vez que una chica tenía el primero, se consideraba que estaba en edad de

procrear, y se la entregaban a uno de los hombres una vez terminada la menstruación". Levantó brevemente la mirada. "A mí me faltaban pocos días para ser entregada a un hombre para procrear. Pero los hombres habían secuestrado a una metamorfa de aquí, Tamera. Es la elegida de Kester, el hermano de Katerina. Ella también vivía aquí, en la posada. Se la llevaron a Marruecos. Pero Jacinth pudo seguirla, porque eran amigas, y todos los metamorfos del mundo vinieron a asaltar el lugar de Marruecos y nos rescataron a todos".

"Ella te salvó". Becca comprendió de pronto la absoluta devoción de Talya por su madre adoptiva. "Literalmente".

"Sí". Una pequeña mano se deslizó hasta la de Becca. "Tú también te salvaste. Justo a tiempo. Como a mí".

CAPÍTULO II



TROY ERA UN HOMBRE GIGANTESCO. ALTO, DE ANCHOS HOMBROS, PARECÍA QUE DEBERÍA atravesar los campos con un hacha al hombro. En cambio, Katerina parecía delicada, apenas le llegaba al hombro. Sin embargo, su mirada era realmente amistosa y le tendió una gran mano.

"Bienvenida al siglo XXI, Rebeca".

Un poco desconcertada, Becca se quedó mirando la mano que le tendía.

Katerina dio un codazo a su prometido. "Becca", le recordó, y luego dirigió su sonriente mirada a Becca. "En estos tiempos, la gente suele darse la mano al ser presentada".

Insegura, Becca extendió la mano derecha, que fue engullida por la grande de él. Troy la agarró con firmeza, le dio una breve sacudida y luego la soltó. Ella soltó un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

"¡Oh! Eso ha sido sencillo".

Katerina le sonrió. "Sí, mucho. Le cogerás el truco enseguida".

"Quiere decir que te acostumbrarás", añadió Troy, y Katerina volvió a sonreírle. "Sí, eso".

Becca tuvo que reírse. "Espero *cogerle el truco* a muchas cosas muy rápidamente".

"De momento lo estás haciendo bien", le aseguró Katerina. "Si fuera yo, probablemente ahora estaría escondida en el armario, negándome a salir".

"Eso es porque eres un gato", le dijo su amado. Katerina le sacó la lengua.

Becca observó con perplejidad sus juguetonas interacciones. Aunque los puritanos se casaban por amor, no por conveniencia ni por motivos políticos, nunca había visto ese tipo de rivalidad tan fácil y bondadosa y, sin embargo, en sus expresiones se reflejaba claramente el amor que sentían el uno por el otro, la calidez de sus ojos cuando se miraban. Era... hermoso, decidió Becca. Si algún día se casaba, querría algo así con el hombre que había elegido. De hecho, no creía que pudiera conformarse con menos.

"Entra y siéntate", la instó Katerina, señalando el grupo de sofás y sillas que había alrededor de una gran chimenea. Un armario a un lado contenía una variedad de botellas de distintos tamaños, formas y colores, y vasos, y al otro, lo que ella reconoció como una gran pantalla de televisión colgada de la pared, aunque aún no tenía clara la función de un televisor.

Becca se sentó en un cómodo sillón y miró a su alrededor con curiosidad. Estaba claro que se trataba de una casa de campo antigua, de estilo similar al de las familias más prósperas de Salem, pero mucho más grandiosa. También era evidente que estaba bien cuidada, con colores armoniosos, y el suelo de madera tenía un brillo intenso. Una amplia puerta daba a un comedor y, más allá, a una cocina muy iluminada. Un hermoso perro con un largo y espeso pelaje de

muchos colores yacía sobre una alfombra de gancho ante la chimenea. Levantó la cabeza y le golpeó la cola, antes de volver a dormirse.

"Qué perro tan precioso", dijo Becca entusiasmada. "Nunca había visto uno así".

"Es Cherie, se llama collie", explicó Troy. La cola de la perra volvió a agitarse al oír su nombre. "Se criaban en Escocia hace siglos para pastorear y guardar ovejas".

Al parecer, reconociendo que la conversación versaba sobre ella, la collie se puso en pie, estirándose, y se acercó a Troy gateando por el suelo. Tenía una cabeza estrecha y una nariz larga y recta, que hurgó en la mano de Troy.

"¿Vendría a mí?" preguntó Becca con inseguridad.

"Por supuesto, es muy simpática. Extiende la mano y llámala".

"Cherie", la invitó con la mano extendida. Obediente, la collie se acercó a ella y le acarició la lisa cabeza. "Eres una chica preciosa, ¿verdad?", canturreó.

Cherie respondió sorbiendo con la lengua la barbilla de Becca, lo que la hizo reír. Cherie meneó la cola con tanta fuerza que pensó que se le caería. Entonces la collie se volvió hacia la chimenea, dando varias vueltas antes de ponerse cómoda sobre la alfombra.

"Esta tarde hemos dado un largo paseo", dijo Troy señalando a Cherie con la cabeza. "La agotó bastante".

"Voy a poner la mesa", dijo Katerina, entrando en el comedor, trajinando mientras hablaba por encima del hombro. "Ya que Troya preparó la cena".

Becca se quedó mirándola un momento, sin asimilar lo que había dicho. Desvió la mirada hacia Troy, que se estaba acomodando en una silla grande, claramente hecha para un hombre de su tamaño. Para su asombro, las patas de la silla se levantaron del suelo y ésta se inclinó un poco hacia atrás. Intentaba asimilar que un hombre... el marido de la casa... había preparado realmente una comida.

"¿Troy preparó la cena?" Tardíamente, se dio cuenta de que aquello podía sonar grosero, y se sonrojó ferozmente. "Discúlpame".

Katerina, ocupada en poner los cubiertos junto a los platos en la mesa, se detuvo para sonreírle. "También cocina. Mucho mejor que yo".

"Lo cual no es decir mucho", intervino Troy, "ya que no cocinas nada".

Katerina sacudió la cabeza. "Tengo cosas mejores que hacer".

"Pero no tiene ningún problema en comer lo que horneo", le dijo Troy a Becca.

"En mi época, los hombres no cocinaban", dijo Becca, aún intentando comprender que Troya no sólo cocinaba, sino que también horneaba. "Cazaban para comer, por supuesto, y se encargaban de sacrificar a los animales más grandes, las vacas y los cerdos y demás. Los papeles del marido y la mujer se... se entendían", tanteó la explicación.

Katerina entró en el salón, para posarse en el brazo de la silla de Troya, sonriéndole. "Ahora ya no hay papeles 'masculino' y 'femenino'", explicó. "Aprenderás de las Guerras Mundiales con Jake, pero una historia rápida es que hubo una guerra enorme en la que participó toda Europa, y Estados Unidos se involucró. Tantos hombres fueron a luchar al extranjero que se necesitaban mujeres para hacer el trabajo en casa. Incluso cuando los hombres volvieron a casa, las mujeres siguieron trabajando, y ahora es muy normal que en las familias trabajen tanto el marido como la mujer."

Troy asintió con la cabeza. "Las familias estadounidenses de clase media casi no tienen más remedio que tener dos ingresos, a menos que vivan frugalmente o que el sustentador principal tenga un trabajo que esté muy bien pagado."

"Y tampoco es siempre el marido", insertó Katerina.

"Bien".

Becca se sentó a digerir esta información.

Katerina, con los ojos brillantes, se rió, balanceando una pierna mientras se encaramaba. "Las mujeres también pueden votar".

"¡Qué!" Becca levantó la cabeza y abrió mucho los ojos. "¡No! ¿Podemos votar? ¿De verdad?"

"Mmhmm. Conseguimos el voto en... um..." frunció el ceño concentrada, "Creo que fue hacia 1920 o así. Las mujeres podemos tener propiedades desde 1850, si no recuerdo mal. Incluso podemos divorciarnos de nuestros maridos". Giró la cabeza para mirar a Troy. "Tenlo en cuenta la próxima vez que decidas perseguir a Cat con una escoba".

Claramente, sin arrepentirse, Troy replicó: "¡Estaba afilando sus garras en mi sillón reclinable!".

"¡No lo estaba!" objetó Katerina indignada. "Sólo se estaba estirando".

"Sí, y utilizando mi sillón reclinable para sujetar sus patas".

"Bien".

"Usando sus garras". Enarcó una ceja. "¿Quieres que te enseñe los agujeros que hizo en el cuero?"

Katerina exhaló un suspiro. "Es viejo y hay que cambiarlo de todos modos".

Le golpeó el trasero en un gesto claramente juguetón. "No se trata de eso".

"¡Becca!" Katerina cambió bruscamente de tema. "Esta noche hemos pensado darte a probar la comida italiana. Troy ha hecho lasaña, que es un plato de pasta italiano muy popular".

Una especie de timbre sonó en la cocina, y Troy empujó a Katerina del brazo de su silla. Ella cayó de pie, riendo.

"¡Qué buena sincronización! Es el temporizador del horno. Ven al comedor, Becca".

Ambos desaparecieron en la cocina, y Katerina regresó un momento después con un gran cuenco de ensalada, que colocó en el centro de la mesa, junto con dos botellas de aliño para ensalada. En la cocina, Troy debió de abrir la puerta del horno, porque el aroma más delicioso llegó a la habitación, haciendo que a Becca le rugiera la barriga. Se puso colorada de vergüenza, pero Katerina ya estaba entrando en la cocina, así que, con suerte, no se había enterado.

Troy salió de la cocina con un gran plato de cristal sostenido cuidadosamente con las manos en forma de manopla, que colocó sobre una trébede en el centro de la mesa. Estaba claramente caliente, con el queso chisporroteando y la salsa de tomate burbujeando por los lados.

"Huele de maravilla", dijo Becca con franqueza, inclinándose hacia delante para inhalar profundamente.

"Troy hace la mejor lasaña -dijo Katerina al volver, con una cuchara grande y un cuenco de queso rallado. Puso el cuenco sobre la mesa y metió la cuchara en el plato de lasaña. "Troy, ¿por qué no sirves la lasaña, mientras yo saco el pan de ajo del horno?"

Troy cortó la lasaña en cuadrados grandes, y levantó un cuadrado humeante de la pasta, chorreante de salsa de tomate y queso, en tres platos, pasándole uno a Becca. Katerina entró y, tras dejar una cesta con rebanadas de pan tostado, tomó asiento a la izquierda de Troy, frente a Becca, y él le puso un plato de lasaña delante. Katerina le ofreció la cesta de pan.

"Pan de ajo", explicó. "Untamos el pan con mantequilla, luego espolvoreamos ajo en polvo y quesos parmesano y romano rallados, y lo horneamos hasta que se dore por encima".

Becca observó con interés cómo Katerina cogía un gran par de tenedor y cuchara que parecían tener una especie de bisagra en la parte superior, y los utilizaba para servir la ensalada en cuencos, que luego pasaba de unos a otros. Cuando todos tuvieron su comida, ensalada y pan,

junto con un vaso de vino tinto ante cada uno, Becca vaciló insegura. Ayer había notado que no se habían dado las gracias durante la comida de la noche anterior en casa de Jacinth.

Katerina le dedicó una suave sonrisa. "Como invitada nuestra, ¿te gustaría dar las gracias?".

"¡Oh!" Saltó un poco alarmada. Se mordió el labio. "Por favor, ¿podrías dar las gracias? Me gustaría aprender cómo se dice en... en estos días".

Inclinaron la cabeza y Katerina recitó: "Bendícenos, Señor, y a estos Tus dones que vamos a recibir, por Tu generosidad, por Cristo, nuestro Señor, te lo rogamos. Amén".

"Amén", se hicieron eco Troy y Becca.

Becca cortó un poco de lasaña con el tenedor y la estudió. Parecían capas de una sustancia firme de color crema, junto con una salsa de tomate y carne. "¿Qué es esto?", preguntó con curiosidad. "¿Esto, entre la salsa?"

"Se llama pasta", explicó Katerina. "Está hecha de una especie de harina de trigo, huevos y agua. La mayoría de las veces compramos la pasta seca y la hervimos en agua cuando la vamos a utilizar. Se sirve con una variedad de salsas, verduras y carnes, y tiene muchas formas diferentes. Ésta es de tiras largas y anchas, llamadas láminas, hechas especialmente para la lasaña".

Troy asintió. "La salsa es una sencilla salsa de carne italiana llamada boloñesa. Es muy básica, tomate y carne picada frita, y hierbas y especias. Luego ponemos capas de las láminas de lasaña con la salsa de carne y otro tipo de queso, requesón, y luego queso mozzarella por encima."

"Huele de maravilla", les aseguró Becca, y luego le dio un mordisco. "¡Ohh!"

Katerina le sonrió. "Es estupendo, ¿verdad? Cuando estés un poco más instalada, te invitaremos a unas clases de cocina moderna".

"¡Me gustaría mucho aprender a hacer esto!". Becca dio otro bocado, sus ojos se cerraron de felicidad. "¡Tiene tanto sabor!"

"Todo está en las especias", exclamó Troy, pero parecía complacido por los elogios.

El pan de ajo también contenía una explosión de sabor.

"Becca, voy a suponer que montas en bici". preguntó Troy, echando abundante aliño sobre su ensalada.

Ella le miró fijamente, preguntándose por qué alguien se lo preguntaría. "¡Claro que sí! Aunque -admitió- no montaba con frecuencia. No se hacía. Las mujeres solían ir de pasajeras detrás de sus maridos. Sin embargo, montaba en mi yegua en las raras ocasiones en que iba a Salem... a la ciudad, no a la aldea -especificó-, a comprar mercancías."

"Probablemente sólo monta de lado", dijo Katerina a su marido.

"Oh, sí, no había pensado en eso".

"¿Las mujeres cabalgan a horcajadas?" A Becca le costaba imaginárselo. Aunque, con sus nuevos vaqueros, veía cómo podía ser posible.

"Sí, excepto, ¿quizás en algún tipo de espectáculo? No sé, quizá ni siquiera entonces". Katerina dirigió una mirada interrogante a su marido, que se encogió de hombros.

"Hay pruebas de silla de montar en los espectáculos ecuestres", respondió él a la pregunta silenciosa de ella. "Nunca lo he visto en ningún otro sitio". Volvió a mirar a Becca. "Esto es lo que pasa. Tengo intención de contratar a alguien para que venga a ejercitar a mis yeguas. Tres están preñadas y necesitan especialmente ejercicio. Si te interesa, quizá podríamos llegar a un acuerdo, al menos temporalmente, hasta que hayas averiguado lo que quieres hacer".

¡Ganar dinero por su cuenta! Le encantaría tener la oportunidad, pero... "Nunca he montado a horcajadas", dijo dubitativa.

Troy volvió a encogerse de hombros. "Como ya montas, no te llevará mucho tiempo hacer el

ajuste. Puedo trabajar contigo en ello, y hasta que te sientas cómoda a horcajadas, tengo una anilla para montar a pulmón". Soltó una risita, un sonido profundo que salió de su pecho, y levantó la mano cuando ella hubiera hablado. "También puedo adiestrarte en estocada. Las muchachas son dóciles y educadas y, además, están acostumbradas a la embestida. No deberías tener ninguna dificultad con ellas".

"No está tan lejos de la posada", reflexionó Becca. "Podría ir andando por las mañanas, después de ocuparme de mi jardín".

Troy sacó el teléfono del bolsillo y lo consultó. "Este fin de semana no trabajo en la clínica, podemos planear que vengas a conocer a los caballos y recibas tus primeras lecciones de montar a la cuerda y a horcajadas".

Se inclinó para mirar su teléfono. "¿Puedes concertar citas por teléfono?"

"Sí, y también programar recordatorios y alarmas".

Se levantó de la mesa y corrió al salón, donde había dejado el bolso. Sacó el teléfono, volvió a la mesa y se lo tendió a Troy.

"¿Puedes enseñármelo?"

Obligado, le cogió el teléfono y le enseñó la función Calendario. Se lo devolvió y le indicó cómo introducir su primera cita, para el próximo sábado a las nueve de la mañana.

Becca sonrió orgullosa, mirando su calendario. "¡Quiero más en mi calendario!"

Katerina puso los ojos en blanco. "¡Ohmigosh, *no* te lo desees! De verdad. Lo digo en serio. Dentro de poco, la tendrás tan llena que recordarás estos días y rememorarás cómo era no tener nada que hacer."

"Retomando la conversación", dijo Troy, dirigiendo a su mujer una mirada dura, a lo que ella respondió riéndose: "Te pagaré veinticinco por hora para empezar, en efectivo al final de cada semana. Estoy pensando..."

Su voz se entrecortó, o tal vez fue la sensación de dar vueltas en su cabeza lo que hizo que su voz se desvaneciera. ¿Veinticinco por hora? ¿Dólares? Levantó las manos para agarrarse al borde de la mesa; parecía que se le cerraba la garganta, como si no pudiera respirar.

"¡Vaya!"

Oyó el roce de una silla, y entonces la apartaron hacia atrás, alejándola de la mesa, y le pusieron una mano suave en la cabeza, empujándola hacia las rodillas.

"Respira", le dijo Katerina desde lejos, preocupada. "Respira, Rebeca. Inhala, despacio, a la de tres... uno... dos... tres... ahora exhala despacio. Eso es".

Su cabeza pareció despejarse y luchó por volver a sentarse erguida, pero su corazón seguía latiendo como un caballo desbocado.

"Lo siento mucho", jadeó disculpándose. "No sé qué me ha pasado".

"Un poco demasiado pronto", retumbó la voz de Troy desde su lado.

"Sinceramente, me sorprende que no te haya entrado un ataque de pánico antes de ahora", asintió Katerina. "De verdad, Becca, estás llevando todo esto increíblemente bien. Todos estamos asombrados".

"Podría comprar una vaca entera", dijo Becca, con voz débil y distante a sus propios oídos. "¿Con sólo unas horas montando a caballo?"

Un vaso de vino se introdujo en su visión y se lo llevó a los labios.

"Toma un sorbo de vino", dijo Katerina.

Un repentino *prrow* hizo que todos miraran hacia el suelo. Un momento después, una pequeña bola de pelo esponjoso aterrizó en su regazo.

"¡Lacey!", exclamó, y sus manos acudieron instintivamente a acunar al gatito. "¿Cómo has

llegado hasta aquí?"

"Ah, nadie te ha hablado de tu gato teletransportador", observó Troy.

"¿Teletransportarse?"

"Así se llama cuando se traslada de un lugar a otro por medios mágicos", explicó Katerina. "Eso es lo que ocurrió cuando Remi te adelantó desde mil seiscientos noventa y dos. Te teletransportó. Parece que Lacey puede teletransportarse de un lugar a otro cuando lo desea".

"Pero se supone que debemos mantenerlo en secreto. La magia". Becca acercó instintivamente al gatito a ella. "¿Y si lo hace delante de la gente equivocada?"

"Hasta ahora no lo ha hecho", tranquilizó Katerina. "Creo que ha venido porque ha percibido tu angustia".

Unos ojos azules como serafines la miraron y unas suaves patas blancas le amasaron el muslo. Al acariciar el sedoso pelaje, Becca sintió que la invadía la calma y que el pánico que había sentido se desvanecía poco a poco.

Levantó la vista para ver dos pares de ojos preocupados, y consiguió sonreírles. "Estoy bien. Fue una debilidad momentánea".

"Verás que veinticinco dólares no dan para mucho en esta economía", dijo Katerina con una mueca.

Troy asintió con la cabeza. "De hecho, te pagaría más si decidieras quedarte. Pero esto te proporciona unos ingresos por ahora, mientras aprendes este siglo, exploras tus opciones, decides lo que quieres hacer. Cuando llegue el momento, podremos reconsiderar nuestro acuerdo". Se volvió hacia su mujer. "¿Recuerdas a la directora del banco que contratamos para las familias de Marruecos? Está casada con uno de los constructores".

"¡Lydia! Eso es!" Katrina parecía encantada con la idea, pero Becca apenas consiguió evitar que se le abriera la boca. No habían tenido bancos en las colonias, pero ella sabía lo que eran. Todo el mundo conocía el Banco de Inglaterra, aunque no fuera para los colonos. Pero... ¿una mujer era directora de un banco?

Katerina continuó. "La llamaré mañana. A ver si tiene tiempo para venir a explicarme lo nuestro, y la economía... todo lo relacionado con el dinero y el presupuesto". Hizo una pausa, frunciendo el ceño. "No sé por qué no pensamos en ella antes, hemos estado dándole vueltas a quién te enseñaría, ya que obviamente va a ser crucial que lo sepas cuanto antes".

Becca frunció el ceño, concentrada. "¿Qué es la economía? No es una palabra que haya oído antes".

"Vale, espera", dijo Troy, cogiendo el teléfono, que había dejado sobre la mesa después de la última vez que había buscado algo. "Vale, la palabra empezó a utilizarse en la década de 1870, y procede del griego 'oikonomia', que significa gestión del hogar".

Becca parpadeó y se resistió a soltar una risita. "¿Has sacado todo eso del teléfono?"

"Eso y más", respondió, volviendo a mirar la pantalla. "Puedes buscar definiciones, pero también palabras parecidas con significados iguales o parecidos..."

"Sinónimos", intervino Katerina.

"...o palabras que signifiquen lo contrario", continuó, frunciendo el ceño hacia su mujer.

Katerina le sonrió. "Antónimos".

Becca sacudió la cabeza y sacó su propio teléfono, que ya había aprendido a guardar en el bolsillo. Abrió la aplicación Notas... sintiéndose orgullosa de sí misma por saber lo que era una aplicación... e hizo las anotaciones: Economía. Sinonim. Se le escapó una carcajada cuando, al parecer, deletreó mal sinónimo, y en la pantalla apareció la palabra correcta. Lo mismo para antónimo. "Esto es una maravilla", exclamó. "Hasta ha entendido mi error ortográfico".

Katerina asintió, con los ojos brillantes. "Lo sé, ¿no es genial? Se llama autocorrección, y estaría perdida sin ella".

"Todos lo estaríamos", añadió Troy con una de sus risitas. "La civilización moderna tal como la conocemos se derrumbaría sin la autocorrección".

Becca soltó algo peligrosamente parecido a una risita, y tuvo que taparse la boca con los dedos para contener el sonido, que le habría valido miradas severas y desaprobadoras en su pueblo. "Autocorrección", añadió a su lista de vocabulario en la aplicación Nota.

"¡Ah!" Troy se levantó bruscamente y se dirigió a la cocina, regresando al cabo de un momento con un papel doblado en la mano. "Jacinth trajo esto a la clínica a la hora de comer. Quería dártelo cuando llegaras".

Curiosa, se lo cogió y abrió la solapa doblada. Dos objetos cayeron en su mano, y los cogió para escrutarlos. Uno era un pequeño rectángulo de papel de color azul, el otro una especie de plástico, ambos del tamaño y la forma aproximados a los de la tarjeta de débito que Talya le había dado aquella tarde. También había una hoja de papel, más grande, doblada por la mitad.

"Éstas son vuestras identificaciones", explicó Troy, señalando los dos pequeños rectángulos. "Los Djinn tienen algún tipo de red, yo mismo no lo entiendo, pero Jacinth nos asegura que son legales. La tarjeta azul es tu tarjeta de la Seguridad Social; la necesitarás para trabajar y para abrir una cuenta bancaria. La que tiene tu foto es tu tarjeta de identificación del estado de Nueva York. La necesitarás como identificación, ya que no tienes carné de conducir, que es la forma habitual de identificación de los adultos en Estados Unidos. La tarjeta de identificación es para los que no conducen".

El de plástico le llamó la atención y soltó un grito de alegría. "¡Tiene mi foto! Lo recuerdo, Jacinth me la hizo cuando estaba sentada en el sofá con Lacey". La estudió con más atención, observando con placer las palabras: "Rebeca Teresa Amador". "¡Y tienen mi nombre de confirmación!"

"Jacinth pensó que, puesto que hoy en día es habitual que la mayoría de la gente tenga un segundo nombre, y puesto que tú dijiste que tu madre habría elegido Teresa como nombre de confirmación, ése serviría también como segundo nombre oficial", dijo Troy. "Me lo explicó detenidamente para que pudiera transmitírtelo".

Ansiosa, Becca abrió el papel doblado. "¿Y esto?"

"Se trata de un certificado de nacimiento", explicó. "Se registran en el momento del nacimiento en cualquier hospital o clínica, y se inscriben en el registro estatal".

Lo hojeó y tuvo que apartar las lágrimas al ver los nombres de su madre y su padre impresos en el papel. Sonrió, aunque aún tenía los ojos un poco empañados. "Catherine Anne Castellano Amador y Juan Anthony Amador. Encontró la manera de conservar los apellidos de mi familia. ¿Cómo lo supo?"

"Jacinto me dijo que te dijera que creía que te gustaría esto, recuperar el nombre original de tu familia, pero manteniendo Castellano como apellido de soltera de tu madre. Si no es así, díselo y mandará hacer nuevos papeles".

"¡No!" Las manos temblorosas de Becca apretaron el papel contra su pecho. En ese momento, la habitación pareció desvanecerse, el amor y la aceptación de aquellos maravillosos nuevos amigos la abrumaron. Miró a su alrededor, con los ojos brillantes de gratitud y una sonrisa sincera en los labios. En ese momento, sintió una sensación indescriptible de ser amada, cuidada y acogida incondicionalmente.

"No, esto es perfecto".



JAKE APOYÓ LOS codos en la barra y miró morosamente la jarra de cerveza que tenía delante. "Dios, qué idiota soy".

"Sí, lo eres". Su hermano sonrió al apartar su atención del partido en la televisión de pantalla grande montada en una de las paredes del bar, girando sobre el taburete de la barra para mirarle. "¿Y?"

"Conocí a esa mujer esta mañana en el desayuno. Por la que Katerina vino a vernos anoche. Rebecca. Becca". Dio un trago de cerveza, mirando a lo lejos. "No se parecía en nada a lo que esperaba. Es increíblemente guapa, pero sobre todo tenía ese aspecto. Vulnerable. Perdida. Mi lobo la miró y aulló, *¡amigo!* Quería conducirla a un lugar seguro, a nuestra guarida, para interponerse entre ella y cualquier problema".

"¡Vaya!" Joe se quedó helado con la bebida a medio camino de la boca. "¿No es broma?"

"No es broma". Jake parecía cabizbajo. "Entonces, ¿qué hice? Abrí mi estúpida boca y dije: 'Dios mío, eres preciosa'".

Estallando en carcajadas, Joe dio una palmada en el hombro de Jake. "Así se hace, hermano. Un cuento con moraleja sobre la fiebre aftosa".

"Sí, gracias por la simpatía de corazón", replicó Jake, engullendo un poco de su cerveza.

"Así que tu loba cree que es tu compañera, ¿eh? ¿Qué vas a hacer al respecto?"

Jake se encogió de hombros, pasándose una mano por el pelo. "¿Qué puedo hacer? Apenas lleva un día entero en este periodo de tiempo. Por lo que he visto esta mañana, está aguantando bastante bien. Probablemente mucho mejor de lo que mucha gente sería capaz. Pero sigue siendo una adaptación, y un proceso largo. Todo es nuevo para ella, casi literalmente. Quiero decir, imagínatelo, lo que tendrá que afrontar cada día, toda la tecnología, las diferencias culturales. Da un nuevo significado a 'un mundo completamente nuevo'".

Joe asintió. "Sí, entiendo lo que dices. Además, es puritana y tiene todo ese bagaje cultural".

"En realidad", sonrió Jake, e inclinó su botella contra la de su hermano, "no lo es. Es católica y de ascendencia española. Imagínate".

"Vaya, ¿no es una broma?" Joe frunció el ceño, dándole vueltas a la idea. "Nunca me interesó la historia como a ti, pero conservo la impresión de que los puritanos eran intolerantes con cualquier otra religión fuera de la suya, incluso con otras confesiones cristianas".

"No te equivocas", convino Jake. "Al parecer, su familia llegó huyendo de la Inquisición española y se refugió con los primeros colonos, por lo que presumiblemente fueron tolerados. Pero me dio la impresión... aunque ella no lo dijo, precisamente... de que era una vida difícil, recorrer el camino de ser diferente, fuera de la sociedad puritana sin dejar de vivir entre ellos. Y eso antes de todo el asunto de la brujería".

"Sí, eso tiene que haber sido un asco. No me extraña que tenga cinco mensajes de Maroulla en el buzón de voz. He estado hasta arriba de trabajo, no he tenido tiempo aún de comprobar lo que quería".

"Anoche me llamó cuando llegué a casa y hablamos un poco. No hay duda de que esa Becca es mágica. Casi seguro que es una bruja de algún tipo. De hecho, esa gatita mágica que ha estado merodeando con Jacinth y compañía, al parecer echó un vistazo y se apegó a Becca. Creen que Becca es la razón por la que Lacey vino al Valle".

Joe levantó las cejas al oír aquello. "¿En serio? ¿Sabe que es bruja? Por lo que dijo Katerina anoche, no parecía que lo supiera".

"Parece que no. Están trabajando para encontrar una forma suave de decírselo, que no la

asuste".

Joe silbó, largo y bajo. "Joder. Viniendo de Salem y de los juicios por brujería, ¿hay alguna forma de que *no* se asustara? Porque tengo que decirte que yo sí que lo haría".

"¿Verdad?"

"¿Y qué vas a hacer?"

Jake volvió a encogerse de hombros. "¿Qué puedo hacer? Puede que no sea puritana, pero sigue siendo de esa época. Sospecho que el cortejo era mucho más circunspecto en aquella época, y lo último que quiero es que se sienta incómoda conmigo. Así que, por ahora, me centraré en instruirla, como me pidió Maroulla. Que es probablemente de lo que quiere hablar contigo". Sonrió. "Hay que conseguir la aprobación del mandamás, ¿no?"

Recibió el amistoso manotazo de su hermano con una risita. "De todos modos, al menos tendré una buena razón para pasar tiempo con ella. Y -añadió Jake, recordando de repente y sintiendo que se le aligeraba el espíritu-. "Mañana por la noche saldremos a cenar".

"¿Una cita?" Su hermano levantó las cejas, sorprendido.

"Pues no", admitió Jake. "Lo presenté como una combinación de introducción a los restaurantes modernos y un lugar para tener nuestra primera lección".

"Eso no es malo", observó Joe.

"Quería saber si era apropiado", dijo Jake, recayendo en la melancolía. "Salir a cenar juntos a un restaurante".

"Sí, eso apesta. El lado positivo es que ha aceptado, así que ahí está eso".

"Cierto".

"¿Adónde la llevarás?"

Frotándose el puente de la nariz, Jake reflexionó sobre ello. "He estado pensando en eso. Probablemente no étnico... italiano, mexicano, chino, etcétera. Y no una hamburguesería, ni siquiera un asador. Quizá uno de esos restaurantes caseros, o incluso una cadena como IHOP o Denny's. Algún sitio donde sirvan comida típica americana, y ella pueda elegir entre varias opciones. Asado, pavo asado, filete de pollo frito, pastel de carne, pollo frito, ese tipo de cosas. Además, esos menús suelen tener fotos, lo que hace más fácil explicar qué son las cosas, y ella puede probar lo que quiera, además de que cosas como la carne asada o al horno le resultarán más familiares, si quiere permanecer en su zona de confort".

"No es mala idea", aprobó su hermano. "Tráela en algún momento. Katerina me dijo que intentan evitar que se sienta abrumada por todo el mundo que quiere conocerla. Lo entiendo". Le dio una palmada en el hombro a Jake. "Afortunadamente soy el alfa de la manada, así que puedo ordenarte que la traigas para que me conozca".

Jake resopló en su cerveza. "Sí, sí. Me lo pensaré".

Su hermano se limitó a sonreír.

CAPÍTULO 12



RECIÉN SALIDA DE LA SIESTA Y VESTIDA CON UNA DE LAS FALDAS SUELTAS Y VAPOROSAS QUE Alessandra le había comprado, junto con una bonita blusa de color crema, Becca estaba lista y esperando en el amplio porche delantero cuando Jake llegó a recogerla. Sin embargo, se quedó helada al ver el gran vehículo que avanzaba lentamente por el camino de entrada hasta detenerse frente a la posada. Era fácilmente la mitad de grande que el coche que conducía Jacinth, estaba mucho más elevado del suelo y tenía una especie de plataforma que se extendía detrás de los asientos.

La puerta del vehículo se abrió y Jake se deslizó fuera, tendiéndole la mano con una sonrisa. "No te morderá, te lo prometo".

Ella parpadeó, luego se descongeló y se acercó para cogerle la mano. Sintió que se le encendían las mejillas de vergüenza. "Lo siento", se disculpó, teniendo dificultades para apartar los ojos del reluciente azul oscuro del vehículo. "Es que... ¿esto también se llama coche?".

"No, se llama camión", le explicó Jake, guiándola por la parte delantera y abriendo la puerta del otro lado. Ella miró el escalón que conducía a los asientos y, de repente, se echó a reír.

"Es como subirse a un caballo", declaró ella, levantando el pie hacia el peldaño y saltando sobre el asiento, sonriéndole. "¡Divertido!"

Sus ojos brillaron con el mismo humor, cerró la puerta y se sentó en el asiento del conductor. Becca se contoneó en el asiento y se acomodó antes de abrocharse el cinturón de seguridad. Miró por la ventanilla delantera.

"¡Me siento en la cima del mundo!"

Jake se rió entre dientes, se abrochó el cinturón y condujo hasta la parte trasera de la posada, donde dio la vuelta al enorme camión en el aparcamiento.

"¿Cómo te estás adaptando a ir en coche? Y ahora en un camión, obviamente".

"Es emocionante", confesó. "¡Nunca soñé que pudiéramos ir tan rápido!".

"Eh, sí, sobre eso". Jake la miró de reojo. "¿Has estado ya en una autopista?".

"Creo que no...", respondió ella con cautela. "¿Cómo voy a saberlo?"

"Son cuatro o seis carriles... dos o tres en cada sentido, normalmente con un separador central. Así es como nos desplazamos rápidamente entre pueblos, ciudades e incluso estados. Y conducimos mucho más rápido por autopista".

"Goody McCand... Quiero decir, Jacinth los mencionó", asintió sabiamente. "Yo aún no he subido a ninguno".

"El restaurante al que quería llevarte está a cierta distancia. ¿Crees que estás preparada para

un viaje corto pero rápido por la autopista?".

Se lo pensó, y luego sonrió. "Tráelo", le dijo, tomando prestado el expresivo vocabulario de Talya.

Jake se rió, sacudiendo la cabeza. "Veo que estás progresando mucho en el aprendizaje del fino arte de la jerga moderna".

Asintiendo, Becca le sonrió. "Estoy aprendiendo rápido", dijo, no sin que el orgullo aflorara en su pecho. El orgullo podía ser un pecado, pero no podía evitar el placer que sentía al abrazar todas sus nuevas experiencias y encontrar su camino en esta nueva y extraña época.

Se detuvieron y Jake giró bruscamente a la derecha por una estrecha carretera que ascendía en pronunciada pendiente. "¿Listos?"

Ella se inclinó hacia delante con impaciencia, asintiendo, y el camión empezó a ganar velocidad. Cuando llegaron al final de la rampa, el corazón se le salió del pecho. Jadeó al darse cuenta de que había coches... muchos coches... pasándoles a toda velocidad por la izquierda. El camión adquirió más velocidad, y ella pensó que los coches chocarían contra ellos cuando él pareció desviarse a su paso. Con un grito, levantó las manos para taparse los ojos y se preparó para el impacto.

No ocurrió nada.

Oyó una risita de Jake, y su mano, cálida y reconfortante, agarró la suya y se la apartó de la cara. Ella cerró los ojos con fuerza y él volvió a reírse.

"No pasa nada. Vamos, echa un vistazo".

Abrió los dedos de la otra mano y no pudo evitar chillar, echándose todo lo que pudo hacia atrás en el asiento. Jadeaba y el pánico se apoderó de ella. Iban tan rápido que era imposible.

Sus dedos se apretaron contra los de ella, tranquilizadores. "No pasa nada, Becca. ¿Necesitas que vaya más despacio?"

"¡Sí... no!" Luchó por respirar y levantó la mano libre. "No. No.... no vayas más despacio. Dame sólo un minuto".

Se obligó a mantener los ojos abiertos, todavía apoyada en el respaldo del asiento, pero poco a poco se dio cuenta de que había un orden en la corriente de coches que circulaban por la carretera. En su mayoría iban todos a la misma velocidad, aunque los coches situados a su izquierda iban un poco más deprisa. Observó la carretera por delante, mientras los coches fluían suavemente de un carril a otro, moviéndose en los espacios entre otros coches con facilidad.

Su respiración se hizo más lenta y su corazón volvió a su lugar habitual en el pecho. Cuando pudo apartar los ojos de la carretera, giró la cabeza para contemplar el paisaje y algo se desató en su pecho, una explosión de alegría y emoción. Se le escapó una carcajada de puro placer.

"¡Es como volar!"

Una comisura de sus labios se curvó hacia arriba. "También podemos hacerlo".

Becca apartó la mirada del paisaje para mirarle con los ojos muy abiertos. "¿Qué?"

Se rió entre dientes. "Bueno, en el camión no. Pero tenemos lo que se llaman aviones, que vuelan. Pueden llevar a muchos pasajeros a cualquier parte del mundo".

Ella le miró con el ceño fruncido. "Ahora intentas ver cuánto puedes hacerme creer".

"¡No, te lo juro!" Jake le lanzó una rápida mirada y, por la expresión de su rostro, quedó claro que estaba lejos de creérselo. "Cuando lleguemos al restaurante, te enseñaré un vídeo. De hecho, probablemente pueda encontrar uno en YouTube que explique cómo vuelan, ¿vale?"

Parecía haber funcionado. "¿Uno de esos vídeos educativos?" Giró la cabeza para escrutarlo, con la sospecha aún acechando en su mirada. "¿Los que me enseñó Talya, sobre cómo fabrican el pavimento de la carretera y qué es la tecnología?"

"Sí, exactamente. En cuanto estemos instalados en una mesa, buscaré primero algo que explique cómo vuelan y luego uno que muestre un avión en el aire".

Ella siguió estudiándolo, y él tuvo que morderse la mejilla para no reírse.

"¿No me estarás tomando el pelo?"

"En absoluto. En avión puedes ir de Nueva York a California en unas seis horas".

"¿Qué es California?"

Hizo una mueca. "Ah, claro. Eso será en nuestra primera lección, los estados que componen los Estados Unidos de América. Pero como referencia, un vuelo de aquí a Salem no tardaría mucho más de una hora. Para mayor referencia, se tarda unas cuatro horas en coche hasta Salem. Lo que equivale a unas doscientas cincuenta millas, más o menos".

Becca abrió la boca y volvió a cerrarla. No tenía ni idea de qué decir. De qué empezar a decir. Cuatro horas para llegar a Salem. Como si estuviera tan cerca.

"Se tarda más de una hora en llegar a pie a Salem Town desde el pueblo", dijo finalmente, con la voz un poco débil. "Y sólo son seis kilómetros".

"El pueblo de Salem se llama ahora Danvers. Le cambiaron el nombre en 1757, y el pueblo de Salem es ahora simplemente Salem". Se aclaró la garganta. "Salem tiene una industria turística masiva en torno a los Juicios de las Brujas".

Palideció, el color se le fue de la cara.

"Hola". Jake apartó la mano derecha del volante, cubriendo la de ella con un apretón reconfortante. "Siento haber sacado el tema. No pienses en ello por ahora. Ahora estás lejos, y a salvo".

Se recuperó un poco y esbozó una sonrisa. "Cuatro horas de viaje y trescientos treinta y tantos años de distancia".

Se rió y le dio una palmadita en la mano antes de soltarla. "¡Es verdad!"

Se mordió el labio, mirándole por debajo de las pestañas.

"Renee dijo... mi primera mañana, cuando me estaba enseñando el jardín que habían preparado para mí. Dijo que yo era una bruja. Una bruja de la tierra, dijo, con una conexión con la tierra, con las cosas que crecen".

"Ya lo veo", dijo Jake, asintiendo. "Pero, para que lo sepas, ahora las brujas están por todas partes, y ya no se asocian con la adoración del diablo, que es algo totalmente distinto. Hay todo tipo de brujas, por supuesto, pero aquí en América la mayoría son wiccanas, que se considera una de las religiones paganas, y adoran a diversos dioses y diosas. Yo no sé mucho al respecto, pero hay montones de libros disponibles, además de tiendas que se dedican por completo a la comunidad pagana. Puedes preguntar a Alessandra si quieres saber más. Que yo sepa, ella no es wiccana, pero sé que fabrica velas perfumadas y jabones, y cosas por el estilo, para venderlas en las tiendas paganas".

Paganos. Wiccanos. ¿Dioses y... diosas?

"Creo que tal vez este tema debería esperar", decidió, juntando las manos sobre el regazo para calmar el temblor de sus dedos. "No lo entiendo, y me resulta... difícil pensar en ello".

"Entendido". Y así lo hizo. "Aun así, te enseñaré los vídeos sobre aviones".

Su sonrisa de respuesta fue brillante. "¡Sí, por favor! Si es verdad, quiero verlo todo".

Le guiñó un ojo. "Esa es la actitud".

El coche... o más bien, se recordó a sí misma, el camión... aminoró la marcha, y giraron hacia un aparcamiento situado delante de un edificio largo y bajo con muchas ventanas anchas que parecían ocupar casi toda la fachada del edificio. Entraron por una puerta también toda de cristal. Una mujer mayor estaba detrás de un podio, saludándoles amistosamente.

"¿Podríamos coger una cabina, por favor?" preguntó Jake.

"Por supuesto, señor. Por aquí, por favor".

Los condujo a través de un laberinto de mesas. En las paredes de la sala había pares de asientos anchos, de respaldo alto, colocados frente a frente en una mesa lo bastante grande como para que pudieran sentarse cuatro personas juntas, dos a cada lado. Los respaldos altos daban intimidad a los sentados en cada mesa. En el centro de la gran sala había mesas independientes con cuatro sillas cada una.

La señora se detuvo ante una mesa libre, colocó ante ellos dos grandes sábanas cubiertas de plástico y se marchó, asegurándoles que su camarera estaría con ellos en breve.

Llena de curiosidad, Becca no se molestó en esperar, sino que se inclinó sobre la mesa. "¿Te ha llamado Señor, pero no usas Goodman ni Goody, ni Amo ni Ama?"

"Señor" y "Señora" son la forma adecuada de dirigirse, normalmente para alguien mayor a quien no conoces o, como en este caso, se utilizan para un invitado o cliente en un entorno comercial. Si, por ejemplo, fuera a mi banco, donde me conocen, el cajero del banco me llamaría Sr. Malloy. Si se tratara de otro empleado del banco que no conociera mi nombre, en su lugar me diría Señor".

"Ya veo".

Jake cogió el plástico que la mujer había dejado sobre la mesa. Abrió la tapa, y ella vio ahora que era como un libro con tres o cuatro páginas, todas cubiertas de aquel plástico.

"Así es como se hacen los menús en la mayoría de los sitios... aunque, los restaurantes más elegantes tendrán menús más bonitos. La mujer que nos recibe se llama azafata, y los camareros y camareras tomarán nuestros pedidos de comida y la llevarán a la mesa."

Ella asintió y abrió su propio menú. La primera página se titulaba DESAYUNO en letras grandes. Pasó la página y vio BURGUESAS Y SANDWICHES, y otra página era CENA. También había categorías para ensaladas, postres y bebidas. Aquí y allá había imágenes coloridas y atractivas de las distintas comidas, que le hacían la boca agua.

Se le escapó un jadeo horrorizado al asimilar lo que debían de ser los precios. Jake, que la observaba atentamente, se rió.

"Son precios razonables para una cadena de restaurantes normal en Estados Unidos", le dijo. Levantó la mano para evitar su siguiente pregunta. "Tomemos como ejemplo tu Ingersoll's Ordinary, de tu época. Digamos que Ingersoll's tuvo mucho éxito en Salem Village. Entonces abrieron un Ingersoll's Ordinary en Salem Town. Y aquel les fue tan bien y fue tan popular, que abrieron otro en Boston, y luego uno en Nueva York. Todos con la misma decoración, el mismo menú y los mismos precios que el original de Salem. Ésa sería la cadena de restaurantes Ingersoll's Ordinary. Así que... se considera una cadena de restaurantes".

"Ya veo". Y lo hizo. "Y estos precios, ¿son... representativos?". No pudo evitar que le temblara la voz.

"Sí, aunque hay muchas cadenas más exclusivas... más lujosas...", aclaró, "y cadenas de todos los tipos de comida que puedas imaginar. Pero elegí ésta porque sirve lo que se considera más o menos comida americana normal y corriente".

Un joven con un delantal azul oscuro atado sobre los vaqueros y una camisa de algún tipo de material elástico se detuvo junto a su mesa, colocando ante ellos vasos de agua con hielo.

"¿Puedo tomar sus órdenes?"

"¿Puedes darnos unos minutos?" le preguntó Jake.

"Claro, no hay problema", dijo con despreocupación el joven, que llevaba prendido en la camisa un pequeño trozo de plástico en el que se leía Marcus, y se dirigió rápidamente a otra

mesa.

A unas mesas de distancia, la anfitriona estaba sentando a una joven pareja que llevaba al bebé con ellos. El bebé estaba en una especie de cuna que habían colocado sobre la mesa. Mientras Becca miraba, fascinada, el marido balanceó el asa por encima y por debajo de la cuna, y ésta encajó en posición en un ángulo, de modo que el bebé quedó medio reclinado, medio apoyado. El bebé, presumiblemente una niña por el gorro de punto rosa y el lazo con volantes de su corto pelo, gorjeó, agitando un puño diminuto en el aire, dirigiendo una sonrisa desdentada a sus padres y, según observó Becca con interés, a las camareras que parecían converger en la mesa desde todos los rincones del restaurante. El aire se llenó de oh's y ah's, y Becca se mordió el labio para reprimir una risita.

"Veo que a la gente le siguen gustando los bebés como siempre", le susurró a Jake, lanzando miradas hacia la otra mesa. "¡Y esa cuna es de lo más ingeniosa!".

Jake se rió, y alargó la mano al otro lado de la mesa para tocarle el menú. "Céntrate, si quieres comer pronto".

"Ah, sí. Por supuesto".

Mientras Jake le explicaba las distintas opciones de comida del menú, ella rechazó platos muy conocidos para ella, como el rosbif y el pavo, y se conformó con algo llamado pastel de carne, servido con puré de patatas y salsa, y una variedad de verduras. El propio Jake pidió algo llamado hamburguesa de bacon y queso con patatas fritas. Le sonrió mientras daba su pedido al camarero, Marcus, y le entregaba sus menús al joven.

"Te daré un bocado del mío, para que lo pruebes. Te encantará", predijo con seguridad.

Becca se resistió un poco. "No habrás pedido algo que no querías sólo para que lo probara, ¿verdad?".

"En absoluto", le aseguró. "Me encantan las hamburguesas en todas sus formas".

"¿Hamburguesas de jamón?"

"Es carne picada formada en una hamburguesa... esa es la parte de la hamburguesa... y asada o frita, luego servida en un pan, normalmente con lechuga, tomate y cebolla, a menudo con queso, y normalmente se pueden añadir otras cosas si se desea. Tocino, champiñones, etc.".

Ella reflexionó, frunciendo el ceño. "¿Pero es de ternera y no de jamón?".

Ante su asentimiento, ella preguntó: "Pero entonces, ¿por qué se llama hamburguesa de jamón?".

Los labios de Jake se abrieron y luego se cerraron, y se quedó pensativo un momento. "¿Sabes qué? No lo sé. Espera".

Sacó el teléfono y tecleó una consulta, luego pareció desplazarse aquí y allá.

"Vale, resulta que en realidad se originaron en Hamburgo, Alemania, como una especie de filete hecho con carne picada de ternera, ajo y cebolla. Luego los inmigrantes alemanes la llevaron a América, donde alguien tuvo la idea de ponerla entre dos trozos de pan para facilitar su consumo, y se convirtió en la hamburguesa. En realidad hay muchas reivindicaciones diferentes sobre su origen, pero eso es lo básico".

"¿Y el tuyo con queso y bacon?"

Se rió entre dientes, guardando el teléfono. "Oh, sí, todo es mejor con bacon".

"No eres tú quien tiene que sacrificarlo, ahumarlo y cortarlo en rodajas", señaló Becca, incapaz de resistirse a burlarse un poco.

"Sí, sobre eso". Se aclaró la garganta, y Becca se sentó más erguida, mirándolo con interés.

"¿Me va a gustar lo que viene después?"

"Oh, sí". Volvió a acomodarse en su asiento, con todo signo de disfrute en el rostro. "Ya no

sacrificamos nuestra propia carne. Bueno, hay carnicerías aquí y allá donde puedes comprar carne de ternera, cerdo y pollo recién hecha, pero son raras, y suelen ser más caras."

Ella le miró con el ceño fruncido. "¿Y cómo consigues la carne?"

"Ahora tenemos supermercados. Son grandes almacenes... unos más grandes que otros... que tienen casi de todo. No sólo carne, sino frutas, verduras, carne, mermeladas, pan, especias. Algunas son secas y vienen en cajas, otras son enlatadas, otras congeladas".

"¿En lata?"

"Oh, cierto. Lo había olvidado. Conservabas los alimentos... mermeladas y demás... en tarros de cristal, ¿verdad?"

Becca asintió, pues aquello le resultaba muy familiar. "Sí, claro, y las sellamos con cera".

"Por supuesto. En algún momento de la historia, los tarros de cristal empezaron a sellarse con tapas de metal, y se llamaron tarros Mason. Luego, más o menos en el siglo pasado, alguien inventó las latas, como los tarros de cristal pero de metal, que conservaban los alimentos aún más tiempo. De hecho, las mermeladas y la miel se siguen conservando y vendiendo en tarros de cristal, pero la mayoría de cosas como verduras y frutas y sopas se venden en latas. Pero". Volvió a levantar la mano. "Eso no nos concierne ahora. Tengo que enseñarte historia y geografía. Y vamos a empezar por los cincuenta estados que forman los Estados Unidos de América".

Abrió su mochila y sacó un gran trozo de papel. Cuando lo extendió sobre la mesa, ella vio que era un mapa.

"Éste es un mapa del continente norteamericano, y puedes ver que los estados están separados por las líneas discontinuas", señaló. Ella lo miró dubitativa.

"Parece grande".

Sonrió. "Muy grande. ¿Ves esto de aquí?" Y señaló una pequeña zona rectangular en el extremo noreste del mapa. "¿Ves esa sección de ahí? Eso es Massachussets". Arrastró el dedo unos dos centímetros hacia abajo. "Y aquí está Nueva York".

Se quedó mirando aquella parte del mapa, una zona muy pequeña en comparación con el conjunto. "Eso... eso es imposible", susurró.

"Si superpusieras este mapa de América sobre un mapa de Europa, se extendería desde Irlanda en el oeste, hasta Rusia en el noreste, y bajaría hasta el Mediterráneo, hasta Grecia y Turquía, e incluso Siria, hasta el sur y el este más lejanos".

Sintió que la sangre se le escurría de la cara y sus dedos, al tocar el mapa, temblaban. "Ni siquiera he oído hablar de la mayoría de esos lugares".

"Eso es lo que he venido a enseñarte, Becca". Su sonrisa era tranquilizadora. "No vas a tener que aprenderlo todo de golpe. Lo haremos por partes, ¿vale?"

"Supongo", aceptó, pero se sentía terriblemente ignorante y, de momento, un poco abrumada. "¿Cómo puedo aprender todo esto?"

"Fácil. Poco a poco. Toma".

Recogió el mapa, lo dobló y lo dejó a un lado, y sacó otra hoja de papel. En ella sólo aparecían los estados más orientales, con sus contornos dibujados mucho más grandes que en el mapa anterior, y los nombres de los estados estaban claramente marcados. "He pensado mucho en la forma de enfocar esto, desde el punto de vista de lo que más necesitarás saber en este siglo, lo que te haría destacar si no lo supieras".

Becca soltó una carcajada sin gracia y se pasó unos dedos temblorosos por el pelo, apartándose de la cara. "Eso es casi todo".

"Sé que es mucho", compadeció. "Pero recuerda que tienes todo nuestro apoyo. Estamos contigo, para ayudarte. No dejaremos que te hundas, Becca".

Ella le dirigió una sonrisa trémula. "Sé que no lo harás. Y te lo agradezco, de verdad. Entonces... ¿qué debo hacer?".

"Voy a empezar con una simple memorización de los estados, por secciones. Aún no nos molestaremos en dar detalles, sólo sus nombres y dónde están. He pensado que empezaríamos por lo que llamamos la Costa Este; es decir, los estados costeros que lindan con el océano Atlántico, desde el estado más septentrional, Maine, hasta el más meridional, Florida."

Sacó varias hojas más, cada una con el mapa de la Costa Este, como él la había llamado, pero éstas sin los nombres de los estados impresos. "Aquí tienes unas hojas de práctica. Tómate tu tiempo durante la próxima semana y apréndete estos estados".

Lo estudió y se sintió aliviada. "No parece tan grave", dijo, sintiéndose ahora un poco menos temblorosa. "Estos de aquí, al sur, son bastante grandes, sólo los muchos pequeños de la parte superior parecen muchos a primera vista". Frunció el ceño. "Además, algunas tienen formas bastante irregulares".

Jake se rió entre dientes. "Desde luego que sí".

Marcus se acercó con una gran bandeja, y Jake apartó los mapas a un lado mientras les colocaban la comida.

Rebecca probó un bocado de su pastel de carne. "Está muy bueno", le dijo a Jake, que la miraba expectante. "No puedo identificar bien los distintos sabores, pero me gusta".

"Normalmente el pastel de carne es una mezcla de ternera y cerdo, y a menudo lleva algún tipo de tomate mezclado, salsa o pasta de tomate, así como especias. Si te gusta y quieres intentar hacerlo tú misma cuando tengas tu propia casa, puedo conseguirte la receta de mi madre, hace un pastel de carne maravilloso."

Becca hizo una ligera mueca al oír aquello. "Puede que pase mucho tiempo antes de que esté preparada para tener mi propio hogar aquí. En la escuela de la aldea aprendí mucho más rápido que los demás niños, aunque aprendí rápido a ocultarlo. Además, mi madre y mi padre leían conmigo, asegurándose de que supiera más del mundo exterior de lo que se enseñaba a los niños puritanos." Hurgó un momento en su pastel de carne con el tenedor, con la mirada baja, antes de alzarla hacia la de él. "Ahora, aquí, en esta época, me siento bastante ignorante".

"No es ignorancia", se apresuró a asegurarle Jake, frunciendo el ceño. "Becca, ni por un momento pienses que eres ignorante. Te aseguro que ninguno de nosotros piensa eso. Es imposible que hayas llegado a esta época, como lo has hecho, y sepas todas estas cosas, todos los cambios que se han producido en tres siglos".

"Y treinta años", le recordó ella, y él se rió.

"Sí, y treinta años. Pero eres rápida e inteligente. Aprenderás rápido, y en verano te sorprenderás, cuando recuerdes estos primeros días. Becca". Extendió ambas manos por encima de la mesa y ella colocó las suyas en las de él, sintiendo el fuerte y tranquilizador apretón de sus dedos. "Recuerda también que cada uno de nosotros ha aprendido estas cosas desde la infancia. No es que hayamos nacido sabiendo todo esto, sino que nos lo han enseñado en la escuela a lo largo de muchos años. Para ti, apenas han pasado tres días. Tienes que darte tiempo. Es una adaptación enorme para ti, y todos lo sabemos".

"Ahora", dijo, soltándole las manos y sentándose. "Cómete la cena".

Cuando terminaron y el camarero les retiró los platos y los cubiertos, Jake pidió café para él.

"Becca, ¿quieres té o café?"

Dudó un minuto antes de decidirse. "Café, por favor".

Marcus asintió y se alejó.

"Sé que en tu época los colonos bebían sobre todo cerveza, cerveza de caña y sidra", dijo

Jake. "Pero disponíais de té y café, si no recuerdo mal".

Ella asintió. "Sí, las dos cosas, pero el té más. No tomaba mucho café, porque había que moler los granos, y después de un largo día trabajando en la granja, casi siempre era demasiada molestia. Además", le sonrió desde el otro lado de la mesa. "Esto es para probar cosas nuevas, y me gustará ver cómo se sirve el café en esta época".

"Oh, te vas a llevar una sorpresa", predijo Jake, con los ojos brillantes de diversión. "Tendremos que llevarte a un Starbucks. Pero, de momento, volvamos a la clase. Ya tienes los deberes", y señaló las hojas del mapa que había al final de la mesa. "Pero quería repasar algunos puntos muy pertinentes de la historia... americana y, en algunos casos, mundial. Voy a empezar con una visión general, y podremos profundizar en cada uno de ellos con más detalle en su momento, una vez que hayas asimilado lo esencial. Ahora mismo, te daré una visión general muy breve".

Marcus volvió con sus cafés, junto con un cuenco de cremas en vasitos. Mientras se retiraba, Jake le enseñó las cremas y cómo quitarles la tapa de papel.

"Hablando de té". Añadió nata y azúcar a su café y se acomodó para disfrutar de su primer sorbo. "En 1773, los colonos norteamericanos se hartaron de pagar el escandalosamente elevado impuesto británico sobre el té. A causa de ello, además de otras preocupaciones políticas que analizaremos más adelante, un centenar de hombres, vestidos de indios... y por cierto, ya no decimos indios, sino nativos americanos... se colaron en tres barcos de la Compañía Británica de las Indias Orientales en el puerto de Boston, donde arrojaron por la borda trescientos cuarenta y dos cofres de té... casi cuarenta y cinco toneladas."

Becca jadeó y dio una palmada. "¡Qué maravilla!"

"Eso desencadenó finalmente una serie de acontecimientos que culminaron en la Guerra de la Independencia, de 1775 a 1783. Los americanos redactaron y ratificaron la Declaración de Independencia el 4 de julio de 1776, aunque la guerra se prolongó hasta 1783." Hizo una pausa, con los labios torcidos. "Tendrás que leer la Declaración de Independencia, así como la Constitución y la Carta de Derechos".

Ella asintió con entusiasmo. "Quiero saber cómo nos independizamos, y no sólo de Inglaterra, sino también de Francia y España".

"Tengo una cronología básica para ti". Sacó una hoja de papel de su mochila y la dejó sobre la mesa, entre los dos. "Aunque, de nuevo, pasará algún tiempo antes de que entremos en detalles. Ahora, el siguiente gran conflicto importante es la Guerra Civil". Frunció el ceño. "La versión resumida es que fue por la abolición de la esclavitud. Los estados del sur dependían en gran medida de la esclavitud para sus plantaciones, y decidieron separarse... separarse de... los Estados Unidos de América. La guerra duró cuatro años, de 1861 a 1865, y ganó el Norte, que abolió la esclavitud. Esto es lo esencial; por supuesto, hay mucho más".

"Sí, lo comprendo", le aseguró ella. "En mi época tampoco faltaron los conflictos y las luchas políticas".

"Luego, en el siglo pasado, tuvimos dos guerras mundiales que, como sus nombres indican, implicaron prácticamente a todo el mundo. Después, la Guerra de Corea y la Guerra de Vietnam fueron conflictos importantes en Extremo Oriente y Estados Unidos estuvo muy implicado. Avanzando en la línea temporal, en 1990, tenemos la Tormenta del Desierto, que ocurrió en Oriente Medio. Todos estos son países sobre los que aprenderás cuando ampliemos nuestra geografía. Después de la Tormenta del Desierto vinieron una serie de guerras en Oriente Medio, que en su mayor parte siguen en curso".

Becca arrugó la nariz, consternada. "¿Tengo que enterarme de todas estas guerras?"

"Son acontecimientos importantes de nuestra historia", le dijo Jake. "Se espera que conozcas al menos el cuándo, el cómo y el por qué, ya que casi todos los estadounidenses saben estas cosas. Pero no todos a la vez. Como con los estados -y señaló los mapas con la cabeza-, iremos poco a poco. De momento, quiero que memorices los nombres y las fechas de esta línea temporal. Luego, con el tiempo, los iremos ordenando, conflicto por conflicto, empezando por la Guerra de la Independencia y los acontecimientos que condujeron a ella".

Examinó la hoja de papel y asintió. "Parece un planteamiento lógico. Creo que esta memorización no me llevará mucho tiempo".

"Tienes mucho de lo que ocuparte ahora, en estos primeros días, así que no voy a ponerte un límite de tiempo. Cuando tengas memorizados los estados de la costa este, avísame y empezaremos la siguiente lección. Cuando estés más asentado en la rutina, fijaremos días y horas regulares para las clases."

"¡Oh!" Dio un respingo en su asiento, al recordar. "¿Sabías que Angus y Renee me habían preparado una zona para plantar un jardín, detrás de la posada?"

Su mirada se posó en ella y sonrió, sus ojos se iluminaron con interés. "No, no lo sabía. Cuéntamelo".

Ella asintió enérgicamente. "Tenían montones de plantas listas para mí, en macetas de plástico, y bolsas de algo llamado tierra para plantar, y semillas. Verduras, pero Renee dijo que si quería bayas, podíamos hacer otra sección para ellas. Estoy pensando en moras, frambuesas y fresas, puedo hacer mermelada y venderla, junto con las verduras, en un mercado de agricultores. Después de que la posada se lleve lo que necesite", añadió concienzudamente. "Renee dijo que me pagarían por lo que utilizaran".

"¡Una idea excelente!" Toda la postura de Jake, su expresión, irradiaban entusiasmo. "Eso te reportará algunos ingresos y no te costará prácticamente nada empezar. Además, estás acostumbrado al trabajo que hay que hacer para cultivar".

"Bien acostumbrada", aceptó. "Me encanta trabajar en la tierra, ver crecer mis plantas. Pero además, Troy me ha ofrecido trabajo remunerado, montando a sus yeguas para hacer ejercicio. Este fin de semana me enseñará a montar a horcajadas, y cuando me considere preparada, entonces empezaré. Así que tendré una especie de rutina. Trabajaré en mi jardín por la mañana después de desayunar, y luego montaré sus caballos durante un par de horas por la tarde".

"Eso te deja tiempo para comer con los amigos si lo deseas -aprobó Jake-, así como tiempo por la tarde y por la noche para tus estudios. ¿Lo ves? Ya te está saliendo bien".

Sintió que el calor se apoderaba de sus mejillas ante la admiración de su mirada. "No podría hacerlo sin la ayuda de todos los que están aquí... tú, y Jacinth, y Katerina y Troy. Y Talya. También esa Maroulla que aún no conozco".

Asintió con la cabeza. "Maroulla es una buena mujer y una buena líder. Hace mucho por la comunidad de cambiaformas. Vive en Maine, aunque viene con más frecuencia ahora que varios de sus nietos... Katerina, Melanthe y Kester, y sus Elegidos... se han establecido aquí".

Otra palabra nueva. ¿"Elegido"?

"Ah". Tras terminarse el café, Jake apartó la taza, cruzando las manos ante sí encima de la mesa. Lanzó una rápida mirada a su alrededor, aunque ella había notado que siempre estaba alerta a cualquiera que se acercara. "Colectivamente, todos los seres sobrenaturales... metamorfos, brujas, Djinn, etc... se llaman Otros. Nosotros, los metamorfos, cuando encontramos a esa persona con la que deseamos pasar el resto de nuestra vida, la persona que nos conviene, que nos asienta, que capta el corazón y el alma tanto de nuestra naturaleza humana como animal... esa persona se llama nuestro Elegido".

"Así que Troy..."

"Serían los Elegidos de Katerina, sí".

"Así, como un marido o una mujer.

"Sí, pero más, porque la parte animal de nosotros también está implicada y reconoce a esa persona como su pareja".

"Entonces, ¿es sólo cosa de metamorfos?"

"No estoy seguro", admitió Jake. "Sólo sé de metamorfos, no de... ¿Otros?". Él se rió, y ella se unió a su risa.

"¡Oh!" Recordó algo más. Hurgando en su bolso, sacó su cartera... por una vez, algo que tenía un nombre que reconocía de su época... y sacó su identificación. "¡Mira lo que me ha comprado Jacinto!" Le sonrió, emocionada. "También tengo una tarjeta de la seguridad social y un certificado de nacimiento, pero Katerina me dijo que los guardara a buen recaudo en mi habitación y no los llevara conmigo".

Jake asintió. "Tiene razón".

Volvió a guardar el carné en la cartera, sintiéndose satisfecha de sí misma y muy moderna.

"Le estoy cogiendo el truco a esto", dijo, no sin cierto orgullo.

Jake se limitó a reír. "Así es".

CAPÍTULO 13



BECCA SE SENTÓ A UN LADO DE LA CAMA, ACARICIANDO A LACEY. EL BRILLANTE PELAJE BLANCO de la gatita parecía brillar como la nieve recién caída. Lo acarició suavemente, maravillada por su textura sedosa. Lacey ronroneó, un ronroneo de gatita diminuta, y Becca juró que la boca de la gatita se curvaba hacia arriba en los bordes, como si estuviera sonriendo. También tenía una naricita rosadita, y Becca no pudo resistirse a tocarla con la punta de un dedo. Lacey estornudó, deleitándola.

Sin poder evitarlo, se inclinó y frotó la cara contra el suave pelaje. Esta querida criaturita era toda suya. Algo que cuidar, que amar.

"Nunca he tenido a nadie propio", susurró en el pelaje de la gatita, rozando con los labios la zona aterciopelada entre las alegres orejas con el interior rosa concha. "Me resulta extraño que un gato elija a su humano, pero me encanta que me hayas elegido a mí".

Aquella mañana había tenido otra larga y satisfactoria sesión en su jardín, seguida de otra encantadora ducha. Se había vestido con otra de las faldas vaporosas que le había traído Alessandra, que tanto le gustaban, ésta de un algodón sencillo pero con un tejido muy fino, más ajustado de lo que había visto nunca. La había combinado con otra de las blusas sueltas, y un cinturón tejido con borlas. También iba descalza. Se sentía muy decadente, hundiendo los dedos de los pies en la gruesa siesta de la alfombra junto a la cama. Lacey se quejó de haber perdido su atención, y ella soltó una risita, levantando a la gatita para abrazarla.

"Me encanta esta nueva vida", le dijo al gatito. "Todo en ella me gusta tanto, tanto".

Un golpecito en la puerta de su dormitorio la sobresaltó. Se levantó, dejando a Lacey a un lado y tirando de su ropa, pues aún no se sentía cómoda con las mangas que sólo le llegaban hasta el codo, ni con la forma en que la blusa, aunque la cubría, estaba abierta por la garganta de un modo muy indecoroso. Se dirigió a la puerta, con el estómago hecho un nudo de nervios, pues no esperaba a nadie. Al abrirla, pensó que se desmayaría de alivio al ver a Jacinth de pie en el pasillo, y abrió la puerta de par en par.

"Buenos días, Jacinto".

"Buenos días a ti". Jacinth le sonrió. Entró en la habitación, y sólo entonces vio Becca al hombre que la seguía, con una cartera en la mano izquierda.

"Becca, éste es Liam McConnell. Es médico, y también metamorfo. Liam, ésta es Rebecca Amador".

Esta vez, cuando le tendió la mano, Becca supo qué hacer y se la estrechó brevemente. Entró en la habitación y se volvió para cerrar la puerta tras de sí. Era un poco más alto que la mediana

estatura, tenía el pelo castaño y corto, más largo por arriba que por los lados, y unos amables ojos color avellana.

"Oh". Un poco nerviosa por tener a una persona tan exaltada en su habitación, se retorció las manos. "Es un placer conocerle, doctor McConnell". De repente recordó lo que Talya le había dicho el día anterior. "Es un placer", se corrigió.

Lanzó una mirada salvaje a Jacinto, desconcertada por aquel visitante. "¿Pasa... pasa algo?"

"Puedes llamarme simplemente Liam", le aseguró el hombre, con voz cálida y reconfortante. "Bienvenida al siglo XXI. ¿Cómo te estás adaptando?"

"Es... bastante diferente -consiguió no tartamudear. Miró a su alrededor y vio el sillón al otro lado de la habitación. "Por favor, ¿quieres sentarte?"

"Becca". Jacinth le puso una mano en el hombro, al parecer percibiendo su agitación. "Tranquila. Todo va bien. Ven a sentarte conmigo", atrajo a Becca hacia la cama y se sentaron una al lado de la otra. Becca miró a una y a otra, con la ansiedad aún revolviéndole la barriga.

"Liam se puso en contacto conmigo en cuanto supo la noticia de tu llegada", empezó Jacinth. Su rostro mostraba una expresión contrariada. "No habíamos pensado... Por supuesto, necesitarás vacunas, para no enfermarte".

Otro nuevo término. "¿Vacunación?"

"Sí, medicamentos que se han desarrollado y que evitan que contraigas diversos tipos de enfermedades".

Levantó las cejas y los miró sorprendida. "¿No hay más enfermedades?"

"Bueno, no, no exactamente eso", admitió Liam. "Pero algunos de los peores. Probablemente habrías conocido el sarampión y la viruela".

Becca sintió que se le iba el color de las mejillas. ¿"Viruela"? Es una enfermedad horrible, tan desagradable como mortal. Hay una... ¿cómo se dice? ¿Vacunación?"

"Vacuna", le dijo Jacinth. "Y de hecho, la viruela ha sido completamente erradicada, gracias a la vacuna contra ella. No se conoce ningún caso de viruela desde hace cuarenta años".

"¿Qué buena noticia! ¿Pero sigue habiendo sarampión?"

"Sí, pero hay una vacuna para el sarampión. También para el tétanos, que probablemente no conozcas por ese nombre", le dijo Liam. "Se produce cuando una herida abierta se infecta y causa lo que llamamos trismo. Los músculos se ponen rígidos y sufren espasmos, y...".

El corazón de Becca tartamudeó. "¿Lockjaw!" Parpadeó y se le saltaron las lágrimas. "Mi padre murió de trismo", susurró.

"¿Oh! Lo siento mucho", jadeó Jacinto, con su cálida mirada comprensiva.

"¿Y ahora hay una vacuna para tal cosa?"

"Sí", le aseguró Liam. "Tendrás que ponerte lo que llamamos un refuerzo... una vacuna que mantiene activa la protección... cada diez años. Te daré una cartilla de vacunaciones con la fecha en que te las he puesto y, además, he traído unos impresos con información sobre cada una de ellas y sobre si necesitas o no un refuerzo."

Frunció el ceño. "¿Impreso?"

Liam y Jacinth se miraron.

"Ni siquiera he empezado a explicar los ordenadores", dijo Jacinto.

Liam se rió. "Yo me encargo". Se volvió hacia Becca. "Has estado tomando notas de algún tipo en tu teléfono, ¿verdad?"

Cuando ella asintió, continuó. "Hay una máquina llamada impresora. Puedes enviar esa información desde tu teléfono a la impresora, y ésta *imprimirá* una hoja de papel con la información que has enviado."

Frunció más el ceño. "¿Como una imprenta, pero utilizando esta 'tecnología'?"

Jacinth le sonrió. "¡Sí, exactamente! De hecho -añadió-, ya ni siquiera sé si se utilizan imprentas en alguna parte. Ahora todos los libros y periódicos se imprimen con tecnología".

Liam rebuscó en su mochila y sacó un puñado de papeles. "Estos son los impresos que te traje, sobre cada vacuna".

"Oh". Los cogió, miró el papel superior y empezó a escanearlo. "¡Oh! Oh, sí, ahora lo veo".

"Ésta es la parte menos divertida. Tienes que vacunarte", advirtió, poniéndose un par de guantes de goma. "Puede que te duelan los brazos durante uno o dos días. Te dejaré una aspirina y las instrucciones para tomarla. Vamos a ir espaciándolas a lo largo de varias semanas, no te voy a poner todas las vacunas necesarias a la vez. Además, la mayoría requieren más de una dosis, así que, en total, toda la serie durará unos meses. También he impreso un calendario, está en ese lote -señaló con la cabeza el fajo de papeles que ella aún sostenía en una mano.

Becca tragó saliva, mirando la aguja que tenía en la mano. Con la otra mano le frotó la piel con un paño fino, y un olor extraño y acre le llegó a la nariz.

"¿Qué es eso?"

"Antiséptico. Asegura que tu piel esté limpia antes de que te ponga la inyección", me explicó.

"Tendrás que quedarte quieta para esto. Si quieres apartar la mirada, no tienes por qué mirar", ofreció Jacinth, cogiendo los papeles de Becca y sujetándole la mano. "Te va a escocer un poco".

"No, quiero ver", le aseguró Becca. "Quiero aprenderlo todo, aunque duela".

No pudo evitar un pequeño aullido cuando la aguja se deslizó en su piel, pero se mantuvo quieta como se le había ordenado. Vio cómo colocaba la aguja en un recipiente y sacaba otra cuidadosamente cubierta.

"¿Vienen separadas unas de otras?"

Liam asintió, concentrado en su tarea. "Sí. He precargado las agujas con las vacunas que necesitaba administrarte hoy".

Contuvo la respiración mientras él le ponía otra vacuna. "¡Ay! Ésa me ha dolido más que la otra".

"Algunos sí", asintió. "Mover los brazos ayudará a que no te duelan, y si necesitas un alivio extra, puedes ponerte calor o una bolsa de hielo".

"Lo consultamos con Renee al llegar", añadió Jacinth. "Nos dijo que guarda una provisión de bolsas de calor y de hielo para los huéspedes, sólo tenéis que pedirselo".

"Bolsa de hielo", repitió Becca, memorizándolo, mientras Liam preparaba otra aguja.

Jacinth hizo una mueca expresiva y Liam se rió. "Normalmente empezamos a vacunar a los niños cuando son bebés, las primeras al mes o a los dos meses, y luego las repartimos a lo largo de un par de años. Cuando son adultos, sólo necesitan la vacuna antitetánica de vez en cuando y la vacuna anual contra la gripe".

Por fin terminó y volvió a guardar sus cosas en la mochila, mientras Becca se sentía como un cojín de alfileres. Se frotó el brazo derecho, que era el que más le dolía, pero Jacinth le cogió la mano.

"¡No! Nada de frotar. Querrás mover los brazos así", y te hizo una demostración.

Liam le entregó un frasquito. "Esto es paracetamol, un analgésico. Tómalo uno o dos, tres veces al día, no más, si te duelen los brazos. Hay instrucciones en el reverso del frasco. No tomes más de la dosis recomendada".

"De acuerdo". Abrió el frasco y echó un vistazo, luego exclamó sorprendida. Se echó un par en la palma de la mano y los levantó para inspeccionarlos más de cerca. "¿Qué son?"

"Se llaman cápsulas", la tranquilizó Liam. "El medicamento está dentro. Así son más fáciles

de tragar que las pastillas".

"Y no saben tan mal si no te los tragas enseguida", insertó Jacinth.

Liam se rió. "Cierto".

Echó el pestillo de su mochila y se puso en pie. "Ya está todo listo. Mi número está en esos papeles, mándame un mensaje en los próximos días y concertaremos una cita para tu próxima ronda de inyecciones."

"Las vacunas. ¿Las vacunas?" aventuró Becca.

"Se llama inyección cuando inyectan un medicamento con una aguja", le dijo Jacinth.

"Ah, sí, claro. *Inyección*", dijo, memorizando la palabra, junto con "vacuna", "vacunación" y "tétanos".

"Me voy entonces. Hasta luego, Becca. Jacinth".

Liam salió de la habitación, mientras Jacinth se levantaba de la cama. Fue al cuarto de baño y volvió con una taza llena de agua.

"Venga, vamos a tomarnos un par de éstas ahora, antes de que empiece a doler", dijo. "Puede que mañana quieras tomártelo con calma en el jardín".

Le tendió la taza y Becca tragó obedientemente dos de las cápsulas.

"Ya lo tengo todo plantado", tranquilizó a Jacinto. "Cuidarlas no es tanto trabajo como plantarlas".

"Una ducha caliente también ayudará". Jacinth sonrió. "Talya me dijo que te encantaba la ducha".

"¡Oh, sí! ¡Es maravilloso! Podría haberme pasado una hora ahí dentro", confesó. "Pero Talya me advirtió que no tardara demasiado, por si otros huéspedes de la posada necesitaban bañarse".

"Sí, ése es uno de los inconvenientes de tener un baño compartido", asintió Jacinth. "Pero a mediodía no suele ser un problema, ya que la mayoría de la gente trabaja de día, por lo que se bañan o duchan a primera hora de la mañana, o por la noche antes de acostarse. Así que probablemente puedas pasar todo el tiempo que quieras en la ducha después de trabajar en el jardín".

Encantada ante la perspectiva de poder darse una ducha más larga, Becca se abrazó a sí misma. Luego, al ver las bolsas vacías de la compra de ayer, se levantó, fue al armario y sacó unos vaqueros de la estantería para enseñárselos a Jacinth.

"¡Mira! Talya me hizo comprarlas ayer en un sitio que se llamaba Old Navy. Cogimos un Uber", anunció orgullosa.

Jacinto se rió. "Sí, me he enterado de toda la historia de tu expedición de compras. Hablando de compras, quiero llevarte al supermercado y comprarte algunas cosas que puedas guardar en tu habitación. Té y café para cuando no quieras tener que bajar, o en mitad de la noche, y algunos tentempiés". Cruzó la habitación y abrió la puerta de lo que Becca había creído que era otro armario.

Becca jadeó complacida cuando Jacinth abrió la puerta y se dio cuenta de que era un frigorífico muy pequeño. "¡Oh! Puedo tomar leche y zumos, como me enseñaste en tu casa".

"Sí, y para hacer bocadillos. Los bocadillos son cuando se pone carne o queso, o ambas cosas, y a veces verdura, normalmente lechuga y tomate, entre dos rebanadas de pan, y se come con las manos", le dijo Jacinto. "Te traeremos diferentes cortes de carne y diferentes quesos, y así podrás ver qué es lo que te gusta. Ponte unos zapatos, coge el teléfono y el bolso, y nos vamos".

"De acuerdo".

Emocionada ante la perspectiva de otra nueva experiencia, Becca sacó los zapatos de debajo

de la cama mientras Jacinth llamaba a Katerina para explicarle su plan. Los ojos de Becca se abrieron de par en par cuando el chillido de Katerina al teléfono resonó en la habitación. "¡¿QUÉ?! ¡No puedes llevarla al supermercado sin mí! Tengo que estar allí para vigilar".

Jacinth hizo una mueca de dolor y se apartó el teléfono de la oreja. "Creo que te han oído en California", se quejó.

"¡Nunca te lo perdonaré!"

Poniendo los ojos en blanco, Jacinth soltó una risita. "Vale, de acuerdo. Pasaremos a recogerte. En diez minutos. Prepárate".

"Bien", resopló Katerina.

Jacinth refunfuñó mientras guardaba el teléfono en el bolso, pero Becca se dio cuenta de que se estaba riendo. Envidiaba aquella camaradería tan fácil, en la que incluso lo que parecía una discusión era en realidad una broma de buen carácter. Nunca había experimentado amistades así, pero esperaba... ¡cómo esperaba! ...que las forjara con aquellas mujeres maravillosas, tan comprensivas con ella, tan cariñosas.

Tuvo que reprimir una carcajada cuando llegaron a casa de Katerina. Al parecer, la joven seguía enfurruñada y miró a Jacinto con el ceño fruncido mientras se deslizaba en el asiento trasero del coche.

"No puedo creer que fueras a llevarla al supermercado por primera vez, sin mí".

Becca frunció el ceño, sacó el móvil y abrió la aplicación de notas donde guardaba sus listas de vocabulario. "La tienda de ultramarinos y el supermercado, ¿son lo mismo?"

"Sí, es lo mismo", le aseguró Jacinth, e hizo las anotaciones oportunas en su lista.

"Algún día, cuando estés aburrida, busca en Google cuál es la diferencia entre supermercados y tiendas de comestibles", le dijo Katerina. "Pero la mayoría de la gente los utiliza indistintamente".

Jacinth miró de reojo a Becca mientras conducía, con un brillo de picardía en sus ojos oscuros. "Luego están las tiendas de la esquina, también conocidas como bodegas o mini mercados".

"O tiendas familiares", añadió Katerina. "También tiendas de conveniencia".

Becca se retorció en su asiento, lo que le resultó un poco difícil por el cinturón de seguridad que la cruzaba. "¡Cuántos tipos de tiendas! ¿Cómo se elige?"

"A veces es tan sencillo como cuál es el más cercano", admitió Jacinth. "Un mercado de la esquina o un mini mercado serían buenos si, por ejemplo, sólo necesitaras un cartón de leche, o unos bocadillos. Es más rápido que ir a un supermercado, así que es más cómodo".

"Por eso", añadió Katerina, "también se llaman a veces tiendas de conveniencia".

Becca se quedó mirando entre ellos, sin habla. Apreensiva ahora, se quedó mirando el gran edificio de ladrillo con el amplio aparcamiento. Por suerte, no era tan grande ni tan intimidatorio como el centro comercial al que Talya la había llevado el día anterior, pero ¿cómo era posible que un lugar así sólo fuera necesario para comer?

"¿Esto es un supermercado? ¿Sólo para comprar comida?" preguntó, bastante segura de recordar que en los supermercados (tiendas de comestibles) se compraba comida.

"Sobre todo comida", corrigió Katerina. "Tienen algunas otras cosas... jabones para el baño, platos y ropa sucia, ollas y sartenes y utensilios de cocina, ese tipo de cosas. Pero sí, sobre todo comida".

Sacudiendo la cabeza, Becca abrió la puerta del coche una vez aparcados y se quedó mirando la tienda. Aparte de un gran cartel que anunciaba su nombre, no tenía nada de especial. Ni siquiera había ventanas, sólo dos juegos de amplias puertas de cristal, una en cada extremo del

edificio. Katerina iba delante, y Jacinth le puso una mano de advertencia en el hombro cuando se acercaron a las puertas.

"No saltes. Observa, las puertas se abrirán solas cuando lleguemos a ellas".

La advertencia fue oportuna, pues justo en ese momento las puertas se abrieron, la sección móvil desapareció en la pared en la que estaban encajadas, y salió un hombre mayor empujando un carro de alambre lleno de bolsas de plástico, presumiblemente con comida y otros artículos. Las puertas se cerraron a su paso y volvieron a abrirse cuando Katerina se acercó.

Becca parpadeó al entrar, golpeada por una ráfaga de aire frío procedente de algún lugar de arriba. A intervalos regulares a lo largo de la entrada de la tienda había extrañas máquinas, cada una con un hombre o una mujer que parecían ser los que vendían, con filas de gente con carritos esperando. A un lado había varias filas largas de carros vacíos empujados unos contra otros. Jacinth fue a coger uno y lo llevó hasta donde estaba Becca con Katerina.

"¿Producir primero?" preguntó Jacinto a Katerina, que asintió.

"Sí, primero lo peor".

¿Peor? Becca miró de uno a otro, desconcertada. ¿Por qué iban a ser malos los productos?

La condujeron hacia la derecha, pasando junto a un gran puesto donde había flores expuestas en diversos jarrones y recipientes. Becca sintió que se le pasaba un poco la tensión. Aquello, al menos, le resultaba familiar.

Entonces doblaron una esquina, y la sección que sus nuevos amigos habían calificado alegremente de producto, se extendía ante ella. Se detuvo en seco, con la boca abierta de asombro. La cantidad de alimentos expuestos era increíble, algunos de los cuales nunca había visto antes. Pero mucho más asombroso...

"Es todo tan perfecto", soltó sin dejar de mirar, incapaz de apartar la vista. Mientras miraba, de repente se oyó un chorro y el agua cayó sobre un largo mostrador en el que había lechugas, apio y zanahorias. Enfrente había una mesa dividida con distintos tipos de tomates. Algunos eran los tomates rojos a los que estaba acostumbrada, algunos individuales y otros en racimos aún en el tallo, pero también los había verdes, y algunos tomates pequeños no mucho más grandes que un huevo de paloma. ¡Y todo estaba limpio! Desde las lechugas y los tomates, hasta más tipos de manzanas que ella ni siquiera sabía que existían, y melocotones y ciruelas, ni una mota de suciedad, ni una magulladura ni una hoja marchita a la vista.

"Esto... es imposible", tartamudeó.

"Busqué la historia de los supermercados, ya que sabía que te traeríamos aquí", confesó Jacinto. "Te enviaré a tu teléfono el artículo que encontré explicándolo, podrás leerlo con detalle cuando quieras".

"Habrá más sorpresas en la tienda", le dijo Katerina, acariciándole tranquilamente el brazo. "Pero no una sorpresa tan grande como sabíamos que sería ésta".

Se acercó a una mesa cubierta de recipientes con fresas, frambuesas y moras, y contempló la exhibición con asombro. "¿Cómo pueden tener bayas tan pronto?".

Jacynth y Katerina se miraron, y luego a las bayas.

"En realidad, no lo sé", confesó Katerina encogiéndose de hombros. "Es que siempre los tenemos todo el año".

"Lo mismo digo", coincidió Jacinth. "Nunca se me ocurrió cuestionarlo. Pero como...", hizo una pausa y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la escuchaba. "Como Djinn, el tiempo transcurre de forma diferente a la de los humanos, y hay tantos cambios que suceden en lo que para nosotros es un parpadeo, que hace tiempo que dejé de cuestionarme los cambios en sí".

Katerina deslizó el brazo hacia el de Becca, de modo que engancharon los codos. "Lo buscaremos más tarde en nuestros teléfonos y lo averiguaremos juntas", prometió. "¿Qué te parece?"

"Sí, me gustaría. Quiero saberlo". La mirada de Becca se posó en unas naranjas cercanas. "Me gustaría probar estas naranjas. Sólo los más ricos pueden permitirse naranjas, nunca he probado una".

"Ya lo tienes". Jacinth acercó el carrito al expositor. De un rollo que había en un lado arrancó una bolsa de plástico y eligió unas cuantas naranjas para meterlas en ella, y las colocó en el carrito. "También hay algunas mandarinas, vamos a traerte un par de ellas, seguro que ni las has visto".

"Pero", Becca hizo una pausa, mirando todo a su alrededor. "¿Por qué iba a pensar Renee que podría vender mis pequeñas cantidades de productos, cuando hay todo esto disponible aquí?".

"Todavía hay mercado para las frutas y verduras cultivadas en casa", le aseguró Katerina. "Me atrevería a decir que muy poco de lo que ves aquí se cultiva aquí. Lo traen en camión... lo transportan -corrigió- de otros estados, incluso de otros países. A los mercados de agricultores como el que propuso Renee va la gente a buscar frutas y verduras cultivadas en la zona, y productos caseros como queso, jabones, etc., que no encontrarás en supermercados como éste, ni en tiendas de comestibles y similares."

Becca miró a su alrededor, todavía asombrada. "Vamos a ver las otras zonas", dijo, sintiéndose decidida. "Quiero verlo todo".

Estaba encantada con la sección de leche y quesos, y los pasillos de alimentos envasados y enlatados, y el pasillo de la panadería. La vista de la sección de carnes, a lo largo de la pared trasera de la tienda, casi le causó otro contratiempo, ya que, de nuevo, sólo pudo quedarse mirando.

"¿Cómo?", volvió a tartamudear. "Esto, no es posible".

"El sacrificio se hace en otro sitio", explicó Katerina. "Se trae la carne y los carniceros simplemente la trincan en asados y filetes y costillas, y la envasan para la venta".

Jacinth le dio una palmada en el hombro. "Cuando acabemos aquí, podemos dar una vuelta por la parte trasera de la tienda, y ver si hay algún camión descargándose. Quizá te ayude a comprender un poco el alcance de suministrar alimentos a un supermercado como éste".

Cuando terminaron su exhaustivo recorrido por el supermercado, su carrito estaba cargado de pequeños cartones de leche y zumo de naranja, un par de bolsas de algo llamado patatas fritas y un paquete de galletas, ya que tanto Jacinth como Katerina habían insistido en que debía probar algo llamado Oreo. Que debía comer acompañadas de leche, añadió Katerina, y Jacinth asintió solemnemente. También había una barra de pan, un paquete de lonchas de un queso amarillo y varios tipos de lo que sus amigas llamaban embutidos. También tenía mantequilla y una extraña sustancia blanca llamada mayonesa, que le dijeron que buscara en su teléfono cuando llegara a casa.

Cuando terminaron, estaba agotada y sus brazos empezaban a palpar por las vacunas. Jacinto la miró con preocupación.

"¿Qué te parece si llevas a Becca al coche mientras reviso todo esto?", sugirió a Katerina.

Becca protestó, pero no le hicieron caso y Katerina la condujo al coche. Se alegró en secreto de desplomarse en el asiento, con la cabeza un poco caída hacia atrás, mientras Katerina cacareaba sobre ella, le colocaba el bolso en el regazo y le abrochaba el cinturón de seguridad. Oyó cómo se abría el maletero mientras Jacinth cargaba las bolsas del supermercado.

El viaje de vuelta a la posada no duró mucho, y sus amigas la llevaron a su habitación antes

que ellas.

"Sube tú, nosotros llevaremos las bolsas".

"Estoy bien", les tranquilizó Becca. "Simplemente estoy cansada".

"Probablemente te ha pillado todo de golpe", dijo Katerina con simpatía. Le dio a Becca una bolsa de pan para que la llevara, y luego la empujó hacia la posada. "¡Vamos! ¡Fuera!"

Cuando llegó a su habitación, se alegró tanto de ver su cama que por un momento pensó que se echaría a llorar. Dejó el pan sobre el escritorio y se sentó en el borde de la cama cuando entraron Katerina y Jacinth.

"Tumbate", le aconsejó Katerina, acercándose para empujarla hacia el colchón. "Te guardaremos esto".

"Oh, no". Se esforzó por mantener los ojos abiertos, aunque protestaba. "No podría dejar que hicieras eso por mí. Y dormir de día es de perezosos. De hecho, no puedo creer que tenga tanto sueño".

"A veces dormir es la forma que tiene tu cuerpo de sobreponerse", le dijo Jacinth, sacudiendo la manta que había en el fondo de la cama.

Becca sintió el ruido sordo de unas patitas cuando Lacey saltó a la cama y vino a acurrucarse contra ella. Acercando a la gatita con una mano, sintió y oyó el pequeño ronroneo, tranquilizador y reconfortante.

Acercándose a una de las bolsas, Katerina empezó a descargarla en el pequeño frigorífico. "Además, esta noche vuelves a cenar con Troy y conmigo -dijo por encima del hombro-. Jake está invitado, así como su hermano Joe. Hemos pensado que podríamos repasar algunas cosas más contigo. Querrás estar descansado para eso".

Becca asintió con entusiasmo. "Sí, estoy muy emocionada por empezar a aprender la historia, por supuesto. Quiero descansar, pero temo quedarme dormida".

"Te pondremos el despertador antes de irnos". Jacinth sonrió y las cubrió a ella y a Lacey con la manta. "No os preocupéis. Te tenemos cubierta".

Becca no sabía muy bien qué significaba aquello, pero la intención estaba clara. Dejó que sus pesados párpados se cerraran, dispuesta a confiar en sus nuevos amigos, y se durmió acompañada por el ronroneo de Lacey.

CAPÍTULO 14



TROY TAMBIÉN TENÍA UN CAMIÓN, OBSERVÓ BECCA CON UN SALTO DE EMOCIÓN MIENTRAS LOS esperaba fuera de la posada. Esta vez no dudó, sino que se subió al asiento alto, con Katerina intercalada entre ella y Troy.

"Jake también tiene un camión. ¿Vamos otra vez por la autopista?", preguntó, esperanzada.

Troy se rió entre dientes. "Te ha gustado, ¿verdad?".

"Sí", dijo entusiasmada. "¡Era como volar!"

Troy y Katerina se rieron.

"La respuesta es sí, recorreremos cierta distancia por la autopista", le contestó Troy, dando la vuelta a su camioneta y saliendo de la calzada hacia la calle. "Te llevaremos a un asador, y Joe y Jake se reunirán con nosotros allí".

Sabía lo que era un filete, por supuesto, pero... "¿Asador?", preguntó dubitativa.

"Es un poco diferente de donde te llevó Jake anoche. Aquello se llamaba cafetería. Un asador es más...", hizo una pausa.

"Orientado a la carne", insertó Katerina, y él asintió.

"Bien. Filete, costillas, pollo, además de una pequeña selección de marisco, como langosta y gambas".

Anoche ella había comido el pastel de carne, y la comida de Jake había sido la hamburguesa de jamón, pero de nuevo iban a comer carne.

"¿Es normal ahora -preguntó con cautela- que la gente coma carne con regularidad? ¿Que no sea en sopas o guisos?".

"También las tenemos", le aseguró Katerina. "¿No los tenían en tu época?".

"Oh, sí", les aseguró Becca. "Pero... sólo los que son lo bastante ricos para permitírselo. O, por supuesto, si en la familia de uno hay quien vaya de caza. Comíamos carne a menudo cuando vivía mi padre. Sin embargo, cuando murió y nos quedamos solos mamá y yo, ya no podíamos permitírnoslo y teníamos demasiado trabajo en la granja para tener tiempo de cazar. Aunque soy muy buena tiradora", admitió. "Simplemente, no tenía tiempo".

Se quedó callada mientras Troy giraba hacia la rampa. Cuando el camión empezó a acelerar, también lo hicieron los latidos de su corazón, y se inclinó hacia delante con excitada expectación. Lanzó un grito de sorpresa cuando un enorme vehículo les pasó a toda velocidad por la izquierda, el viento de su paso parecía sacudir el camión, y el corazón le saltó a la garganta cuando Troy se deslizó detrás de él, mientras otro vehículo monstruoso parecía abalanzarse sobre ellos por detrás, y ella se tapó los ojos con las manos.

La risita de Troy la hizo mirar a través de los dedos, para ver que pasaban a toda velocidad entre los dos lo-que-sea. Los latidos de su corazón se ralentizaron hasta alcanzar un ritmo más normal y miró hacia el vehículo cuando Troy se incorporó al carril de la izquierda y empezaron a adelantarlos.

"¿Qué es eso?"

le respondió Katerina. "También se llaman camiones, pero normalmente se llaman de dieciocho ruedas, o semi".

Becca frunció el ceño, desconcertada. "¿Por qué se llama semi? Significa mitad, ¿no?"

"Este lo conozco", dijo Troy levantando la mano. "Sabes lo que es un eje, ¿verdad?"

"Oh, sí", le aseguró Becca.

"Bien. La parte delantera, donde se sienta el conductor, se llama camión, o cabeza tractora. Semirremolque en realidad se refiere al semirremolque que lleva detrás, llamado semirremolque porque no tiene eje delantero. El peso del remolque se distribuye entre la parte trasera de la cabeza tractora y las ruedas traseras. También puede llamarse tractor-remolque, o camión grande".

Becca estiró el cuello para mirar el semirremolque que acababan de pasar. "Eso son muchas ruedas", dijo dubitativa. "No veo dieciocho".

"Claro que las hay. Si te fijas bien, verás que las ruedas del propio remolque son dobles".

"¿Recuerdas toda la comida del supermercado?" preguntó Katerina. "¿Los alimentos enlatados y en cajas, y los artículos de cocina y limpieza?". Señaló los camiones. "Así es como llegan a los supermercados. Salvo los productos locales, los lácteos y los huevos, casi todo lo que había en cualquier casa, tienda o negocio, llegaba en uno de esos camiones."

Se quedó mirando la gran caja... remolque, la había llamado él... intentando imaginársela en su mente, completamente llena de nada más que comida, y sencillamente no pudo. Era inimaginable.

Aún estaba luchando con esto cuando salieron de la autopista. Apareció otra serie de edificios rodeados de hectáreas de aparcamiento. Era parecido al centro comercial al que Talya la había llevado, y supuso que éste también era un centro comercial. Sin embargo, en lugar de dirigirse al centro comercial, Troy condujo hasta una estructura de ladrillo de una sola planta situada a un lado, que tenía su propia zona de aparcamiento. No había ventanas, pero unas grandes puertas dobles daban a un vestíbulo. La gran sala que había más allá era tenue, con algún tipo de iluminación baja en las paredes. Había mesas dispuestas en grandes cabinas semicirculares, con una lámpara colgando encima de cada mesa. Había un atril a modo de podio, cerca de la entrada. Troy dio su nombre al hombre que estaba detrás, que les acompañó a una mesa y les informó de que su camarero les atendería enseguida, antes de marcharse.

Becca miró a su alrededor, sintiéndose un poco intimidada. Puede que no fuera de este siglo, pero incluso para sus ojos inexpertos, este lugar gritaba dinero. Un educado camarero vestido con pantalones negros y una camisa tan blanca que casi brillaba, les trajo los menús y tomó nota de los pedidos de bebidas. Becca optó por un vaso de cerveza... al menos sabía lo que era eso, ya que en las colonias se bebía habitualmente. Cuando el camarero le dio una lista de cervezas, ella se limitó a mirarle. A su lado, Katerina se rió y le pidió algo llamado Guinness.

"Dudo que nada de lo que tenemos sea a lo que estás acostumbrado", explicó una vez se hubo marchado el camarero. "Pero la Guinness es una cerveza negra, y creo que puede ser al menos más a lo que estás acostumbrado que algunas de nuestras otras cervezas más comunes".

Cuando llegaron las bebidas, Becca dio un sorbo cauteloso a su cerveza. Levantó las cejas, sorprendida, y acercó el vaso a la luz para contemplar el oscuro brebaje. "Es mejor que

cualquiera que haya probado", exclamó. Se rió entre dientes. "Además, es más alcohólico. Tendré que tener cuidado de no beber demasiado".

"¿Has probado ya los refrescos?" le preguntó Troy.

Frunciendo el ceño, Becca ladeó la cabeza. "¿Refrescos? No lo había oído. ¿Qué es un refresco?"

"También se llama refresco".

"¿Por qué se llama refresco?" preguntó Katerina, sacando su teléfono. "¡Oh! Vale, se llama refresco porque no tiene alcohol, para diferenciarlo de las bebidas fuertes, que tienen alcohol. Y refresco viene del sodio, que era a lo que atribuían la carbonatación".

En el mar, Becca preguntó: "¿Carbonatación?".

"Gaseoso", dijo Katerina. Le pasó su vaso. "Toma, prueba un sorbo del mío. Esto es Coca-Cola... Coca-Cola es el nombre completo".

Curiosa, Becca bebió un sorbo y luego arrugó la nariz con desagrado. "¡Oh! ¿Cómo puedes beber eso?".

Katerina se rió y volvió a coger su vaso. "Los refrescos se inventaron a finales del siglo XIX, así que prácticamente crecimos bebiéndolos. Para casi todo el mundo, es una bebida normal del día a día".

Troy asintió. "Sin embargo, puede que te guste la cerveza de raíz, que aunque sigue siendo un refresco, se parece más a la cerveza que la Coca-Cola. Deberás probar distintas bebidas y encontrar la que más te guste".

"Espera a que te lleve a tomar café a Starbucks. Perderás la cabeza", profetizó Katerina.

Ante la mirada horrorizada de Becca, Troy se echó a reír. "No se equivoca. Ahora hay más formas de tomar café de las que puedas imaginar". Su mirada pasó por delante de ella. "Joe, Jake, hola".

"Hola". Jake se acercó a la mesa, con su hermano al lado. "Becca, éste es mi hermano, Joe. Joe, ésta es Becca".

Se parecían mucho, observó Becca. No eran exactamente gemelos, pero se parecían bastante, con el mismo pelo espeso y rojizo, los mismos ojos brillantes de color verde-azul.

"Encantada de conocerte -dijo ella, sintiéndose muy moderna al tenderle la mano a la manera aceptable de este siglo. La gran mano de él engulló la pequeña de ella, y los sentimientos la inundaron. Bienvenida. Pertenencia. Seguridad. Sorprendida, sólo pudo mirarle fijamente.

"Es un placer conocerte", dijo Joe, con expresión solemne y palabras casi formales. "Aquí eres bienvenida, hermanita".

Riéndose, Jake pasó rozando a su hermano, rompiendo su agarre, mientras se deslizaba en la cabina junto a ella.

"Es alfa", explicó. "Eso es lo que hace. Lo que es para nosotros".

Katerina sonrió a Joe. "¿La golpeaste con tu golpe alfa?".

Joe se encogió de hombros, deslizándose junto a su hermano. "Es de la familia. Haz la maleta".

Katerina hizo un mohín. "Nunca has probado el whammy conmigo".

Resopló. "Porque no quería que tu gato me arañara los ojos. He conocido pumas menos temibles que Cat".

Mientras Katerina se reía, Jake le dio un codazo en el hombro a Becca. "He oído que has tenido un día emocionante".

"¡Oh!" Recordó, y se estremeció de emoción. "¡Pude ver un supermercado! Era increíble. ¡Y tan limpio! Todo estaba limpio y ordenado. Incluso los productos tenían un aspecto precioso".

"Lo de 'limpia' le impresionó mucho", añadió Katerina.

Becca asintió. "¡Sí, y tanto, que ni siquiera sabía lo que era! Y había frutas y verduras que no deberían ser de temporada. ¿Cómo lo hacen?"

"Porque se cultiva en otra parte, donde es de temporada", respondió Jake. "Y se envía aquí".

"O cultivados en invernaderos", asintió Katerina. "Y los productos de temporada se transportan en camiones por todo el país hasta donde no son de temporada".

"Claro, en esos semirremolques que vimos en la autopista". Becca se sintió orgullosa de sí misma por haber recordado el término para los grandes camiones.

Katerina le sonrió. "¡Exacto!"

Su camarero volvió para tomar nota de los pedidos de bebidas de Jake y Joe, y también colocó una cesta forrada de tela sobre la mesa, junto con una pila de platos pequeños. El inconfundible aroma de la masa de levadura recién horneada le llegó a la nariz, haciéndole gruñir la barriga. Unos tentadores panecillos marrones asomaban por debajo de la tela, con la parte superior brillante de mantequilla derretida. Sin embargo, esperó, observando cómo lo hacían los demás. Se alegró de haberlo hecho, pues vio que los demás cortaban sus panecillos por la mitad y luego untaban la mantequilla, que estaba ablandada y venía en forma de remolino en un platito. Siguiendo su ejemplo, cortó su panecillo, le untó un poco de mantequilla y le dio un mordisco.

Inmediatamente gimió, cerrando los ojos de felicidad. Nunca había probado un pan así, tan suave, lleno de sabor, y la mantequilla era el complemento perfecto. Abrió los ojos y vio que Jake le sonreía.

"Bien, ¿eh?"

"¡No teníamos pan como éste! El sabor es tan delicado, y es perfecto, suave y vaporoso por dentro, y la corteza ligera por fuera". Dio otro bocado, suspirando de felicidad.

"Espera", profetizó Katerina. "Te va a encantar la cena. ¿Nos dejas pedir por ti?"

Becca cogió su menú y lo abrió. Sintió que se le abrían los ojos y tragó saliva. "¿Todo esto son filetes?". Cerró rápidamente el menú y lo dejó sobre la mesa, a su lado. "Por *favor*, pide por mí -recalcó.

Mientras Katerina y Troy se enzarzaban en un debate sobre cosas como T-bone y New York, y ribeye, y sirloin, Becca se volvió hacia Joe.

"¿Qué es este alfa?" le preguntó ella. "Jake me dijo que era como el jefe de la...", se interrumpió, mirando a su alrededor para asegurarse de que no había nadie al alcance del oído, pero las cabinas situadas a ambos lados de la suya estaban vacías. Aun así, bajó la voz. "¿La manada?"

"No pasa nada", la tranquilizó Joe. "El encargado es un metamorfo, se asegurará de que nadie se siente lo bastante cerca como para escuchar".

"Siempre que usemos voces de interior", interrumpió Katerina su discusión con Troy para intervenir, con los ojos chispeantes de humor.

"Cierto", dijo Joe, asintiendo con la cabeza. "Nuestro camarero también es de la manada".

"¿En serio?" Torció el cuello para ver si podía volver a ver a alguno de los dos hombres.

Troy se echó a reír. "Chica, ¿estás en una mesa con tres metamorfos y sientes curiosidad por el encargado y el camarero?"

"Oh". Parpadeó y empezó a reírse de sí misma. "¡Tienes razón! Lo siento mucho. Aún estoy acostumbrándome a todo esto. Aún me cuesta creer que no tenga que preocuparme de que me cuelguen por bruja. No puedo imaginar lo que harían los de mi pueblo al enfrentarse a alguien que puede cambiar de forma".

Katerina soltó: "Creía que a las brujas las quemaban en la hoguera".

Becca la miró fijamente, estremeciéndose visiblemente ante las imágenes que surgieron en su cabeza. "Nunca pensé en agradecer que sólo me enfrentara a la horca", consiguió decir.

"No, eso fue en Europa", les dijo Jake. "Europa y Escocia. A las brujas de Salem e Inglaterra las colgaban, no las quemaban".

"Muchas gracias", murmuró Becca, no muy tranquila.

"Creía que eras un erudito en historia americana". dijo Katerina.

Jake se encogió de hombros. "Tras la llegada de Becca, empecé a investigar, no sólo sobre los Juicios de las Brujas de Salem, sino sobre la Inquisición española y las diversas persecuciones de brujas en Europa, Inglaterra y Escocia".

Becca no pudo evitar estremecerse. "Sé más de todo eso de lo que quiero. No quiero saber más".

Jake le apretó la mano tranquilizadamente. "Lo sé, y de ninguna manera te obligaría a estudiar eso. Simplemente quería saberlo por mí misma".

Se acercó el camarero y la conversación quedó en suspenso mientras todos daban sus órdenes. Katerina pidió algo llamado filete de buey para Becca, junto con una patata asada con crema agria y cebollino. Hubo un breve regateo sobre una especie de aliño para ensaladas llamado Ranch, pero Jake lo vetó con firmeza, y Katerina le pidió algo llamado ensalada César.

"Así que, paquetes", dijo Joe después de que el camarero se hubiera ido a la cocina, y Becca volvió su atención hacia él.

"La magia que infunde a todos los metamorfos, que nos hace metamorfos, es diferente para los lobos. Nadie sabe por qué. Se lo explicamos a nuestros jóvenes como un tipo diferente de magia que se superpone a la magia cambiaformas... magia de manada. Por lo que sabemos, se basa vagamente en lo que ahora se conoce como la estructura social de una manada de lobos, pero no de forma tan imperativa. Por ejemplo, no tenemos jerarquía, con una excepción: el alfa. En las manadas de cambiaformas, sólo hay un alfa, y puede ser hembra o macho, y generalmente es un cargo hereditario, que pasa de padres a hijos. Mientras que en las manadas salvajes la jerarquía parece existir en función de la supervivencia de la manada, para los lobos metamorfos sirve más como función protectora de los miembros de la manada."

"Los lobos son muy protectores", añadió Jake, señalando a su hermano con la cabeza. "Está grabado en nuestra naturaleza. Los lobos suelen trabajar en seguridad y protección. Por eso trabajo como guardia de seguridad, y no como maestro o profesor en alguna parte. La historia es mi pasión... pero no tengo que enseñar para amar la historia. La necesidad de proteger es trascendente".

"Los lobos también están bien dotados para esos trabajos", dijo Joe. "Somos más rápidos y fuertes que los humanos".

Troy se sentó más erguido y miró a Joe con interés. "No lo sabía". Miró a Katerina. "¿Tú eres...?"

"¿Más fuerte y más rápido? En realidad, no", dijo. "Quizá un poco más rápido que un humano normal. Pero soy más ágil. Cuando estaba en el instituto, me iba de maravilla en gimnasia, y apenas tenía que esforzarme. De hecho", e hizo una mueca, "tuve que reducirlo un poco, para evitar sospechas o atención no deseada".

"Todos tenemos que hacerlo de vez en cuando", convino Jake. "La otra cosa que tenemos a nuestro favor los lobos es nuestro agudo sentido del olfato. Por eso somos tan buenos vigilantes de bancos, aeropuertos, joyerías. Los hospitales. El miedo huele, igual que la desesperación, las drogas, la excitación. Pocos atracadores de bancos son fríos, tranquilos y serenos. Por muy tranquilos que parezcan por fuera, sus emociones están por todas partes. Están asustados,

excitados y subidos de adrenalina. Puedo percibirlo y tener la oportunidad de detener un atraco inminente y alertar a la policía antes incluso de que empiece".

"Es impresionante", admitió Troy.

Jake se encogió de hombros. "No es infalible, por supuesto. Pero tenemos más posibilidades que los guardias de seguridad humanos".

Fascinada, Becca apoyó la barbilla en la mano, con el codo sobre la mesa. "¿Y cómo se llega a ser metamorfo? ¿Cualquiera puede llegar a serlo? ¿Y si alguien es mordido por uno, como en las viejas leyendas? Porque tengo que decirte que esas viejas leyendas daban mucho miedo".

Troy interrumpió su conversación en voz baja con Katerina, para mirarles desde el otro lado de la mesa. "Allá vamos", refunfuñó.

Katerina le dio un manotazo, con los ojos bailando alegremente. "Calla, tú".

Joe se echó a reír. "No, eso son los hombres lobo, y éstos son completamente distintos".

Becca palideció. "¿Quieres decir que esos también son reales? ¿Como en las leyendas?"

"Sí, pero no te preocupes", dijo Jake, dándole otra palmadita en la mano. "No hay muchos, y están protegidos durante la luna llena, así que no pueden hacer daño a nadie".

"Y no", continuó Joe. "Los metamorfos no pueden crearse, ni a mordiscos ni de ninguna otra forma. Es genético".

"Dudo que Becca sepa lo que es eso", añadió Katerina.

"Ah, claro. Tienes que nacer metamorfo", especificó Joe. "Uno de tus padres o los dos tienen que ser metamorfos".

"A menos que te muerda un hombre lobo", dijo Troy, con su voz profunda y retumbante de desaprobación.

"Es cosa suya", se disculpó Katerina, sonriendo a su prometido.

El camarero volvió con sus ensaladas. La de Becca estaba cubierta de una especie de aliño de aspecto cremoso, con trocitos de lo que parecían trozos de pan seco.

"Se llaman picatostes", les dijo Katerina. "Se suelen hornear con distintos tipos de hierbas, para acompañar las ensaladas".

"¡Oh! Jacinth puso algunos en la ensalada que me hizo el primer día, pero no sabía lo que eran". Becca dio un mordisco experimental a su ensalada, y sus ojos casi se entornaron ante la explosión de sabor en su lengua.

"¡Esto es maravilloso!", exclamó. "¿Cómo se llama?"

"Una ensalada César", le dijo Katerina. "También te la suelen poner con pollo a la plancha, o a veces filete a la plancha, por encima".

"Ya no quiero nada más", murmuró Becca alrededor de su siguiente bocado. "Es la mejor ensalada de la historia".

Se oyeron risitas alrededor de la mesa, y todos se centraron en sus ensaladas. Cuando Becca terminó la suya y apartó el plato de mala gana, Joe golpeó con los dedos la superficie lisa de la mesa.

"Magia de manada", dijo, llamando la atención de todos. "La magia de manada abarca a todos los miembros de la manada", continuó Joe. "Como alfa, soy... la mejor forma de describirlo es consciente... de todos los miembros de mi manada. Si alguien está herido, o en peligro, o sufre una fuerte agitación emocional, lo siento a través de la magia". Hizo una mueca. "Tenemos a dos miembros de nuestra manada en servicio activo en Oriente Próximo. He pasado más de una noche en vela".

Troy se inclinó hacia delante, con la mirada fija en el alfa. "Entonces, ¿no podrías tener a otra Beatrice en tu manada y no saberlo?". preguntó Troy.

Joe negó con la cabeza. "No. Eso no quiere decir que un lobo no se volviera pícaro, sabemos que no hay relación con nuestras formas metamorfomórficas cuando se trata de pícaros, pero estaría al tanto, sin duda".

Katerina parecía tan fascinada como Becca. "¿Y si alguien no quisiera estar en una manada?"

"Los lobos pueden cambiar de manada, y de hecho lo hacen, pero no es frecuente. Si lo hacen, suele ser porque se han trasladado fuera del área general de su manada y son acogidos por una manada local donde viven, o porque se han casado con alguien de otra manada. Pero los lobos no abandonan una manada para estar solos". Hizo una pausa, aparentemente reflexionando. "Vale, en teoría, ¿podrían? Pero no es así como están hechos los lobos, no es así como funciona la magia que nos hace lobos. Una manada te proporciona un lugar al que pertenecer, una familia integrada, una estructura de apoyo. "

Jake asintió con la cabeza. "Ser manada, es estar en casa".

Becca recordó las fuertes emociones que había sentido al tocar la mano de Joe, la sensación de pertenencia y seguridad.

"Sí que lo sentí", dijo. "Era como... como... sentarse envuelto, calentito y acurrucado, ante un fuego ardiente en la chimenea mientras fuera arrecia una ventisca".

Joe asintió, mientras Jake le sonreía, alargando la mano para estrechar la suya. "Eso es exactamente".

"Sí, pero...", frunció el ceño. "¿Por qué lo he sentido, entonces? No soy un lobo, ni siquiera un metamorfo".

La risita de Joe fue profunda. "Eso es lo que Katerina acaba de llamar el golpe alfa. Como alfa, puedo reclamar a alguien bajo la protección de la manada. Lo que sentiste fue la magia de la manada abrazándote. No es exactamente ser miembro de la manada y, sin embargo, la manada estará ahí para protegerte y apoyarte, como uno de los nuestros".

Katerina se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes de interés. "¿Puedes ponerle el látigo a alguien?"

Se encogió de hombros. "Si lo deseo. Hay distintos tipos de cosas que los alfas pueden hacer, cuando es necesario. Puedo proyectar intimidación, por ejemplo. O calma, cuando los ánimos están crispados".

Becca sintió de nuevo esa oleada de seguridad, de pertenencia, y sonriendo se inclinó hacia Jake, apoyando la cabeza en su hombro. Tardó un minuto en darse cuenta de que toda la mesa se había quedado en silencio. Mirando a Katerina, vio que aquellos ojos dorados tenían un aspecto un poco vidrioso, y la cabeza de Troy se sacudió como si casi hubiera cabeceado.

De repente, desapareció, y Becca se enderezó rápidamente, con las mejillas sonrojadas, murmurando una disculpa a Jake, que no parecía necesitarla. Frente a ella, Katerina se estremeció. "¡Vaya! ¿Eso ha sido el golpe?"

Joe se rió, asintiendo.

"Fue increíble", dijo Katerina. "Tenía ganas de apoyar la cabeza en la mesa y simplemente desconectar".

Troy asintió. "¿Te urge? Joder, ¡casi lo hago!".

Katerina se volvió hacia su prometido. "¿De verdad? ¿Tú también?"

"Ah, sí. Como una agradable manta caliente bajo la que quería arrastrarme".

Miró pensativa a Joe. "Entonces, ¿funciona también con los humanos? Los no mágicos - añadió, señalando a Becca con la cabeza.

"De forma limitada", dijo. "No puedo calmar a una multitud, ni influir en nadie tan enfadado

como para ser incitado a la violencia, pero en un entorno como éste, podría evitar que los ánimos se descontrolaran".

Katerina lo contempló un minuto más. "Vaya. Nos vendrían bien unos cuantos alfas en el Congreso".

"Y las Naciones Unidas", añadió Troy.

Sin saber de qué hablaban, Becca miró a Jake.

"Ya hablaremos de eso a medida que avancen tus clases de historia", murmuró.

La conversación cesó cuando llegó el camarero con la cena. Becca miró consternada el plato que el camarero deslizaba ante ella, con un enorme filete sobre él y una patata asada no mucho más pequeña, abierta y humeante, con una generosa cucharada de mantequilla en su suave interior.

"Es imposible que pueda comerme todo esto", les dijo, sin dejar de mirarlo.

El camarero le sonrió. "Oímos eso a menudo. Puedo darte una bolsita para lo que no puedas acabarte".

Parpadeó. "Pero no tengo perro".

Hubo risitas por toda la mesa, pero fue Troy quien lo explicó.

"Originalmente se llamaba así para la gente demasiado orgullosa para admitir que pensaba llevarse las sobras a casa para comérselas ellos mismos. Pero también se llama caja para llevar, por si te sirve de ayuda".

"Caja para llevar", repitió, asintiendo. Sonrió al camarero. "Sin duda necesitaré una de éstas".

Le hizo un saludo, acompañado de un guiño amistoso. "De acuerdo, señorita".

Becca cortó un trozo del filete, que parecía jugoso, y le dio un mordisco. No pudo contener un gemido de éxtasis. "¡Qué bueno está! ¿Y esto es sólo un filete?"

"Ese corte de carne se llama ribeye", le dijo Jake. "Está bastante bien adobado con grasa. Otros cortes son más magros. Aprenderás por el camino, pero el ribeye es uno de los cortes más tiernos".

"Cierto, querrás usar pechuga y redondo para cosas como guisos y asados", coincidió Katerina. "Estamos preparando un horario, Jacinth, Tamera y yo... la conocerás más tarde... para darte lecciones sobre los distintos alimentos disponibles a los que quizá no estés acostumbrada, y sobre cómo utilizar el horno, la cocina y el microondas".

Joe se detuvo en el acto de llevarse el tenedor a la boca. "Espera un momento".

Todos esperaron, y Becca tuvo que reprimir una risita al ver las idénticas expresiones de curiosidad en los rostros de todos mientras observaban a Joe masticar su bocado de filete.

Por fin tragó el bocado y refunfuñó: "No pretendía que esa panda lo parara todo para verme comer. Idiotas -dijo, con los ojos clavados en su hermano. Jake se limitó a sonreír. "Lo que quería decir es que, después de comer, tengo algo que quiero discutir con Becca".

Sonaron risas y los tenedores tintinearón en los platos cuando todos volvieron a sus comidas.

Cuando todos terminaron, Joe apartó un poco el plato de la mesa. Se limpió la boca con una servilleta y se volvió hacia Becca. "Aunque vivir en el bed and breakfast está bien a corto plazo, es probable que pase bastante tiempo antes de que estés preparada para vivir por tu cuenta... alquilar un apartamento, comprar muebles, ocuparte de los servicios y los gastos, etcétera".

Blanqueando un poco ante aquel pensamiento, Becca asintió enérgicamente.

"A mi mujer y a mí nos gustaría invitarte a mudarte a la casa de la manada cuando estés preparado para probar un poco tus alas. Rachel está fuera de la ciudad visitando a sus padres, de lo contrario estaría aquí esta noche, pero quería que te asegurara una bienvenida quedándote con nosotros."

"¿La casa de la manada?" tartamudeó Becca, mirando inquisitivamente a Jake.

"La casa de la manada es el hogar del alfa de la manada", explicó. "Es habitual que los miembros de la manada que necesiten un hogar temporal se alojen en ella, o el alfa puede ofrecer alojamiento a los miembros de otras manadas que pasen por allí, etcétera. Tiene... ¿qué?". Dirigió una mirada inquisitiva a Joe. "¿Diez habitaciones?"

"Diez", coincidió Joe. "Junto con cinco baños completos y cuatro medios baños. Mi familia tiene su propia ala de la casa, el resto es para invitados. Hay una gran cocina bien surtida, una sala de conferencias y un despacho con tres puestos de trabajo, un estudio, una sala de cine, una sala de juegos para los niños, así como una barbacoa exterior, un columpio y una cama elástica para los niños, un juego de croquet y una piscina. En verano organizamos barbacoas para todos".

Le miró sin comprender casi nada de lo que decía. Katerina, en cambio, se irguió más, con los ojos brillantes.

"¡Oh! ¡Me encanta el croquet!" Sonrió a Becca. "Es un juego divertido, te enseñaré".

Becca asintió automáticamente, su mente seguía dándole vueltas a las palabras de Joe. "Parece que tu casa es más grande que el bed and breakfast".

Joe lo consideró. "Probablemente del mismo tamaño, si hablamos de metros cuadrados de espacio habitable", coincidió. "La casa sólo tiene dos pisos, y no es tan impresionante como la victoriana. Está construida con ladrillo y piedra de la zona. Pero tenemos más superficie. Ha pertenecido a nuestra familia desde siempre".

A su lado, Jake soltó una risita. "En eso tienes que estar por detrás de Becca, hermano. Ella puede rastrear su linaje trescientos años atrás".

"Y treinta y pico", le recordó ella.

Los ojos de Katerina bailaron. "Y eso sin contar que su historia familiar se remonta a Castilla, España, en tiempos de Felipe e Isabel".

Becca sonrió a Katerina al otro lado de la mesa. "Cierto".

"Vale, es impresionante", admitió Joe. Volvió a centrar su atención en Becca. "Tendrías tu propio dormitorio y baño. En un futuro próximo no tendremos otros residentes, aparte de mi familia. Podrás practicar tus lecciones de cocina en nuestra cocina, y te instalaremos un escritorio y un ordenador en el despacho.

Sonaba maravilloso, pero aun así, la ansiedad se agitaba en su estómago. "¿Pero cómo llegaré a la pensión y a casa de Troy?"

Jake miró a su alfa. "Estoy pensando, ¿la bici eléctrica?"

Joe asintió. "Tengo una bicicleta eléctrica que puedes usar en verano. Alcanza unos treinta kilómetros por hora".

"Más o menos lo mismo que un caballo al galope, a su máxima velocidad", le dijo Jake a Becca. "No te sentirás incómoda con la velocidad. La casa de Joe está a seis o siete kilómetros de aquí, así que no tardarías nada en ir y volver".

Había visto bicicletas, y bicicletas eléctricas, a lo largo de la carretera en los varios viajes en coche que había hecho hasta entonces.

"Me gustaría", dijo. "Y puedo coger este coche Uber, cuando llueva. Jacinth me hizo mi propia cuenta, y Talya me enseñó a utilizarla", dijo, algo orgullosa.

Katerina le sonrió. "¡Exacto! ¿Lo ves? Ya le estás cogiendo el tranquilo a este siglo!".

Becca no estaba segura de lo que era "pillar el tranquilo", pero la clara aprobación era agradable, al igual que las risas amistosas alrededor de la mesa.

CAPÍTULO 15



AL BAJAR LAS ESCALERAS PARA DESAYUNAR A LA MAÑANA SIGUIENTE, BECCA SE DETUVO consternada al pie de las escaleras, al ver a Jake en el mostrador de registro, con una maleta a sus pies.

"¿Te vas?" Esperaba haber conseguido que la decepción no se reflejara en su voz.

Se volvió, y una cálida sonrisa apareció al verla.

"¡Buenos días! Me voy de la posada, pero vivo a pocos kilómetros".

Desconcertada, frunció el ceño. "¿Sí?" De repente recordó la conversación de anoche. "¡Ah, sí! A seis o siete kilómetros, dijiste".

Jake asintió. "Mmhmm. Me alegro de verte, esperaba verte esta mañana antes de irme. Vamos, desayunemos juntos".

"De acuerdo".

Cuando estuvieron sentadas a la mesa, con los platos llenos de comida, las interrumpió un *maullido* lastimero procedente de debajo de la mesa. Al inclinarse, Becca se rió al ver a Lacey sentada allí, mirando fijamente con ojos grandes y melancólicos.

"Te he dado de comer arriba", me regañó suavemente.

Jake se rió. "Seguro que quiere beicon".

¡Mew!

Becca frunció el ceño. "Juraría que ha entendido lo que has dicho".

¡Mew!

"Si es una Familiar, probablemente sí". Jake partió media tira de tocino y bajó el brazo para ofrecérsela a la gatita, que saltó sobre ella, se la metió en la boca y corrió a agazaparse bajo el bufé con su premio.

Jake se enderezó y le guiñó un ojo a Becca. "¿A quién no le gusta el bacon?"

Becca le miró con el ceño fruncido. "¿Familiar?"

Su mirada se posó en el rostro de ella, con una pregunta en los ojos. Luego negó con la cabeza. "Volveremos a eso más tarde".

Señaló sus desayunos y, riendo, se sirvieron la comida. Jake terminó el suyo y se sentó a tomar un sorbo de café.

"Para explicarlo, vine a alojarme en el bed and breakfast sólo unos días, porque había comprado una casa el año pasado, y resultó que tenía termitas. Había que entoldarla, así que vine a quedarme aquí unos días".

Debió de ver el desconcierto en su cara, porque se rió. "Perdona. Las termitas son insectos

que se instalan en el interior de la madera y se la comen. Puedes imaginarte lo que eso le haría a la estructura de una casa. Una colonia de termitas puede destruir toda la madera de una casa en unos ocho años. Por eso hay empresas que se deshacen de las termitas con un fumigante... es decir, una especie de gas venenoso que destruye los insectos. Colocan una tienda sobre toda la casa, bombean el gas y lo dejan reposar varios días".

"Lo del gas venenoso no suena bien", Becca arrugó la nariz, sintiéndose un poco enferma al pensarlo. "Pero tampoco suena bien que los insectos se coman tu casa".

"Tienes razón en ambos aspectos", admitió. "La tienda fue retirada ayer por la tarde, pero no quise volver a casa hasta haber limpiado a fondo el interior. Esta mañana vendrá un equipo de limpieza, así que la casa volverá a estar habitable cuando vuelva del trabajo. Me preguntaba si te gustaría venir a ver mi casa esta tarde".

"¡Oh!" Considerablemente animada, Becca asintió. "Me gustaría, sí".

"Si quieres pasar la noche, puedo prepararnos la cena y buscar una película que te guste".

"Una película", musitó, intentando recordar. "¿Una película es como los vídeos de YouTube, pero más largos, y es una historia, pero contada en imágenes en movimiento?"

Jake sonrió. "Ésa es la idea básica, sí. Te encantará, te lo prometo. Además, te presentaremos otra buena tradición americana que acompaña a las películas... ¡las palomitas!".

"¡Oh!" Rebotó un poco. "Comimos palomitas, por supuesto. Aunque", inclinó la cabeza pensativa, "las tomamos para desayunar, no por la noche".

"¿De verdad? En nuestra época, es un tentempié y va bien con las películas". Sonrió. "Descubrirás que muchas de las 'noches de chicas' que pasarás con Jacinth, Katerina y las demás, incluyen películas y palomitas".

"¿Noche de chicas?" Ella lo debatió y, aunque no sabía todo lo que abarcaba tal cosa, descubrió que le gustaba la idea. "Suena divertido".

"Me entero por la red de hombres... es decir, por los cotilleos", añadió con una risita. "Cuando las chicas tienen su noche de fiesta, se hace la llamada y todos los chicos nos reunimos en casa de Troy para ver un partido en la televisión, o nos vamos a un bar donde toca una banda, o algo así".

"¿Qué es un bar?"

"Ah. Cierto. Es... más o menos parecido a una taberna. Es un lugar donde se sirve alcohol, y normalmente algún tipo de comida para picar, o incluso puede que hamburguesas y patatas fritas. Pueden tener o no música en directo y baile, algunos son sólo pequeños lugares para ir a beber y pasar el rato. Quizá ver las noticias o un partido en la televisión".

Becca sintió una punzada de envidia. "Eso también suena bien".

"Oh, no temas, a veces la noche de las chicas es salir a bailar".

"Es todo tan diferente", se maravilló. Le sonrió. "Me gusta esta vez".

Se rió entre dientes. "Me alegra oírlo".

Terminó el café, se levantó, recogió el plato, la taza y los utensilios, y los llevó al otro lado de la habitación, a una papelera que había junto a la puerta de la cocina.

"Que tengas un buen día, y vendré sobre las seis a recogerte".

Becca tuvo que esforzarse por ocultar su placer. "Eso estaría bien. Y que tengas un buen día, Jake".

Su mirada se dirigió a Lacey, que seguía debajo de la mesa del bufé. El tocino hacía tiempo que había desaparecido, pero ella estaba ahora golpeando una esquina del mantel que colgaba. "Y un buen día para ti también, joven Familiar".

Lacey no se dignó a reparar en él, lo que hizo reír a Becca, mientras Jake se alejaba silbando.

Después de recoger sus propios platos del desayuno, fue a recoger al gatito y subió a su habitación. "Vamos a salir a nuestro nuevo jardín -le dijo a Lacey, cambiando las pesadas zapatillas que se había puesto para desayunar por un par de zapatos con cordones que le habían dicho que se llamaban zapatillas de deporte. Le parecieron muy extraños en apariencia, pero eran los zapatos más cómodos que había llevado en toda su vida. Se levantó, moviendo los dedos hacia Lacey en señal de invitación.

"Venga, dulce niña, vamos a plantar tomates".



"¡BECCA!"

Al oír la voz de Renee llamándola, Becca se sentó sobre los talones y se pasó el dorso de la mano por la frente. El sol estaba en lo alto del cielo y ella estaba acalorada, sudorosa y mugrienta, pero llena de la profunda satisfacción que siempre le producía trabajar con plantas y tierra. Miró a su alrededor cuando Renee llegó hasta ella. Le pusieron algo en la cabeza y, al cabo de un minuto, se dio cuenta de que era una especie de sombrero de ala ancha que le protegía los ojos del sol.

"Gracias. Olvidé el mío en mi habitación".

"Asegúrate de llevar siempre una, no queremos que te dé una insolación", la regañó Renee, y le tendió un vaso de lo que parecía limonada, pues era de un bonito tono amarillo, igual que la que le habían servido en casa de Jacinth unos días antes. No se había dado cuenta de la sed que tenía hasta que bebió por primera vez aquella bebida ácida pero dulce.

"¡Qué bien!" exclamó, sonriendo a Renee. Bebió otro trago largo y suspiró de placer.

"Tienes que mantenerte hidratada", le dijo Renee, cogiéndole el vaso vacío, al tiempo que le entregaba una botella grande de agua. "Eso significa que tienes que seguir bebiendo agua para que tu cuerpo y tu piel no se sequen. Cuando planees pasar algún tiempo al aire libre, lleva agua contigo y acuérdate de beberla".

"Hidratada", repitió Becca, haciendo una nota mental para añadir la palabra a su lista de vocabulario. "Bebo mucha agua cuando estoy fuera. Me acordaré".

"Tenemos varias de estas botellas de agua en nuestro frigorífico de invitados, para cualquiera de nuestros huéspedes que piense ir de excursión o a hacer turismo. La próxima vez que entres, te enseñaré dónde están guardadas. A ver. Llevas tres horas con esto y voy a sugerirte que te tomes un descanso. Ve a sentarte en el porche y levanta los pies, o ve a dar un paseo por el bosque".

Becca se puso en pie, estirando las torceduras de la espalda y las piernas de las que no se había dado cuenta hasta ese momento. Al menos sus pies habían vuelto a la normalidad, y sus cortes y magulladuras estaban curados.

"Un paseo por el bosque suena muy bien", dijo ella, echando un vistazo a los árboles que enmarcaban la posada por dos de sus lados.

"Si vas hacia el este -señaló Renee hacia el lado más alejado de la posada-, acabarás topándote con los pastos de nuestro vecino. Si vas hacia el norte, la propiedad se extiende otros 400 metros. Está bordeada por un muro de piedra. Es lo bastante bajo como para que puedas trepar por él, pero -advirtió- está cubierto de hiedra venenosa".

Becca arrugó la nariz. "Ay. Hiedra venenosa". Observó el bosque con mucho menos entusiasmo. "¡Sé muy bien qué aspecto tiene! Estaré atenta".

Renee se rió entre dientes. "No hace falta. Salvo por el muro, nuestros bosques están libres de

hiedra venenosa".

"¿Ninguna?" Becca frunció el ceño, perpleja. "¿Cómo puede ser?"

A Renee le brillaron los ojos. "Magia, querida. Sólo tenemos hiedra venenosa en el muro para disuadir a los intrusos. Ahora vete a dar un paseo y llévate el agua".

Becca le sonrió, sintiendo una oleada de simpatía por aquella mujer. "Sí, señora", dijo mansamente. De repente miró a su alrededor, alarmada. "¿Dónde está Lacey? He perdido la noción del tiempo, no hace mucho que estaba aquí". Su corazón se aceleró, latiendo rápidamente de ansiedad mientras su mirada escudriñaba los arbustos cercanos donde podría estar escondida la gatita.

"No te preocupes. Vino a mendigar unas sobras mientras preparaba la comida de Angus, y está durmiendo la mona en una silla del salón".

Exhaló un largo suspiro de alivio. "Gracias", dijo agradecida.

"Ella está bien. Ahora a disfrutar de tu paseo. Oh!" En el acto de alejarse, Renee se detuvo, mirando hacia atrás con algo parecido a la picardía en sus ojos castaño oscuro. "Asegúrate de vigilar a los duendecillos en el bosque".

Un poco confusa, Becca parpadeó. "¿Pixies?"

Sin duda era un brillo travieso. "Sí, pequeñas criaturas del bosque que muchos, erróneamente, creen emparentadas con las hadas, pero...".

Becca jadeó y se llevó la mano al pecho, conmocionada. "¿Hadas? Exhaló asombrada. "¿Son reales?"

"Sí, niña, muy real. No tenemos ninguno por aquí, sólo los duendecillos. Se sabe que bailan en los claros a la luz de la luna, pero de día se les ha visto reunirse junto al arroyo. No todo el mundo las ve, pero sienten un amor especial por las cosas que crecen, como tú, así que puede que decidan mostrarse ante ti".

"Duendecillos", repitió Becca aturdida. "Duendecillos, y hadas, y cambiaformas, y gatitos mágicos. Este mundo es increíble".

"Los duendecillos pueden traerte muy buena suerte, incluso colmarte de bendiciones, si te toman cariño. Y a diferencia de los brownies, les encanta recibir regalos de ropa, o incluso algo como un bonito lazo".

"¿Brownies?"

Renee se echó a reír. "Eso será en otra ocasión". Señaló un hueco entre dos grandes árboles de sombra al borde del bosque. "Allí hay un sendero que conduce al arroyo. Ve, disfruta del paseo, Becca".

Se dirigió a la puerta de la cocina, y Becca cruzó la suave hierba primaveral hasta el lindero del bosque. Al pasar bajo los árboles, el dosel de ramas extendidas pareció encerrarla en la sombra, y la fresca sombra la abrazó. Se quitó el sombrero de la cabeza y levantó la cara para sentir la leve brisa que se abría paso entre los árboles. Llegaron hasta ella los olores de la naturaleza, la frescura de las hojas en ciernes, los jóvenes brotes que se abrían paso, los arbustos que desplegaban sus hojas a medida que se afianzaba la primavera. A lo lejos, oyó el rumor del agua de un arroyo. Recordando las palabras de Renee sobre los duendecillos, siguió el sendero que serpenteaba aquí y allá, hasta que los árboles se abrieron a un pequeño claro por el que corría un arroyo ancho y poco profundo. El sol, que se abría paso entre las copas de los árboles, proporcionaba una luz moteada sobre el arroyo, que gorgoteaba al correr.

Un poco río arriba, el agua caía por una pequeña cascada de no más de medio metro de altura. Una gran roca sobresalía de la orilla y se cruzaba con la corriente, que giraba a su alrededor en un pequeño remolino. Becca se abrió paso con cuidado entre la maleza, sin perder

de vista la hiedra venenosa, a pesar de las garantías de Renee, y se sentó en la roca. Bebió un poco de su botella de agua, consciente de sus instrucciones de hidratarse, y miró a su alrededor.

Una sensación de satisfacción la inundó, diferente de cualquier otra que hubiera sentido antes. Se echó hacia atrás, apoyando las manos en la superficie rugosa de la roca, e inclinó la cabeza hacia el cielo. Un rayo de sol le pasó por la cara y sonrió, disfrutando del calor. Esta nueva vida era tan diferente. ¿Cuándo había tenido tiempo para sentarse y disfrutar del sol en la cara? Tras la muerte de su padre, ella y su madre habían podido mantener la granja sin problemas, pero estos últimos años, desde que murió madre, había sido una lucha constante. Aunque la granja era pequeña, siempre había algo que hacer, y ella había tenido poco tiempo para descansar. Sin embargo, le había ido bien, y esperaba que cuando llegara la primavera tuviera dinero suficiente para contratar a un jornalero que la ayudara. Sin embargo, eso ya era pasado.

Se incorporó y movió los pies, observando los finos vaqueros que se ceñían a sus piernas. Debía admitir que Talya tenía razón. Aquel material, la tela vaquera, aguantaba bien los golpes, y era mucho mejor llevarlos para trabajar en el jardín que una de sus faldas. Además, eran extrañamente cómodos, más de lo que había pensado. El tejido cedía un poco, lo cual era bueno, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasaba de rodillas en el jardín.

A su alrededor se oían los sonidos de la naturaleza; los pájaros cantaban en los árboles, las ranas croaban, la maleza crujía con las ráfagas de viento, mientras el arroyo corría sobre las rocas. Muy por encima, resonó el grito de un halcón. Al otro lado del arroyo, un movimiento entre los arbustos llamó su atención. Al cabo de un momento, un zorro rojo asomó la cabeza, mirando cautelosamente a su alrededor. Contuvo la respiración, esperando que saliera del todo. Aparentemente satisfecho de estar solo, el zorro salió del todo y Becca pudo admirar su pelaje rojo intenso, las patas negras y el pecho blanco.

Dos bolitas rojas salieron del follaje y Becca no pudo reprimir un pequeño grito de placer al ver a los adorables cachorros. Su madre aguzó las orejas y levantó la cabeza alerta, y Becca se quedó inmóvil cuando la mirada cautelosa de la zorra la encontró. Se miraron fijamente, luego la zorra bajó la cabeza para empujar suavemente a sus cachorros hacia la maleza, y la pequeña familia desapareció de la vista.

Decepcionada, soltó el aliento y sólo entonces fue consciente de que lo había retenido. Sin embargo, la presencia del zorro le hizo recordar que, de hecho, se encontraba en lo que equivalía a un páramo, aunque cerca de la posada. Tragó saliva, preguntándose de repente si aún habría osos o pumas, que habían sido un peligro constante hacía tres siglos. Sin embargo, Renee no había mencionado nada más peligroso que la hiedra venenosa, y seguramente lo habría hecho. Así que debía de ser lo bastante seguro.

Una vez refrescada la memoria, miró a su alrededor un poco dudosa, pero no por ello menos esperanzada, en busca de algún duendecillo que pudiera estar por allí. Le sorprendió la oleada de decepción que sintió cuando no vio ninguna carita asomándose bajo los arbustos. No es que se hubiera creído la historia de Renee sobre los duendecillos. Claro que no. Sólo eran fábulas. Pero aun así, sus ojos buscaron entre las sombras de los árboles, entre la maleza, y tuvo que reprimir un suspiro.

Se deslizó desde la roca hasta la orilla, se quitó los zapatos y los calcetines y dejó que sus pies se sumergieran en el agua. Estaba un poco fresca, y probablemente dentro de un mes sería bastante cálida y agradable. Era un riachuelo de buen tamaño, así que muy probablemente sería lo bastante profundo como para nadar en algunos lugares. En cuanto llegara el verano, buscaría aquellos lugares en los que se pudiera nadar.

Verano. Sacó los pies del agua y levantó las rodillas, cruzando los brazos sobre ellas mientras reflexionaba. En verano tendría productos para vender en los mercados de agricultores de los que hablaba Renee. Sin embargo, no parecía que fuera suficiente para ganarse la vida. En casa, tenía que ordeñar la vaca y hacer mantequilla y queso para vender, además del largo trabajo de sumergir velas y hacer lejía y jabón. Todo ello para ganarse la vida a duras penas, y había tenido su propia granja y animales. Aquí no tenía más que algo de ropa y el uso de una parcela de tierra, todo gracias a la generosidad de unos desconocidos de buen corazón. Los ingresos procedentes de la venta de sus productos y de montar los caballos de Troy le proporcionarían un dinero muy necesario, pero no podía vivir eternamente en una posada, ni seguir dependiendo de la comunidad que la acogía con tan buena voluntad. Estaba la oferta de Joe de mudarse a la casa de la manada, por supuesto, pero eso era para el futuro. Tenía que encontrar la forma de ser autosuficiente. Pero no tenía ni idea de cómo conseguirlo.

Su mente vagó hacia Jake, la imagen de su apuesto rostro, su espesa cabellera castaña, sus profundos ojos azules, surgiendo ante ella. No pudo evitar reírse suavemente al recordar las primeras palabras que le dirigió y su posterior expresión de horrorizada consternación. Aunque no lo hubiera dicho en voz alta, era imposible pasar por alto la cálida admiración de sus ojos, la suavización de su expresión, cada vez que la miraba.

A Becca la habían mirado antes con admiración, pero nunca la habían hecho sentir así. Aquellas miradas de vuelta a casa, la lujuria apenas disimulada en las miradas de los hombres, la habían llenado de repugnancia. Algunos hombres incluso la habían cortejado. Pero aquéllos tenían los ojos puestos en su propiedad, en su hogar. El peor de ellos, Henry Sanders, había combinado ambas cosas. El padre de Henry, Elías, un prometedor miembro del Consejo, era un hombre importante. También viudo, Elías había puesto sus ojos en la madre viuda de Rebecca... y en su propiedad. Pero Catherine había rechazado sus insinuaciones. Luego ella había muerto, y él seguía con los ojos puestos en su propiedad, animando a su hijo a perseguir a Rebeca.

Pero en la mirada de Enrique había algo más que simple avaricia. También había lujuria, y algo más. Algo más oscuro. Una ávida posesividad, como si ella no fuera en realidad una persona, sino simplemente un objeto que había que adquirir. Se había enfurecido con ella cuando, sólo quince días antes, había acudido a ella para pedirle matrimonio y ella le había rechazado. Su oscura mirada se había posado en ella cada vez que llegaba a la ciudad, y se le había erizado la piel al sentir la malicia dirigida contra ella. Él habría sido el primero, pensó, en acusarla de brujería. Ya que no podía tenerla, conseguiría su propiedad como fuera.

Se estremeció, pensando en Enrique. Supuso que él podría tomar posesión de su casa ahora, o si no Enrique, su padre, Elías. Le dolía, se dio cuenta, un dolor casi físico, pensar en ellos en su casa, viviendo allí, haciendo fuego en su chimenea, las mujeres de su familia cocinando en su cocina, ordeñando su vaca, recogiendo los frutos de su huerto. Pero no había remedio, y al menos ella estaba lejos, a salvo de todo daño.

Pero Jake... Jake era diferente. No sintió repugnancia ni miedo cuando levantó la vista y se encontró con su mirada de admiración. De hecho, todo lo contrario. Naturalmente, cualquier mujer se sentiría halagada de que un hombre la considerara guapa, pero era más que eso. Siempre que estaba con él, sentía un extraño y cálido resplandor en el pecho. Parecía estar siempre en sus pensamientos, y le costaba desterrar su imagen de su mente.

CAPÍTULO 16



JAKE AMINORÓ LA MARCHA Y SEÑALÓ UNA GRAN CASA A SU IZQUIERDA, BIEN APARTADA DE LA carretera y rodeada de árboles.

"Es la casa de mi hermano Joe".

Obedientemente, miró a través de la ventana. Sus ojos se abrieron de par en par al contemplar la estructura de dos pisos.

"¡Es enorme!" Se rió entre dientes. "Bueno, por supuesto, ya lo sabía, por la descripción de la otra noche. Pero verlo es otra cosa".

Volvió la mirada hacia Jake. "Aunque sigo sin entender muy bien por qué se llama casa de manada. Sé que Joe nos contó algo sobre las manadas de lobos y todo eso, pero, ¿quizá podrías explicarnos algo más?".

"Ya. Así que sabes que los lobos son animales de manada, ¿verdad?".

Becca se estremeció un poco. "Sí, ya lo sé. Teníamos una manada de lobos cerca, en los alrededores de Salem. Nunca molestaron a mi granja ni persiguieron a ninguno de mis animales, pero... siempre temí que lo hicieran. Y era peligroso ir sola al bosque, desarmada. Había muchas historias".

"Sí, claro, habrían sido un problema constante en tu época. Ahora no tanto, ya que en su mayoría están al borde de la extinción. Pero, volviendo a los metamorfos, nuestras manadas no son como las de los lobos salvajes. No tenemos que vivir en manada, ni siquiera cerca unos de otros. Nuestro lado humano puede llevarse bien sin una manada, y sin embargo... siempre falta algo. Es como salir a la calle y preguntarte de repente si te has olvidado los pantalones o algo así".

"¡Conozco esa sensación!" Becca se rió de repente, asintiendo con la cabeza. "Es algo terrible, estar comprobando de repente que llevas todo lo que se supone que debes llevar, y luego esperar que nadie se dé cuenta de que lo estás comprobando".

Se rió entre dientes. "Exacto. Ahora bien, las verdaderas manadas de lobos están muy estructuradas, y la pareja alfa suele ser la única loba de la manada que cría y tiene cachorros, y la manada cría a los cachorros en grupo. Las manadas de cambiaformas no tienen esa jerarquía. Es más bien una asociación informal, como una familia muy unida. Sin embargo, tenemos un alfa. En términos humanos, es nuestro líder. Suele ser un cargo hereditario, transmitido de padres a hijos durante generaciones. Si a Joe le ocurriera algo antes de casarse y tener hijos, yo sería el alfa, o si su hijo fuera menor de edad, yo actuaría como alfa hasta que su hijo llegara a la edad adulta".

A Becca le pareció fascinante. "¿Tenéis territorios, como los salvajes?".

Se encogió de hombros. "No tanto. No es que tengamos que competir por el acceso a las presas, al agua y a las guaridas. Al mismo tiempo, un cambia-lobos que viaje por una zona donde haya una manada establecida informará, por cortesía, al alfa de la manada de su presencia. El alfa de la manada puede, si lo desea, ofrecer la hospitalidad de su hogar".

"¡Oh!" Becca lo entendió. "¿Por eso tiene una casa tan grande? ¿Y por qué se llama casa de la manada?".

"Sí. Y no sólo puede ofrecer hospitalidad a los cambiaformas lobo. Por ejemplo, ¿conoces a los cambiaformas caracal de Marruecos?".

Sólo con mencionarlo se le erizaba la piel de la recordada indignación. "Sí, Talya me contó algo... no demasiado, pero lo suficiente para saber que era algo horrible y vil lo que hacían aquellos hombres".

Jake asintió. "Todas las familias rescatadas se alojaban en la pensión. Una vez que empezaron a asimilarse al modo de vida de aquí, algunas se trasladaron a la casa de la manada como una especie de transición, antes de pasar a conseguir sus propios hogares."

Ella sonrió. "Como me ofreció a mí. Fue muy amable por su parte".

"Los cambiaformas lobo somos así. Somos muy protectores con los nuestros y con los que consideramos bajo nuestra protección".

Había acelerado tras pasar junto a la casa de su hermano, y ahora volvió a aminorar la marcha, accionando el intermitente.

"Aquí estamos, en mi casa".

Curiosa, Becca se inclinó hacia delante, asomándose por el parabrisas. En una gran parcela... aunque no tan grande como la de su hermano, sino más parecida a la propiedad de Jacinth y Douglas... había una casa limpia y atractiva. Pintada de un suave gris paloma, tenía ribetes blancos y tejas gris pizarra en el tejado. Unos escalones bajos conducían a un amplio porche con barandillas y pilares blancos. Era de dos plantas, con dos juegos de ventanas dobles situadas bajo una única víspera que daba al césped delantero. El césped era de un verde suave y aterciopelado, y en el porche había una mecedora de aspecto confortable. Un parterre abrazaba la base del porche, y se veían árboles de sombra más allá del tejado inclinado.

"Es precioso", exclamó ella, sonriendo encantada cuando él subió por el largo camino de entrada, pasó por delante de la casa y se detuvo en el interior de un pequeño edificio que, según supo, se llamaba garaje. "Espera", dijo él cuando ella cogió el pomo de la puerta. "Ahora vuelvo".

Esperó, curiosa, mientras él venía a abrirle la puerta. Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche. "¿Es normal?", preguntó. "¿Que el conductor venga a abrir la puerta?".

"Para el hombre", corrigió. "Durante décadas se consideró una cortesía común. En los últimos años, no tanto, pero aún quedamos algunos que pensamos que es lo más caballeroso".

Se lo pensó mientras él cerraba la puerta y abría el maletero para sacar dos grandes bolsas de la compra.

"¿Por qué no querrían ser caballerosos?"

"Bueno, para ser sincero, sobre todo es porque muchas de las mujeres de hoy en día no quieren que les abran las puertas".

Ella frunció el ceño. "¿Por qué no quieren que los hombres se comporten caballerosamente?".

"¡Vaya!" Jake levantó las manos en señal de rendición. "Eso está fuera de mi alcance".

Becca tuvo que reírse al ver la cómica consternación en su rostro. "¿Qué significa eso?"

"Otra referencia marítima. El puente de mando es donde el capitán del barco, capitanea el

barco. Todo lo que hay en el puente de mando está bajo su mando, es donde está completamente al mando", explicó Jake. "Se convirtió en una frase para significar cualquier cosa sobre la que tienes control, o con la que te sientes cómodo. En cuanto a por qué las mujeres no quieren que se les abran las puertas, tendrás que hablarlo con Katerina y las demás señoras. Ellas pueden explicarte el auge del feminismo en el siglo pasado".

Mientras hablaban, él la guió por el camino de entrada hasta la parte delantera de la casa. Subiendo los escalones del porche, miró a su alrededor mientras Jake abría la puerta principal. El porche era espacioso, con anchos tablones lisos pintados del mismo gris claro que la casa. En contraste con el blanco de las molduras y las barandillas, daba una sensación de comodidad.

Al entrar en la casa, se continuó con el tema de los suelos de tablones anchos de madera, pero en lugar de pintarlos como en el porche, aquí el suelo de madera clara era natural y estaba pulido con un brillo intenso. De nuevo se utilizó el gris claro con ribetes blancos en las paredes interiores. Con muebles de color crema y exuberantes plantas verdes en macetas colocadas aquí y allá, el efecto era fresco y tranquilo.

En el techo había una lámpara, y de ella partían cuatro piezas de madera rectangulares, largas y planas, horizontales hasta el suelo.

"Alexa", dijo Jake.

Becca miró a su alrededor para ver con quién hablaba. Nadie contestó, y ninguna mascota vino corriendo, pero se oyó un extraño sonido metálico junto al sofá.

Jake continuó, pareciendo hablar al aire mismo. "Estoy en casa".

La voz de una mujer pareció surgir de la nada. "Bienvenido a casa, Jake. Espero que hayas tenido un buen día". Simultáneamente, la luz del techo se encendió, y las cuatro tablillas de madera que había sobre la luz empezaron a girar, provocando una suave brisa en la habitación. La voz continuó. "El tiempo actual es de sesenta y ocho grados con cielos nublados. Esta noche puedes esperar chubascos, con una mínima de cincuenta grados". Hubo una pausa y, a continuación, una especie de música inundó la habitación.

Becca se quedó helada, con la boca abierta. "Q-qué..."

Jake sonrió. "Ah, sí, perdona. Es Alexa, y..." volvió a interrumpirle el sonido del bling, y la música se detuvo. Levantó un poco la voz. "Cancela".

La música se reanudó. Cruzando la habitación, Jake le hizo señas. Señaló un pequeño objeto cilíndrico, cubierto de algún tipo de tela, sobre una mesa junto al sofá. "Esto se llama dispositivo doméstico inteligente. Tiene un nombre, en este caso A-L-E-X-A, que hace que se despierte y escuche, y tú le das órdenes. Tengo una rutina configurada para que, cuando llegue a casa, encienda las luces y el ventilador, me dé la previsión meteorológica y ponga música".

"I..."

Ella se quedó muda, y él se rió entre dientes.

"Vamos", me instó. "Di el nombre, luego espera al sonido que significa que te está escuchando y pregúntale algo".

"¿Ella?"

Volvió a sonreír, claramente disfrutando. "Es un nombre de chica, así que.... Sí, ella".

Tímidamente, Becca dijo: "¿Alexa?", y fue recompensada por el sonido del bling. Pensó rápidamente. "¿En qué año estamos?"

"El año en curso es dos mil veinticuatro".

Entrecerró los ojos, pensando en algo más desafiante. "Alexa. ¿Cuándo se fundó la colonia de Salem?"

"Salem, Massachusetts, se fundó en mil seiscientos veintiséis, hace trescientos noventa y seis

años".

Sacando el teléfono, Becca consultó su lista de vocabulario nuevo. "Alexa. ¿Qué es Internet?"

"Internet es el sistema global de redes informáticas interconectadas que utiliza el conjunto de protocolos de Internet para comunicarse entre redes y dispositivos. Es una red de redes que..."

"Alexa". interrumpió Jake, riendo. "Para".

"Iba a seguir adelante, ¿no?". preguntó Becca, mirando fijamente el aparato. "Eso es... yo simplemente...."

Se sentó de golpe en el sofá, casi como si las piernas no la sostuvieran. Se llevó una mano a los labios, necesitando reprimir la burbuja de risa histérica que amenazaba. Quería reír, gritar y tamborilear por la hilaridad de todo aquello, la pura maravilla, la imposibilidad de todas aquellas cosas.

Consciente de que Jake la miraba con preocupación, levantó una mano. "Uno de esos momentos", explicó. "Realmente me encantan todas las cosas nuevas que estoy descubriendo sobre este siglo, y a veces... no sé las palabras para decirlo...".

"Te sorprende y te abruma", terminó Jake por ella. Ella le miró asombrada.

"Sí, ¿cómo lo sabías?"

"Todos hemos pasado por eso, en algún momento, por una razón u otra".

Te tendió la mano. "Ven a la cocina", invitó.

"Vale", aceptó ella, habiendo tomado prestada aquella extraña palabra de Talya, que parecía decirle mucho. Le cogió la mano y sintió una extraña calidez cuando su mano se cerró sobre la suya. La condujo por el salón hasta un pequeño comedor y luego a la cocina. Era una habitación grande y espaciosa, incluso mayor que la de la casa de Jacinto, con una encimera y armarios debajo que se erguían libres en el centro. Varias sillas de patas altas estaban colocadas a un lado, frente a los fogones, que eran plateados, grandes y relucientes. El frigorífico también era de la misma plata lisa y brillante, y ella alargó la mano para tocar su fría superficie con curiosidad.

"Acero inoxidable", le dijo Jake a modo de explicación. "Mucha gente lo prefiere. Yo no, la verdad. Hubiera preferido una cocina de estilo más hogareño, pero la casa venía con éstas cuando la compré", se encogió de hombros. "Pensé en asarnos unos filetes y acompañarlos de patatas asadas y ensalada". Hizo una pausa y volvió a mirarla. "Sé que acabamos de comer filete anoche, ¿te importa que sean dos días seguidos?"

"En absoluto", le dijo ella, con la boca hecha agua al recordar el grueso y jugoso filete de anoche, y la patata asada y toda la mantequilla derretida en ella.

Jake se rió entre dientes. "No se me da muy bien cocinar, tiendo a pegar filetes, o hamburguesas, o costillas, en la parrilla o a la plancha". Sonrió, guiñándole un ojo. "Además... ya sabes... *lobo*. Solemos comer mucha carne roja".

"¿Qué es el asado?" preguntó con curiosidad.

"Toma, ven a mirar". Se detuvo junto al horno y abrió la puerta para que ella mirara dentro. Giró un botón de la cocina y unas luces de gas comenzaron a parpadear, recorriendo la parte superior del interior del horno. "Ponemos los filetes en una bandeja especial para asar, que deja que los jugos corran por debajo y cocina los filetes desde arriba".

Se dirigió al frigorífico. "¿Qué te pongo de beber? Puedo preparar café o té, o tengo una jarra de té helado si aún no lo has probado".

"¿Té helado?" Inmediatamente pensó en una taza de té que se hubiera dejado reposar hasta que se enfriara, y arrugó la nariz con desagrado. "¿En serio?"

Se rió. "De verdad. Sé lo que estás pensando, pero no es así en absoluto. Te diré una cosa.

Pondré una pequeña cantidad en un vaso, lo pruebas y me dices qué te parece".

Cogió un vaso alto de un armario, lo apoyó contra una hendidura de la puerta del frigorífico y, para sorpresa de Becca, salieron cubitos de hielo que tintinearón al caer en el vaso.

"¡Es una maravilla!"

"Ah, sí, supongo que aún no lo habías visto. Práctico, ¿verdad?". Llenó el vaso hasta la mitad con una jarra de la nevera y se lo dio.

Con cautela, tomó un sorbo. "¡Oh!" Bebió un poco más. "¡Es dulce! Y muy refrescante, nada que ver con lo que pensaba".

Levantó la jarra en señal de invitación. "¿Quieres más?"

"Sí, por favor".

Llenó el vaso hasta el borde para ella, se lo devolvió, y luego se dirigió al fregadero de la cocina. Con movimientos rápidos y eficientes fregó dos patatas grandes, atravesándolas varias veces con un tenedor antes de envolverlas en una especie de papel blanco, fino y suave, y dejarlas a un lado.

Becca se removió incómoda, no estaba acostumbrada a que otra persona le preparara la comida.

"¿Hay algo en lo que pueda ayudar?", se ofreció.

"Realmente no hay nada que hacer. He comprado una mezcla para ensalada, sólo tengo que echarla en un cuenco". Sacó una de las sillas altas del mostrador. "Ven a sentarte aquí. Relájate y disfruta del té".

De un armario sacó una sartén de forma extraña, con crestas y agujeros. "Ésta es la sartén de asar". Explicó. "Los jugos salen por los agujeros y se contienen en la sartén de abajo. Volviendo al frigorífico, sacó un paquete envuelto en un papel blanco, grueso y brillante. Al desenvolverlo, resultó que contenía dos gruesos filetes.

"Estos se llaman chuletones", le dijo, señalando el hueso en forma de T de cada filete. "No es tan tierno como el costillar que comiste anoche, pero no tiene la grasa entreverada. Es bueno que pruebes cortes distintos, cada uno tiene sus favoritos. El redondo y el chuck, sin embargo, son cortes más duros, que no son buenos para asar a la parrilla o a la plancha. Te conviene utilizarlos como asados de cocción lenta, o en recetas que requieran una cocción más larga y lenta".

Dispuso los filetes en la bandeja de asar, deslizándolos en el horno.

"Alexa".

No se había fijado en uno de los aparatos que había aquí en la cocina, pero cuando brilló, vio el pequeño cilindro, más corto que el del salón, sobre la encimera.

"Pon el temporizador en quince minutos". le dijo Jake.

"Quince minutos, a partir de ahora", respondió Alexa.

Jake señaló la parte trasera de la estufa, que tenía varios diales. Pulsó unos botones de la parte posterior de la estufa, y unos números verdes mostraron "15".

"Éste es el temporizador del horno", explicó. "Emitirá un pitido cuando llegue a los quince minutos. Hoy en día, todos los hornos vienen con él. No todo el mundo tiene dispositivos domésticos inteligentes. Por cierto, tu teléfono también tiene una función de temporizador, no sé si lo sabías".

"No, no lo hice". Sacó el teléfono, lo deslizó para abrirlo y estudió las aplicaciones, sintiéndose muy moderna e informada. "Ah, ¿ésta de aquí que dice Reloj?".

"Sí, eso es. Puedes jugar con él, también debe tener lo que se llama una función de cronómetro. Si quieres cronometrar el tiempo que tarda algo, lo pulsas para empezar, y cuando termine lo que estés cronometrando, lo vuelves a pulsar para pararlo, y verás cuánto tiempo ha

tardado. De todas formas, dentro de quince minutos comprobaré los filetes y pondré las patatas a cocer".

Fue a la nevera, se sirvió un vaso de té helado y vino a sentarse junto a ella.

Ella le miró, desconcertada. "Pero se tarda más en cocer patatas", protestó. "En mis tiempos también cocíamos patatas, ¿sabes?"

"Ah, claro". Jake señaló hacia el fogón, hacia un oscuro artilugio rectangular situado muy por encima de la cocina, con una puerta de ventana oscura. "Eso se llama microondas. No puedo explicar la tecnología, pero calienta las cosas muy deprisa. ¿Un plato de sopa? Dos minutos. ¿Una patata asada? Siete minutos. Incluso puedes comprar palomitas de maíz que vienen en bolsas sólo para hacerlas estallar en el microondas, lo que suele llevar unos dos minutos y medio".

Lo estudió. "Tengo uno de éstos en mi habitación de la posada", recordó. "Encima de la mesa con la cubitera y los vasos. No sabía lo que era".

"La próxima vez que vayas al supermercado, echa un vistazo a los pasillos de sopas y bebidas, para encontrar cosas que puedas calentar en tu habitación. También hay muchas comidas congeladas y tentempiés, pero..."

"Claro", dijo ella, arrugando la nariz. "Sin congelador".

"Recuerda que nunca debes meter nada metálico en el microondas -advirtió-, a menos que sea un recipiente apto para microondas. Algunas sopas, por ejemplo, vienen con bordes metálicos que son aptos. Lo tendrán escrito en el envase".

"Sin metal, entendido", asintió.

"Cuando estés listo para entrar en la nave de envasado, tenemos un congelador de tamaño industrial, para que puedas conseguir los productos congelados que quieras. Por ejemplo, las bayas de muchos tipos vienen congeladas, así que puedes cocinar con ellas aunque no estén de temporada."

"Casi nos saltamos la sección de congelados cuando me llevaron al supermercado", admitió Becca. "Dijeron que me volvería loca".

Jake se rió. "¡Ya lo creo! Ha sido inteligente, de verdad. Es mejor ir poco a poco".

Ella tuvo que asentir. "Lo sé, es sólo que hay tantas cosas que han cambiado, tantas cosas que nunca podría haber imaginado ni soñado. A veces me preocupa haber perdido la cabeza y *estar* dormida y soñando".

"Date tiempo", le aconsejó él, con una sonrisa que hizo que el corazón de ella diera un vuelco en su pecho. "Sólo han pasado unos días".

"Cinco", aceptó. "Cinco días. Parece tan poco y tan largo a la vez".

"Mi consejo, si lo quieres, es que encuentres algo que te resulte muy familiar, algo que hubieras hecho en tu país. Sumérgete en ello durante unas horas cada día, para equilibrar toda la información y experiencias nuevas que te lleguen."

"Jardinería", asintió ella, comprendiendo al instante a qué se refería. "Cuando tengo las manos en la tierra, plantando y cuidando el jardín, me siento como en casa".

De nuevo sonrió. "No es de extrañar, si eres una bruja de tierra".

Ella se estremeció y él hizo una mueca, acercándose a su lado. Le puso la mano en el hombro y la presión la reconfortó. ¿Todavía no te sientes cómoda con la palabra con "w"?

"En realidad, no", balbuceó ella, muy consciente del calor de su mano, de la proximidad de su cuerpo cuando él estaba a su lado. "Siempre supe que teníamos magia, un poco... que se transmitía en nuestra familia, ¡pero se mantenía tan en secreto! Pero cuando la gente dice que soy una bruja, yo... no puedo...".

Se interrumpió, retorciéndose las manos con angustia.

"No te preocupes", la tranquilizó, y su mano abandonó el hombro de ella para estrechar las manos de ella entre las suyas, calmando el agitado movimiento. "¿Y si decimos simplemente que tienes magia terrestre? ¿Te servirá?

Ella le sonrió agradecida. "Sí, es perfecto".

CAPÍTULO 17



LA CENA ESTABA ABSOLUTAMENTE DELICIOSA, EL FILETE IGUAL DE BUENO QUE EL DE LA NOCHE anterior. Después de comer, Jake se negó a que ella le ayudara a limpiar, limitándose a recoger los platos de la mesa y ponerlos en el fregadero. Sirvió dos vasos de té helado y la guió por el comedor.

Al pasar junto a una mesita, cogió una cajita y se la entregó. "Vas a necesitar esto".

Miró la caja, que tenía una abertura ovalada en la parte superior y lo que parecía un papel muy suave y fino en el interior.

"¿Qué es esto?"

"Se llama pañuelo facial. Piensa que es como un pañuelo, para sonarte la nariz o secarte las lágrimas, ese tipo de cosas".

Ella miró el papel de la caja y luego volvió a mirarle a él. "Así nos ahorraremos la colada. Pero, ¿por qué dices que lo necesitaré?"

Jake se echó a reír. "Vas a llorar".

Se detuvo bruscamente. "¿Vamos... a ver algo triste?". Realmente no deseaba ver una película triste. Sus emociones estaban a flor de piel, pero, sobre todo, por fin era feliz. Realmente feliz, y le gustaba, y aún no estaba dispuesta a abandonar ese sentimiento.

"En absoluto", negó Jake. "De hecho, es un romance".

Ella frunció el ceño. "Entonces, ¿por qué voy a llorar?"

Se rió, guiándola hasta el salón.

"Créeme. Llorarás porque...", hizo una pausa, aparentemente esforzándose por encontrar las palabras adecuadas. "Porque es feliz. Y tú eres una chica. Vas a llorar. Confía en mí".

Puso los vasos de té helado sobre la mesa pequeña y baja. "Ve a acomodarte en el sofá de ahí", dijo señalando el sofá más pequeño en el que sólo cabían dos personas, y puso los vasos de té helado sobre la mesa que había delante. "Traeré palomitas".

Becca asintió y eligió un asiento a un lado del pequeño sofá. Era cómodo, con un cojín profundo y firme contra su espalda, e incluso tenía una zona acolchada contra la que apoyar la cabeza. Definitivamente, iba a ir al infierno por pereza. Posiblemente también por envidia, ¡porque deseaba con todas sus fuerzas tener un sofá igual para ella sola!

Unos minutos después, se reunió con ella en el salón con un gran cuenco lleno de palomitas. Lo dejó sobre la mesita y se sentó a su lado.

"Esto te va a encantar", dijo Jake, sonriendo. Se acercó a ella y cogió una especie de pequeño objeto de un cable sujeto al sofá. Pulsó un botón, y Becca tuvo que ahogar un grito cuando su

asiento empezó a inclinarse hacia atrás y la parte de debajo de sus pies se elevó.

"Se llama sillón reclinable, y esto de aquí es el mando a distancia", explicó, y mostró el objeto, señalando los distintos botones. "Controla el sillón reclinable. Este botón hace que el respaldo se mueva hacia delante, éste hace que se mueva hacia atrás. Estos dos suben o bajan los pies. Juega con ellos hasta que lo tengas como quieres".

"¡Oh! ¡Como el sillón que Troy tiene en su casa!". Encantada, ella empezó a probar botones, mientras él cogía un objeto similar de su lado, y levantaba los pies de su sillón reclinable y lo inclinaba un poco hacia atrás. Metiendo la mano por detrás, sacó una ligera manta de ganchillo de donde había estado doblada sobre el respaldo del sofá, y la extendió sobre el regazo de ella. Le sonrió. "¿Estás preparada para la siguiente parte?"

Le miró con una mezcla de aprensión y placer. "¿Hay una siguiente parte?"

"Sí. ¿Ves este botón de aquí? Púlsalo".

Esta vez sí chilló, casi saltando de su asiento cuando empezó a moverse, como si temblara a su alrededor. "¿Qué...?", jadeó.

Jake se rió entre dientes. "Inclínate hacia atrás y relájate", aconsejó. "Está vibrando, se llama masaje. Te ayudará a relajar los músculos mientras estás sentado en la silla".

"Creo que se me han bloqueado todos los músculos", le dijo Becca, con el corazón aún latiéndole en el pecho.

"Sólo hay una pieza más, este botón", y señaló. "Eso calienta el asiento, hay 3 ajustes de calor, sólo tienes que mantener pulsado el botón, se encenderá bajo, luego medio, luego alto y luego apagado".

Tentativamente, pulsó el botón que él le había indicado. Al cabo de unos segundos, sintió que el calor empezaba a penetrar en su espalda y bajo sus muslos. Ante sus ojos se agolparon recuerdos de incontables noches acurrucada ante el fuego, leyendo o cosiendo, o remendando los arreos de los animales mientras fuera aullaba el viento y la lluvia, o la nieve. Su casita era acogedora, estaba bien construida y tenía rejillas para protegerla de las inclemencias del tiempo, pero aun así había tenido que cortar y apilar leña, recoger leña y cuidarla constantemente para mantener el fuego encendido antes de encenderlo por la noche. Y esta... esta silla, todo lo que tenía que hacer era sentarse, y le proporcionaba calor.

Se limitó a sacudir la cabeza. No había palabras.

Otro objeto, similar a los mandos a distancia que controlaban el sillón reclinable, yacía sobre la mesa y él lo cogió, apuntándolo hacia el televisor de la pared que tenían enfrente.

"He elegido una película llamada Mientras dormías. A todas mis hermanas les encanta esta película, y pensé que a ti también te gustaría".

Se distrajo momentáneamente. "¿Hermanas?"

"Sí, tengo cinco. Y tres hermanos". Sonrió. "Los cambiaformas lobo tienden a tener familias numerosas".

Se inclinó para mirar el objeto que sostenía. Tenía botones, parecidos al mando a distancia de los sillones reclinables, pero con muchos más botones. "¿Eso también se llama mando a distancia?"

"Sí, pero éste controla el televisor. Puedes empezar o parar una película, buscar películas y programas, subir o bajar el volumen, todo usando esto".

Pulsó un botón rojo en la parte superior, y la pantalla de televisión, que había sido negra y plana, cobró vida.

"Para empezar, tendrás que saber de trenes y ascensores", le dijo Jake. "Por lo demás, puedo pausar la película en cualquier momento, si tienes preguntas o quieres que te explique algo".

Becca arrugó la nariz, pensativa. "¿Has dicho que esta... película... es como un cuento?".
"Sí".

Se retorció alegremente en la silla... reclinable... y levantó un poco los pies. "Esperemos las explicaciones, y sólo te detendré si empiezo a perderme de verdad y tengo que hacer preguntas".

Jake asintió. "De acuerdo, trato hecho".

Con una risita, Jake se inclinó hacia delante para coger el bol de palomitas, colocándolo sobre la manta que había entre ellos. Ella cogió un puñado de palomitas y empezó a masticar, luego se detuvo, girando la cabeza para mirarle fijamente. "¿Mantequilla?"

"Mmhmm, así es como lo comemos. Bueno, algunos no le ponen mantequilla, sólo sal. Otros ponen queso, o caramelo, o...".

"¡Espera, espera!" Levantó una mano. "¡Película! Pero...", añadió, metiéndose más palomitas en la boca. "Lo apruebo totalmente".

Apareció una imagen en la pantalla, y Jake se rió cuando ella dio otro contoneo feliz.

"Se llaman créditos iniciales", explicó. "Indican los actores que interpretan los distintos papeles, y otra información". Le guiñó un ojo. "La mayoría de la gente los ignora".

Jake se acomodó mientras Sandra Bullock aparecía en la pantalla y comenzaba su narración. Sin embargo, estaba más pendiente de Becca que de la película. Le encantaba cómo la miraba con una concentración feroz, con las cejas fruncidas mientras intentaba comprender el metro. Al menos debería haberle explicado lo del transporte público, pero Becca no se lo preguntó, así que guardó silencio. Le encantó cómo se sintió encantada al instante por el personaje de Sandra Bullock, la suave sonrisa que se dibujó en los labios carnosos de Becca. Le entraron ganas de trazar aquella sonrisa con la yema de un dedo, y se inclinó para coger su vaso de té, negándose a la tentación.

Cuando la escena de la película cambió al hospital, Becca se volvió para mirarle. "¿Puedo probar?" Señaló el mando a distancia.

"Por supuesto". Puso la película en pausa y le entregó el mando, mostrándole los botones de pausa y reproducción. Becca apuntó el mando al televisor, como había visto hacer a Jake, y pulsó el botón. Dio un gritito de alegría cuando la película se detuvo, haciendo reír a Jake.

Indicó la pantalla congelada. "¿Qué es eso de la habitación pequeña en la que entran y salen?".

"Eso es un ascensor. Te lleva arriba o abajo, a diferentes plantas".

Le miró como si le hubieran crecido dos cabezas. "¿No hay escaleras?"

"Sí, claro, pero si vas al quinto o al octavo piso, o al quincuagésimo, vas a querer utilizar el ascensor".

Su piel sonrosada perdió parte de su color. "¿C-cinco?", vaciló.

"En las grandes ciudades, sí. Se llaman rascacielos".

Se lo pensó mejor. "Porque rascan el cielo", asintió.

"Exacto, sobre todo si los ves desde el suelo o desde lejos. Puedo enseñarte algunas fotos, cuando acabemos la película".

"Trato hecho", dijo ella, pareciendo orgullosa de sí misma por su uso de la jerga moderna, y él se echó a reír.

Inclinándose, le mostró los botones de volumen y silencio. Pareciendo orgullosa de sí misma, pulsó el botón de subir el volumen, y lo mantuvo pulsado... luego chilló y dejó caer el mando a distancia para taparse los oídos, cuando las voces del televisor parecieron gritar, resonando en la habitación. Jake se rió entre dientes, recuperó el mando y bajó el volumen.

"Lo mejor es que subas o bajes el volumen poco a poco", aconseja.

"¡Ha sonado fuerte!" exclamó ella, destapándose los oídos y mirándole atónita.

Jake señaló al techo, dirigiendo su atención a los altavoces que colgaban en cada esquina de la habitación. "Luego allí", y señaló debajo del televisor. "¿Esa larga barra rectangular? Es una barra de sonido, reproduce la música para que parezca que viene de todas direcciones". Empezó a señalar el subwoofer, pero se detuvo. Aquello era un poco más complicado, e incluso a él le costaría explicar exactamente lo que hacía, en términos con los que ella pudiera identificarse.

"De acuerdo", dijo Becca, con los ojos brillantes cuando se volvió para sonreírle. "Volveré a empezar la película".

Una vez más, se quedó absorto observando las reacciones de ella ante la historia, los chillidos, los aullidos, los oohs y los aahs, entre risas encantadas. Él también tuvo que reírse, ella jadeó al ver la casa de la familia Callaghan iluminada por Navidad, y se volvió hacia él, con los ojos abiertos como platos.

"¿Siempre es así en Navidad? ¿Las luces, los... los adornos? ¿Todo?"

"Lo es", confirmó él, dirigiendo de nuevo su atención al televisor. "Sigue mirando".

Tal como esperaba, cuando la familia empezó a abrir los regalos y Lucy recibió el suyo, los ojos de Becca empezaron a empañarse y sus carnosos labios temblaron un poco. Riéndose, cogió un par de pañuelos de la caja de Puffs y se los pasó. Ella los cogió automáticamente, sin apartar la mirada de la pantalla.

Sin embargo, también había dolor en sus ojos. Una profunda soledad, y de repente se dio cuenta de que se estaba relacionando mucho con el personaje de Lucy, completamente sola en el mundo, rodeada de extraños que le ofrecían amistad incondicional. Tal vez, siempre desde fuera mirando hacia dentro.

Le quitó el mando a distancia y detuvo la película. La rodeó con los brazos y tiró de ella hacia sí. Ella se estremeció un instante y luego se hundió contra él.

"Está tan sola, tan sola", susurró. "Desea tanto lo que ellos tienen, y estar con ellos es una alegría, pero también hay dolor".

Jake le acarició el pelo con el hocico, apoyando la mejilla en la parte superior de su sedoso cabello. Se sentía tan natural entre sus brazos, como si perteneciera a su mundo, allí, en su abrazo. Cogió otro pañuelo de la caja, le limpió las mejillas y la miró, resistiendo el impulso de inclinarse y capturar sus labios con los suyos.

"¿Lista?", preguntó un poco bruscamente.

Con un último resoplido, ella asintió y se incorporó, acomodándose de nuevo en su asiento reclinado. Pero pensó que se había quedado un poco más cerca de él que antes. Llevaba casi un minuto sin abrazarla y ya le dolía volver a abrazarla. ¿Ella también lo había sentido? Le había parecido que se había aferrado a él por un instante cuando la atrajo hacia sí por primera vez. Y ahora ella evitaba su mirada, enjugándose los ojos con el pañuelo, y a él le pareció que había una suave llamarada de color en sus mejillas.

Sin embargo, tuvo que reírse cuando ella volvió a engancharse instantáneamente a la película en cuanto él la empezó. Se rió en voz alta de la pareja que luchaba por mantenerse erguida sobre el hielo, y cuando llegaron a la parte en la que Joe Jr. le preguntó si estaba bien, porque Jack se estaba inclinando, literalmente chilló de risa. Pero palideció literalmente cuando llegaron a la escena de la boda, con los labios entreabiertos. Dirigió una mirada agónica a Jake.

"Se está casando con el equivocado", susurró. "Tienes que impedírselo".

Se rió entre dientes y se acercó para agarrarle la mano. "Sigue observando".

Y de nuevo, como él había previsto, ella lloró al final, sus labios curvados en una suave y dulce sonrisa, incluso mientras se secaba las lágrimas.

"¡Qué tierno! Me ha encantado". Miró a Jake. "¿Podemos verlo otra vez?"

Sobresaltado, la miró fijamente y luego se rió en voz alta.

"Sabes, hay, literalmente, miles de películas esperando a que las veas. Ésta es sólo la primera que has visto".

Se lo pensó y luego asintió. "Vale, pues otra". Ella ladeó la cabeza, lo cual era adorable, y él se mordió una sonrisa. "Creo que he entendido casi todo", reflexionó. "Tengo preguntas, claro, pero parece que ahora mismo no recuerdo ninguna". Se rodeó la cintura con los brazos, abrazándose a sí misma. "Cuando le dio aquello, ¿cómo se llamaba? ¿Globo de nieve? De aquella ciudad de Italia, ¿eso fue taaaan dulce!".

Se rió entre dientes. "Preveo muchas más películas en tu futuro. Sobre todo -añadió-, porque a las chicas que ya has conocido -.... Jacinth, Katerina y Tamera... disfrutan reuniéndose en noches de chicas y viendo películas, comiendo palomitas y helado, y cualquier otra cosa".

Sus ojos se iluminaron. "¡Oh! ¡Eso sí que suena divertido!"

"Ahora", dijo Jake, mirando el reloj. "Ya es hora de que te lleve de vuelta a la posada. ¿Cómo van tus deberes? ¿Has tenido ocasión de estudiar?"

"Oh, sí", le aseguró ella. "También he memorizado los estados que me dijiste, desde...". Ella arrugó la nariz pensativa, lo que a Jake le pareció lo más bonito que había visto nunca. "Maine, hasta Florida".

Asintiendo, Jake puso su sillón reclinable en posición vertical. "Excelente. Reunámonos mañana, cuando salga del trabajo, y te pondré al corriente de los estados de la zona central. Además, quiero repasar los acontecimientos mundiales más recientes, para que no estés completamente perdida cuando la gente hable de lo que está pasando".

Suspiró. "Hay tantas cosas".

Le sonrió. "Sí. Pero tampoco tienes que aprenderlo todo de la noche a la mañana, ¿vale? Iremos al ritmo de las cosas, las repartiremos para que no te golpeen con demasiadas cosas a la vez".

Ella le devolvió la sonrisa. "Me parece un plan excelente".

CAPÍTULO 18



¡JAKE LA HABÍA TENIDO EN SUS BRAZOS!

Becca se encaramó al borde de la cama, abrazándose con fuerza, recordando aquel momento en que él la había atraído contra sí, con sus fuertes brazos a su alrededor. Nunca se había sentido tan segura, tan... bienvenida.

Sonó un *gruñido* exigente cuando Lacey se abalanzó sobre el colchón junto a ella, mordiéndole la mano. Cogió al gatito en brazos y le acarició el suave pelaje mientras recordaba la emoción de aquel momento con Jake. Durante ese instante, se había sentido como si, bueno, como si hubiera vuelto a casa. Nunca la habían cogido en brazos de un hombre, nunca la habían abrazado. Nunca lo había esperado. Era la forastera en Salem Village, la miraban con recelo por su coloración más oscura, su herencia española y su religión católica. Los únicos hombres que la querían, querían su propiedad, así que nunca había pensado en que la abrazaran, nunca había pensado en querer a un hombre, ni en que la quisieran.

Aquel horrible Henry había intentado acercarse a ella una vez, robándole un beso. Había sido horrible, sus labios húmedos y ella había sentido repulsión. Se había apartado de él y le había abofeteado tan fuerte que él se había alejado de ella, y ella había huido.

Nada la había preparado para lo que sintió cuando Jake tiró de ella hacia él, rodeándola con sus brazos y abrazándola con fuerza. Había querido quedarse allí, abrazada. ¡Cómo esperaba no haberse delatado! Cuando la soltó, volvió rápidamente a su lado del sofá, pero no quería hacerlo. Peor aún, había sabido que se ruborizaba furiosamente, y había tenido que concentrarse mucho en la televisión durante unos instantes hasta que el calor de sus mejillas empezó a remitir.

Su teléfono sonó y ella miró el reloj de la mesilla. Eran poco más de las nueve de la noche. ¿Quién la llamaría tan tarde? Sin embargo, pasó obedientemente el dedo por la pantalla del teléfono.

"¿Diga?"

La alegre voz de Alessandra la saludó. "¡Hola, Becca! ¿Cómo te va?"

"Becca sonrió ante el teléfono un minuto antes de pulsar el botón del altavoz. Aún le resultaba muy extraño sostener el teléfono contra la cara, y prefería el altavoz. "Estoy muy bien, gracias. ¿Te has enterado de que tengo un jardín aquí en la posada?"

"Sí, así es. De hecho, más bien quería hablarte de eso. No sobre el huerto, sino sobre la venta en el mercado agrícola".

Becca sintió un estremecimiento de excitación. "¿De verdad? ¿Qué te parece?"

"Julian y yo estamos en casa de Jacinth, hemos venido en coche a cenar. Sé que es un poco

tarde, pero me gustaría venir y presentaros a los dos, y podemos hablar de algunas de mis ideas."

"¡Me encantaría!" se entusiasmó, dejando a Lacey en el suelo. Lacey se escabulló al instante debajo de la cama, hasta que sólo asomó la punta de su esponjosa cola blanca, lo que hizo sonreír a Becca.

"¡Genial! Estaremos allí en unos minutos".

"Perfecto. Ya se había puesto un pijama cómodo, con unas zapatillas de gatito monísimas que le había traído Katerina, y la ropa que se había puesto para cenar con Jake ya estaba en el cesto de la ropa sucia. Así que se apresuró a ir a su armario y abrió las puertas para pensar qué ponerse. Eligió una de las faldas que Alessandra le había traído aquel primer día, una falda vaporosa de un marrón aterciopelado, y se puso una blusa de un verde menta más suave. Se calzó unas sandalias planas y bajó las escaleras.

Encontró a Alessandra ya en el salón, de pie junto a la chimenea del salón, con un hombre alto y moreno a su lado.

"¡Becca!" Alessandra se acercó, tiró de ella en un estrecho abrazo y luego se inclinó hacia atrás para escrutarla con mirada interesada. "¡Oh, ahora tienes mucho mejor aspecto! ¿Eres feliz aquí?"

Becca no pudo evitar sonreír. "Sí, me encanta", dijo con franqueza, antes de volverse hacia el hombre.

"Éste es mi marido, Julián", le dijo Alessandra. "Julián estaba ansioso por conocerte".

A decir verdad, a ella también le interesaba conocerle. Nunca había conocido a nadie que tuviera setecientos años. Bueno, a Jacinto, claro, pero ella era un Djinn, e inmortal.

"Encantada de conocerte -dijo, tendiéndole la mano con cierta torpeza, pues aún no estaba acostumbrada a esta forma de saludo.

Julian la cogió, y se estrecharon brevemente, con su agarre firme.

"Encantado de conocer a otro viajero del pasado", le dijo. Su voz era un barítono agradable, ligeramente acentuado.

"Tú vienes de más atrás que yo", respondió ella.

"Cierto", dijo, siguiendo a Alessandra cuando se dirigió al sofá cercano, y luego tomó asiento a su lado. Becca se sentó en el sillón frente a ellos. "Pero yo viví todos esos siglos", continuó. "Viví los acontecimientos y los cambios a medida que sucedían. No puedo ni imaginarme encontrarme de repente varios siglos en el futuro, sin tener conocimiento del tiempo transcurrido".

"No ha sido fácil", reconoció Becca. "Y algunas cosas han sido, de hecho, bastante chocantes".

Julian se rió entre dientes. "Me lo imagino".

Se rió. "La mayor parte, en realidad. Pero todo el mundo ha sido maravilloso", le aseguró Becca, sonriendo a Alessandra. "Estoy aprendiendo mucho. E incluso ganando algo de dinero. Aunque me quedé muy sorprendida cuando Troy me dijo cuánto me pagaría por ejercitar a sus yeguas. Gano más en un día de lo que ganaría en un año en casa".

Julian la estudió, sus ojos de zafiro oscuro eran amables. "¿Lo echas de menos?"

"No". Ni siquiera tuvo que pensarlo. "Ni un poco. Me encanta esta época, y tengo amigos", recalcó. "Nunca tuve amigos. Era la forastera, siempre mirando hacia dentro. Pero aquí, con tanta gente que tengo ahora, tantas amistades, a veces me despierto y me pregunto si es un sueño."

La cálida sonrisa de Alessandra fue comprensiva. "No es un sueño, y todos nos alegramos de ser tus amigos, Becca".

Becca le devolvió la sonrisa. "Al principio fue difícil aceptar la ayuda, sobre todo el dinero.

Era difícil no verlo como caridad. Lo sé". Extendió una mano mientras Alessandra abría los labios. "Sé que no es caridad, es una ayuda. Eso no lo hace menos difícil, cuando he estado acostumbrada toda mi vida a ser autosuficiente. Pero ahora que gano dinero trabajando para Troya, y con la perspectiva de ganar más cuando maduren mis cosechas, es más fácil".

"De eso quería hablarte", dijo Alessandra. "Primero, debo transmitirte un mensaje. Jacinth vendrá el sábado, con Talya y Katerina, y quién sabe quién más, para llevarte al Mercado de Granjeros principal de aquí. Dijo que sobre las nueve de la mañana".

"Nueve", dijo Becca, asintiendo. "Entendido. Sonrió y dio un pequeño brinco de felicidad. "Esto es muy emocionante. Tenía muchas ganas de ver el Mercado de Granjeros".

"Te va a encantar", prometió Alessandra. "Así que he estado pensando en las habilidades que tienes, de tu vida en la aldea de Salem, que podrían serte útiles aquí".

"Como hacer velas y jabones", asintió Becca. "Soy consciente y ya he estado pensando en ello. Tengo una receta, transmitida en mi familia durante generaciones, de un jabón llamado jabón de Castilla. Se hace con aceite de oliva en lugar de la lejía habitual. Cayó en desgracia entre los puritanos por su origen católico español". Se encogió de hombros, incómoda, con la mirada fija en el suelo. "No me atreví a fabricarlo yo misma, no sólo por esa razón, sino porque se consideraba un jabón lujoso, por su rica espuma, y además podía utilizarse para retener fragancias, y los puritanos... bueno, ya lo sabes."

"Creo que vender jabón hecho a mano es una idea estupenda", se entusiasmó Alessandra. "Tengo muchos recursos y puedo encontrarte aceites esenciales en las fragancias que quieras. Y ya irás a los mercados de agricultores a vender tus productos".

"Sí, pero no durante semanas", objetó Becca. "Las verduras y las frutas no crecen de la noche a la mañana".

Alessandra apretó los labios, pensativa. "Cierto, cierto. Pero... hmm". Se quedó pensativa un momento. "¿Dijiste que también fabricabas velas?"

"Sí, y utilizando casi los mismos aromas que el jabón", convino Becca.

"¡Vale, entonces! ¡Podemos hacerlo! Empezaremos con jabones y velas. De hecho", y Alessandra hizo una pausa, pareciendo muy satisfecha de sí misma. "Pensé que querrías hacerlo, así que te he traído un regalo para que empieces".

Becca se encontró sentada más erguida, inclinada hacia delante en la silla, mientras la emoción le aceleraba el pulso. ¿Qué cosa nueva y excitante descubriría ahora?

Alessandra levantó su gran bandolera y sacó una caja plana y rectangular, que entregó a Becca. Era de un negro brillante, con decoraciones y letras doradas. "Aceites esenciales", leyó Becca en voz alta, antes de levantar la tapa. "¡Oh!"

Dentro había una capa de frascos de cristal, con etiquetas de colores y tapones dorados. Algunos de los nombres le resultaban familiares: rosa, jazmín, lavanda, vainilla y canela. Había veinte en total, y sacó el frasco de jazmín, desenroscando el tapón para oler la fragancia, inhalando, zumbando de placer mientras la delicada fragancia burlaba sus sentidos.

"Oh, eso huele delicioso".

Alessandra se inclinó hacia delante para darle un golpecito en la mano que sostenía el tapón. "Hay un cuentagotas en el extremo, para que puedas controlar la cantidad que pones de una vez".

"Ah, sí, ya veo", exclamó Becca. Cogió una tarjeta rectangular, también de color negro con letras doradas. "¿Qué es esto?"

"Ése es el nombre y la página web de la empresa de la que lo he sacado, así que cuando necesites más, puedes pedirlo". Alessandra se rió ante la expresión dubitativa de Becca. "Para entonces, serás una experta en hacer pedidos por Internet, te lo prometo".

"Te doy una semana más", coincidió Julián. "La primera vez que pidas algo por Internet y te llegue en uno o dos días... te engancharás".

Ella le miró fijamente. "¿Uno o dos días?"

Tanto él como Alessandra asintieron.

"Puede tardar un poco más, según lo que sea y de dónde venga", explicó Alessandra. "Pero sí, normalmente de uno a dos días".

Becca tragó saliva. "Estoy acostumbrada a tardar días, incluso semanas, si necesitara algo especial que no estuviera disponible en la aldea.. Para decirle al mercader lo que quiero, entonces debe enviar un mensaje que iría a caballo o en diligencia, y luego se enviaría en carreta".

"Antes de Internet, lo normal eran seis semanas para los pedidos por correo", asintió Julian. "Ahora estamos todos mimados, con entregas en un día e incluso de un día para otro".

"Ejem". Alessandra se aclaró la garganta. "¿Podemos volver al tema que nos ocupa? Estoy pensando... -hizo una pausa, golpeándose la barbilla con un dedo-. "Necesitarás un lugar donde trabajar. Hablemos con Troy y Katerina, a ver si tal vez se puede hacer un sitio en el granero. Podríamos habilitar un establo vacío como lugar para que guardes tus provisiones, al menos, temporalmente, hasta que te instales en algún sitio de forma más permanente."

"Joe me ha ofrecido quedarme en la casa de la manada", añadió Becca, sintiéndose tímida al mencionarlo. "Cuando me sienta más cómoda en este tiempo y esté preparada para empezar a avanzar".

"¡Perfecto!" le sonrió Alessandra. "Pregúntale a Jake, o a Joe, si tal vez puedas usar la cocina de allí".

"Sí, lo haré". Sacó su teléfono e hizo una nota, sintiéndose muy valiente y moderna.

"Cuando tengas un suministro decente, podrás empezar a venderlos en el Mercado de Granjeros, y cuando empiecen a llegar tus productos, ya tendrás una presencia establecida en el mercado". Continuó, y sus ojos empezaron a brillar de emoción. "Veremos si alguien de la comunidad tiene conocimientos locos de diseño gráfico y podemos hacerte tarjetas de visita y un logotipo. Y necesitarás una dirección de correo electrónico y, con el tiempo, una página web".

Julian debió de ver la confusión de Becca, porque la interrumpió con una carcajada. "Despacio, querida".

"Oh". Avergonzada, Alessandra miró a Becca. "Lo siento, me dejé llevar por las posibilidades. Aprenderás qué son todas esas cosas a medida que pase el tiempo".

Becca se apresuró a tranquilizarla. "¡No, no, me gusta!"

"Quieres decir que te gustaban las dos partes de todo aquello que realmente entendías", añadió Julián. "Hacer los jabones y las velas".

Tuvo que reírse. "Pues sí. Y ya he planeado conseguir los precios de lo que necesitaré para hacer los jabones y las velas, y empezaré a comprarlo y me pondré manos a la obra en cuanto reciba mi primera paga de Troya. La lejía para los jabones será fácil", se ríe. "¡Todo el mundo ofrece las cenizas de sus chimeneas! Las velas necesitan un poco más de suministros, pero cuando tenga el dinero para comprar lo que necesito, ya habré terminado de plantar el huerto, y sólo será para cuidar los cultivos en crecimiento. Así podré dedicar mis mañanas a hacer velas y jabones, y mis tardes a los caballos de Troy".

"¿Y te reúnes con Jake por las tardes, para repasar tus estudios?", preguntó Alessandra.

Asintió con la cabeza. "Sí, me ha hecho memorizar todos los estados y -hizo un pequeño gesto de dolor- las grandes guerras que han tenido lugar desde mi época. Hay más de las que hubiera creído posibles".

Alessandra suspiró, mientras Julian asentía. "No es algo de lo que enorgullecerse, desde

luego", dijo. "Pero necesitas aprender sobre ellos".

"También ocurrieron cosas buenas", añadió Alessandra. "Ahora las mujeres tienen plenos derechos, al igual que las personas de cualquier color, raza o religión".

"Técnicamente", gruñó Julián, y su mujer le frunció el ceño.

"¿No entramos en eso ahora?". Alessandra volvió a centrar su atención en Becca, mordiéndose el labio y pareciendo un poco indecisa. "Tengo otra idea para que generes ingresos, y es estupenda. Es sólo que...", interrumpió insegura.

"Esto va a... la frase es *asustarme*... ¿no?". preguntó Becca con resignación.

"Bueno, tal vez", admitió Alessandra. "El caso es que Halloween, que en tu época quizá se llamara Samhain, o All Hallow's Eve...".

"Sí, conozco la Víspera de Todos los Santos", convino Becca. "No se celebraba, por supuesto, pero sabíamos de su existencia".

"Así que ésta es la cuestión". Alessandra intercambió miradas con Julian, que le hizo un gesto de ánimo con la cabeza. "Aquí en América, la Víspera de Todos los Santos pasó a llamarse, con el tiempo, Halloween. Y se celebra todos los años disfrazándose la gente. Los niños van de puerta en puerta a por caramelos, y los adultos van a fiestas, a veces incluso van a trabajar disfrazados, e incluso hay muchos concursos de disfraces para el mejor disfraz. Y, por supuesto, las brujas son un disfraz muy popular".

"Tenemos que hacer que vea Mago de Oz", comentó Julián.

Ella le miró con el ceño fruncido. "¿Podemos seguir con el tema?"

Agitó una mano. "Como quieras".

Becca estaba confusa por la mirada de diversión que se cruzó entre la pareja. Estaba claro que se trataba de algún tipo de broma compartida con alguna historia entre ellos, tal vez. Sin embargo, asintió a ambos. "Muy bien, Halloween. Disfraces. Niños y caramelos. Fiestas. Disfraces de bruja. Hasta ahora lo entiendo".

"En Salem, los juicios por brujería son un gran tema. La gente viene de todas partes, a vestirse con trajes de época, a ir a los museos, a visitar lugares como la cárcel, el cementerio..."

"¿Cementerio?" Becca levantó rápidamente la vista, frunciendo el ceño. "No, no, nunca permitirían que las brujas fueran enterradas en un cementerio".

"No", comentó Julian, sin levantar la vista de su teléfono. "Aquí dice que el Antiguo Cementerio... el cementerio... es el lugar de enterramiento de dos de los jueces de la horca, Gedney y Hathorne, que son..."

"¡Hathorne!" La palabra brotó de su interior. Su pecho se hinchó mientras la ira se enroscaba en su interior. "¡A él! ¿Por qué alguien le honraría visitando su tumba? ¿Tan venerado era por su papel en las acusaciones y los interrogatorios, las torturas y los asesinatos?"

"Ni mucho menos", respondió Julian sacudiendo la cabeza. "Mientras que otros jueces se arrepintieron, Hathorne nunca lo hizo y, de hecho, un famoso autor norteamericano descendiente suyo se cambió el nombre por el de Hawthorne, para distanciarse de su odiado antepasado".

"¿En serio?" Alessandra se levantó interesada. "¿Te refieres a Nathaniel Hawthorne? No lo sabía".

"Entonces, ¿por qué visitar su tumba?" preguntó Becca indignada.

"Porque algunas personas son simplemente morbosas", dijo Alessandra con naturalidad. "Es algo a lo que te acostumbras en este siglo. Pero también hay un monumento en memoria de los que fueron ejecutados injustamente..."

"Que eran todos", murmuró Becca con rebeldía, con las tripas aún ardiendo.

Alessandra asintió. "Sí, es cierto, y ahora también es de dominio público. Y recuerda también

que muchas de las personas que acuden a Salem son aficionados a la historia de Estados Unidos... aficionados", enmendó, "como Jake, que tienen un intenso interés por la historia de Estados Unidos."

"Y algunos sienten una fascinación intensa y morbosa por los juicios de brujas -intervino Julian con ironía-.

Alessandra suspiró. "Triste pero cierto. Pero también están las brujas modernas, las wiccanas, las paganas y demás. Abrazan la memoria de las víctimas de los juicios por brujería de Salem como una cuestión de solidaridad. Julian, ¿puedes comprobar rápidamente la definición de eso?".

Asintió con la cabeza, dando golpecitos a su teléfono. "Allá vamos. Solidaridad: Sentimiento de compañerismo derivado de responsabilidades e intereses comunes, como entre los miembros de un grupo".

"Y", añadió Alessandra, "hay mujeres que vienen a honrar la memoria de las víctimas, sencillamente porque la mayoría de los objetivos de los juicios por brujería, no sólo aquí en Salem, sino también en Europa, eran mujeres, e injustamente acusadas, por muchas razones que no tenían nada que ver con la brujería, sino excusas convenientes para deshacerse de rivales, etc."

Becca asintió. No era nada nuevo para ella. "No es muy diferente, políticamente, de la Inquisición, aunque aquella no se centraba especialmente en las mujeres, pero gran parte de ella tenía motivaciones políticas".

"Así que ésta es la cuestión". Alessandra se inclinó hacia delante, con la mirada seria. "De nuevo, ¡recuerda que esto es *ENORME* en Salem! En cualquier época del año, en realidad, pero especialmente en octubre. Todo el mes está dedicado a los disfraces y fiestas de brujas de Halloween. Ahora bien, en tu época confeccionabas tu propia ropa, así que sabes, más que nadie, cómo coser auténtica ropa de mujer puritana. Podrías cobrar casi lo que quisieras por un traje así, y créeme, la gente lo pagaría. Tendrías que empezar a anunciarte pronto, porque necesitarías tiempo para coser las batas después de tomar las medidas y, por supuesto, los delantales, gorros... ¿cómo se llamaban?".

"Cofias", dijo Becca, inclinándose hacia delante, fascinada.

"Sí, cofias. Y los cuellos estaban separados del vestido, ¿verdad?".

"Sí, se ponía el cuello después del vestido y se podía cambiar fácilmente si se ensuciaba. Eso era lo más importante", dijo con seriedad. "Que no se ensuciara el cuello era lo más importante. Lo que más tardó, por supuesto, fueron las medias, pues había que tejerlas". Por un momento pareció preocupada. "Las mujeres siguen tejiendo, ¿verdad?".

"Por supuesto", se tranquilizó Alessandra. "De hecho, hay tiendas enteras sólo para tejer y otros trabajos con agujas".

El corazón de Becca saltó de impaciencia. "Entonces, si pudiera comprar lana y algunas agujas, podría empezar enseguida con las medias. Una vez plantado mi jardín, creo que tendré mucho tiempo libre, aparte de mis estudios". Sintió que debía disculparse por el tiempo que pasaba sin trabajar y sin ser productiva.

"Lo entendemos", le aseguró Alessandra. Sonrió de repente. "¡Apuesto a que comprar hilo y agujas de tricotar será una experiencia que te encantará!".

"Si consigo algo de lino, también podré empezar a hacer cuellos, delantales y cofias". Su mente se aceleraba, llena de ideas, ansiosa de cosas familiares que pudiera hacer mientras estuviera dentro. "Cuando no esté estudiando, claro".

"Hmm". El tono de Alessandra era pensativo. "Hay una forma de que puedas hacer las dos cosas".

"Yo... ¿qué?" Becca frunció el ceño, confundida. "¿Cómo es posible? No puedo leer mientras coso o tejo".

"No, pero ahora tenemos audiolibros. Libros que escuchas", aclaró. "En tu teléfono u ordenador portátil. Jake podría encontrarte audiolibros sobre los puntos concretos de la historia que quiere que aprendas o, por ejemplo, cuando tus profesores estén preparados para introducirte en la literatura estadounidense. O incluso si quieres leer o, en este caso, escuchar, cualquier tipo de ficción o poesía. Podrías escuchar mientras tejes o coses".

Sabía que tenía la boca abierta y la cerró. "Um".

"La mayor parte de la ficción contendrá tantas referencias modernas que se perderá intentando comprenderla", objetó Julián. "Si tiene que pararse continuamente a buscar palabras, nunca podrá terminar sus labores de aguja".

Alessandra parecía ridículamente decepcionada. "No se me había ocurrido". Un momento después, volvió a animarse. "¿Qué tal ficción infantil o juvenil? ¿Como La telaraña de Carlota? ¿El semental negro? ¿O ficción histórica, como un libro escolar infantil sobre Pocahontas?".

"Excelente", aprobó su marido.

"¡Oh!", se entusiasmó Becca. "Conozco a Pocahontas. Todo el mundo la conocía. Me gustaría leer un cuento sobre ella".

"También está la película de Disney", sugirió Julián, pero Alessandra puso los ojos en blanco.

"Sí, como si eso no la confundiera en absoluto".

"Hablando de ser confusos, no es lo único de lo que tenemos que cuidarnos". El tono de Julian era serio, y tanto Becca como Alessandra le prestaron toda su atención. "Ya que hemos estado hablando de Halloween, no dejéis, por el amor de Dios, que nadie os convenza de ver ninguna película que lleve el título de Halloween".

"¡Dios mío, no! O viernes trece!" exclamó Alessandra. "O cualquier cosa que se te identifique como horror. Suplicarás que te envíen de vuelta al siglo XVII, de tanto preocuparte de que sea real. Incluso traumatizan a personas que son perfectamente conscientes de que sólo es ficción. Quizá quieras probar algunos más adelante, cuando te sientas más cómodo en este periodo de tiempo, pero no pronto. Confía en nosotros. Además de todo lo demás, no necesitas traumatizarte".

"Sin horror", repitió Becca obedientemente. "¿Algo más?"

"Películas bélicas", dijo Alessandra con firmeza, y Julian asintió. "La mayoría son innecesariamente violentas y sangrientas... ¡por muy realistas que sean! De nuevo, es algo que puedes probar más adelante, y ver si te sientes cómodo viéndolas. Eso sí, no en estos primeros días".

Temblando, Becca negó enérgicamente con la cabeza. "No me interesan las películas sobre la guerra. Sólo leer sobre ellas ya es bastante malo, las cosas que he tenido que aprender. Las Guerras Mundiales, y la de Corea, y la de Vietnam, y la Tormenta del Desierto, y hay más sólo en este siglo. Tampoco quiero ver películas sobre ellas".

Julián miró su reloj y luego a Alessandra. "¿Amor?"

Alessandra se puso en pie, acomodándose los pliegues de la falda, una falda larga y suelta como la que llevaba Becca. "Tenemos que ponernos en marcha, es un largo camino hasta casa".

Becca también se puso en pie y recibió el abrazo de Alessandra. "¡Gracias por venir, y gracias por mi regalo!".

"De nada, Becca". Alessandra le sonrió mientras cruzaba el salón, con la mano de Julian a su espalda. "Que pases buena noche".

"Adiós por ahora", le dijo Julián.

Luego desaparecieron, y Becca recogió la caja de aceites, estrechándola contra ella y abrazándola con fuerza. ¡Esto era casi tan increíble como lo demás! Elaborar estos aceites le habría costado mucho tiempo y habría necesitado muchas flores y plantas. Y por lo que había olfateado del jazmín, estos aceites eran fuertes, quizá sólo necesitara unas gotas para obtener el aroma que necesitaba.

De vuelta en su habitación, Lacey esperó impaciente a que se pusiera el pijama. Se metió en la cama, acurrucó a la gatita contra sí y se quedó dormida al son de los ronroneos de Lacey.

CAPÍTULO 19



ANSIOSA POR VOLVER A VER A JAKE, Y CASI TAN ANSIOSA POR SU PRÓXIMA LECCIÓN, BECCA estaba esperando en el porche de la posada cuando Jake llegó para recogerla. Se apresuró a bajar por el camino hasta su camioneta. Entrar fue un poco difícil, debido a la falda amplia y holgada que llevaba, pero lo consiguió y se volvió para mirarle.

"Anoche soñé con trenes, hospitales y Navidad", le informó. "Y con resbalar en el hielo".

Jake se rió, sus ojos brillaban con humor. "¿Podría ser peor!"

Se puso sobria rápidamente. "Sí, es verdad. Antes soñaba con que venían a por mí", y se estremeció.

Le cogió la mano con un cálido apretón y Jake le apretó los dedos de forma tranquilizadora. "Fue una experiencia traumática, y voy a suponer, puesto que dices que supiste al instante a qué venían, que llevabas mucho tiempo anticipándolo".

"En cuanto empezaron a volar las primeras acusaciones", asintió ella, con el corazón encogido al recordarlo. "Sabía que sólo faltaba tiempo para que vinieran a por mí".

"Imagino que has pasado mucho tiempo preocupándote por ello", comentó él, y Becca asintió, aferrándose a su mano.

"A cada momento, me preocupaba. Dejé de ir al mercado a menos que no tuviera otra opción, y cada vez, esperaba a cada momento que se alzaran voces contra mí. Y por la noche, en casa, saltaba al menor ruido en el exterior, aunque -añadió- por la noche no venían a por la gente, pero seguía teniendo miedo, a cada momento."

"Llevará tiempo", me tranquilizó, "pero desaparecerá. Te lo juro".

Ella esbozó una sonrisa temblorosa, intentando ahuyentar los horribles recuerdos. "Sé que así será. Y aquí estoy a salvo, ¡y soy tan feliz! Nunca creí que pudiera ser tan feliz".

Jake le dio un último apretón en la mano y la llevó al volante, accionando el intermitente para girar hacia la calle.

"Me alegra oírlo". Señaló con un giro de cabeza hacia el asiento trasero. "He pensado que podríamos cenar fuera, junto al lago, ya que ahora las tardes son más cálidas".

Se retorció como pudo con el cinturón de seguridad, para ver una cesta de mimbre en el asiento trasero, así como lo que ahora reconocía como algún tipo de nevera.

"Me gustará", dijo ella, volviéndose en su asiento para sonreírle. "¿A qué distancia está el lago?"

"No muy lejos. Sólo un poco más adelante. Es uno de los lugares favoritos de los habitantes de la zona, y está lo bastante cerca como para que puedas llegar a él a caballo, una vez que te

sientas lo bastante cómoda montando a horcajadas. He visto a Troy y a Katerina cabalgando por el lago los fines de semana. Hablando de eso -añadió flexionando los dedos sobre el volante-, Douglas y Jacinth tienen una yegua y su potra estabuladas en casa de Troy. La historia cuenta que la yegua tenía dificultades cuando se puso de parto, e iban a perderlas a las dos, y Douglas utilizó uno de sus deseos para Jacinth para salvarlas a las dos."

"¡Ohhh!" Los labios de Becca se curvaron en una suave sonrisa, su corazón se derritió un poco. "¿De verdad? ¿Sólo tres deseos, y utilizó uno para salvar a una yegua y a su potrillo? Qué persona tan maravillosa".

"Al parecer, según me contaron, la yegua había sufrido graves malos tratos y era ingobernable hasta el punto de ser peligrosa. Iban a destruirla, pero Douglas dio un paso adelante, la compró y trabajó con ella para intentar recuperarla. Jacinth estuvo implicada de algún modo, pero no conozco los detalles -admitió-, pero finalmente consiguieron que los aceptara, y luego iban a perderla cuando pariera, y Douglas no iba a aceptarlo, después de todo lo que ya había pasado la yegua." Sonrió. "Es una bonita palomino, al igual que la potra".

"¡Oh, me encanta el palomino! Sin embargo, eran muy raros en el lugar de donde vengo. Estoy deseando conocerlos". Sintió cómo crecía la excitación al recordar los planes que se avecinaban. "Hoy he hablado con Katerina y Troy. Cuando volvamos del mercado agrícola, tendré mi primera sesión de ejercicio con las yeguas de Troy".

"Excelente", aprobó Jake. Señaló hacia delante. "Ahí puedes ver el lago".

Con impaciencia, se inclinó hacia delante para mirar. La superficie del lago era de un azul oscuro, y los reflejos de los altísimos árboles y las nubes que lo cubrían se reflejaban en su superficie brillante. Amplias zonas de hierba, con mesas de picnic salpicadas aquí y allá, rodeaban este lado del lago, que se extendía en la distancia, antes de tomar una curva y desaparecer tras una espesa arboleda.

Entraron en el aparcamiento y Becca se bajó del camión mientras Jake cogía la cesta de picnic, la nevera y una manta gruesa doblada. Señaló con la cabeza la zona de hierba donde bañaban las aguas del lago. "Ésa es la zona de recreo. Pero he pensado que, si no te importa caminar un poco, podríamos adentrarnos en los árboles y encontrar un lugar junto a la orilla, más abajo".

"Me gustaría", le aseguró Becca. Le cogió la nevera y le frunció el ceño. "No estoy indefensa, ¿sabes?".

Jake se rió entre dientes. "No lo había pensado ni por un momento".

Al cruzar la hierba, vio que había un camino bajo la cubierta de árboles. Era de tierra áspera, aunque claramente cuidada. Becca levantó la cara hacia la débil brisa, inhalando los maravillosos aromas, sintiendo la llamada de la tierra fresca, los árboles y la espesa maleza. Se detuvo bajo las ramas extendidas de un castaño.

"Espera", dijo ella, inclinándose para quitarse una de las sandalias de tiras que llevaba, y luego la otra. Enganchó las tiras entre la mano y el asa de la nevera que llevaba, y sonrió a Jake. "Quiero sentir la tierra bajo mis pies".

Suspiró de puro placer, dejando que los dedos de los pies se clavaran en el suelo, sintiendo cómo la tierra la acogía. La conexión estaba ahí, como siempre había estado, más fuerte ahora que en Salem. Tal vez, pensó, porque ya no existía el miedo a ser descubierta que siempre había estado presente, trescientos años atrás. Cerró los ojos, absorbiendo las noticias que le transmitía la tierra: El conejo temblando cerca, bajo unos matorrales, un zorro gris a unos metros, acurrucado en su madriguera. A cierta distancia, un castor salía del agua en busca de ramas de árbol.

Jake la observaba con interés y ella le sonrió, sintiendo el brillo de la felicidad en el pecho. "Soy muy feliz", le dijo. "Siento la conexión aquí, más que en casa, más que en la posada. Este lugar es salvaje y me llama".

Su sonrisa de respuesta fue brillante, y alargó la mano para coger la que ella tenía libre. "Me alegro. Me gusta verte feliz".

Siguieron caminando, pero Jake no le soltó la mano.

Habían recorrido quizá media milla, cuando el lago dio un giro a la derecha, y vieron un pequeño claro, libre de árboles, justo en la curva.

"Creo que esto servirá", decidió Jake.

Becca se acercó a la orilla del agua, mirando en cualquier dirección. El... ¿Cómo lo había llamado Jake? ¿Área recreativa? ...estaba fuera de la vista, y sólo el lago bordeado de árboles se extendía en ambas direcciones.

"Esto es perfecto", coincidió ella, apartando algunas ramitas y hojas con un pie descalzo, alisando una zona antes de inclinarse para extender la manta. Acomodándose uno junto al otro en la manta, Jake empezó a desempaquetar la cesta de picnic, colocando una serie de recipientes de poliestireno... ella los reconoció, porque su "bolsa para perros" del asador de la otra noche había sido del mismo extraño material blanco.

"Tengo varias cosas", explicó Jake. "Pollo frito, ensalada de judías, ensalada de patatas, macarrones con queso, una baguette", y sacó una barra de pan larga y estrecha en una bolsa de papel marrón, "y huevos endiablados".

Giró la cabeza para mirarle, sobresaltada. "¿Has dicho... huevos del diablo?".

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, antes de recomponerse y sonreír. "No, al diablo", dijo claramente. "Es un huevo duro, cortado por la mitad. Luego se machaca la yema, se mezcla con mayonesa y mostaza, y se suele espolvorear por encima con pimentón. Hay variaciones, claro, pero eso es lo básico".

"¿Mayonesa?" preguntó Becca, que no había oído ese término antes.

"Ah, claro". Jake se rió entre dientes. "La mayonesa es... ¿cómo explicarlo? Está hecha de huevo y...", se le cortó la voz y pareció inseguro. "Ya sabes, ¿no lo sé? Espera, vamos a ver si tenemos cobertura aquí y lo busco en Google".

Sacó el teléfono y lo abrió. "Sí, tengo dos barras. Vale, vamos a ver". Leyó. "Está hecho de yemas de huevo, aceite y... ¿vinagre?". Frunció el ceño ante el teléfono. "¿Vinagre? ¿En serio? Y yo habría pensado al menos en huevos enteros, ya que la mayonesa suele ser de color blanco cremoso, y las yemas son amarillas, pero no, pone yemas de huevo. Además -añadió, leyendo hacia abajo-, se originó en Francia... no, espera. El nombre sí, pero la receta se originó en España".

Cerró el teléfono y se lo volvió a meter en el bolsillo. "Bueno, de todos modos, la mayonesa... o mayonesa... se utiliza en bocadillos, hamburguesas, en ensaladas como las de patata y pasta que nos he traído. Es bastante versátil".

Sofocando una carcajada, Becca se mordió los labios, mirándole y sintiéndose un poco culpable. "¿Qué es la pasta?"

Jake se quedó mirándola un momento y luego se le despejó la frente. "¡Ah, sí! Lo había olvidado. La pasta no llegó a América hasta el siglo pasado. Es...", se interrumpió. "De nuevo, no hay forma de describirlo. Te propongo que pruebes un poco, es mejor que cualquier explicación".

Abrió el cuenco que contenía la pasta y puso un poco en un plato, entregándoselo con un tenedor. Becca la hurgó con curiosidad, examinándola, y le dio un bocado.

"Está buena", permitió. "Comí lasaña en casa de Katerina, esto parece que tiene un color y una textura parecidos".

"Sí, eso también es pasta", confirmó Jake. "La hay de todos los tamaños y formas. Esto se llama macarrones de codo. También hay fideos planos, rizados, largos y finos llamados espaguetis, en forma de concha."

Señaló el montón de ensalada de pasta que tenía en el plato. "Y esta salsa, ¿es mayonesa?"

Asintió con la cabeza. "Y probablemente un poco de mostaza, sal y pimienta. Y esto sólo lleva apio, cebolla y pimienta verde, pero en realidad puedes ponerle las verduras que quieras. La he visto con brécol, pepino, aceitunas negras, huevos duros... lo que te apetezca. Otra pasta popular para la ensalada de pasta es el maraconi en forma de espiral, que se llama rottini".

Becca sacudió la cabeza, asimilando todo aquello. "Incluso las comidas son tan diferentes".

Riéndose, le quitó el plato y empezó a ponerle ensalada de patata y pollo.

"¡Oh! Y quiero probar esos huevos del diablo", le recordó ella.

"Endiablados", dijo él, guiñándole un ojo, mientras le ponía en el plato dos medios huevos con un relleno amarillo oscuro y ligeramente espolvoreados con pimentón rojo. Ansiosa, cogió uno y lo mordió. Inmediatamente soltó un gemido de placer.

"¡Está buenísima! Pero muy diferente de la ensalada de allí. Esta mayonesa debe tener muchos usos".

"La ensalada de patata también lleva aliño de mayonesa. Además de huevo duro picado", señaló Jake. "Junto con cebolla y apio. De nuevo, hay muchas formas de hacer ensalada de patata. Las compré en una tienda de delicatessen", explicó. "Es una tienda, o una sección de un supermercado, donde venden alimentos ya preparados y listos para llevar, como pollo, queso, ensaladas y cosas así".

El silencio se apoderó de ellos mientras se zambullían en sus comidas acompañados por los sonidos de la brisa que agitaba las hojas sobre ellos y el canto de los pájaros en los árboles.

"Eh, mira". Jake señaló hacia donde se extendía el lago a la izquierda. "Una presa de castor. Parece que la está construyendo".

Becca miró hacia donde él señalaba y exclamó: "¡Ahí está el castor, en el agua!" Observó cómo el castor cambiaba de rumbo y parecía dirigirse directamente hacia ellos. Se maravilló ante el espectáculo. "Mira qué suavemente se desliza. No parece que esté remando con las patas bajo el agua, no se nota en absoluto".

Frunció el ceño, repitiendo la última frase en su cabeza. "¿Tiene sentido?"

Jake se rió entre dientes. "En realidad no, pero he entendido lo que querías decir".

Observaron cómo el castor nadaba cada vez más cerca, cortando una V en el agua.

"¡Viene hacia nosotros!" susurró Becca, con los ojos entornados.

Efectivamente, el castor parecía estarlo, con sus ojos oscuros fijos en ellos. Nadó a poca distancia de la orilla antes de desviarse. Su cola, ancha y plana, se levantó y luego golpeó la superficie del agua, lanzando salpicaduras de agua en todas direcciones, empapando a Jake y Becca.

Becca chilló y se levantó de un salto, quitándose el agua de la ropa y sacudiéndose las gotas del pelo. A su lado, Jake hacía lo mismo, mientras el castor se deslizaba despreocupadamente hacia su presa. Riéndose, Jake le apartó el pelo de la cara y le dibujó una gota de agua en la mejilla con la punta de un dedo. Ella levantó la vista hacia él y se le cortó la respiración cuando sus ojos se encontraron. Lentamente, él bajó la cabeza y sus alientos se mezclaron, cálidos y familiares.

Cuando sus labios se tocaron, el tiempo pareció detenerse. Fue como si el universo entero

contuviera la respiración, abrazando la dulzura de aquel momento precioso y tierno. El beso fue suave, tentativo al principio, como el aleteo de las alas de una mariposa. Jake profundizó el beso, y los brazos de Becca se deslizaron alrededor de su cuello, apretándose más. Su corazón latía con fuerza, todos sus sentidos sintonizaban con él.

Otra salpicadura de agua los golpeó, y se separaron, Jake mirando con odio al castor. Agarró un palo cercano y lo lanzó contra el animal, aunque no alcanzó su objetivo.

"¡Vamos, sal de aquí!"

El castor golpeó el agua con la cola una vez más, pero esta vez estaban preparados y retrocedieron, apartándose. El castor se alejó nadando, con la cabeza erguida, con la clara sensación de que había sacado lo mejor del encuentro.

Becca se quedó mirando al castor que se marchaba. "Voy a arriesgarme y suponer que es un metamorfo".

Jake soltó una risita. "Yo también lo supondría".

Frunció el ceño, mirando al castor que se retiraba. "Sí, pero... es evidente que debe saber que conocemos a los cambiaformas, o a los sobrenaturales, para haber hecho eso... ¿Cómo iba a saberlo?"

"Voy a suponer que conoce a mi hermano, Joe", explicó Jake. "Nos parecemos mucho, así que es probable que me haya reconocido".

"Podría ser. Desde lejos, puede que incluso pensara que eras él".

"Oh. Oh, espera un momento". Jake se echó a reír, echando la cabeza hacia atrás. "Los castores tienen una vista notoriamente pobre. Apuesto a que pensó que yo era Joe, y aquí engañando a mi... es decir, a la... mujer de Joe".

Becca soltó una risita. "¡Dios mío! ¡Qué gracia! Sí, pero", frunció el ceño, perpleja, mientras miraba el lago. "¿Por qué iba a construir una presa? Es un metamorfo, no es que tenga que construirla. Para sobrevivir, quiero decir".

Entrelazó sus dedos con los de ella, se sentó en el suelo y tiró de ella para que se sentara a su lado.

"No, claro que no necesitaría un lugar donde vivir, pero es muy probable que, mientras sea un castor, *necesite* construir esa presa. En nuestra forma cambiada, los instintos animales son muy fuertes. Está equilibrado, por supuesto, por nuestra conciencia humana. Por ejemplo, como lobo, tengo el instinto de aullar, cazar y perseguir a mi presa. Posiblemente incluso abatirla. Sin embargo, cuando se trata de matarla, o de comérmela, mi lado humano tomará esa decisión, porque en realidad, no es probable que me muera de hambre, ni siquiera de hambre, y me opongo a la matanza innecesaria de animales salvajes. Por no hablar de la propia repulsión humana a comer carne cruda". Señaló con la cabeza la presa de castores. "Para él, probablemente lo más fácil sea dejar que el castor se salga con la suya. Lo más probable es que, como humano, se dedique de algún modo a la construcción. Puede que incluso sea arquitecto".

Becca escuchó atentamente, frunciendo el ceño, concentrada. "Entonces, tus humanos son... son...", intenta pensar en la expresión adecuada. "¿Reflejo de tu animal?"

"Por regla general, no. Aunque -ladeó la cabeza, recordando-. "Conozco a una metamorfa zorro que se parece mucho a su animal. El pelo rojo, incluso con puntas negras en las puntas, y no me preguntes cómo es posible. Y su cara, también, es un poco... bueno, de zorro. Parece humana, por supuesto, pero tiene ese aire, en la forma de la nariz, la boca y la barbilla. Sin embargo, eso es muy poco habitual. La mayoría de nosotros no nos parecemos en nada a nuestros animales. Y en cuanto al comportamiento, bueno, sinceramente, depende del animal y depende del humano. He oído que Katerina, por ejemplo, no se parece en nada a su gato, que es

arisco y tiene lo que a mí me han descrito como actitud gatuna".

"¡Pero es tan simpática y amable!" protestó Becca. "Y ha sido tan maravillosa".

Jake soltó una risita. "Katerina, sí. Pero no Gata. Y cuando sea gata, tendrá esos instintos felinos de perseguir cosas que se mueven. Una vez conocí a una urraca metamorfa que no podía refrenar sus instintos de urraca para robar y coleccionar cosas brillantes. Tenía un armario entero en su casa donde guardaba todas las piezas que su urraca traía a casa".

Becca no pudo evitar reír encantada. "¡Qué maravilla!"

"Bueno, no siempre. Una vez, cuando estaba clasificando la recaudación de una noche, descubrió que había robado un reloj de oro antiguo de señora, muy bonito y muy caro."

"¡Oh, no!"

Asintió con la cabeza. "Peor aún, ese día había pasado varias horas en su forma de urraca, volando de aquí para allá, así que no tenía ni idea de dónde lo había cogido. Su urraca no catalogaba las cosas, simplemente las veía... ya sabes... brillantes".

"Debió de sentirse fatal".

"Oh, la cosa mejora". Jake esbozó una enorme sonrisa. "Mientras intentaba averiguar cómo determinar dónde había estado, para poder dirigirse a los barrios adecuados con carteles de objetos perdidos, empezó a aparecer en las redes sociales un vídeo de su urraca robando el reloj. Resulta que una joven había heredado el reloj de su abuela, y se lo había quitado mientras se untaba crema bronceadora... esto fue en verano... y lo puso en una mesa junto a su tumbona. Se estaba haciendo un selfie... es decir, una foto de sí misma con su cámara... cuando la urraca se abalanzó y cogió el reloj, y quedó grabado en la cámara. Así que Sara... que es la urraca cambiaformas... simplemente envió un mensaje a la mujer que había publicado el vídeo y afirmó que había encontrado el reloj en el suelo cuando salía a correr".

Becca se dio cuenta de que estaba realmente impresionada. "Es sencillamente increíble. Dudo que de otro modo hubiera encontrado al dueño".

Jake se rió entre dientes. "No sólo eso, ella tuvo su reclamo a la fama, porque ese vídeo se hizo viral. Eso significa que gente de todo el mundo lo vio y lo compartió con todos sus amigos, que a su vez lo compartieron con sus amigos, y acabó con decenas de miles de personas viéndolo y gustándoles".

"¡Oh! ¡Sí!" Becca asintió. "Talya me ha explicado lo de los posts y vídeos virales. Qué emocionante para tu amiga. Claro que también es una pena, al menos en cierto modo", se rió entre dientes, "pero no en otros, que nadie sepa que es ella para que se lleve el mérito".

"Sí, eso sería un poco incómodo", convino Jake, pero su expresión se volvió sobria. "No sé si lo han hablado contigo o no. Pero nosotros... los metamorfos en particular, pero todos los sobrenaturales... nos estamos preparando para ser descubiertos". Hizo una pausa, al darse cuenta de que ella no conocería ese término. "Estamos preparados para que el mundo descubra nuestra existencia. Con todas las cámaras y vídeos que hay por todas partes, es sólo cuestión de tiempo".

Ella lo miró fijamente, palideciendo bajo el dorado cremoso de su herencia española. "Volverá a ser Salem", susurró.

"No, no", se apresuró a asegurarle Jake. "No será nada tan grave. Pero nos *estamos* preparando, de varias maneras. Tenemos metamorfos en el gobierno, en la policía, y hay altos cargos en los gobiernos de todo el mundo que nos conocen. Y en casos desesperados, los Djinn nos ayudarán".

Becca no pudo evitar la sonrisa que curvó sus labios. "Como Remi, salvándome".

"Exacto. Hay planes en marcha. La razón principal por la que te cuento esto es que hay personas aquí, en esta comunidad, que darán un paso al frente. Para ser la cara pública de los

cambiaformas. Katerina es una de ellas, junto con su hermano, Kester, y su Elegida, Tamera".

La alarma surgió en su pecho y retrocedió instintivamente, llevándose una mano al pecho. "No puedo", sacudió violentamente la cabeza, con el pelo revoloteándole por la cara. "No puedo.

"Shh", la tranquilizó Jake, cogiéndola por los hombros y atrayéndola contra él. "Nadie se planteó siquiera pedirte que te presentaras. Sólo quería prepararte para la eventualidad. Aún no ha ocurrido, pero podría ocurrir mañana... o dentro de cinco años. Aunque -añadió, con justicia- creo que será más pronto que tarde. Todos lo pensamos. Tú -y le dio un golpecito en la nariz con un dedo mientras ella le miraba- permanecerás a salvo en el anonimato, protegida por todos nosotros. Además -le sonrió-. "No eres un metamorfo".

"No", respondió ella, un poco apenada. "Aunque debo admitir que siento cierta envidia".

Le miró de reojo, sintiéndose un poco tímida, sin saber si era grosero preguntar, pero sentía mucha curiosidad. "¿Crees que... podría ver a tu lobo?", aventuró.

Jake se enderezó, mirando a su alrededor. Su mirada era aguda mientras barría el bosque, el río. Levantando la cara, pareció olfatear el aire.

Su curiosidad aumentó. "¿Tú también ves y hueles como un lobo?".

"Algo", admitió. "No tan bien como cuando estoy en mi verdadera forma de lobo, pero tengo una vista mucho más aguda y un olfato más sensible que un no metamorfo. Más difícil aún ahora, son las cámaras de caza en tantos lugares. Lo último que quiero es que me pillen cambiando de forma en una cámara en directo".

"Dios mío, no", asintió Becca con fervor.

"Pero parece que estamos bien", dijo Jake, poniéndose en pie. Sus ojos castaños la miraron, con un brillo acechando en el fondo. "Quizá quieras cerrar los ojos. Los metamorfos normales no podemos llevarnos la ropa cuando cambiamos, así que tengo que desnudarme".

Con un "eep" estrangulado, Becca entrecerró los ojos y, para asegurarse, se cubrió la cara con las manos. Oyó un crujido de ropa y jadeó cuando una especie de estática llenó el aire, provocándole un cosquilleo en la piel. Un momento después, le dieron un codazo en el brazo. Soltó las manos, giró la cabeza y jadeó. Ante ella había un magnífico lobo. Su pelaje marrón rojizo brillaba a la luz del sol que se colaba entre los árboles. Unos penetrantes ojos ámbar la observaban. Había inteligencia en ellos, y un destello familiar que era todo Jake.

Pudo ver las hebras de pelo que formaban su abundante pelaje. Era marrón oscuro a lo largo del lomo y la cola, se mezclaba con un marrón más dorado en el pecho y los costados, y luego se volvía crema en las partes inferiores.

"¿Puedo tocarte?", susurró asombrada. Se puso de rodillas para estudiar a la magnífica criatura que tenía ante ella.

Su cabeza se inclinó, su nariz empujó bajo su brazo, y ella se rió. Tímidamente, alargó la mano y le pasó los dedos por el grueso pelaje, maravillada por la riqueza de la piel. El lobo cerró los ojos, inclinándose hacia su tacto, y ella se volvió más valiente, hundiendo las manos en su pelaje.

"Nunca lo habría creído", dijo en voz baja, explorando la textura de su gola y las orejas afelpadas y aterciopeladas. "Eres tan, tan hermosa".

Deslizó las manos hacia la fuerte cabeza, acunándola entre las suyas mientras contemplaba solemnemente aquella mirada inteligente.

"Realmente eres tú el que está ahí dentro, ¿verdad?". preguntó asombrada.

En respuesta, le dio un largo lametón en la mejilla. Ella se sobresaltó tanto que cayó de culo en la hierba y empezó a reírse. Él resopló, al parecer la forma que tienen los lobos de expresar diversión, y su cola se balanceó de un lado a otro.

"¡Qué gracioso!", se burló ella, incorporándose de nuevo. "¡Tú y ese castor!"

Se le cayó la mandíbula inferior y le dedicó una sonrisa de lobo. Ella puso los ojos en blanco, otra costumbre que había adquirido de sus nuevas amigas, y le hizo cosquillas en la oreja. Sólo porque sí.

El lobo volvió a resoplar, luego se dio la vuelta y, recogiendo entre sus fauces la ropa desechada de Jake, desapareció entre la maleza. Unos minutos después, Jake reapareció y vino a sentarse en la manta junto a ella.

"Aún no me lo creo", admitió. "Sé que te he visto, y a Katerina también. Sé que es real y, sin embargo, una parte de mí piensa que debo de estar soñando, o... ¿algo?", terminó. Era tan difícil de explicar.

Jake la rodeó con el brazo, estrechándola contra él. "No, lo entiendo. Recuerdo que me sentí igual cuando descubrí que los unicornios eran reales".

Becca se irguió y se apartó para mirarle fijamente. Sabía que tenía la boca abierta, pero no podía hacer más que mirarle boquiabierto. Jake se rió.

"Sí".

Se esforzó por entender lo que decía. "¿Los unicornios? ¿Son reales?"

"Mm. Vino uno y se quedó en la posada un mes o así".

La visión de un unicornio tumbado en la cama de una habitación de la posada se alzó ante sus ojos, y empezó a reír.

"Oh, mi!!!!"

"Tenía forma humana", se apresuró a explicar, y ella asintió.

"Lo suponía, sí", dijo ella, controlando su alegría. "Al menos, después de pensarlo. Así que... ¡hay unicornios metamorfos!".

Jake negó con la cabeza.

"No exactamente. Seres míticos... dragones y unicornios y cosas así...".

"¿Dragones?", jadeó.

"Sí. De todos modos, son capaces de adoptar forma humana, pero en realidad no son humanos". Frunció el ceño mientras se esforzaba por explicarse. "Nosotros, los metamorfos, somos humanos ante todo. Y el animal vive dentro de nosotros, con nosotros. Pero seguimos siendo humanos. Mientras que un unicornio o un dragón siempre son un unicornio o un dragón. Pueden adoptar una forma humana, y andar y hablar como un humano, pero su naturaleza sigue siendo la misma".

Becca quería oír más cosas sobre aquellas criaturas míticas, pero Jake volvió a rodearla con el brazo. Apoyó la cabeza en su hombro, a la altura adecuada. Inclino la cabeza y le sonrió.

"Esto es bonito".

Bajó la cabeza, su beso tan dulce como antes, suave pero firme. Cuando levantó la cabeza, sus dedos le acariciaron la cara.

"Sé que es demasiado pronto para sentirse así", le dijo, sosteniéndole la mirada con la suya. "Sobre todo por ti. Supe que eras para mí en cuanto te vi".

Becca soltó una risita al recordar. "Me dijiste que era guapa".

Jake gimió. "No me puedo creer que se me haya escapado. Estaba tan avergonzado".

"Me ha gustado", le tranquilizó. "Ha sido el cumplido más bonito que me han hecho en mi vida. Y", tropezó un poco con las palabras. "Sentí lo mismo. Bueno, quizá no lo mismo, pero... había algo en ti. Me sentía muy atraída por ti. Tuve un momento muy malo, cuando te vi salir de la posada", confesó. "Pensé que no volvería a verte".

"Eso nunca iba a ocurrir".

Volvió a atraerla contra él, con un abrazo fuerte y seguro. Becca se acurrucó en sus brazos con un suspiro de felicidad.

"Iremos despacio", prometió él, y ella sintió sus labios contra su pelo. "Si esto fuera una novela romántica, estoy seguro de que, como protagonista masculino, haría algún gesto noble y me mantendría alejado por tu bien. Acabas de llegar de otra época y has sufrido un trauma horrible. No es justo para ti". Ella oyó el pesar en su voz, pero sus brazos la estrecharon aún más.

"Pero no soy un héroe romántico", prosiguió. "Y no está en mí dejarte marchar... a menos que tú lo desees. Nunca te coaccionaría, pero si me deseas, no estoy dispuesto a alejarme".

Ella levantó la cabeza para mirarle. "No dejes que me vaya por mi propio bien", suplicó riendo. "El martirio no tiene buena pinta".

Jake soltó una risita, sus ojos brillantes brillaban con humor. "No, no lo es", convino, inclinándose para besarle la nariz. "Pero a pesar de todo, estaré aquí para ti mientras te encuentras en esta nueva etapa. Pero iremos despacio y veremos adónde nos lleva, ¿de acuerdo?"

Ella le sonrió, con el corazón ligero. "De acuerdo".

CAPÍTULO 20



FUE UN GRUPO MÁS O MENOS GRANDE EL QUE ACABÓ ACOMPAÑANDO A BECCA A SU PRIMER mercado agrícola unos días después. Además de Katerina y Jake, Jacinth insistió en acompañarla, ya que podía hacer "magia" para disipar cualquier metedura de pata en caso necesario. Y, por supuesto, Talya se negó a quedarse atrás.

Tuvieron que aparcar a un par de manzanas de donde se celebraba el mercado. Mientras caminaban y veían el mercado, con sus hileras de puestos cubiertos, Becca exhaló un suspiro de alivio.

"No es como en casa, en absoluto. Pero, al menos sé que esto es un mercado, sólo con mirarlo. Cosa que no puedo decir de vuestros supermercados".

Estudió las estructuras cubiertas de lona blanca. "¿Cómo se llaman?

"Marquesinas", respondió Katerina. "Te conseguiremos uno, y unas mesas plegables. ¿Ves ahí?" Señaló un espacio vacío cercano, donde un hombre tenía una de las mesas de lado, y estaba sacando las patas, encajándolas en su sitio, antes de enderezar la mesa y colocarla en el lugar que aparentemente quería.

"Qué inteligente", aprobó Becca. Entrecerró los ojos, escudriñando los distintos escenarios. "Necesitaré tres mesas, para formar una U, con una silla para mí dentro".

"Así es. Y una caja fuerte para guardar el dinero", dijo Katerina. "Tendrás que empezar con billetes de baja denominación y un surtido de monedas para poder cambiar. No te imaginas cuánta gente es incapaz de conseguir algo menor que un billete de veinte para una compra de dos dólares."

"Necesitarás algún tipo de nevera con agua embotellada", añadió Jake. "No querrás deshidratarte aquí fuera. Podemos hacer una excursión a Walmart, y al banco a por cambio, el día antes".

"Espera, déjame hacer una lista". Becca sacó el teléfono y empezó a teclear. "¿Dónde consigo las mesas y las sillas?".

"En línea", dijo Katerina sin vacilar. "También la hucha".

"Puedo ayudarte a buscarlos", se ofreció Talya.

"¿Qué tal tarjetas de visita?" ofreció Jake. "Y un cartel de algún tipo".

"¡Bien!" Katerina levantó un dedo. "Tengo contactos. Podemos prepararle un logotipo y un sitio web cuando tengamos una lista completa de lo que va a ofrecer".

Al teclear, Becca sufrió de repente un ataque de ansiedad. Se quedó mirando la lista del teléfono, abrumada. "Es mucho", dijo, con la voz temblorosa.

Jacinto le dio una palmadita en el hombro. "No tanto", dijo con voz suave. "La mayor parte es de una sola vez. No tienes que ir comprando cosas una y otra vez. Una vez que lo tengas montado, sólo tendrás que cargar el coche por la mañana, montar el puesto, desmontarlo al final del día y llevártelo a casa".

"Cuando lo pones así, no suena tan mal. No es tan diferente de lo que hice en Salem, más o menos". Becca logró esbozar una sonrisa. "Al menos no tengo que ir a caballo y en carro".

Jake se rió tirando de ella contra su costado y dejándole caer un beso sobre el pelo. "¡Así me gusta!"

Katerina frunció el ceño, claramente haciendo planes en su cabeza. "Necesitaremos un nombre para tu negocio".

"¡Ya lo tengo! Lo tengo!" gritó Talya, sobresaltándolos a todos mientras saltaba. Su entusiasmo era tan excitante que Becca casi quería saltar con ella.

"¿Qué tienes?"

"Un nombre". Talya les sonrió. "Heritage. Heritage Goods de Becca".

"Me gusta", dijo Katerina. "Podemos tirar del aspecto histórico... bienes producidos por medios anticuados, utilizando nuestra herencia americana primitiva".

Talya asintió enérgicamente.

Becca estaba impresionada. "A mí también me gusta, y puede abarcar una gran variedad de cosas, desde cómo batir mantequilla, hacer mermelada, sumergir velas o crear disfraces puritanos".

"Hablando de los disfraces, quería hablarte de eso", dijo Jake, frunciendo el ceño. "Sé que habías planeado tejer medias, pero eso lleva demasiado tiempo. Creo que es la única parte de la ropa que deberías dejar que los clientes se arreglaran solos. Tendrás muchas cosas que hacer, sin tener que tejer innumerables medias de varias tallas".

Becca se lo pensó.

"Es una buena observación. Había pensado que podría hacerlas por la tarde, cuando todo lo demás está hecho. Pero entonces me llevaría todas las tardes".

Katerina arrugó la nariz. "Sí, no había pensado en eso. Te pasarías todo el tiempo trabajando, de sol a sol. Eso no es bueno".

"Es a lo que estoy acostumbrada", señaló Becca. "Pero no puedo negar que la idea de disponer de las tardes para hacer lo que me dé la gana, aunque ese lo que sea no hacer nada en absoluto, me atrae mucho. No obstante, creo que me adelantaré y tejeré un par de pares para tenerlos como ejemplo de lo que se habría llevado".

"También es una gran idea".

"Vale, ¿podemos irnos ya?" suplicó Talya, sacudiéndose de un pie a otro con impaciencia. "Nunca he estado en un mercado de agricultores y tengo muchas ganas de ver éste".

Mientras avanzaban por los pasillos, deteniéndose para ver lo que ofrecía cada puesto, Becca prestó mucha atención a lo que se vendía, a la presentación. El estado de las frutas y verduras frescas. Los precios. Ante una mesa llena de ordenadas hileras de mermeladas y jaleas, se detuvo, mirando inquisitivamente a quienes la acompañaban.

"¿Recuerdas que te hablé de los tarros Mason?". le murmuró Jake al oído. "¿En nuestra primera salida nocturna?"

"Presta atención a los distintos tamaños", añadió Katerina en voz baja. "Así, cuando Talya y tú las busquéis en Internet, tendréis alguna idea de lo que queréis comprar, una vez que las bayas estén maduras para hacer mermelada".

Pasando puesto tras puesto, Becca empezó a notar un patrón. "Estas mantequillas y quesos,

¿son todos de pequeñas granjas familiares?".

"Sí", asintió Katerina. "¿Por qué?"

"Porque sólo soy una persona y, por supuesto, cuando gane suficiente dinero, seguiré teniendo una sola vaca. ¿Por qué no... cuál es la palabra que he visto en ese TikTok? ¿Personalizar? ¿Por qué no personalizar mis ofertas? Conseguir fotos de la vaca, y que alguien las haga bonitas o... o monas, o lo que sea la palabra para que la imagen sea atractiva para la gente que vendría aquí".

"Es una idea fabulosa", se entusiasmó Talya. "Vas a cogerle el truco a esto del marketing muy rápido".

"Llevo haciéndolo toda la vida", señaló Becca. "En un pueblo pequeño, todo el mundo hace mantequillas, mermeladas, quesos. Tienes que ser capaz de destacar. Al menos aquí no tendré que retener lo mejor de mis frutas y verduras para evitar sospechas. Normalmente se utilizan los productos de menor calidad para la conserva, pero yo tenía que utilizar los mejores para esos. Siempre nos miraban con envidia por nuestra prosperidad, y tener productos de mejor calidad que otros de la zona atraería una atención no deseada."

"Al menos aquí no tendrás que preocuparte por eso", le dijo Jacinto con voz suave.

Becca se volvió para sonreírle. "Sí, lo sé".

"Tenía intención de decírtelo", continuó Jacinth. "Como sabes, Douglas es veterinario equino, pero también trata ganado.. Vacas, cerdos, etc. Me ha dicho que ha hablado con una de sus clientas habituales, una chica de instituto que está en un programa para que los jóvenes aprendan agricultura. Tiene una vaca lechera como parte de su proyecto, y está dispuesta a venderte la leche de su vaca, cuando estés preparado".

Becca se quedó con la boca abierta, pero no pronunció palabra. Miró de Jacinth a las caras radiantes de sus otras amigas, que claramente lo sabían y habían estado esperando a que Jacinth le diera la noticia. Se le nubló la vista y amenazó con llorar.

"Sois todos unos amigos maravillosos", balbuceó. "No sé cómo merezco tanta amistad".

Talya se abalanzó sobre ella, abrazándola con tanta fuerza que perdió el aliento.

"Tranquila, tranquila", se rió.

"Eres la mejor", declaró Talya con fiereza, y luego la soltó, sonriendo a Jacinto. "Bueno, excepto mamá. Obviamente".

"Evidentemente", convino Becca, riendo entre dientes.

Jacinto sonrió, parecía orgulloso, y luego continuó: "La chica, Alicia es su nombre, tiene una especie de feria en la que se ha inscrito este próximo fin de semana, y llevará la vaca a ella, pero después de eso, podrá empezar a proporcionarte leche de su vaca."

"Oh, eso es perfecto", dijo Becca, sintiendo que la emoción la inundaba. "Esta tarde empiezo a montar a caballo para Troy, así que la semana que viene tendré dinero para pagarle la leche. Pero..." frunció el ceño, pensándose. "¿Cómo lo conseguiré?"

"Lo tengo cubierto", le dijo Jake, entrelazando sus dedos con los de ella. "Douglas ya se ha puesto en contacto conmigo al respecto. Iré a recoger la leche por la mañana antes del trabajo. Así que también tienes una semana para pensar dónde harás el batido y... lo que sea que hagas para fabricar mantequilla y queso".

"Y también tomaré suero de leche", dijo, asintiendo. Volvió los ojos brillantes hacia Jake. "¡Todo está saliendo bien!"

Sonrió, inclinándose para apoyar la frente en la de ella.

"Sí, lo es".

Se oyeron suspiros exagerados a su alrededor, y Talya soltó una risita. Avergonzada, Becca

miró a su alrededor y vio que sus amigas las observaban con interés. Sus mejillas se encendieron y se ruborizó con fuerza.

"Entonces, ¿Jake y tú?" preguntó Katerina, mirando entre ellos.

"Nos lo estamos tomando con calma -respondió Jake, sonriéndole. Becca sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho al ver el brillo de sus ojos.

"¡Esto es muy emocionante!" declaró Talya, aplaudiendo.

Todos se rieron, pero Katerina sacó el móvil. "Es Troy", informó, echando un vistazo al mensaje antes de mirar a su alrededor. "¿Hemos terminado? Es hora de llevar a Becca a mi casa para su clase con los caballos".

"¡Sí!" Becca asintió con entusiasmo. "¡Me muero de ganas!"



DESDE LO ALTO de la yegua frisona negra, Athena, Becca saludó alegremente a su pequeño público, formado por Jake, Katerina y Talya. La adolescente había suplicado que la dejaran venir, y Katerina prometió a Jacinth llevarla a casa después.

Por su parte, Becca estaba tan contenta que no se lo podía creer. Había olvidado lo mucho que le gustaba montar, aunque esta cabalgada fuera muy diferente a lo que estaba acostumbrada. Montar por placer no era algo que se hiciera realmente... al menos, abrevió mentalmente, no la gente como ella. Pero aun así, siempre había disfrutado montando a caballo las veces que había necesitado viajar a Salem Town.

"Tienes un talento natural", le dijo Troy, de pie en el centro del corral donde la hacía cabalgar en círculos a lo largo de la valla. Mantuvo su mirada evaluadora sobre ella. "Probablemente podríamos entrenarte para la doma, más adelante, si quieres. Conozco a algunas personas".

Becca se inclinó para acariciar el cuello curvado de la yegua, maravillada por la crin espesa y rizada. Sabía lo que era la doma, porque Talya y ella habían buscado caballos frisonos en Google, y habían visto muchos vídeos en YouTube de gente vestida con ropas de aspecto extraño, montando caballos bailarines. Parecía sencillamente increíble, y ahora le dirigía una mirada dubitativa.

"¿Yo?"

Él asintió, adelantándose para ajustar las riendas en su mano. "Un poco más así. Eso es". Dio un paso atrás, asintiendo con la cabeza mientras ella empujaba a la yegua para que volviera a caminar, y luego, a su señal, al trote lento. "Ya tienes una buena relación con ella. La comunicación entre caballo y jinete es esencial en la doma, y tú la tienes".

"¿Sabes qué?" Katerina habló desde donde estaba encaramada, Jake y Talya a cada lado, en la barandilla superior del corral. "Apuesto a que tú también tienes magia animal, Becca, no sólo magia terrestre".

Becca se sobresaltó tanto que sus talones se clavaron en el costado de la yegua, que obedientemente se puso al galope. Al recuperarse, Becca dio un ligero tirón de las riendas y Athena volvió al trote.

"¿Qué?"

"Le gustabas al gato", reflexionó Katerina. "No tienes ni idea de lo raro que es eso".

"La verdad", asintió Troy. "Gato tiene una actitud enorme con los humanos y, bueno, con casi todo".

"Me arañó la primera vez que la vi", añadió Jake.

"¡Intentaste acariciarla!" acusó Katerina, y él puso los ojos en blanco.

"Eso es lo que se hace con los gatos", se defendió. "Los acaricias".

"Perro", tosió en su puño.

Entrecerró los ojos. "Mi lobo haría una comida rápida de tu gato".

Rápida como un guiño, se acercó y lo empujó fuera de la valla. Aterrizó ligeramente, de pie, y se echó a reír.

"¡Buen trabajo, gatita!"

Troy negó con la cabeza. "Ignóralos, Becca. Ahora ponte al trote". La observó evaluadoramente. "Recuerda levantarte en los estribos. Sí, así".

"No me parece natural", le dijo ella, concentrándose.

"Lo hará", prometió Troy.

"Y esto de la diagonal no lo entiendo en absoluto".

"Montar en Western es mucho más fácil", comentó Katerina desde la valla, y luego sonrió cuando Troy se volvió para fulminarla con la mirada. "Vale, vale, me callo".

Su mirada se suavizó. "Te quiero, gatita".

Le lanzó un beso, y Talya lanzó un suspiro exagerado.

"¡Sois tan dulces!"

Al final de la clase, Troy la aprobó para caminar y galopar.

"Trabajaremos en el desplazamiento", prometió. "Es simplemente cuestión de práctica, y se convertirá en algo natural para ti. Y lo de los pulmones también requerirá algo de trabajo. Empezarás el lunes. Planearé estar aquí observándote y trabajando contigo durante la primera semana. Con lo bien que lo estás haciendo, espero que después puedas trabajar por tu cuenta".

Becca asintió enérgicamente, con un brillo en el pecho ante su clara aprobación.

"No paraba de enredarme con el cordel y el látigo. Me ayudó que Atenea supiera más que yo".

Se rió. "Eso también es simplemente cuestión de práctica hasta que te acostumbres".

"Ya lo tienes", llamó Jake.

Se dejó caer al suelo mientras ella se deslizaba de la silla de montar. Troy le quitó las riendas de la yegua.

"Yo la subiré. Esta vez", dijo, guiñando un ojo. "Tal como están las cosas, querrás darte una larga ducha caliente, tal vez tomarte un Tylenol o algo así. No estás acostumbrada a estar en la silla de montar y mañana estarás dolorida".

"Lo he disfrutado mucho", le dijo, apenas capaz de contener la alegría que la inundaba. "¡Estoy tan contenta de hacerlo! Gracias por darme la oportunidad y por confiarme tus caballos".

Tras investigar sobre los caballos frisonos, era muy consciente de lo increíblemente caros que eran, sobre todo los que se entrenaban para la doma. Los precios que había visto en Internet le habían provocado uno de sus ataques de pánico, y había tenido que agachar la cabeza entre las rodillas y concentrarse en respirar.

Jake le tendió la mano. "Venga, vamos a comer y luego volvemos a la posada para esa ducha".

Se despidió, lo que incluyó un exuberante abrazo de Talya, luego le cogió de la mano y se dirigieron a su camioneta. Al salir de la calzada, Jake giró a la derecha, en vez de a la izquierda, de vuelta a la posada.

"El almuerzo", me explicó.

El almuerzo resultó ser una experiencia nueva por partida doble. Fueron a algo que Jake llamaba "comida rápida", y se sentaron en el coche y pidieron al aire, respondiendo a una voz incorpórea como la de Alexa.

"Es un sistema de altavoces", explicó Jake cuando ella le preguntó por él. "Es... ¿parecido a un teléfono móvil? Les permite hablar con los clientes de los coches desde el restaurante de dentro".

Se sentaron en una fila de coches, avanzando lentamente.

"Cuando lleguemos a esa ventanilla", y señaló hacia delante, "nos darán una bolsa con nuestras órdenes".

Becca sonrió y se contoneó en su asiento. "¡Esto es genial! ¿Qué vamos a comer?"

"Esto es Taco Bell. Es comida mexicana, originaria de México". Su mirada se dirigió a ella. "¿Recuerdas dónde está México?"

"Sí, está directamente al sur de Texas, Nuevo México, Arizona y California", respondió al instante, pues había estado aprovechando su tiempo libre. "Hubo una batalla contra México, incluida la Batalla del Álamo. El coronel Travis, Jim Bowie, Davy Crockett. Y tengo que decir - continuó- que la canción de aquello me conmovió hasta las lágrimas. Quise tirarme al suelo y sollozar cuando la oí". Se rió entre dientes. "Luego volví a escucharla. Menos mal que me diste esa caja de Puffs para que me la llevara a casa, después de ver la película en tu casa".

Jake se rió. "Lo sabía".

Llegaron ya a la ventanilla, y dos bebidas en vasos de papel... cartón, había aprendido que se llamaba al papel rígido... y una bolsa grande fueron pasados por la ventanilla por una mujer joven, que les sonrió y les deseó un buen día.

Él le entregó la bolsa y ella echó un vistazo en su interior mientras él los conducía fuera del estrecho camino de entrada. Olfateó experimentalmente y le lanzó una mirada interrogativa.

"¿Qué nos has comprado?"

"Unos tacos y burritos. Quería darte una probadita, luego podemos ir a un restaurante mexicano de verdad alguna noche. La comida rápida es un poco diferente de la auténtica".

Esto no tenía sentido para ella, pero decidió reservarse el juicio y verlo por sí misma.

"He pensado que comeremos en el comedor del bed and breakfast, y luego podrás ir a darte esa ducha. Volveré sobre las seis, para recogerte para cenar, si te parece bien".

"Perfecto", le aseguró ella. "Esta tarde voy a estudiar un poco en mi habitación. Me gusta sentarme en el balcón con Lacey mientras estudio, con un poco de la limonada de Renee y algo de fruta o galletas".

"Buen plan", aprobó.

Instalada en el comedor, a Becca le pareció extraña la comida mexicana. Examinó el taco detenidamente. Parecía ser simplemente carne, lechuga y queso, dentro de un trozo muy fino de pan crujiente.

"Eso se llama tortilla de maíz", le dijo Jake, golpeando el costado de su propio taco. "Es maíz molido muy fino en lo que se llama harina, luego se le da forma de tortilla plana redonda y se hornea en una plancha caliente. También hay tortillas de harina. El burrito que te hice probar está hecho con tortilla de harina".

Había untado su propio taco en una salsa roja de un paquete en el que ponía 'Fuego'. Le entregó un paquete en el que ponía 'Suave'.

"Pruébalo, sólo un par de gotas", advirtió, "se llama salsa picante. Probablemente necesitarás desarrollar tolerancia a ella. Éste es el nivel de picante, aunque -e hizo una mueca ante su propia pila de paquetes de Fuego- no es muy picante, relativamente hablando, ni siquiera el Fuego."

Siguiendo su ejemplo, arrancó una esquina del paquete y exprimió con cuidado dos gotas en una esquina de su taco. Dio un mordisco y sus ojos se abrieron de par en par.

"¡Esto es bueno!"

Jake se rió, asintió y, sintiéndose valiente, puso tres gotas en la siguiente sección.

"¿Todavía no hace mucho calor?" preguntó Jake.

"Quizá un poco", confesó. "Pero me gusta. Aunque creo que me quedaré con tres gotas hasta que me acostumbre".

El burrito no le gustó tanto.

"Son estas alubias", explicó, hurgando en la masa marrón que había en medio de la tortilla de harina. "Es... no puedo explicarlo".

"No pasa nada", la tranquilizó. "No te va a gustar todo. ¿Qué tal si hacemos un trueque, yo me quedo con el burrito y tú con mi último taco?".

"¡Sí!" Contenta con el trato, pasó de su burrito y cogió el taco.

Cuando terminaron, Jake recogió todos los papeles en los que había estado envuelta la comida, y los paquetes vacíos de salsa picante, y los metió en la bolsa de papel, aplastándolo todo y arrojándolo al otro lado de la habitación, a la papelera que había junto a la mesa de los aperitivos.

"¡Marca!" Levantó el puño en el aire.

Luego sonrió ante su expresión, y se inclinó para besarla rápidamente. "Te explicaré los deportes en otro momento. Tengo que irme. No olvides darte esa ducha, o te dolerá".

"Sí, ya lo sé. Una ducha y una aspirina", prometió.

"Te veré esta tarde, Becca".

"Estaré lista", prometió, observándole mientras se marchaba. Una sensación de asombro y felicidad afloró en su pecho y se abrazó a sí misma, sintiéndose tan eufórica que creía que iba a estallar. Tenía una vida completamente nueva y un amor que nunca había pensado encontrar. Sólo esperaba no despertarse y descubrir que todo había sido un sueño, porque podría no recuperarse nunca.

CAPÍTULO 21



INMERSA EN LA MEMORIZACIÓN DE LOS NOMBRES DE LAS CAPITALES DE TODOS LOS ESTADOS, SÓLO distraída de vez en cuando por ver a Lacey jugar con algo que Katerina llamaba kick stix, Becca dio un respingo al oír que llamaban a su puerta. Se levantó de la silla baja y caminó descalza hasta su dormitorio, donde abrió la puerta y vio a Jake.

"Llego pronto para recogerte", se disculpó. "Habría llamado, pero..."

Su voz se entrecortó y sus ojos se abrieron de par en par al enfocar algo que había dentro de la habitación. Desconcertada, se volvió para ver qué miraba él, que parecía ser la mesita que había al otro lado de la habitación.

"¿Eso es...?", exhaló un largo suspiro. "¿Un crucifijo de tu época?"

"De la época de mi bisabuelo", respondió ella. "Quizá incluso más atrás".

Abrió más la puerta y retrocedió para dejarle pasar. Su mirada no se apartó del crucifijo mientras se acercaba a la mesa. Se arrodilló, inspeccionándolo de cerca.

"Lo traje mi bisabuelo cuando vinieron de España".

Dio un jadeo audible cuando su mirada se posó en la biblia, y alargó la mano para tocarla con reverencia.

"Becca, esto es..."

La miró para pedirle permiso y luego abrió la tapa.

"Un árbol genealógico". Su voz parecía estrangulada. "Becca, esto es... esto..."

Levantó la vista hacia ella, y a ella le pareció que estaba un poco pálido bajo su bronceado, que le temblaban los dedos al tocar las páginas. "Esto no tiene precio. Debe de valer una fortuna".

Atónita, le miró fijamente. "¿Nunca lo vendería!"

"¡No, no!" Se puso en pie, pasándose una mano por el pelo. "No quería decir eso. Quería decir... Santa Madre de Dios. Becca, tenemos que tasarlas. Asegurados".

Un poco desconcertada, sólo pudo asentir, sin tener ni idea de lo que estaba hablando.

"Gracias a Dios, la posada está protegida contra los ladrones", continuó, como si hablara consigo mismo, no tanto con ella. "Aunque deberíamos avisar a Angus y a Renee de lo que tienes, quizá puedan poner más guardias".

Su mirada se posó en la pequeña caja de madera tallada. "¿Qué es eso?"

Becca cruzó la habitación a su lado, levantando la tapa de la cajita para revelar el contenido.

"Los rosarios de mi madre y de mi padre. También tengo los de mis abuelos -dijo, rodeando la cama y acercándose al armario. Al abrirlo, sacó la vieja mochila de vendedora ambulante,

ahora casi vacía, salvo por la ropa de Salem y los recuerdos familiares. Levantó la bolsa de cuero suave que contenía los otros rosarios y, tras pensarlo un momento, cogió los dos pesados libros y los papeles que había entre ellos. Se los acercó a Jake, dejándolos sobre la silla que había junto a la mesa.

"Quizá también te gusten éstas. Son de Castilla, de nuestras fincas de allí. Estuve a punto de abandonarlas", me confió. "Los libros pesaban mucho, y tenía a los perseguidores tras de mí. Pero no podía soportar dejarlos".

Jake silbó despacio, hojeando los papeles. Levantó la vista hacia ella.

"El libro, y los papeles, quizá quieras considerar donarlos, o prestarlos, a un museo en algún momento. Algo en lo que pensar más adelante, cuando te hayas instalado".

"Hay más". Se inclinó junto a él para abrir el cajón de la mesa y sacar varias bolsas pesadas. Se acercó a la cama, se sentó en el borde y derramó las pesadas joyas sobre el edredón.

Atónito, Jake se quedó mirándolas un largo momento, luego la miró a ella, luego al cajón, luego a ella.

"¿Los tenías en el cajón?", preguntó en tono estrangulado.

"No sabía qué hacer con ellos", respondió ella. Agachó la cabeza, sintiéndose extrañamente culpable.

"Me gusta sacarlas por la noche, cuando estoy sola. Son muy hermosas. Antes tenía poca belleza en mi vida. Y las joyas las había escondido mi abuelo, hacía tanto tiempo. Sabía de ellas, pero nunca las había visto, hasta el día en que huí".

"¿Te importaría que hiciera fotos de todo esto, para enviárselas a Maroulla? Tenemos que conseguir un seguro, y como sin duda hace falta discreción, ella sabrá con quién ponerse en contacto". Estudió las joyas extendidas sobre la cama.

"Sí, claro", dijo ella, todavía desconcertada.

Jake le dedicó una sonrisa tranquilizadora. "Te lo explicaré, déjame que saque unas fotos y se las envíe a Maroulla junto con un mensaje explicándoselo".

Tras enviar el mensaje, Jake la hizo bajar para discutir con los posaderos, lo que dio lugar a un severo sermón de Angus sobre guardar tesoros de valor incalculable en su habitación. Agachó la cabeza, culpable, temerosa de mencionar los doblones españoles que aún guardaba en el fondo de la mochila.

"No quiero meterlos en una caja fuerte", dijo con obstinación. "Son todo lo que me queda de mi familia y los quiero conmigo".

"Aquí están perfectamente a salvo", la tranquilizó Renee. "Pondremos un vallado adicional alrededor de tu habitación mientras salgas a cenar".

"Sin embargo, cuando están en la casa de la manada, tendrían que estar en una caja fuerte", dijo Jake, con los ojos oscuros de preocupación. "Hay gente que entra y sale de allí en todo momento. Y aunque no me gusta pensar que ninguno de los nuestros te robaría, no todos los que vienen a la casa de la manada son de la manada".

"Crucemos ese puente cuando lleguemos", dijo Renee con firmeza. "Por ahora estarán a salvo en su habitación, y eso es lo importante".

"De acuerdo", añadió Angus. Los saludó con la cabeza, con una expresión extrañamente benévola.

"Ve a cenar. Tus reliquias están a salvo".

Cuando los posaderos se marcharon, Jake pareció dar un respingo y miró su reloj.

"He olvidado por completo por qué he venido antes". Pareció reflexionar. "Vale, tenemos tiempo. Vamos".

Tuvo que saltar para seguir su larga zancada mientras cruzaba el césped hacia su camioneta. "¿Qué pasa?"

Le sonrió, con una mirada de reojo. "Es una sorpresa".

¡Otra sorpresa! No estaba segura de cuántas sorpresas más podría soportar sin caer en un ataque de histeria. Una buena histeria, pero aún así. Un ataque de histeria.

Cuando Jake abrió la puerta del camión, ella se subió con mucha más facilidad que antes. La práctica estaba haciendo la perfección, como siempre había dicho su madre. Se abrochó el cinturón de seguridad, también con más facilidad que antes, y tuvo que reprimir un movimiento de excitación. ¿Cuál era la nueva sorpresa?

"En realidad está de camino a donde vamos a cenar -dijo Jake, arrancando el camión y saliendo por la calzada. Le lanzó una sonrisa. "Te vas a volver loca".

Como si eso fuera tranquilizador. Becca le miró fijamente.

"En el buen sentido", se apresuró a añadir. "Esto te va a encantar. Te lo juro, Becca".

Se detuvieron ante una casa antigua de piedra, enclavada en una arboleda. Un muro de piedra cubierto de hiedra separaba la propiedad de los vecinos de ambos lados, pero la parte trasera parecía extenderse entre los árboles. Jake aparcó junto a la calle, y juntos subieron por la corta acera hasta el porche delantero.

Un hombre delgado, de estatura media, más o menos de la edad de Jake, con pelo castaño claro y ojos verdes, abrió la puerta justo cuando Jake alargó la mano para llamar al timbre.

"Hola", saludó. Sus ojos se dirigieron a Becca y sonrió, tendiéndole la mano.

"Tú debes de ser Becca. Soy Nathan, encantado de conocerte".

"Pasad y sentaos", les dijo, dando un paso atrás y abriendo más la puerta.

Curiosa por saber qué podía sorprender aquí, en esta ordenada casa antigua, Becca barrió la habitación con la mirada, pero no encontró nada inusual. Estaban en un pequeño vestíbulo, con un gran salón a la derecha y el comedor a la izquierda. Era una casa preciosa, con papel pintado estampado en las paredes, y los muebles parecían viejos y bien cuidados. En el aire flotaba un ligero aroma a cera de limón.

"Nathan es músico", le dijo Jake. "Enseña violín y violonchelo. Hace poco ha empezado a hacer un programa vespertino para algunos de nuestros jóvenes cambiantes".

Becca sonrió. "¡Qué maravilla! He oído violines, pero nunca el violonchelo".

Nathan les guió hasta el sofá y les invitó a sentarse con un gesto silencioso de la mano. Becca eligió un sillón y Jack se acomodó en otro cercano.

"Os enviaré una invitación para el próximo recital, si os interesa", les dijo.

"Me encantaría", dijo ella, radiante de interés.

"Pero has venido a ver a Jill". Nathan sacó la tapa de un colorido recipiente de plástico que parecía lleno de coles, lechugas y otras verduras.

Confundida, Becca miró a Jake, que se limitó a sonreírle, inclinando la cabeza hacia Nathan. "Mira".

"Jill", llamó Nathan, tendiéndole una hoja de col.

Desconcertada, Becca miró a su alrededor, intentando ver qué miraba Nathan. Un movimiento en el oscuro comedor le llamó la atención y, al mirar, una sombra pareció desprenderse de la pared. Parpadeó y se dio cuenta de que no era una sombra, sino una pequeña criatura parecida a un conejo. Excepto que, cuando salió de debajo de la mesa, saltando por la habitación hacia ellos, vio que le salían pequeños cuernos de la cabeza, entre las largas orejas.

Jadeó, mirándolo fijamente. "¿Qué es?"

Nathan hizo una mueca, aunque sus largos dedos de músico se apresuraron a acariciar las

suaves orejas peludas cuando la cosita se acercó a mordisquear la hoja de col.

"Es una criatura sacada del folclore americano... y se supone que no existe".

"Como yo", sonrió Jake.

Nathan se rió. "Como tú", asintió, y luego se volvió hacia Becca. "Se llama jackalope. Según el folclore, hace unos cien años, un taxidermista de Wyoming disecó una liebre y le añadió cuernos. Todo el mundo cree que es folclore. Yo también lo creía, hasta que apareció en mi jardín hace unos meses".

"Nathan es miembro de la comunidad desde entonces", retomó Jake el relato. "Ha aprendido sobre los cambiaformas y los Djinn...".

"No te olvides de los hombres lobo", murmuró Nathan, con cara de disgusto. Becca tuvo que darle la razón.

"No me hizo ninguna gracia descubrir que existían los hombres lobo", le dijo a Nathan, con la mirada fascinada todavía clavada en el animalito. "¿Crees que me dejaría acariciarla?".

"Claro", respondió Nathan con facilidad. Le tendió otra hoja de col y Becca se agachó, agitándola para llamar la atención del jackalope. Éste saltó hacia ella y, mientras comía alegremente, ella le pasó los dedos por el pelaje aterciopelado.

Miró a Nathan. "¿Cómo demonios la has encontrado?"

Se encogió de hombros. "Estaba trabajando en unas clases de teoría musical y oí un ruido contra el cristal de allí", e inclinó la cabeza hacia las puertas de doble cristal que daban al patio. "Fui a mirar y allí estaba ella. La habían herido... un coyote o un perro o algo se había apoderado de ella. La llevé a la clínica veterinaria, donde me encontré con este equipo -hizo un gesto con la mano hacia Jake, que se limitó a sonreír-.

"Debiste de quedarte completamente atónita". Becca no podía ni imaginárselo.

Nathan se rió. "Ah, sí. Y encima, el doctor Shelton llamó a su gata a la sala de exploración... ¡a su gata, claro! Y se cambió allí mismo, delante de mí. Podrías haberme derribado con un alfiler".

"Organizamos una especie de curso intensivo sobre lo sobrenatural", retomó Jake el relato. "Una vez que había visto al jackalope, no había forma de volver a meter ese conocimiento en la caja. Y el jackalope... bueno, no habría ido a parar a cualquiera, por muy herido que estuviera".

Becca se centró en Nathan. Ahora que estaba más asentada, podía sentir cómo surgían los zarcillos de su magia, parecidos a lo que sentía cuando estaba conectada con la tierra. Tiraba de ella y se dirigía hacia Nathan. Tardó un momento en darse cuenta de lo que sentía.

"¡Tú también eres mágica!"

Nathan se sobresaltó.

"No, no lo soy. Ni siquiera sabía que existiera tal cosa, hasta que..." su mano se extendió hacia el jackalope, que seguía masticando tranquilamente la hoja de col.

Becca se concentró, intentando comprender lo que sabía su magia. Todo esto era nuevo para ella, pero sin duda había algo.

"Hay magia", insistió ella. "Es una magia distinta de la mía, no es magia terrestre. Pero está ahí". Su mirada se dirigió a la pequeña criatura, que saltaba hacia Nathan. "Ella también lo siente. Probablemente fue eso lo que la atrajo hacia ti".

Jake se sentó en el borde de la silla, con cara de interés.

"¿Puedes saber si otra persona tiene magia?"

Se mordisqueó el labio inferior. "¿Quizás? Quiero decir, ¿sí? Un poco, al menos. Todo esto también es nuevo para mí. Pero mi magia, siente su magia. No sé cómo explicarlo mejor".

Se lo pensó. "¿Pero no lo sientes con Angus o con Renee?".

Becca se echó a reír. "Jake, toda esa propiedad palpita de magia. Aunque", hizo una pausa, frunciendo el ceño. "Ni siquiera sabía que podía sentir la magia más que la tierra, hasta ahora. Quizá, cuando vuelva a estar cerca de ellos, pueda ver si he sentido alguna magia distinta de la que está sumergida en la posada".

Frunció un poco el ceño y miró a Jake. "Aunque no estoy segura de si lo haría. Intentarlo, quiero decir. Parece... intrusivo".

"Podría haber etiquetas entre los usuarios de la magia", convino Jake. "Pero dudo que a Renee le importe que le preguntes si puedes intentarlo".

"¡Oh!" Se animó. "Sí, y si hay algún tipo de etiqueta, ella lo sabría y podría decírmelo".

Nathan se aclaró la garganta. "¿Podemos volver a mí? ¿Y la magia?"

Becca volvió a prestarle atención, sintiendo de nuevo el tirón de su magia hacia la de él. "Sí, pero, en realidad, no puedo decirte nada más que siento que la tienes", dijo, sintiéndose apenada cuando su rostro se descompuso. "Lo único que puedo decirte es que no es magia terrestre".

"Ven al bed and breakfast", aconsejó Jake. "Habla con Angus o con Renee. Estoy dispuesto a apostar mi próximo sueldo a que podrán decirte lo que hace tu magia, e indicarte la dirección correcta si quieres aprender más."

"Puede que lo haga", dijo Nathan lentamente. Su expresión seria se transformó en una sonrisa infantil. "Es como pertenecer a una sociedad secreta, ¿sabes? Chacalopos, metamorfos, Djinn, brujas y magia".

Jake se rió. "¿Algo así? Tío, ¡es una sociedad secreta!".

Becca y Nathan se rieron con él.

"Sí, lo es, ¿verdad?"



UN POCO MÁS TARDE, durante la cena, esta vez en otro restaurante de "cadena", Becca le pidió a Jake que le explicara lo del seguro que había mencionado antes. Mientras comían ensaladas César con pollo, le explicó lo que eran las primas, las reclamaciones y los reembolsos.

"Entiendo el concepto general del que hablas", dijo finalmente, dubitativa. "Pero suena muy complicado, y no entiendo del todo cómo pueden permitirse estas empresas... ¿pagar?"

Jake asintió con la cabeza. "Sí, ése es el término correcto. La verdad es que es tan complicado como parece. De momento, confía en ello, ¿vale?"

Ella le sonrió al otro lado de la mesa. "Puedo hacerlo. ¿Sabes algo ya de Maroulla?"

Echó un vistazo a su teléfono. "Sí. Dice que ha encontrado un tasador, que vendrá la semana que viene para echar un vistazo y darnos al menos una estimación aproximada del valor de todo. A partir de ahí, sabremos cuánto seguro hay que contratar".

La ansiedad la golpeó con fuerza. "¿Será mucho? Sintió que le temblaban los dedos. ¿Y si no podía permitirse ese seguro?"

Alargó la mano hacia el otro lado de la mesa y ella la estrechó cálidamente.

"No te asustes ahora", le dijo. "Como ha dicho Renee, cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Por ahora, sólo estamos obteniendo una estimación de su valor probable, ¿vale?"

"De acuerdo", aceptó.

"Sabes -continuó-, no sé si ha surgido antes, pero yo también soy católico. Quizá sea hora de que te presente a nuestra iglesia y al padre Marcus".

Levantó la mirada hacia él, sintiéndose culpable al recordarlo.

"Nunca tuve mi confirmación".

Jake pareció sobresaltado, pero luego la comprensión apareció en su rostro. "No tenías acceso a un sacerdote".

"A veces venía un cura. Pero era raro. Y entonces murió mi padre, y mi madre, y me quedé sola. No tenía forma de saber si pasaba un sacerdote, ni cómo encontrarlo".

"Puedo llevarte a conocer a Monseñor, y tú puedes encargarte de tu confirmación. Además", y miró a su alrededor, bajando la voz. "Monseñor está al tanto de... Otros. Al igual que el padre Marcus, que tiene horas especiales de confesionario para los que pertenecemos a la comunidad paranormal, así que no debes temer hablar libremente con ninguno de ellos."

Ella lo miró totalmente aliviada. Había sido una carga para su conciencia, saber que necesitaba ser confirmada en la Iglesia, pero no haber tenido forma de hacerlo. ¿Y cómo iba a confesarse ocultando las cosas mágicas que sabía? "Gracias", le dijo, con sincera gratitud.

"Además, si quieres, puedes venir conmigo a misa los domingos, y sentarte conmigo y con mi familia. Así no te sentirás tan extraño, sin conocer a nadie".

El entusiasmo luchaba con la inquietud. "Me encantaría... ¡Me encantaría! Pero...", hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior. "Nunca he ido a misa, nunca he estado dentro de una iglesia. No sabría qué hacer".

"Hoy en día la misa se habla en inglés", tranquilizó Jake. "Sólo tienes que seguir lo que hacen los demás. Y yo estaré a tu lado, explicándote lo que haga falta".

"Mi madre fue a Misa de pequeña", dijo Becca, con los ojos brillantes. "Me habló de ello, y de su Confirmación, antes de conocer a mi padre y casarse con él. Nació y creció en una colonia española del sur; entonces era muy peligroso, los españoles y los ingleses luchaban y los indios hacían incursiones. No hablaba mucho de eso, pero describía la Iglesia, y solía enseñarme su vestido de Confirmación". La tristeza se apoderó de ella. "Es una de las cosas que tuve que dejar atrás, cuando huí de mi casa".

"Lo siento, Becca". Le apretó la mano.

Ella le sonrió. "Al menos me he escapado. Aún tengo mi vida, y he venido aquí, y ahora soy muy feliz. No podía creer que pudiera ser tan feliz".

Jake le devolvió la sonrisa, con una mirada cálida. "Me alegro. Me alegro de que estés aquí, de que seas feliz".

Me alegro de que sea nuestra, puso su lobo, su voz mental fuerte y segura.

CAPÍTULO 22



PASÓ UN MES Y BECCA CAYÓ EN UNA RUTINA DE JARDINERÍA, MONTAR A CABALLO, ESTUDIAR Y pasar tiempo con Jake, así como con todos sus nuevos y maravillosos amigos. Se sentía totalmente aceptada en la comunidad, parte de una familia más grande, que nunca había tenido, ni siquiera cuando sus padres vivían. Los fines de semana, batía la leche que le traía Jake, pues Renee le había dado permiso para trabajar allí, y hacía mantequilla y queso, que eran muy bien recibidos en el mercado agrícola. Y ahora sus verduras empezaban a madurar, y pronto tendría productos para vender.

Había estado aprendiendo mucho, y anoche había tenido su primera lección de conducción de coches. Katerina la había llevado a un gran aparcamiento vacío y la había hecho conducir lentamente por los pasillos desiertos. Fue aterrador y estimulante a la vez, y estaba deseando volver a intentarlo.

A su lado, una aburrida Lacey bateaba perezosamente una hoja colgante. Riéndose, Becca le hizo cosquillas en la oreja antes de volver a escardar.

Un zumbido familiar llenó el aire, y miró a su alrededor para ver al joven Djinn, Remi, aparecer a unos metros de distancia.

"¡Remi!", chilló, poniéndose en pie de un salto y corriendo a abrazarlo exuberantemente.

Él sonrió y le devolvió el abrazo.

"Pensé que sería mejor venir a ver cómo estabas, pero supongo que te llevas bien".

"Me encanta estar aquí", le aseguró Becca. "¡Ahora tengo tantos amigos! ¡Y mira! Hasta tengo un gato!" Señaló a Lacey.

Los ojos de Remi se abrieron de par en par. "¡Vaya! ¡Tienes un Familiar! ¿A que mola?"

Ella le miró fijamente. "¿Un Familiar?" En realidad, ahora que lo pensaba, recordaba haber oído a Jake utilizar ese término.

"Pues sí. ¿No sientes la magia que desprende?"

"Me dijeron que era mágica y, por supuesto, puede... creo que la palabra es teletransportarse". dijo Becca dubitativa. "Pero no sé a qué te refieres con lo de sentir la magia".

Remi suspiró. "Eso es porque nadie te ha enseñado. Bueno, no llevas tanto tiempo aquí", contemporizó. "El caso es que cuando estás aquí fuera, cultivando un huerto, sientes la conexión con la tierra, con las plantas, sientes sus raíces, la fuerza vital que las hace crecer. ¿Verdad?"

Becca asintió. "Siempre he sido consciente de ello, y es un alivio no tener ya miedo de que me descubran".

"Ya. Pero cuando está aquí contigo", y señaló con la cabeza al gatito, que en ese momento

perseguía una mariposa, "¿no sientes eso aún más? Como si se intensificara".

Becca le miró fijamente y luego trasladó su mirada al gatito. "Tienes razón". Volvió a mirar a Remi. "Sí, tienes razón. No me había dado cuenta antes. Es decir -corrigió-, me había dado cuenta de que las plantas parecían responderme mejor, de que a veces la conexión con ellas es casi tangible. Pero nunca lo relacioné con la presencia de Lacey".

Ambos miraron a su alrededor al oír un granizo procedente de la posada. Renee se acercó a ellos desde la puerta de la cocina, envuelta en sonrisas. Llegó hasta ellos y abrazó a Remi. "Gracias por traernos a Rebeca", dijo, soltando a la joven djinn y dando un paso atrás. "Es un tesoro. Un tesoro que rescataste y nos trajiste".

Sumamente incómodo, Remi arrastró los pies, y Becca se alegró de ver cómo enrojecían sus mejillas.

"Me alegró ser de ayuda", murmuró.

Aparentemente desesperado por encontrar una forma de cambiar de tema, miró a su alrededor y su mirada se posó en el gatito, que había dejado de perseguir a la mariposa y ahora acechaba a una lagartija detrás de las tomateras.

"¿Cómo es que nadie le ha dicho a Rebecca que Lacey es su familiar? Tiene que ser capaz de aprovecharlo".

Renee le dirigió una mirada severa. "Eso es porque todo el mundo ha pasado de puntillas sobre la palabra "familiar", teniendo en cuenta cuándo y de dónde venía Rebeca".

"Oh". Remi parecía avergonzado. "Supongo que lo he pisado, ¿eh?".

Desconcertada, Becca miró entre Remi y Renee. "¿Qué quieres decir con aprovechar eso?".

Renee se apartó un mechón de pelo rizado de la frente. "Cuanto más fuerte sea la conexión entre tu familiar y tú, más ayudará su magia a la tuya. Piensa en ello como una carga adicional a tu propia magia".

"No sé qué quieres decir con conexión", dijo Becca, confusa. Meneó los dedos hacia Lacey, que se acercó a ella, primero dándole un lametón en los dedos antes de rodar sobre su espalda, enseñando la barriga en una invitación al simulacro de batalla. Becca soltó una risita y volvió a mirar a Renee y Remi. "Es una gata. La alimento y juego con ella, y por las noches se tumba en mi regazo mientras leo o estudio, y duerme acurrucada a mi lado".

"Precisamente", dijo Renee, con cara de satisfacción, mientras a su lado Remi asentía con la cabeza. "Aún es joven, más gatita que gata. Y tú, Becca, acabas de descubrir tu magia. Es cierto que siempre la has tenido, pero por necesidad la has sofocado, suprimido, para sobrevivir en un mundo hostil. Aquí, en este siglo, entre una comunidad de amigos que te acogen y te animan, está surgiendo de verdad tu propio talento. Se hará más fuerte a medida que seas más consciente de él y empieces a dirigir conscientemente tu energía hacia las plantas que amas."

"¿Y Lacey te ayudará con esto?". Becca miró hacia abajo y no pudo evitar sonreír. La gatita había abandonado su estrategia y estaba acurrucada en los pliegues de la falda de Becca, haciendo galletas con sus patitas.

"Lo hará", le aseguró Renee. "No siempre será una gatita, ¿sabes?"

Remi se inclinó para hacerle cosquillas en las almohadillas rosas de la gatita. "Pero apuesto a que siempre será ridículamente adorable", dijo, a lo que Becca tuvo que asentir de todo corazón.

Se enderezó, mirando al cielo. "Debería irme. Le prometí a Talya que iría a verla la próxima vez que estuviera en este siglo". Hizo una pausa, considerando sus palabras. "¿Estoy en este siglo? Vaya, esto se complica. Ya veo por qué está prohibido viajar en el tiempo". Les guiñó un ojo, con sus ojos marrones llenos de picardía, y se perdió de vista.

"¡Ese chico!" dijo Renee con indulgencia.

Becca se echó a reír. "Es difícil de manejar, ¿verdad? No envidio a su familia en su época, intentando contenerlo".

"Un trabajo imposible", coincidió Renee. Volvió a mirar al gatito. "Con el tiempo, su magia amplificará la tuya. Podrás recurrir a su magia para que te ayude si es necesario".

La alarma la recorrió y sus ojos volaron hacia el rostro de Renee. "Eso no le hará daño, ¿verdad?".

La cálida risita de Renee fue tranquilizadora. "Por supuesto que no. Está claro que Lacey está dispuesta, o no estaría aquí. Gatita o no, sigue siendo una familiar. Y recuerda -sonrió Renee, acariciando el hombro de Becca-. "Lacey lleva meses aquí, en la comunidad, esperando a que apareciera la persona adecuada. Te *eligió* a ti".

Becca abrió la boca y luego la cerró. Simplemente, no sabía qué decir.

"Habla con Julian", aconsejó Renee, volviéndose hacia la posada. "Pídele más información sobre los familiares... ahora que lo sabes".

Guiñó un ojo y se marchó, dejando a Becca reflexionando sobre el gatito blanco y mágico que, al parecer, había elegido para ser su propio Familiar.

Gruñendo ante unas nuevas malas hierbas que parecían haber echado fuertes raíces, buscó a su alrededor las herramientas de mano que tenía al alcance de la mano. Cogió la paleta, desconcertada. Sujetó las púas con una mano y sacudió el mango. Era perfectamente sólido.

"Renee", gritó, sorprendiendo a la posadera antes de que entrara.

Renee se detuvo, con un pie en el escalón de la puerta de la cocina, y miró hacia atrás.

Becca levantó la paleta. "Ayer se me cayó el mango. Iba a preguntarte si tenías otro, o si tenía que ir a comprar uno nuevo, pero aquí está, muy bien. Pero ayer se rompió".

Renee esbozó una amplia sonrisa. "Ahh", dijo con un suspiro de conocimiento. Hizo una seña a Becca. "Ven conmigo".

Becca se levantó, quitándose la suciedad de los vaqueros, y siguió a Renee de vuelta a la posada. Renee la condujo a la cocina, atravesó el comedor y entró en el vestíbulo. Tras pasar por el mostrador de facturación, Renee se detuvo ante una puerta a mitad del pasillo y la abrió con una tarjeta-llave. La cerradura hizo clic y empujó la puerta para abrirla.

La habitación era claramente un estudio privado de los propietarios, con un cómodo sofá y sillones reclinables colocados ante una chimenea... de verdad, observó, con una cesta de leños a un lado y un estante con planchas para el fuego. Unas amplias ventanas con cortinas daban al césped oriental y al bosque que había más allá.

"Esto es precioso -aprobó mirando a su alrededor-.

Renee se acercó a la chimenea y señaló el hogar. En una esquina del hogar, junto a los troncos, había un pequeño cuenco y un platillo. Becca le echó un vistazo y luego miró a Renee interrogante.

"¿Has oído hablar de los brownies?" le preguntó Renee.

Frunció el ceño al recordar. "Ya los mencionaste una vez. Y... ¿creo que sí? Al menos, había cuentos que se susurraban, de los que venían de Inglaterra y Escocia. Pero de esas cosas no se hablaba abiertamente, y con mucha desaprobación. Nunca oí que nadie tuviera una en su casa, pero, por supuesto, nadie admitiría tal cosa, si la tuviera".

Renee asintió. "No es probable que hubiera brownies en la Nueva Inglaterra puritana, y son raros en toda América. ¿Cuánto sabes de ellos?"

"Casi nada", admitió Becca. "Sólo que a veces hacen tareas domésticas por la noche".

"Es cierto, pero no es todo". Renee sonrió, señalando el sofá. "Siéntate y te hablaré de nuestro brownie".

Becca tomó asiento y miró emocionada a la mujer mayor. "¿Tu brownie? ¿Tienes uno aquí?"

"Bueno, hay un brownie en la posada", enmendó Renee. "No se es dueño de un brownie. Y sí, se encargan de las tareas domésticas, y también pueden arreglar objetos rotos de la casa o de la granja. Todas las noches le sirvo leche y un poco de tarta", y señaló con la cabeza el cuenco y el platillo que había sobre la chimenea. "Que haya arreglado la paleta es una buena señal. Es probable que te considere un criado de la posada; es decir, que para él formes parte de la casa, aparte de nuestros huéspedes. Pero siendo así, hay algunas cosas que debes saber".

Becca se cruzó de brazos, ansiosa por oír.

"En primer lugar, nunca jamás debes intentar ofrecer a un brownie ropa de ningún tipo. Lo consideran una grave ofensa, y hará que el brownie se marche de aquí y no vuelva jamás. En segundo lugar, los brownies se sienten muy orgullosos de sus esfuerzos por ayudar a la familia que han adoptado como suya, pero al mismo tiempo no toleran que se aprovechen de ellos. Nunca, nunca critiques o te quejes del trabajo que ha hecho un brownie, ni dejes una tarea sin hacer porque sabes que el brownie la hará".

"Puedo entenderlo", asintió Becca. "No me gustaría que me criticaran o me dieran por sentada, si estuviera haciendo un trabajo para alguien por la bondad de mi corazón".

"Exactamente. Los Brownies no suelen mostrarse a los humanos de la casa; son muy reservados y saben ocultarse muy bien. Según la tradición, pueden volverse invisibles, pero rara vez necesitan hacerlo, ya que se les da muy bien no ser vistos. También pueden ser traviosos y hacer desastres de vez en cuando". Se ríe entre dientes. "Una mañana, durante el desayuno, se descubrió que habían sustituido toda la sal del salero por azúcar".

"¡Vaya!" se rió Rebeca. "¡Al menos no fue al revés, de modo que alguien acabó con el té o el café cargados de sal!".

Renee se rió entre dientes. "Es una travesura inofensiva, aunque si un brownie se siente menospreciado u ofendido de algún modo, la travesura puede ser menos benigna. Por eso, siempre hablamos del brownie con respeto. Tampoco les gusta que les vean mientras trabajan, así que si tengo que ir a la cocina por la noche, me aseguro de hacer suficiente ruido para que me oiga llegar".

"Ya veo", dijo Becca. "Para que no pensara que intentabas acercarte a él a hurtadillas".

"Sí, exactamente. Un brownie también se asocia con la prosperidad del hogar, así que ya ves por qué no querríamos perder a nuestro brownie", dijo Renee, con los ojos centelleantes. "Pero otra cosa que hay que saber es que los brownies son territoriales y protectores de lo que consideran su territorio, su gente. Esto no aparece en ninguna parte de la literatura sobre brownies, e investigamos mucho cuando nos dimos cuenta de que teníamos un brownie en casa, así que no sé si es un rasgo general o exclusivo de nuestro brownie en particular. Sin embargo, en general, tenemos muy pocos accidentes o disgustos en la posada, y no sólo nunca hemos tenido ratones ni siquiera grillos, sino que tampoco hemos tenido topos en el patio. Y lo que es más importante, no hemos tenido hormigas ni cucarachas desde que nos hicimos cargo de la posada."

"¡Es enorme!" exclamó Becca. "¿Lleva... el brownie... mucho tiempo aquí?".

"Por lo que sabemos, sí. No fuimos conscientes de él durante los primeros meses. Sabíamos que aquí había algún tipo de magia, podíamos sentirlo, pero como era relativamente benigna, y estábamos ocupados con la construcción, y amueblando las habitaciones, y preparándonos para abrir como bed and breakfast, no hicimos ningún esfuerzo real por buscar la fuente. En cuanto nos dimos cuenta de que teníamos un brownie en la residencia, tuvimos que investigar un poco, ya que los brownies proceden de la tradición y las tierras celtas, y Angus y yo sabíamos poco de

ellos".

"¿Cómo crees que ha llegado hasta aquí?" preguntó Becca, fascinada.

"No tenemos ni idea, pero especulamos con la posibilidad de que cruzara el Atlántico con la familia a la que se había unido, cuando emigraron de su tierra natal. Por supuesto, podría haber una docena de explicaciones. Lo más probable es que nunca lo sepamos".

"¿Y todo lo que tienes que hacer es darles leche?"

"Leche, o nata si tengo a mano, pero también les gusta el bizcocho, la miel y la avena, que probablemente se llamaba gachas en tu época".

"¡Oh! Sí, conozco las gachas", se apresuró a asegurar Becca.

Renee se rió entre dientes. "Probablemente sea bastante diferente a lo que estabas acostumbrado entonces. A veces preparo copos de avena como uno de los desayunos; mañana haré algunos y me dirás qué tal".

"Una de las cosas que me resultan más confusas es lo que se llama comida y cena", confió Becca. "Antes cenábamos por la tarde como comida principal, y la cena era una comida ligera por la noche. Ahora, cena y cena parecen usarse indistintamente para la comida de la noche, que también es la comida principal, pero mucho más tarde de lo que solíamos cenar. Y el almuerzo, que no teníamos, es el mediodía".

"Nunca lo había pensado", admitió Renee. "Tienes razón, se hacía de otra manera hasta el siglo pasado. Sin investigarlo, voy a hacer una conjetura y sugerir que se debió al auge de la tecnología y la industria, cuando los trabajadores ya no podían volver a casa para la comida del mediodía." Se rió entre dientes. "Yo también podría equivocarme. Quizá lo busque en Google esta noche y lo averigüe".

"¡Google!" Becca se rió encantada. "¡Estoy aprendiendo tantas cosas! Por supuesto, primero hago los deberes por las tardes, pero luego empiezo a buscar cosas en google, ¡y en un instante han pasado horas!"

"Cariño". Renee la miró con simpatía. "Te conviene mantenerte alejada de YouTube, allí puedes perder días enteros".

Becca soltó una risita. Era agradable poder reírse, una frivolidad muy mal vista en las mujeres adultas de su época. "¡Cómo lo sé! Cuando busqué caballos frisonos, antes de mi primera clase con Troy, ¡acabé viendo tantos vídeos de doma! Me quedé fascinada, y luego, no me preguntes cómo, ¡me encontré viendo competiciones de patinaje sobre hielo en pareja durante horas!"

Riendo, Renee se apartó de la chimenea y volvió a guiarla por la posada hasta la cocina. "Te entiendo perfectamente. ¿Has aprendido a hacer listas de reproducción para poder guardar y volver a ver tus favoritos?"

Becca asintió enérgicamente. "Eso es lo primero que me enseñó Talya, cuando me enseñó YouTube, y cómo entrar y cómo buscar. Incluso tengo mi propia cuenta de gmail -añadió orgullosa.

Iba de camino a la puerta trasera, cuando Renee dijo con severidad. "Agua, señorita".

"Uy". Agachando la cabeza con culpabilidad, Becca se apresuró a acercarse a la pequeña nevera repleta de botellas de agua para los huéspedes de la posada, y cogió una para llevársela fuera. "Sí, señora".

La risa divertida de Renee la siguió hasta la puerta.

CAPÍTULO 23



"¡BECCA!"

Al levantar la vista de donde estaba desherbando el jardín, Becca vio que Katerina se acercaba. Se levantó y se quitó la suciedad y las manchas de hierba de los vaqueros. "Hola -dijo sonriendo-. "No esperaba verte hoy".

Katerina le sonrió, con los ojos brillantes. Parecía rebosante de entusiasmo. Extendió el brazo y agarró a Becca de la mano.

"He venido a buscarte y a llevarte a nuestra casa", dijo, tirando de Becca. "Tenemos una sorpresa para ti".

Las sorpresas eran buenas. Le gustaban las sorpresas.

"¿Supongo que eso significa que no vas a decirme qué es?", preguntó, mientras seguía a Katerina hasta su coche.

"No. Tienes que esperar y ver".

Puesto que Katerina y Troy vivían tan cerca, al menos no tendría que quedarse en suspenso durante mucho tiempo. Se incorporó cuando su amiga giró para entrar en su largo camino de entrada, y vio un remolque para caballos enganchado a un camión, aparcado fuera del granero.

"Vamos", dijo Katerina, apagando el motor del coche y saltando fuera. "¡Espera y verás! Estarás encantada".

Douglas estaba allí, en el granero, junto con Troy y una adolescente, una cosa mona con el pelo largo y rubio recogido en una trenza y grandes ojos castaños. Todos se volvieron cuando Katerina y Becca se acercaron.

Douglas hizo señas a Becca para que se acercara a ellos con una sonrisa.

"Genial, aquí estás. Becca, ésta es Alicia. Alicia, Becca".

Un poco desconcertada, Becca estrechó la mano de Alicia, que parecía estar escrutándola atentamente. La adolescente iba vestida con vaqueros, una camisa a cuadros y unas pesadas botas. Alicia también parecía rebosar de algún tipo de ansiosa expectación, y Douglas y Troy tenían el mismo aire de expectación. Miró a su alrededor, insegura de lo que estaba pasando.

Katerina volvió a agarrar a Becca de la mano, tirando de ella hacia el granero. "¡Ven a ver!"

Douglas se adelantó hacia la puerta de la caseta más cercana. Curiosa, Becca le siguió, con Alicia y Troy detrás. Douglas abrió la puerta del establo y Becca se asomó. Allí, comiendo un montón de pienso en un pesebre, estaba la vaquita más bonita, que levantó la cabeza y los miró con sus grandes ojos marrones.

"Es una vaca lechera Jersey de tres años", le dijo Douglas. "Y es tuya para el verano".

Becca le miró, frunciendo el ceño. "¿Mía?"

"Ésta es Blossom", dijo Alicia, pasando junto a ella hacia el establo, yendo a acariciar a la vaca, que la mugió. "La crié desde que era una ternera. El Dr. McCandliss viene a hacerle revisiones y a ponerle vacunas, y me habló de ti. Tuve la oportunidad de ser monitora en un campamento de verano, pero está en Misuri. No iba a poder ir, porque no tenía a nadie que cuidara de Blossom, y ella es mi responsabilidad. El doctor McCandliss me sugirió que podría cuidar de Blossom durante el verano a cambio de que pagara su comida y demás".

Douglas asintió. "Está acostumbrada a cuidar de una vaca lechera, y no tendrá que comprar leche para hacer mantequilla y queso en todo el verano. Además, Alicia podrá ir de monitora de campamento. Ganáis los dos".

Becca miró a Douglas con asombro. "¡Es brillante!"

Se echó a reír. "Lo es, si me permites decirlo. Alicia aún está en la escuela un par de semanas, pero te enseñará cómo mezclar el pienso y demás. También hay precauciones de limpieza y sanidad que probablemente sean más avanzadas que las que teníais hace trescientos años."

"Eso se ha dicho con mucha diplomacia", le dijo Katerina, provocando otra carcajada.

Becca, sin embargo, tragó saliva, mirando a Alicia.

"Alicia es metamorfa", la tranquilizó Katerina. "Así que sabe lo tuyo".

"Me parece genial", se entusiasmó Alicia. "Me han salvado justo a tiempo y me han traído aquí. Y también es estupendo, porque puedo quedarme con mis abuelos antes de que empiece el campamento. Ellos también viven en Missouri, que es como me inscribí en ese campamento... y tú puedes cuidar de Blossom, y hacer mantequilla fresca y queso para vender durante todo el verano. Ganamos todos".

Becca estuvo de acuerdo en que era una idea maravillosa y, cuando miró en el establo a la mansa vaca lechera, sintió que la invadía un cálido resplandor. Todos estaban pendientes de ella, ¡tan amables! Y de este modo, podía utilizar una vaca lechera sin tener que soportar la carga de sentirse en deuda.

"Hemos traído la comida de la primera semana", decía Alicia. "Te enseñaré a mezclar su pienso y demás, para equilibrar lo que recibe en el pasto. Es una vaca lechera de raza Jersey. Son más pequeñas que otras razas, por lo que cuesta menos alimentarlas. Pero su leche tiene más grasa butírica y producen más que las vacas más grandes".

En ese momento, Blossom se acercó a Becca, asomando la nariz amistosamente. Becca la acarició.

"Tengo muchos pastos", entró Troy en la conversación. "Puedes sacarla con las yeguas. Ya tengo peones que vienen todas las mañanas a limpiar los establos y rastrillar el estiércol, así que de eso ya me encargo yo".

"Eso es enorme", le aseguró Becca. "Lleva más tiempo hacer eso, que el resto de todo lo demás".

"No lo sé", dijo irónicamente. "Por eso he contratado ayuda".

"Y hay más", dijo Katerina, arrastrando a Becca del brazo hasta la parte trasera del establo. Contra la pared del fondo, entre el último establo y el guarnés, había un gran frigorífico.

"Se llama frigorífico integral", le dijo Katerina, abriendo la puerta para demostrarlo. "¿Ves? No tiene congelador. Así que puedes guardar la leche aquí. Alicia te traerá los cubos y recipientes que utiliza... todo lo que necesites para empezar. Luego, si al final del verano decides que quieres seguir con lo de tener tu propia vaca lechera y hacer mantequilla y queso para vender, tendrás alguna idea de lo que quieres comprar."

"Esto es... Ni siquiera sé qué decir", balbuceó Becca, contemplando el cavernoso espacio de la nevera. Se había sentido muy culpable por ocupar tanto espacio en los frigoríficos de Renee en la posada, y ahora ya no tendría que hacerlo. "¡Es demasiado! Esto debe de haber sido terriblemente caro".

"No demasiado", dijo Katerina, encogiéndose de hombros. "Maroulla lo organizó... mucha gente colaboró, para ayudarte a empezar".

Conmovida, Becca sintió que sus ojos se empañaban de gratitud. "Es maravilloso estar aquí. Tener amigos así".

Katerina le frotó el hombro. "Todos necesitamos un poco de ayuda de vez en cuando, y ahora eres uno de los nuestros. Eres de la familia y nos ayudamos mutuamente".

Troy, que había estado recostado contra la puerta de una caseta, se revolvió. "No te olvides del otro".

"¡Ah, claro!" Katerina se animó, y Becca casi podría jurar que vio cómo se le levantaban las orejas. "¡Becca, eso no es todo! Alessandra lo trajo esta mañana, pero tuvo que volver corriendo para llegar a tiempo al trabajo. Es algo que Julian había estado buscando desde que llegaste, y por fin lo ha encontrado".

Mientras hablaba, la guió hasta la puerta trasera del granero y juntas salieron a la luz del sol. Becca se llevó las manos a la boca y jadeó.

"¡Una mantequera! Y ¡qué gracia! Es exactamente igual que la mía de casa".

Katerina asintió. "Por supuesto, querrás una moderna para usarla tú, pero como irás a los mercados de agricultores y tu "marca" va a ser cómo se hacían las cosas en la época colonial, pensó que sería una gran idea que tuvieras una mantequera auténtica para hacer demostraciones".

Le llevó un minuto, y entonces recordó. "¡Oh! Julian es el dueño de una tienda de antigüedades, ¿verdad? En Nueva York".

"Sí, eso es. Tiene muchos contactos. Eso significa que tiene muchas", corrigió.

"Conexiones locas", repitió Becca, anotando mentalmente la frase.

Katerina le sonrió. "Te estás familiarizando con la jerga moderna".

Riendo, Becca aceptó. Katerina tiró de su brazo. "Vamos, te llevaré de vuelta a la posada. A Blossom ya la han ordeñado esta mañana y se ha instalado. Vendré a buscarte sobre las cuatro de la tarde, cuando venga Alicia. Ella repasará las cosas contigo. ¿Te parece bien?"

"Es un plan excelente", aprobó Becca.

Douglas miró su reloj. "Alicia, ya es hora de que vuelvas a casa. Iré a recogerte después de cenar, para que puedas empezar a enseñarle a Becca lo que tiene que hacer".

"¡Oh! Sí, supongo que sí". Alicia abrió la puerta de la caseta y le dio a Blossom un gran beso en la ancha nariz. "Pórtate bien con Becca, Blossom, y te veré esta noche".

Saltó fuera del granero, saludando alegremente a todos antes de subir al camión de Douglas.

Becca entró en el establo, acariciando el enjuto pelo castaño rojizo que coronaba la cabeza de la vaca. "Echarás de menos a tu ama, pero nos llevaremos muy bien", prometió. "Ya verás".

Apenas había desaparecido la camioneta de Douglas por el camino de entrada, cuando un todoterreno azul se abrió paso entre la casa y el granero. Jacinth salió y fue a reunirse con ellos en el granero.

"Siento haberme perdido la Gran Revelación", dijo, y todos se rieron. "Me entretuve con un libro y perdí la noción del tiempo. ¿Cómo ha ido? Becca, ¿estás encantada?"

Becca la abrazó exultante. "¡Estoy más que encantada! Esta vaca, Blossom, es de mejor calidad que cualquier cosa que me hubiera podido permitir en mi país. ¡Es muy emocionante! Alicia tuvo que irse, pero volverá esta noche para empezar a enseñarme más cosas sobre la

sanidad necesaria".

Ya había aprendido mucho sobre los requisitos sanitarios de Renee, que se había encargado de enseñarle, ya que Becca trabajaba bajo su amable pero severa supervisión en la cocina de la posada.

Ahora Becca salió al pasillo principal, cerrando la caseta tras de sí. Se acercó a un fardo rectangular de paja y se sentó en él, levantando los pies para sentarse con las piernas cruzadas de una forma que hace tres siglos (y treinta y tres años) habría sido mal vista.

"He estado pensando", anunció.

Las otras mujeres se acercaron, curiosas.

"¿Qué pasa? preguntó Katerina.

"¿Recuerdas que, cuando me llevaste por primera vez al mercado agrícola, te dije que era importante ofrecer productos diferentes de los que ofrecía todo el mundo? Pero aparte de hacer jabones y velas como hacía en casa, no sabía cómo hacerlo. Pero esto...". Dirigió una mano hacia el puesto donde la pequeña vaca las observaba por encima de la puerta con sus suaves ojos marrones. "Esto lo cambia todo. No sólo a Blossom", especificó, "sino también a la mantequera".

Se quedó callada un momento, recapacitando.

"¿Qué pasa?" preguntó Jacinto con suavidad.

Becca se lamió los labios con nerviosismo. Era la primera vez que tenía ideas propias que proponer. Hasta ahora, todo el mundo había propuesto sugerencias y ella las había aceptado.

"No he tenido mucho tiempo para pensar en ello", exclamó. "Es sólo algo que estaba pensando, si alguna vez tuviera mi propia vaca aquí, de alguna manera. Pero creo que podría funcionar. Al menos... si piensas así cuando oigas...".

"¿Qué?" Tres voces corearon al unísono, luego se miraron entre sí y soltaron una risita. Las risas contribuyeron a mitigar la ansiedad de Becca, recordándole que ahora estaba entre amigos, no entre vecinos sospechosos u hostiles.

"Una de las cosas que observé, allí en el mercado agrícola, fue que la mantequilla y el queso tenían un precio más elevado que en los supermercados. Sobre todo cuando hay rebajas en el supermercado. Así que todos los que venden allí se apoyan mucho en el tema de lo hecho en casa, para vender sus productos lácteos a gente a la que no le importa gastarse el dinero extra para comprar lo hecho en casa, o lo cultivado en casa. ¿Estoy en lo cierto hasta ahora?"

Ella asintió con la cabeza. Exhaló un suspiro.

"Así que empecé a pensar: ¿qué podría hacer para atraer a un comprador a que compre *mi* mantequilla o mi queso, y no la mantequilla o el queso de la persona de la mesa de al lado?"

Más asentimientos.

Becca señaló con la mano la parte delantera del granero, donde estaba la mantequera. "Pero, ¿y si...?", hizo una pausa. "¿Y si pudieran verme batir la mantequilla? ¿Y tuvieran la oportunidad de comprar la mantequilla que han visto batir? Y también el suero de leche".

Hubo un momento de silencio y la contemplaron con miradas de embelesada admiración. Una oleada de alivio la invadió. Les gustaba la idea. Eso le dio valor para continuar.

"No es lo único que se me ha ocurrido. Aunque la siguiente parte implicaría tu consentimiento", dijo a Katerina.

Katerina la animó con un movimiento de cabeza. "Vamos".

"Bueno, en toda la investigación online que he estado haciendo, me he dado cuenta de que esto del DIY... Do It Yourself... es algo muy grande. Nunca lo fue en mi época, por supuesto, porque hacerlo nosotros mismos era prácticamente la única forma que había. Pero, ¿y si pudiera ofrecer una... una... una Tarde de Bricolaje o algo así, en la que unos pocos, quizá no más de seis,

vinieran aquí, al granero. Podrían aprender a ordeñar a Blossom, luego a batir su propia mantequilla, e incluso al menos empezar a hacer queso".

"¡Qué inspirado!" se entusiasmó Katerina, y los demás asintieron con entusiasmo.

"Talya será la primera de la lista", se rió Jacinto.

"¡Talya!" dijo Katerina con desprecio. "¡Ya soy la primera de la lista!"

"Por supuesto, Blossom no daría leche suficiente ni siquiera para seis personas, todas a la vez, pero aun así podrían vivir la experiencia", explicó Becca. "Podría tener la leche sobrante en el frigorífico para utilizarla en eso, y por supuesto, también utilizaríamos la leche que cada uno hubiera podido obtener de Blossom. Podrían llevarse a casa la mantequilla y el suero de leche. También podríamos iniciarles con el queso, y luego enviárselo a casa con instrucciones sobre cómo envejecerlo."

"Esto es fabuloso", dijo Katerina, sacando su teléfono y sus dedos volando como locos sobre la superficie. "Necesitaremos un cartel para tu mesa y folletos que la gente pueda llevarse. Tendremos que fijar algunas fechas..."

"También hojas de inscripción", añadió Jacinth su granito de arena.

"¡Espera, espera!" Riéndose, Becca levantó las manos. "¡Sólo es una idea, de momento! Hay tantos detalles que considerar, ¡que ni siquiera he empezado!"

"Sí, pero tenemos algo en lo que basarnos", dijo Katerina. "Lo primero es que tenemos que averiguar cuánto dura esta clase de bricolaje... No, taller", decidió, con el pulgar sobrevolando la pantalla de su teléfono. "Cuánto duraría, estoy pensando en cuatro horas como máximo. Luego, tenemos que averiguar cuánto deberías cobrar".

Jacinth se quedó pensativa. "También decidiría a qué franja de edad te diriges. Podrías celebrar un día de los juniors, para los jóvenes que nunca han visto una vaca..."

"La mayoría de los adultos ni siquiera han visto una vaca en persona", interrumpió Katerina. "Al menos, no de cerca y en persona".

Jacinto lo reconoció con un movimiento de cabeza. "Razón de más para dividirlos en grupos de edad. Apuesto a que tendremos tanto interés por parte de los adultos como de los niños".

Becca se frotó la cabeza, que empezaba a darle vueltas. "Esto se acaba de complicar aún más", murmuró.

Jacinth le sonrió. "No, saldrá bien. En serio, es una idea extraordinaria, Becca".

Becca le devolvió la sonrisa. "Lo sé".

CAPÍTULO 24



DE VUELTA EN LA POSADA, BECCA SE ENCONTRÓ PASEANDO POR EL SALÓN, CASI SIN PODER esperar a que llegara Jake. Sólo había tenido que trabajar media jornada, ya que era sábado, y le había llamado nada más salir del trabajo para decirle que estaba de camino. Pudo oír la risa en su voz cuando le preguntó si le había gustado su sorpresa.

"¡Lo sabías!" acusó ella.

"Mea culpa. Pero sabía que estarías emocionada. Estaré allí en un momento".

Apenas estaba en la puerta, cuando ella se arrojó en sus brazos.

"¡Mi propia vaca! Al menos, para el verano. ¿Te lo puedes creer?"

La levantó en el aire, riendo, y la hizo girar en círculo.

"Así que te gusta la sorpresa, ¿eh?"

"¡Ohmygosh, sí! Me sorprendió tanto, y es tan dulce, y está gorda, y sana, y limpia". Sonrió a Jake, que se rió entre dientes.

"¡Oh!" Recordó. "¡Y Julian me encontró una mantequera! E incluso me consiguieron un frigorífico, ¡allí en el granero de Troy! Es un... oh", se detuvo, frunciendo el ceño, intentando recordar. "He olvidado el nombre. Pero sólo es un frigorífico, no tiene congelador".

"Un todo frigorífico", asintió Jake.

"Me he sentido muy mal por tener que pedirle a Renee espacio en su frigorífico para guardar toda mi leche y mi queso. Sé que a ella no le importa, me ha dicho muchas veces que le parece bien, e incluso el padre Marcus me ha dicho que no hay por qué sentirse culpable, pero yo sigo sintiéndome culpable."

Si a Jake le hizo gracia que ella tuviera que confesarse por pedir prestado espacio en la nevera, no lo demostró.

"Cuando Douglas me preguntó por primera vez si creía que te gustaría la idea, me pareció que sería genial, porque te daría todo el verano para tener una vaca, y ver si eso funciona en tu nueva vida aquí, si es algo que quieres seguir haciendo, fabricar mantequilla y queso, o incluso si simplemente preferirías seguir comprando tu leche en lugar de la responsabilidad de una vaca."

"No es que nunca haya tenido una vaca y no sepa lo que implica", señaló. "Aparte de todos los requisitos sanitarios. He tenido vacas, caballos, cerdos, pollos, toda mi vida".

"Cierto, pero eso era aquella vida. No esta vida", dijo razonablemente. "Tenías que tenerlos, para sobrevivir. Ahora ya no. Ahora puedes elegir si *quieres*".

"Sí, pero creo que sí", confió Becca. Él la soltó y se dirigió al sillón que había junto a la ventana, tomó asiento y la atrajo hacia sí.

"Háblame", me invitó.

"Bueno". Becca se acurrucó en su abrazo, con la cabeza apoyada en su hombro. "En primer lugar, ahora que no tengo que hacerlo, por una cuestión de supervivencia, como has dicho, he descubierto que disfruto batiendo la leche, haciendo el queso. Hay una especie de, no sé cómo describirlo, una especie de satisfacción en ello. Además, llevo un mes vendiendo en el mercado agrícola y, de nuevo, me satisface conocer a la gente que pasa por mi mesa, hablar con ellos, mostrarles las cosas que he traído y hecho. Y pronto tendré también mermelada. Renee dice que me viene mejor que trabajar en una tienda o en una oficina, y creo que tiene razón".

"Yo también lo creo". Le acarició el pelo. "Sólo quiero que hagas lo que quieras, lo que te haga feliz. Y si, cuando acabe el verano, lo que de verdad quieres es una vaca lechera propia, encontraremos la forma de conseguirte una".

Becca pensó en las monedas en sus bolsitas de cuero, aún en la mochila del vendedor ambulante guardada en su armario. Se había estado preguntando, últimamente, sobre la posibilidad de que valieran algo ahora, en estos tiempos. Monedas tan antiguas, de más de cien años (y trescientos treinta y tres) de antigüedad, pero aun así. Era oro, y el oro siempre valdría algo, pensaba.

Le miró insegura. "He traído algunas monedas. No se me ocurrió mencionarlo, ya que aquí no las aceptarían".

"¡Vaya!" Jake se sentó más erguido y sus ojos brillaron de interés. "¡Me encantaría verlas! Y puedo buscarlas por ti, puede que valgan algo como piezas de coleccionista. De hecho, estoy seguro".

Se puso en pie. "Ahora vuelvo".

Volvió unos minutos más tarde llevando las bolsas, y le entregó la más ligera, que contenía sus chelines de casa.

"Nunca he tenido mucho, ni en monedas", explicó. "Pero nuestra vieja yegua murió finalmente el invierno pasado, y había estado ahorrando para conseguir otra, y quizá también una segunda vaca lechera". Mientras Jake derramaba las monedas sobre la mesa, Becca sacó el saco más grande, el que contenía los doblones que su familia había traído de España un siglo antes. "Y éstos".

Abrió el saco y Jake se asomó para mirar dentro. Pareció congelarse, mirando fijamente las monedas de oro, algunas giradas para que pudiera ver la tosca cruz cuadrada sobre la irregular superficie dorada.

"¡Angus!" gritó con voz estrangulada, sin apartar la mirada de las monedas. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo, alzando la voz para que le oyeran en el vestíbulo. "Angus, ¿puedes venir aquí?".

Reverentemente, tocó una moneda y luego la sacó del saco, elevándola hacia la luz.

"¿Qué pasa?"

Angus apareció en la puerta y, acercándose a la mesa, silbó largo y bajo.

"Señorita, dudo que te preocupe el dinero".

Jake apartó la mirada del doblón que sostenía. "¿Tienes una caja fuerte para los invitados?"

"Sí, y además es ignífugo".

Angus se inclinó sobre la mesa, examinando los chelines más pequeños. Jake sacó su teléfono y empezó a teclear. Se quedó mirando el teléfono un buen rato y luego miró a Becca.

"¿Cuántos doblones hay?"

Ella se encogió de hombros, un poco desconcertada. "Um, ¿no sé? Tal vez, ¿un par de cientos? Nunca los he contado, y sólo los he visto una vez, cuando era pequeña y mi abuelo me

llevó a ver cómo estaba la manada, en su escondite lejos de la granja".

"Becca... según lo que leo aquí, valen unos cuatro mil dólares".

Se quedó con la boca abierta. "¿Cuatro mil?" Cuando él asintió, ella se echó a reír, aplaudiendo. "¿Podría comprarme mi propia vaca! Douglas había dicho que quizá tres mil por una vaca lechera".

Jake negó con la cabeza, y su mano se acercó a la de ella. "No. Cuatro mil dólares... cada uno".

Le miró fijamente y se le fue el color de la cara. "¿Cuatro mil dólares por sólo *uno*? Eso... eso es imposible". Hizo una pausa y calculó mentalmente. "Es casi un m-millón de dólares", susurró. "No puede ser".

Angus les sacudía la cabeza canosa, con una palma llena de las monedas más pequeñas y ligeras de la otra bolsa. "Las monedas de Nueva Inglaterra valen aún más".

Esta vez fue Jake quien se quedó mirando. ¿"Chelines"? Su voz contenía dudas.

"Confía en mí", dijo Angus. "Son más. Búscalos".

"De acuerdo, echemos un vistazo", aceptó Jake, volviendo a abrir el teléfono. Lo tecleó y se quedó rígido en el asiento. Apagó el teléfono y se frotó la frente.

"Jesús, María y José".

Angus parecía enreído. "Tenía razón, ¿verdad?".

Jake miró el montoncito de chelines, haciendo una rápida estimación. Inspiró de forma audible y cerró los ojos brevemente. "Y hay unos cincuenta".

"Sí, tardé un par de años en ahorrar. Además de una yegua nueva, mi vaca también estaba envejeciendo y en algún momento tendría que comprar otra. Así que ahorra siempre que podía". Becca le miró con el ceño fruncido. "¿Por qué? ¿Qué ocurre?"

Jake intercambió miradas con Angus. "Ni siquiera sé cómo decirlo".

"¿Qué has averiguado?" preguntó Angus, con voz retumbante.

Jake miró su teléfono, la pantalla oscura ahora. "Un chelín acuñado en Boston en 1652... y por el aspecto de la foto en la web, ni de lejos en tan buen estado como éste... se vendió hace un par de años en una subasta en Londres".

"¿Y?" preguntó Angus, mientras Becca esperaba sin aliento. "¿Cuánto costó?"

Jake miró a Angus, luego a Becca y de nuevo a su teléfono. H se aclaró la garganta. "Trescientos cincuenta... *mil*... dólares".

Abrió la boca y volvió a cerrarla. No había palabras. Miró de Jake a Angus, luego de nuevo a Jake. Luego al montón de chelines.

"Sólo quería comprar un caballo", susurró. "Y otra vaca lechera".

"Adoptemos un enfoque lógico al respecto", dijo Angus razonablemente. "No es como si pudieras ponerlos simplemente en el mercado. Causaría el tipo de sensación y atención que no deseas. ¿Puedo hacer una sugerencia?"

"Sí, por favor", dijo Jake, mientras la mano de Becca se introducía en la suya y la estrechaba con un apretón cercano y tranquilizador.

"En primer lugar, encontraría un coleccionista privado que se llevara, digamos, diez de los doblones. No debería ser tan difícil de encontrar. Habla con Maroulla para que pregunte por alguien de confianza que los autentique. Seguro que un autenticador tiene los contactos necesarios para saber quién estaría interesado en doblones españoles. Becca, puedes decir que eran una reliquia familiar...".

"Lo cual sería cierto", añadió ella, asintiendo.

"Sí, y que, habiendo caído en desgracia, o por la razón que sea... y no hace falta que te

expliques... deseas venderlos". Juntó los dedos ante sí, mirando los chelines pensativamente. "Ésa es la parte fácil. En cuanto a éstos. Voy a sugerirte que los metas en una caja de seguridad de un banco en cuanto puedas. No es algo que quieras que la gente sepa que tienes. Hay gente que mataría por una sola de estas monedas. Y no me refiero a ladrones comunes".

Becca tragó saliva audiblemente y volvió a asentir.

"Te sugeriría, de nuevo, que involucraras a Maroulla para encontrar a alguien que se presente y venda esto por ti", dijo Angus, dando un golpecito al chelín más cercano. "Sólo uno. De nuevo, di que es una reliquia familiar, pero que no se sepa que tienes más de una. O, posiblemente, dos como máximo. Si se puede vender anónimamente, sin que se revele tu identidad, mejor".

"Esta que se vendió en Londres, el tipo la encontró en una lata de monedas revueltas en el estudio de su padre en Inglaterra", dijo Jake. Señaló la mochila del vendedor ambulante. "Podría decir que la encontró escondida en los pliegues de esta mochila, transmitida en su familia, junto con otros objetos diversos".

"La Biblia de nuestra familia, de España", asintió Becca. "Y hay un crucifijo, y algunos libros relacionados con nuestras tierras y títulos en Castilla".

Jake asintió. "Por no hablar de las joyas".

"Lo que daría crédito a tu afirmación de reliquia familiar", aprobó Angus.

"El problema es -dijo Jake, frunciendo el ceño, pensativo- que esto va a suscitar cierto escrutinio. Aunque Jacinth proporcionó un certificado de nacimiento y un documento de identidad, no va a resistir una búsqueda exhaustiva de antecedentes".

Angus resopló. "¿Quieres apostar? Esos Djinn!" Les guiñó un ojo, con sus ojos castaño oscuro brillando divertidos. "Basta con explicarle el problema y ¡voilà! Habrá una historia familiar que se remonta a Rebecca Castellano de Salem Village, Massachusetts".

Puso las monedas con cuidado sobre la bolsa arrugada que había sobre la mesa. "Ven a buscarme cuando estés lista y las meteré en la caja fuerte".

Becca levantó la vista rápidamente. "¿P-podrías llevártelos ahora? ¿Por favor?"

"Por supuesto. Jake y él se apresuraron a guardar las monedas en sus bolsas.

"Gracias, Angus -le dirigió Becca una débil sonrisa, sintiéndose decididamente temblorosa-.

"Sí, gracias", se hizo eco Jake.

La miró con el ceño fruncido mientras Angus entraba en el vestíbulo y desaparecía por la puerta que daba a la oficina de detrás de la caja. Le acarició la cara con suavidad y la miró con preocupación.

"No estarás entrando en estado de shock, ¿verdad?"

"Yo no... Es..."

Dejó incluso de intentar hablar, incapaz de procesar lo que había oído. Jake se levantó y cruzó la habitación, volviendo al cabo de unos minutos. Le acercó una taza caliente a los labios.

"Bebe", me ordenó.

Obedientemente, bebió un sorbo y el té caliente, rico y dulce golpeó su lengua. Le ayudó y volvió a sorber, mientras sus manos temblorosas se acercaban para sujetar la taza.

"Gracias", le dijo ella, agarrando la taza con ambas manos.

También había traído un brownie, en una servilleta. Rompió un trozo y se lo dio de comer.

"Las mujeres necesitan chocolate cuando están estresadas", bromeó. "Al menos, eso es lo que siempre me decían mis hermanas".

Consiguió soltar una leve carcajada.

"Teníamos chocolate, en casa, pero no era común. Y caro. Nunca había comido chocolate antes de venir aquí".

Rompió otro trozo. "¿Pero sirve de algo?"

Su mente se iba despejando poco a poco, el torbellino se ralentizaba y podía empezar a pensar de nuevo. Le sonrió y, cogiéndole el brownie, le dio un buen mordisco.

"Mmhmm", murmuró ella, asintiendo.

Jake se rió y volvió a sentarse contra los cojines.

"Me tenías preocupado. Por un momento pensé que te ibas a desmayar".

Becca se sentó erguida, con los ojos brillando peligrosamente. "Nunca me he desmayado en mi vida", afirmó, llena de indignación.

Se limitó a sonreírle. "Bueno, ya puedes empezar. Todas las damas de compañía se desmayan, ¿sabes? Creo que es una condición del estatus social".

Becca se le quedó mirando, horrorizada.

"¡Una dama de ocio! Yo nunca podría".

Sacudiendo la cabeza, Jake la acercó, inclinándose hacia delante para que sus frentes se tocaran.

"Becca. Cariño".

Su corazón cantó. Él nunca la había llamado cariño y a ella le encantaba oír esa palabra en sus labios. Parte de su pánico disminuyó. Le acarició el pelo.

"No lo estás pensando bien. Quiero casarme contigo. Tener hijos contigo. Soy capaz de mantener una familia. Nunca habrías tenido que trabajar, a menos que lo desearas. Sé que vamos despacio, pero nunca quise que hicieras nada que no quisieras".

"¿Casarse?", balbuceó ella, con el corazón martilleándole en el pecho, y se echó hacia atrás para mirarle.

Jake suspiró y se pasó la mano por el espeso pelo.

"Lo estoy liando todo. Me he esforzado mucho por no meterte prisa, por no hacerte sentir presionada. Sí, cariño, quiero casarme contigo, claro que sí. Quiero estar para siempre contigo, Becca".

Para siempre. Para siempre con Jake, teniendo a sus hijos, criándolos aquí, en esta maravillosa comunidad.

"Me gustaría", dijo ella en voz baja.

Volvió a relajarse, atrayéndola contra él.

"Así está la cosa", dijo. "Llevará algún tiempo tasar las monedas, vender siquiera una de ellas. Pero ya tienes dinero, suficiente para seguir adelante por ahora. La semana que viene te mudarás a la casa de la manada. Además, ahora tienes que cuidar de Blossom, durante los próximos meses. Así que planea hacer exactamente lo que has estado planeando hacer este verano. Y tómate ese tiempo para pensar qué es lo que realmente *quieres* hacer. Aunque no te cases conmigo... y más te vale -dijo en tono de advertencia, aunque sus ojos se arrugaron en las comisuras, con la diversión bailando en las profundidades de color avellana. "Pero sólo digo. En cualquier caso, eres libre de decidir qué es exactamente lo que te gusta hacer, o si hay algo más que quieras explorar".

Ella asintió lentamente.

"No estoy acostumbrada a tener opciones como éstas, como sabes. Tuve que tener la vaca y hacer el ordeño y todo eso, para poder sobrevivir. Al mismo tiempo, es una tarea sencilla y familiar. Yo... encuentro cierto consuelo en ello -dijo, con problemas para expresar lo que pensaba.

"Si eso es lo que quieres hacer, adelante", le dijo, besándole la frente.

Ella le sonrió, sus mejillas se colorearon un poco. "Yo también deseo casarme contigo.

Formar un hogar contigo, tener hijos, criarlos juntos. Y quiero un jardín... un jardín de flores. Nunca he tenido tiempo simplemente para cultivar flores, y me encantan. Me gustaría mantener el huerto aquí, en la posada, y ayudar a Angus y Renee con productos frescos. Y disfruto vendiendo en el mercado de agricultores. Conocer a la gente, hablarles de los productos, de hacer mantequilla y queso. Aunque -añadió riendo entre dientes-, si no tuviera que volver a alimentar gallinas ni a recoger huevos en toda mi vida, sería muy feliz."

Jake echó la cabeza hacia atrás, riendo. "Puedo prometerte con seguridad que nunca tendrás que hacer eso, ni tendrás pollos en absoluto".

"A mí también me gusta montar". Miró hacia él, esperanzada. "Ya que podré permitírmelo, me gustaría tener un caballo. Podría quedármelo en casa de Troy e ir a montar con Jacinth, Katerina y Talya".

"Podemos hacerlo. No sé mucho de caballos, pero puedes pedirle a Douglas que te ayude cuando llegue el momento de empezar a buscar uno. No sólo puede inspeccionarlos por ti, sino que probablemente sabría qué animales están a la venta y su historia".

"¡Oh! ¡Es verdad!" Le sonrió. "Tú también podrías tener un caballo".

Jake resopló. "Sí, no, gracias. Me gustan las dos piernas firmemente plantadas en el suelo".

Sonriendo, le dio un codazo. "O los cuatro. Podrías venir conmigo cuando cabalgue, en tu forma de lobo".

Jake gimió. "Luego tendremos que explicar cómo tienes un híbrido de lobo, cuando la gente se asuste".

"Oh, venga. Será divertido".

"Sí, lo hará". Se rió, acariciándole el pelo. "Siento que tenemos que hacer algo muy bonito por Remi. Sin él, nunca nos habríamos conocido".

Becca se mordió el labio y le miró insegura. Él le devolvió la mirada. "¿Qué?"

"Sería poco convencional. De hecho, puede que ni siquiera esté permitido, pero... pero podríamos pedirlo, si te gusta la idea..."

"Escúpelo", me aconsejó. "¿Qué pasa?"

Respiró hondo.

"Estaba pensando que, tal vez, si tú estuvieras de acuerdo, y si el padre Marcus lo permitiera... podríamos pedirle a Remi que fuera el padrino de nuestro primer hijo". Continuó apresuradamente. "Sé que sería extraño, un Djinn, pero... no sólo no nos habríamos conocido de no ser por Remi, sino que ahora yo estaría *muerta*. Y... y creo que a Remi le gustaría".

"Hablares con el padre Marcus", prometió Jake. Le levantó las piernas para que quedaran sobre su regazo, y ella se acurrucó en la curva de su brazo, con la cabeza apoyada en su hombro.

"Esto es muy bonito", dijo. "Lo echaré de menos cuando esté en la casa de la manada. Aunque tu hermano también tiene muebles muy bonitos".

Jake se rió entre dientes. "No tan bien cuidado como esto, con la familia y los amigos entrando y saliendo, y la mitad de los niños en sus formas de lobo".

Sonrió. "¡Será divertido!"

"He hablado con Bob, es el capataz del equipo de construcción, y un movedor de bobcats. Dice que sus chicos pueden venir el próximo sábado, y empaquetaros y trasladarlo todo".

"Dios mío". Sabía que sus mejillas se estaban calentando de vergüenza. "¡Ahora tengo tantas cosas! ¡Todo el mundo me lleva siempre de compras y hay tantas cosas a las que no puedo resistirme! Y Jacinth y Katerina siguen trayéndome cosas todo el tiempo. Creo que si no me mudara a la casa de la manada, ¡el suelo de mi habitación se derrumbaría pronto!".

"Tienes libros suficientes para fundar tu propia biblioteca", se burló él, y ella se sonrojó

furiosamente.

"¡No me puedo creer cuántos libros tengo ahora! Y eso sin contar los del Kindle. Aún no he leído la mayoría", confesó. "Pero los veo, y parecen tan interesantes, y quiero leerlos, pero..."

"Pero el día tiene un número limitado de horas", terminó Jake por ella. Sonrió. "Al menos nunca te aburrirás".

Se rió alegremente. "¡Muy cierto! Y tendré más tiempo, cuando llegue el otoño y ya no crezca tanto, y luego el invierno".

"¿Ves? Ya estás preparada".

"Será tan diferente", suspiró ella, metiendo su mano en la más grande de él. "Me refiero al invierno. Es tan extraño no tener que preocuparse por sobrevivir a los meses fríos".

"Nunca más", prometió. "Nunca más tendrás que preocuparte por eso".

CAPÍTULO 25



VENÍAN A POR ELLA.

Había estado nerviosa desde que se despertó por la mañana. Se había ocupado de sus tareas cotidianas: alimentar a las vacas, los cerdos y las gallinas, y preparar el pan que vendería en el mercado ese mismo día. Estaba sacando la segunda hornada del horno cuando miró por la ventana y vio, a lo lejos, al grupo de hombres con sus altos sombreros, con una pequeña multitud pisándoles los talones, abriéndose paso por la polvorienta carretera de Salem Village, cuya aguja de la iglesia podía ver a lo lejos. Y ella lo había sabido. No habría podido decir cómo lo supo. Simplemente lo supo.

"Que no cunda el pánico", se dijo Rebecca, conteniendo el creciente terror. Tenía tiempo; el camino desde la aldea de Salem era largo, con curvas y baches. Se apresuró a ir a la despensa, incapaz de contener el temblor de sus manos mientras sacaba un gran saco de arpillera de donde estaba guardado y volcaba en él alimentos secos de las estanterías: una rueda de queso cheddar, un poco de tocino ahumado y carne seca. Echó la bandeja de panecillos, aún calientes, en el saco, y se apresuró a entrar en el salón, con el saco rozando su larga y rígida falda. En él metió la biblia familiar, cuidadosamente envuelta en un paño, y el crucifijo que siempre había ocupado un lugar destacado en la repisa de la chimenea. Luego fue al dormitorio a por ropa, así como un puñado de collares y su gorro. De su escondite bajo una tabla suelta del suelo sacó un saquito de cuero, cargado de monedas, elevando plegarias de agradecimiento por no haberlo gastado aún. Había planeado comprar un caballo nuevo para reemplazar a la vieja yegua de su madre, que había muerto durante el invierno, y ahora rezaba para agradecer que el caballo que pretendía comprar le hubiera sido vendido.

"Deprisa, deprisa". Las palabras eran como un mantra, que se repetía una y otra vez en su cabeza. Atravesó la cocina una vez más, acordándose de coger una cantimplora para beber agua. Estaba vacía, pero podría llenarla en el arroyo. Se detuvo junto al saco de manzanas que había recogido el día anterior y añadió algunas a su bolsa. Una manzana resbaló de sus dedos temblorosos al suelo. "¡Deprisa!"

Una última mirada alrededor de la pequeña casa, su hogar de toda la vida y de varias generaciones de su familia, la hizo dudar. Su mirada se posó en la estatua de la Santa Madre que había sobre el manto. No podía dejarla. La metió con cuidado en el saco y, al pasar, cogió una manta de la silla junto a la chimenea; la necesitaría. Luego salió por la puerta trasera, al aire fresco del otoño.

Se detuvo bruscamente, encontrándose cara a cara con tres hombres, alineados uno al lado

del otro ante ella.

"Rebecca Castellano", entonó el Alguacil Mayor. "Se te acusa de asociarte con el diablo y practicar magia oscura".

A su lado, Henry la miraba lascivamente, su mirada ardiente parecía desnudarla. Girándose, corrió hacia la puerta principal. Al abrirla de golpe, se encontró de nuevo con los tres hombres frente a ella.

"Rebecca Castellano", entonó el Alguacil Mayor. "Por la presente se te acusa de practicar la brujería y asociarte con el diablo. Serás llevada ante el magistrado para ser juzgada, donde tu destino será decidido por las leyes de Dios y el justo juicio de nuestra comunidad."

Con gritos ahogados en la garganta, Becca luchó contra las ataduras que la rodeaban. Sin embargo, eran extrañamente suaves y maleables. Un instante después, algo húmedo y áspero le rozó la nariz y retrocedió. Un instante después, cayó al suelo con un ruido sordo. Se quedó tumbada, temblando, y Lacey bajó de la cama para aterrizar a su lado, dándole un lametón en la mejilla. Tardó un minuto en asimilar la realidad.

Una pesadilla. Sólo había sido una pesadilla. Lo que había creído que eran ataduras eran las sábanas, y la mitad de ellas estaban en el suelo con ella. Agitada y temblorosa, se levantó y se metió en la cama, tiró de las mantas y se acurrucó bajo ellas, con Lacey acurrucada entre sus brazos. La gatita ronroneó, el dulce rumor normalmente agradable y tranquilizador, pero esta vez no la calmó.

Ya había tenido pesadillas antes. Jacinto le había dicho que era normal y que desaparecerían con el tiempo, pero ninguna había sido tan mala como ésta, ninguna le había parecido tan... tan real.

¿Y por qué ahora? Esta tarde debía trasladarse de la posada Westside a la casa de la manada. ¡Hoy era el gran día! Estaba muy emocionada. Iba a ir a casa de Jacinth esta tarde, y Jake le había dicho, riéndose, que la mitad de los metamorfos de la ciudad iban a acudir al hostel para empaquetar sus cosas y trasladarlas a su habitación en la casa de la manada. Iba a recogerla por la tarde, al salir del trabajo, y la llevaría directamente allí.

Pero ahora, todo lo que podía sentir era terror y una horrible sensación de aprensión, de fatalidad próxima.

La sensación la acompañaba, una nube oscura que se cernía sobre ella, siempre al acecho en el fondo de su mente mientras desayunaba y luego se dirigía a casa de Troy para ordeñar a Blossom. No fue hasta que regresó a la posada, a su huerto, con las manos hundidas en la rica tierra, cuando la paz empezó a fluir en su interior, ahuyentando el horrible miedo.

Cuando Jacinth vino a recogerla a última hora de la tarde, ya casi había vuelto a ser la de siempre. Había ejercitado a las yeguas de Troy y se reunió con Jacinth en el vestíbulo, recién duchada y cambiada. Llevaba el bolso y la bolsa del portátil colgados de un hombro y acunaba a Lacey en el pliegue del brazo.

"¿Qué vamos a hacer hoy?" preguntó entusiasmada. Las clases de cocina con Jacinto siempre eran divertidas y las esperaba con impaciencia.

"Pensé que haríamos algo diferente", le dijo Jacinth, acercándose para hacerle cosquillas en la oreja a Lacey. "Biryani, un plato de mi tierra, pero conocido en todo el mundo indio y árabe. Es un plato de pollo, con arroz y patatas, muchas especias". Sus ojos bailan divertidos. "Douglas odia que lo haga cuando él está en casa, porque se usan casi todas las ollas y sartenes de la casa, y le hago ayudar a limpiar".

Becca no pudo evitar soltar una risita. "¿No puedes... ya sabes... limpiarlo todo con magia?".

Jacinto sonrió. "Por supuesto, pero ¿qué gracia tiene eso?". Se inclinó hacia ella, bajando la

voz como si fuera a contarle un secreto. "Lo hago cuando él no está. Pero ver su cara cuando entra en la cocina, donde parece que han explotado los armarios y la despensa, no tiene precio".

Riéndose alegremente, Becca negó con la cabeza a Jacinth. "A mí también me encantaría verlo", admitió.

Jacinth deslizó la bolsa del portátil del hombro de Becca, a pesar de sus protestas. "Tienes a Lacey", señaló. "Venga, vámonos".

"¡Oh! No, no, espera", protestó Becca. "Tengo que encontrar a Renee, y a Angus..."

"No hace falta", dijo Angus al entrar por la puerta del comedor, con Renee a su lado. "Estamos aquí mismo".

Becca se adelantó y empezó a hablar, pero se detuvo consternada. Hasta ahora no se le había ocurrido que la próxima vez que los viera ya no viviría aquí, en la posada, con ellos. Parpadeó un poco y se le llenaron los ojos de lágrimas.

"Yo no... es decir, los dos habéis sido maravillosos conmigo", tartamudeó. "Éste ha sido mi hogar, mi único hogar aparte del de entonces. Y es el único lugar al que he sentido que pertenezco, donde he sido verdaderamente feliz. Me entristece marcharme".

Jacinth le arrancó a Lacey de los brazos, sujetando al gatito mientras Renee avanzaba, y la envolvió en un estrecho abrazo. "Éste siempre será tu hogar, no importa dónde estés ni adónde vayas. Y perteneces a todos nosotros, a la comunidad. Ahora eres de la familia, niña, y siempre serás bienvenida aquí. Nunca lo dudes".

Angus coincidió, con una risita profunda. "No es que nos hayas visto por última vez. Estaréis aquí todos los días en el jardín".

Su corazón se aligeró al oír aquello. "¡Oh! ¡Sí, es verdad! Estoy haciendo el tonto. No es que no vaya a volver a verte".

Cuando se apartó de Renee, Angus abrió los brazos de par en par y ella se metió en ellos. La abrazó y la sensación de pertenencia, de seguridad, de estar en casa, la invadió como una marea. La soltó, pero se inclinó para apoyarle los labios en la frente, como si la bendijera.

"Es lo que hay que hacer", le dijo. "Lo has hecho bien, Rebeca. Has empleado sabiamente tu tiempo aquí en la posada, acostumbrándote a este nuevo mundo, aprendiendo lo que necesitabas saber. Ahora es el momento de avanzar y empezar a reclamar tu lugar en este siglo. Siempre estaremos aquí si nos necesitas".

"Ahora vete con Jacinth", le dijo Renee, con una amplia sonrisa. "Y nos veremos mañana por la mañana para desayunar".

Becca se había dirigido a la puerta, pero al oír esto se volvió rápidamente. "¿Desayunamos? Pero..."

"El desayuno", dijo Renee con firmeza. "Antes de empezar con la jardinería".

Riendo suavemente, Jacinto la cogió del brazo y juntos salieron de la posada.

"Angus tiene razón, ¿sabes?", le dijo la mujer Djinn mientras se abrochaban los cinturones y ella arrancaba el coche. "Éste es el movimiento correcto, el momento adecuado".

"Oh, ya lo sé". Becca lo sintió, en el fondo. "Sin embargo, fue duro despedirme de la posada... aunque en realidad no sea un adiós. ¿Sabes?"

Jacinth sonrió cálidamente, acercándose para acariciarle la rodilla. "Ya lo sé. Katerina se reunirá con nosotros en casa, nunca ha comido biryani antes. Pensé que no vendría mal tener un par de manos extra".

Becca soltó una risita. "¿Quiere aprender a cocinar? ¿O quiere librarse de trasladar mis cosas a la casa de acogida?"

Jacinth se rió alegremente. "Probablemente un poco de las dos cosas", admitió.

Efectivamente, Katerina los saludó en cuanto llegaron con un alivio exagerado. "Troy y Douglas acaban de salir de la clínica para dirigirse a la pensión", anunció. "Cargué el camión de Troy con cajas vacías y salí pitando de allí antes de que me arrastraran a ayudar".

Jacinth dio un codazo a Becca con una cadera mientras abría la puerta principal. "Te lo dije".

"Píllame subiendo y bajando escaleras cargando cajas de cosas", murmuró Katerina, siguiéndoles al interior de la casa.

Becca la miró fijamente. "Pero hay un ascensor".

Katerina resopló. "Sí, y son chicos. Y el equipo de construcción viene a ayudar. Créeme, subirán las escaleras en una especie de competición".

"Sí, y quién puede llevar más cajas a la vez", contribuyó Jacinth. Se dirigió a la cocina, fue hasta el frigorífico y abrió la puerta. "¿Qué queréis beber? Tenemos té helado, koolaide de uva, limonada y unos cincuenta tipos de zumo".

Katerina soltó una risita. "¿Exageras mucho?"

Jacinto le sacó la lengua. "¿Qué quieres?"

"Limonada para mí", dijo Katerina. "¿Becca?"

"Para mí también", decidió, dirigiéndose a la sala de estar, desde donde los silbidos y los escupitajos anunciaban que Lacey se enfrentaba a Brandy. "Vale, vosotras dos, dejadlo ya", dijo, haciéndoles un gesto con la mano.

El bulto peludo de color blanco y marrón que se revolcaba por el suelo se dividió en dos partes, y Lacey salió corriendo por el pasillo hacia la parte trasera de la casa. Jacinth la siguió y se rió, tendiéndole un vaso alto y helado de limonada.

"¡Esos dos! Te juro que dan más trabajo que los niños".

"Me preocupaba que molestara al brownie de la posada", confió Becca. "Pero Renee me aseguró que las dos llegarían a algún tipo de acuerdo por su cuenta. Dice que no le viene mal que Lacey sea sólo una gatita, y que probablemente la brownie pueda patearle el culo. Mágicamente, quiero decir".

"Tamera me habló del brownie hace meses", dijo Katerina. "¡Qué envidia! Me encantaría verlo, aunque, por lo que me dijo, supongo que ni siquiera los ven aquellos para los que hacen cosas".

Becca asintió. "Dijo que mis probabilidades de verlo eran muy escasas. Pensó que había más posibilidades de que viera a los duendecillos en el bosque".

Dos jadeos sobresaltados le respondieron, y se encontró bajo la atenta mirada de Jacinth y Katerina.

¿"Pixies"? preguntó Jacinto con impaciencia.

"¿Te refieres a nuestro bosque? preguntó Katerina con la misma impaciencia, y Becca tuvo que reírse.

"Sí, aparentemente, pero Renee dijo que tienen que elegir mostrarse ante nosotros. He estado cogiendo trocitos de tarta y dejándolos bajo las hojas junto a esa pequeña cascada. Quiero conseguir unas cintas de raso bonitas para dejárselas, ya que, a diferencia de los brownies, sí que les gustan los regalos aparte de la leche y la tarta".

"No sabía que aún existieran los duendecillos", dijo Katerina. "Quiero decir, sé que solían existir, pero...".

Jacinth estaba igualmente fascinada. "Sabía que existían, pero nunca supe que alguno hubiera llegado a América. Nunca había oído hablar de ellos más que en el Viejo Mundo".

Jacinth bajó la mirada cuando sonó el timbre de su teléfono y deslizó el dedo por la pantalla. Frunció el ceño al leer el mensaje.

"¿Qué ocurre?" preguntó Katerina.

"No lo sé. Es de Angus y dice que envíes a Rebeca a la posada inmediatamente".

Becca levantó la vista de donde había estado acariciando a Brandy en el sofá. "¿De vuelta a la posada? ¿Por qué? Ni siquiera hemos empezado los preparativos".

"Ni idea. Si algo va mal en la posada, uno pensaría que querrían que te mantuvieras alejado".

"¿Enviar?" preguntó Katerina, frunciendo el ceño. "Es una forma extraña de decirlo".

A punto de responder a una pregunta, Jacinth se incorporó bruscamente cuando un repentino cosquilleo en el aire fue seguido por la brumosa aparición de un Djinn. Se puso en pie de un salto, con los ojos centelleantes, mientras la niebla brillaba y se solidificaba en una figura masculina alta, desconocida para ella.

Furiosa, se acercó a él. "¿Quién eres tú? ¿Y cómo te atreves a entrar en mi casa sin invitación?".

Un grito ahogado de Becca la hizo mirar rápidamente a su amiga. Becca estaba de pie, con la cara blanca como el papel mientras miraba fijamente al Djinn. Al volver la vista hacia el desconocido, Jacinth vio que era delgado y cadavérico, casi ascético, y que vestía las ropas oscuras, el cuello blanco y el sombrero alto del colono puritano.

"¿Quién eres? volvió a preguntar Jacinth.

El Djinn pareció ignorarla, su mirada pasó por encima de ella y de Katerina como si fueran invisibles. Aquellos ojos oscuros se fijaron en Becca, y el hombre se inclinó hacia ella.

"Buenos días, Goody Castellano".

Becca dio un paso atrás, alejándose del hombre. "No te conozco. ¿Cómo has podido...?"

Su mirada desesperada se posó en Jacinth, que cruzó a su lado, de cara al hombre.

"Vuelvo a preguntar, ¿quién eres?" Jacinth repitió su pregunta original, cruzándose de brazos. Temblaba de rabia reprimida, y no poco de miedo. ¿Quién era ese hombre y cómo había podido entrar así en su casa, sin previo aviso, sin invitación? "¿Y qué quieres aquí?"

Él la miró con el ceño fruncido, y ella quiso estremecerse al ver la maldad que acechaba en el fondo de sus ojos oscuros. "Ah-ah, pequeña Djinn. Has sido una Djinn mala, ¿verdad? Sabes que está prohibido viajar en el tiempo".

"¿Qué te importa?"

"Es asunto mío si yo elijo que lo sea".

Se enfureció. "Has entrado en mi casa sin invitación. Eso va contra la Primera Directiva de todos los Otros".

Su sonrisa era fina y no tenía nada de amistosa. "Sugiero entonces que nuestras transgresiones de las normas se anulen mutuamente. Llevaré a esta mujer conmigo de vuelta a su tiempo, y tu Consejo no sabrá de mí que has estado viajando en el tiempo".

"¡No!" Becca se agarró al brazo de Jacinth. "¡No, no iré! Me matarán".

"No hace falta llegar a eso", aseguró el hombre, con otra de aquellas espeluznantes y finas sonrisas. "Verás, tengo una oferta para ti. Ven conmigo y cástate con Goodman Sanders, y no sufrirás ningún daño".

Jacinth sintió el estremecimiento de Becca y le puso una mano reconfortante en el hombro. "No tienes que irte, Becca. No puede obligarte". Al Djinn le dijo: "¿Por qué te importa?"

"El joven en cuestión es mi descendiente", respondió con facilidad. "Cometí una, digamos, indiscreción con una encantadora muchacha inglesa hace unos cien años. Lamentable y, aun así, es de mi sangre".

"¿Por qué no puede quedarse con la granja?" estalló Becca. "Ya me he ido, él y su padre pueden quedársela".

El Djinn sacudió la cabeza. "Vaya, no, me temo que no funciona así. Verás, cuando huiste, la aldea confiscó tus bienes. Se pondrá a la venta en una subasta".

"Ya veo", dijo Becca, con una nota de amargura en la voz. "Es pequeña, pero próspera, la casa está bien construida y los animales están sanos. Elías no tendría oportunidad de ser el mejor postor por un lugar así".

"Lo entiendes", aprobó el Djinn. "Verás, en realidad, no tienes elección".

"Tiene elección", respondió Jacinth, soltando a Becca y dando un paso adelante. "Y de todos modos, lleva demasiado tiempo en este tiempo como para no crear una anomalía en el tiempo cuando regrese. Yo misma llevaré esto al Consejo".

"Creo que no".

El Djinn pareció crecer en estatura, y su poder se desprendía de él. Se trataba de un poderoso djinn, uno muy antiguo, aunque ella nunca había oído que uno así fuera malvado. La mayoría de los malvados habían sido contenidos hacía mucho tiempo. Tarde, Jacinto recordó el texto de Angus y comprendió. Angus sabía que había peligro y quería que enviara a Becca de vuelta a la posada. Buscó la vía telepática hacia Katerina, una que rara vez utilizaba. Ella misma no era telepática, sólo podía hablar con Katerina de este modo porque Katerina había creado la conexión entre ellas hacía mucho tiempo.

Distráelo, rápido.

El zumbido de la magia llenó el aire. Los vaqueros y la camisa de Katerina cayeron al suelo, y una bola de pelaje leonado rojo y marrón se lanzó por los aires. Gata aterrizó sobre el pecho del Djinn, aferrándose, con las garras clavadas en su piel mientras chillaba de indignación. El Djinn retrocedió un paso y levantó las manos para intentar soltarla.

Un estruendoso aplauso llenó el aire cuando las manos de Jacinth se juntaron por encima de su cabeza... y Becca desapareció.

Katerina saltó lejos del Djinn, aterrizando en forma humana junto a su ropa. Con una enorme sonrisa en la cara, se puso la ropa y extendió una mano para chocar los cinco con Jacinth.

Un rugido furioso sacudió las paredes de la casa cuando el Djinn estalló en llamas. "No hay ningún lugar al que puedas enviarla en el que no pueda encontrarla, mujer".

Jacinto se echó a reír, pensando en Angus y Renee y sus terrenos malvados. "En realidad, sí, la hay. Y yo la envié allí. Buena suerte con eso, gilipollas quienquiera que seas".

"¡Esto no ha terminado!" enfureció el Djinn.

"Bueno, sí, lo es", dijo Jacinth, infundiendo una nota de pseudodisculpa en su voz. Dio una única y breve palmada. "¡Madre!", llamó.

Apenas había bajado las manos, cuando apareció su madre, tan hermosa como siempre, con su llameante pelo rojo y sus rasgados ojos esmeralda.

"¡Cariño!"

Jacinto señaló al Djinn macho. "Madre, tengo un visitante no invitado y no bienvenido".

Zahra se volvió para observar al intruso masculino, con una expresión de desagrado y sus delicadas cejas fruncidas. "Esperaba que te hubieras ido hace mucho de este mundo, Alastair. O de cualquier otro mundo".

"Ya, ya. No seas antipático. Supongo que esta joven Djinn es tu hija. Quizá podamos llegar a un acuerdo mutuamente beneficioso, que me dé lo que quiero y la mantenga a ella alejada de los problemas".

"En el ojo de un cerdo", replicó Zahra, sin preocuparse por la diplomacia. "Fuera".

Sus ojos brillaron peligrosamente. "¿Eres consciente de que tu hija ha estado incursionando en los viajes en el tiempo?"

"Si lo ha hecho o no, no es asunto tuyo, Alastair. De hecho, nada de lo que hagamos ella o yo es asunto tuyo. Ahora, retírate de la casa de mi hija antes de que llame a un Ejecutor".

"En cuyo caso, pondrías su transgresión en conocimiento del Consejo".

"Si es así, que así sea", afirmó Zahra, con los ojos brillantes. "¡Ahora, vete!"

Con una maldición, y en un estallido de humo maloliente, el Djinn desapareció.

Tosiendo, Jacinth agitó la mano, haciendo que entrara aire fresco para desplazar el hedor que había dejado.

"¡Muy bien!" vitoreó Katerina. "¡El enemigo ha sido vencido!"

"Posiblemente", dijo Zahra, suspirando, y se dirigió al sofá. Se sentó y tiró de Jacinth para que se sentara a su lado. "Es muy probable que sólo sea un aplazamiento temporal. Es un hombre horrible. A Kieran no le gustará saber de su reaparición".

Jacinto no pudo evitar una mueca de dolor. "Esperaba evitar que todo esto llegara a sus oídos. Ese tal Alastair no es el único con el que se va a disgustar".

"¿Qué ocurre, querida?" Su madre la miró con cierta sorpresa. "¿De verdad has estado viajando en el tiempo?"

"Pues no", admitió Jacinto. "Fue Remi".

Zahra chasqueó la lengua. "Ésa", dijo con indulgencia.

"Sí, *pero* viajaba en el tiempo y, además, hace algunos siglos, entregó una piedra de entrenamiento de Portador de Deseos cuando no debía. Esta vez podría meterse en un buen lío, madre".

"Hmm, ya veo lo que quieres decir".

Apareció una bandeja de té en la mesita que tenían delante, y Zahra se inclinó hacia delante para verter té caliente y humeante en una taza, y lo bebió a sorbos.

"Cuéntamelo todo y veremos qué podemos hacer. Pero, querida", advirtió. "Alastair es uno de los malvados. Es viejo y poderoso. Puede que al final esto tenga que llegar antes que Kieran".

Katerina los interrumpió. "Mientras vosotros dos lo discutís, yo debería ir a la posada y tranquilizar a Becca. Seguro que se está volviendo loca. Y Angus y Renee deberían saber lo que ha pasado".

"Es una buena idea", aprobó Jacinth. "De camino, ¿puedes llamar a Jake? Querrá ir directamente a la posada después del trabajo".

"No, hoy no está. Está en la posada con el equipo, recogiendo las cosas de Becca, ¿recuerdas?"

"Ah, claro".

Katerina arrugó la nariz. "Supongo que el biryani queda fuera del menú de esta noche".

Zahra enarcó las cejas y le brillaron los ojos. "¿Vamos a comer biryani?"

Jacinto se rió. "Supongo que sigue en el menú. Imagino que Jake, Renee y Angus estarán dando vueltas por la posada, así que Becca está a salvo por ahora. Me dirigiré a la posada cuando Douglas y los niños estén en casa. También puedo llevarle un poco de biryani". Esbozó una sonrisa socarrona. "Puede que tenga algunos trucos en la manga para frustrar a ese imbécil, Alistair".

"Bien". Zahra asintió con aprobación. "Yo también puedo ser de ayuda en eso. Al fin y al cabo -y su sonrisa socarrona coincidió con la de su hija-, yo ya tenía mil años cuando te tuve, querida. Alistair nos subestima".

Jacinth asintió con vehemencia, con la pesada cabellera balanceándose tras ella. "No sabrá lo que le golpeó", juró.

CAPÍTULO 26



UN MOMENTO DE TERROR ENVOLVIÓ A BECCA CUANDO LA COCINA DE JACINTO DESAPARECIÓ DE su visión. ¿La iban a devolver a Salem? Pero... ¡si apenas había empezado a vivir su nueva vida! Entonces su entorno volvió a enfocarse y se encontró de pie en su habitación del West Side Inn. Casi se desmaya de puro alivio, y se agarró al respaldo de la silla mientras se levantaba, balanceándose, recobrándose. Seguía aquí... seguía en este tiempo.

Parpadeando, miró a su alrededor, para descubrir su habitación llena de hombres. Bueno, eso es lo que parecía a primera vista, pero sólo había tres, todos ellos desconocidos. Uno estaba empaquetando sus libros en una caja, otro en la puerta de su habitación con su nuevo equipaje que le había regalado Maroulla, un tercero asomaba la cabeza en la habitación desde el cuarto de baño, donde estaba empaquetando sus cosas. Todos la miraban atónitos.

Abrió la boca para hablar, pero no le salían las palabras. Temblaba tanto que le temblaban las rodillas y le castañeteaban los dientes.

"Ve a buscar a Jake", ordenó uno de ellos al hombre de la puerta, el de las maletas. Asintió con la cabeza y salió corriendo escaleras abajo, alzando la voz mientras llamaba a gritos a Jake.

El que había hablado llegó a su lado, poniéndole una mano en el hombro. Amable pero firmemente, la empujó hacia el sillón. Un momento después, apareció el rostro preocupado de Renee, con Angus detrás de ella. Becca se levantó de un salto y corrió por la habitación. Renee la abrazó para apoyarla.

"¿Estás bien?" preguntó Angus con urgencia.

Le faltaron las palabras y sacudió la cabeza. Le temblaban todos los miembros y las rodillas amenazaban con abandonarla. Se apoyó en Renee, agradecida por la fuerza de la mujer.

Renee la instó a retroceder. "Siéntate. ¿Angus?"

La volvieron a apretar contra el mullido sillón y le pusieron un vaso en los labios. "Toma, bebe esto".

Cuando abrió los labios para sorberlo, no tuvo elección: el líquido del vaso le fue arrojado sin piedad por la garganta. Se atragantó y esputó cuando una bola de fuego pareció abrirse paso hasta su garganta. Con los ojos llorosos, tosió y se llevó una mano al pecho. Inspiró larga y sonoramente, mientras Angus le palmeaba la espalda y le quitaba el vaso.

"Así está mejor", aprobó.

Renee la miró a la cara. "¿Has vuelto con nosotros?"

Becca asintió. "Creo que sí", consiguió decir, inhalando de nuevo. "Eso ha sido... duro".

"Sí, pero ahora estás menos conmovida", explicó Renee. Miró a su alrededor, a los

hombres de la habitación. "¿Podrías dejarnos unos minutos para hablar? Hay café, té helado y limonada en el salón, así como snickerdoodles recién horneados".

"Sí, señora", dijo uno de los hombres haciendo un gesto como si inclinara un sombrero, aunque llevaba la cabeza descubierta, y los tres hombres salieron, uno de los cuales se declaró interesado en los snickerdoodles.

Apenas habían despejado la habitación cuando Becca oyó el golpeteo de unas botas en las escaleras, y Jake entró corriendo en la habitación. La levantó de la silla, la rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho. Ella se aferró a él, apretándole los dedos en la camisa.

"¿Qué ha pasado?" preguntó Jake, con voz urgente. "¿Por qué has vuelto aquí?"

Miró a Angus y a Renee mientras hablaba. Negaron con la cabeza, sus rostros oscuros serios, sus expresiones sombrías. Angus extendió las manos en un gesto de impotencia.

"No conozco ningún detalle. Sólo tuve la repentina sensación de que estaba en peligro eminente, y enviamos un mensaje a Jacinth para que transportara a Becca de vuelta aquí".

Becca tosió por última vez, sintiendo aún el ardor del fuerte licor. Carraspeó experimentalmente antes de hablar. "Era un Djinn. Entró en casa de Jacinth. Había sido enviado por Goodman Sanders... Henry. Era uno de los hombres de Salem que deseaban cortejarme por mis propiedades. Si volvía con el Djinn y me casaba con Henry, él se encargaría de que no me acusaran de brujería. Pero lo sería", estalló ella. "En cuanto Enrique tuviera mis bienes en su poder, o a lo sumo, cuando yo le hubiera dado uno o dos hijos, entonces él mismo me habría hecho acusar, para librarse de mí. En cuanto hubiera tenido todo lo que quería".

Las cejas de Angus se alzaron sobre su canosa cabellera. "¿Entró en casa de un Djinn sin invitación? Eso no puede haber salido bien".

"No, Jacinto estaba furioso", admitió Becca. "Y cuando parecía que iba a llevarme de todos modos, Katerina cambió a su forma gatuna y le atacó, y mientras él se defendía de ella, Jacinto me envió aquí".

Asintiendo con la cabeza, Renee le dio una palmada en el hombro. "No puede entrar en esta propiedad", tranquilizó a Becca. "Y dudo que pueda volver a entrar en casa de Jacinth, ahora que ella sabe de su existencia. Nosotros... Angus y yo... hemos reforzado nuestras protecciones alrededor de la posada, de toda la propiedad, mientras esperábamos a que Jacinth te enviara".

"Aquí estás a salvo, Becca -reafirmó Angus-.

"Sí, pero..." les miró. "¿Qué debo hacer?"

"Tendrás que quedarte aquí", dijo Jake, con cara de preocupación. Hubo murmullos de asentimiento por parte de Angus y Renee.

Desesperada, Becca estalló: "Sí, pero no puedo quedarme aquí para siempre, sin salir nunca de la propiedad".

"No, claro que no", la tranquilizó.

"Paciencia", aconsejó Renee. "Esto acaba de ocurrir. Deja que Jacinto se ocupe de su visitante indeseado y todos conferenciaremos".

"Quizá podríamos... no sé... ¿proteger la casa de la manada contra ese Djinn?". Jake lanzó una pregunta a Angus.

La pareja de ancianos intercambió una mirada larga y enigmática.

"El establo es demasiado grande, demasiado abierto, para que lo guardemos", dijo Angus sin rodeos. "Aquí, la tierra es nuestra, y hemos volcado en ella nuestras energías".

Jake asintió en señal de comprensión, aunque la preocupación le arrugó la frente. "Lo entiendo. Ahora que lo pienso, hay demasiada gente que va y viene de la casa de la manada constantemente, por asuntos de cambiaformas con Joe".

Renee sonrió tranquilizadora. "Tu propia casa, sin embargo, podríamos protegerla, con la fuerza suficiente para mantener alejado a ese Djinn".

"Perfecto", aprobó Jake con firmeza. "Eso es lo que haremos, entonces, y ella podrá venir a quedarse conmigo".

La esperanza surgió en el pecho de Becca y miró a Jake. "¿No sería... impropio?".

Sonaron risitas de los tres.

"Éste es un mundo completamente nuevo", le recordó Renee. "No es impropio en absoluto".

"Tengo tres habitaciones libres entre las que puedes elegir", le dijo Jake. "Y de aquí a mi casa no hay más distancia que la casa de la manada".

Becca frunció el ceño, pensativa. "Pero, ¿y entre aquí y allí? ¿De ida y vuelta?"

"Por ahora, te llevaré de un lado a otro", le dijo Jake. "Estarás a salvo en ambos extremos, y entre medias tendrás a alguien contigo. Sólo por ahora", se apresuró a tranquilizarla. "Será una medida temporal, hasta que tengamos tiempo de reunir a todos y consultar".

Se mordió el labio. "El Djinn, estaba amenazando a Jacinto. Que contara a su Consejo que había estado viajando en el tiempo".

Renee soltó una risita. "Una amenaza vacía si alguna vez he oído una. Porque, ¿qué está haciendo él, sino lo mismo?".

"Si llega el momento de comparecer ante el Consejo -señaló Angus-, se enfrentarán a dos Djinn que han viajado en el tiempo. Uno, para rescatar a una mujer en apuros y ponerla a salvo, y el otro para recuperarla y devolverla a la situación de peligro vital de la que escapó. ¿A favor de cuál crees que se pronunciará el Consejo?".

"Oh". Becca lo consideró y su ánimo se aligeró. "Ya veo que es así. No quiero que Remi se meta en líos, y cuando lo dices así, no veo cómo podría, ¿y tú?".

Angus y Renee intercambiaron otra de aquellas miradas largas y enigmáticas, como si se estuvieran comunicando en silencio, sin palabras.

"Avisaré a los hombres de que se llevarán tus cosas a casa de Jake", dijo Angus al salir de la habitación.

Renee habló bruscamente. "Becca, quédate aquí hasta el anochecer. Deja que todos trasladen tus cosas y, mientras tanto, Angus y yo nos ocuparemos de establecer protecciones sobre la propiedad de Jake. Sin duda, Jacinth llegará más tarde, y probablemente también Katerina. Planearemos celebrar una... -hizo una pausa, frunciendo el ceño mientras buscaba la palabra adecuada.

"¿Consejo de guerra?" dijo Jake en tono irónico.

Renee se rió, pero asintió. "Eso es exactamente lo que es. De momento, Becca, intenta relajarte. Quizá vayas al jardín y metas las manos en la tierra".

"No preguntaré si es seguro para ella fuera de la posada", la expresión de Jake era cómica. "Las historias de tus bosques devoradores de gente aún resuenan en la comunidad cambiaformas".

Volviéndose hacia la puerta, Renee soltó una risita. "Se pondrá bien".

El teléfono de Becca sonó y ella lo sacó del bolsillo para estudiar la pantalla. "Es Jacinth", informó. "Me dice que me quede en la posada".

Sus dedos volaron sobre el teléfono. "Le hago saber el plan hasta ahora".

"Que planee venir sobre las siete", le dijo Renee. "Y cualquier otra persona que quiera participar".

Becca levantó la vista y asintió. "Vale, hecho".

Echó un vistazo a la habitación y luego volvió a mirar a Renee, sintiéndose ridículamente

culpable. "Creo que quiero quedarme dentro. En mi habitación. Por ahora -dijo disculpándose.

Renee sonrió, con una calidez tranquilizadora en su sonrisa. "Aquí estás a salvo, Becca, pero has sufrido un trauma".

"Voy al salón a traerte algo de beber. Ahora vuelvo", prometió Jake.

Apenas había desaparecido en el pasillo, cuando la puerta de un coche se cerró de golpe y Becca casi se sobresaltó. Renee se rió y le dio una palmada en el hombro. "Cálmate. Será Katerina, o me equivoco".

Efectivamente, un minuto después Katerina irrumpió por la puerta, con el pelo corto y negro alborotándole la cara. Angus entró, más tranquilo, tras ella.

"¿Te ha contado lo que ha pasado?" preguntó Katerina a Angus.

"Sí. ¿Tienes más información?"

"Llegó Zahra... es la madre de Jacinto", explicó Katerina. "Conoce a un tal Djinn, dice que se llama Alastair. Dice que es viejo y poderoso. También malvado. Cree que quizá tengamos que meter a Kieran en esto, aunque nadie quiere hacerlo por Remi. Ahora mismo, este Alastair parece creer que Jacinth es quien viajó en el tiempo, y por ahora dejamos que lo piense".

Becca se mordió el labio. "Nunca quise meter a Remi en problemas", susurró. "No sabía todo esto, cuando deseé que me llevara donde no se persiguiera a las brujas".

Katerina soltó una risita. "Te apuesto lo que quieras a que Remi se ha metido en líos mucho peores que éste".

"No aceptes esa apuesta", aconsejó Renee amablemente. "Ése es un petardo".

"Katerina". Angus hizo una pausa, asegurándose de que tenía la atención de Katerina antes de continuar. "Deberías llamar a Maroulla. No es que pueda hacer nada, pero hay que avisarla de que tenemos una situación".

Becca cruzó las manos sobre el regazo, mirando al suelo. Se sentía más indefensa e inútil que en toda su vida. Incluso cuando había sabido que los acusadores venían a por ella, había actuado. Pero ahora lo único que podía hacer era esperar, mientras otros actuaban para protegerla. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las disimuló con rabia. No iba a agravar esta pesadilla derrumbándose.

Levantó la cabeza sobresaltada cuando le pusieron otra taza en las manos, y la miró con desconfianza.

Renee se rió entre dientes. "Esta vez sólo es té caliente".

"Ah, claro". Echó una mirada de disculpa, recordando que Jake había ido a traerle el té. Se acercó a su silla y su pulso se calmó.

"He hablado con los chicos, van a salir a comer mientras nos ponemos manos a la obra. Tenemos una hora más o menos antes de que vengan a llevar tus cosas a mi casa".

Asintiendo, Becca dio un sorbo a la infusión caliente, dejando que la rica y dulce bebida la calmara.

Katerina colgó el teléfono y le contó brevemente a Jake lo que había pasado en casa de Jacinth después de que Becca se marchara.

"Tienes que llamar a Joe, dice Maroulla", añadió. "Como alfa, debería saberlo".

"Oh, sí", admitió, sacando su teléfono. "Por no hablar de que es mi hermano. Me echará la bronca si le dejo al margen".

Katerina reflexionó un momento. "Eh, ¿creéis que ese tal Henry también está aquí? Puede que ese tal Alistair lo haya traído".

"Sería estúpido si lo hiciera", dijo Katerina, "dado el énfasis que está poniendo en el tema del viaje en el tiempo como razón para entregarle a Becca".

"Si no vuelvo a ver la cara fea de Henry, será demasiado pronto", murmuró Becca, inspirándose en el imaginativo vocabulario de Talya.

Katerina sonrió. "¿Es realmente feo?"

"Pues no", admitió Becca. "De hecho, la mayoría de las chicas del pueblo lo consideran guapo, y todo un partido. No son tanto sus rasgos como... lo que hay detrás de ellos". Se esforzó por explicarse. "Hay una mirada en sus ojos. Calculadora. Fría. Astuta".

Bebió un poco más de té para ahuyentar el escalofrío que la sacudía. "Es malvado. No sé de qué otra forma explicarlo".

"El hecho de que enviara a un Djinn no muy simpático para arrastrarte de vuelta a casa, confirmaría esos sentimientos", le dijo Katerina.

Angus y Renee asintieron, pero Renee se apartó entonces, haciendo un gesto a Angus para que se acercara a la puerta.

"Te dejaremos sola por ahora. Intenta relajarte, Becca. Todo irá bien. Jake, ven conmigo. Becca necesita comer, voy a prepararle unos bocadillos. Puedes subirlos".

"Ya lo creo".

Katerina también se dirigió a la puerta. "Voy a volver a casa de Jacinth. Todavía estamos preparando el biryani. Me dijo que te avisara de que os traería un poco para cenar a los dos cuando viniéramos esta noche".

Sola por el momento, Becca sacó el edredón de la cama y, acurrucándose en el sillón, se envolvió en él, acurrucándose en sus suaves pliegues. Un momento después, Lacey apareció en la habitación, parpadeando somnolienta. Saltó al regazo de Becca, ronroneando como una lancha motora. Becca le acarició el suave y sedoso pelaje.

"¿Estabas durmiendo la siesta? Menudo Familiar estás hecho", reprendió.

El gatito le bostezó en la cara, poco impresionado, lo que hizo reír a Becca. Se sintió satisfecha y se relajó, con los labios curvados en una sonrisa mientras abrazaba a la criaturita peluda.

"Esto es lo que haces, ¿no?", preguntó. "Me haces sentir que todo irá bien".

No hubo respuesta, naturalmente. Aunque, tal y como iban las cosas, no le habría extrañado que Lacey hubiera hablado.

Jake regresó justo entonces, con una bandeja cargada de bocadillos, un plato de galletas y dos tazas de chocolate caliente. Becca se rió al verlo, y Jake sonrió mientras colocaba la bandeja sobre su escritorio, acercándose para darle una taza del rico chocolate, con un remolino de nata montada por encima, con virutas de chocolate.

"Tengo la sensación de que la comida es el lenguaje del amor de Renee", dijo, y Rebecca sonrió, saboreando el chocolate caliente. Mojó un dedo en la nata montada y se la ofreció a Lacey, que la lamió. Luego tuvo que rechazar los intentos de la gatita de llegar a la taza para tomar más.

Jake arrastró una mesita junto a donde ella estaba sentada y puso un plato con un bocadillo de jamón y un generoso montón de patatas fritas, así como unas galletas. Mientras ella empezaba con el bocadillo, él se acercó a la chimenea y la encendió.

Desconcertada, miró al fuego y luego a Jake. "No hace frío, y aún es por la tarde".

"Sí, pero te hará sentir mejor. Es algo reconfortante".

Era cierto, resultaba reconfortante, y estiró los dedos de los pies hacia el calor, observando cómo los troncos empezaban a brillar.

"No se me habría ocurrido", confesó.

Jake tuvo la delicadeza de parecer avergonzado. "Fue idea de Renee".

Becca tuvo que reírse. "Ya veo".

Cogió una galleta del plato y la mordisqueó entre bocado y bocado de su bocadillo, mientras Jake se acomodaba en el otro sillón con su propio bocadillo y cacao.

"Los chicos volverán de comer dentro de cinco o diez minutos, para terminar de empaquetar tus cosas".

"¡Oh!" Angustiada, Becca le miró consternada. "¡No les saludé en absoluto, ni les di las gracias por ayudarme, ni siquiera les pregunté sus nombres! Estoy muy avergonzada".

"No seas tonta", le dijo Jake, levantándole una ceja. "Lo entienden, te lo prometo".

Terminó su bocadillo, se limpió las manos en una servilleta y lo colocó en el plato. Miró disculpándose a Jake.

"No creo que pueda enfrentarme a nadie en este momento. ¿Crees que estaría bien que saliera al jardín a trabajar?".

"Por supuesto". Se puso en pie y le tendió una mano. "Creo que ahora te vendrá bien. Encuentra la paz con las manos en la tierra".

Becca sonrió, agradecida de que la conociera tan bien. Se levantó, acunando a Lacey en un brazo. Dejó caer el edredón sobre el extremo de la cama y colocó a la gatita sobre él, acariciándole la peluda cabeza.

"Quédate aquí y vigila la habitación, ¿vale?".

Jake se rió entre dientes. "Supongo que cuando los hombres entren y empiecen a empaquetar de nuevo, ella correrá hacia ti muy deprisa. A los gatos no les gustan esas cosas".

"¡Oh! ¡Oh, sí! No había pensado en eso". Volvió a coger a la gatita de un tirón. "Me la llevaré conmigo, entonces".

Becca se abrió paso por la posada, evitando chocar con nadie, aunque podía oír las voces de los hombres retumbando en el porche delantero, mientras se deslizaba por el newel al pie de la escalera y salía por la puerta trasera. Se sentía terriblemente culpable, porque, al fin y al cabo, estaban allí para hacerle un gran favor, empaquetando y trasladando sus cosas. Y se lo agradecería... más tarde. Pero por ahora necesitaba estar sola, en el jardín.

Al llegar a las hileras de verduras, dejó a Lacey en el suelo. La gatita adoptó al instante el aspecto de la Gran Cazadora y empezó a acechar la caza imaginaria entre las florecientes tomateras. Becca se arrodilló y, con verdadero alivio, hundió las manos en la tierra, sintiendo la energía, dejando que la paz la inundara como una marea. Ahuyentando el terror de la última hora. Sin embargo, con ella también desapareció el estricto control que había mantenido sobre sí misma, sobre sus emociones. Había tenido que fingir ante todo el mundo, pero ahora ya no lo hacía, y exhaló un largo y estremecedor suspiro.

Estaba a salvo... por ahora. Aquel Djinn no podía llegar hasta ella, no podía llevársela de vuelta a Salem. Volvió a respirar hondo, esta vez lentamente. No iba a pensar en eso ahora. Estaba a salvo, y esta noche todos se reunirían y hablarían. Odiaba sentir que, una vez más, volvía a estar a merced de quienes la habían acogido. Vale, tampoco iba a pensar en eso.

Excepto que había una salpicadura de humedad en el dorso de su mano, donde descansaba en el suelo. Sorprendida, se dio cuenta de que estaba llorando. No había llorado, ni una sola vez, desde que murió su madre, un par de años (y trescientos treinta) antes. Todo lo que se le venía encima, simplemente lo afrontaba, porque no tenía elección. Las lágrimas no solucionan nada, y Becca se dijo a sí misma con firmeza que parara, pero las lágrimas siguieron fluyendo. Lloró por su madre. Por el miedo y el terror de estos últimos meses, desde que el grito de brujería se había alzado por primera vez en Salem. El terror de verlos venir a por ella, la carrera presa del pánico por el bosque. La pérdida de su hogar y de todo lo que había conocido, las cosas de su madre y

de su padre que había tenido que dejar atrás. Y aún más, la idea de que Henry y su padre tuvieran su casa, su huerto, su vaca. Incluso odiaba la idea de que fueran los dueños de sus gallinas, ¡esas cosas tan molestas!

Un maullido inquisitivo le llegó de su lado, y se pasó el dorso de la mano por los ojos, viendo a Lacey sentada a su lado, con una patita blanca sobre el muslo. Levantó a la gatita y frotó su mejilla contra la esponjosidad de su pelaje, disfrutando del suave rumor de su ronroneo de bebé.

"Uy, te estoy humedeciendo", le dijo al gatito.

A Lacey no pareció importarle, o posiblemente ni siquiera se dio cuenta, pero Becca se sintió mejor y el flujo de lágrimas se ralentizó y luego se detuvo. De algún modo, se sentía más ligera, más capaz de afrontar lo que le esperaba.

"Esto es obra tuya otra vez, ¿verdad?". preguntó a Lacey, que se retorció entre sus brazos para lamer la nariz de Becca con su pequeña y áspera lengua, lo que la hizo reír.

Sonrió cuando Jake apareció, saliendo por la puerta trasera de la posada, y ella se limpió rápidamente la humedad de la cara con el dobladillo de la falda. Al llegar a su lado, le hizo un tsk'd.

"¿Una dama puritana como tú, que no lleva pañuelo?"

Le sacó la lengua, algo que había aprendido viendo interactuar a Jacinth y Katerina. Jake se rió y le tendió la mano.

"¿Ya te encuentras mejor?"

Ella asintió, le cogió de la mano y dejó que la pusiera en pie.

"Sí, gracias a Lacey, creo", dijo, observando cómo la gatita correteaba de vuelta a la jungla de tomates. "Es realmente mágica".

"¿Cuál fue tu primera pista?" Bromeó. "¿Cuando se teletransportó hasta ti en la posada aquella primera noche?"

"Más o menos", admitió. Levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa socarrona. "Sé que todo el mundo ha estado dando vueltas a la palabra 'Familiar' por miedo a... ¿qué es lo que dice Talya? asustarme. Pero ya me he acostumbrado".

Al girarse para observar a la Gran Cazadora, se echó a reír. "Realmente es mi Familiar, ¿verdad?"

"Sí, lo es", coincidió Jake. Se frotó el puente de la nariz. "Nunca supe, ni pensé, mucho sobre los Familiares... los metamorfos no los tenemos, claro... pero he estado investigando desde que apareciste, y por supuesto, Julian la ha estado investigando desde que apareció por primera vez, y fue él quien la identificó como Familiar. Hemos estado comparando notas, Julian y yo. La conexión entre vosotros crecerá con el tiempo, a medida que os sintáis más cómodos con vuestra magia, y a medida que ella crezca. Aún es sólo una gatita, por supuesto".

"Sí, lo es". Y Becca deseó desesperadamente que siguiera aquí para ver crecer a Lacey.

"Ya puedes entrar", le dijo, con sus ojos color avellana brillando con humor. "Los chicos se han ido con todas tus cosas a mi casa. Jacinth ha llamado y ha dicho que viene de camino con la cena. ¿Algo sobre biryani?"

Becca sintió una punzada de arrepentimiento. "Sí, se suponía que tenía que estar allí y aprender a hacerla". Sin embargo, se animó al pensar en lo siguiente. "Al menos podré probarla. Nunca he probado comida de la India".

"Sabes que Jacinth estará encantada de enseñarte a hacer lo que quieras, cuando quieras", dijo Jake con dulzura.

"Sí, lo sé". Sólo esperaba que estuviera aquí.

"Hola". Le pasó la mano por debajo de la barbilla, levantándole la cara para que tuviera que

mirarle a los ojos. "Nada de eso. Tienes que ser positiva y creer en nosotros".

Bueno, cuando él lo decía así. Sonrió al darse cuenta. "Creo en ti", dijo, sintiendo la certeza al pronunciar las palabras. "Creo en todos los que estamos aquí".

"Esa es mi chica".

Levantó la cara hacia la suya cuando él se inclinó para rozar sus labios con los de ella. El calor la inundó y sintió un cosquilleo en los labios por su contacto, y sintió que le subía el color a las mejillas. Los brazos de Jake la rodearon, acercándola, y ella se inclinó hacia él. Su hombro estaba a la altura perfecta para que ella apoyara la cabeza, y sintió la ligera presión de su mejilla contra su pelo.

"Me gusta que me abracen", me confió, llena de satisfacción.

La risita de Jake resonó en lo más profundo de su pecho. "Eso está bien, porque me gusta abrazarte".

No supo cuánto tiempo permanecieron allí, abrazados. La brisa del atardecer se levantó, arremolinándole la larga falda en las pantorrillas y haciendo crujir las hojas de los árboles cercanos. Por fin se revolvió, dejó caer los brazos a los lados y se apartó de Jake, aunque de mala gana.

"Deberíamos entrar", le dijo. "Quiero ayudar a Renee a preparar las cosas. Hay que hacer café, y tenemos que asegurarnos de que haya azúcar y nata y pajitas para remover, y ya sabes que a Renee siempre le gusta tener limonada fuera. Por no hablar de las galletas. No quiero que tenga que hacerlo todo ella, sobre todo cuando viene toda esa gente por mi bien. Las tardes son su tiempo libre y el de Angus".

"Cuando pasé por la cocina hace un minuto, estaba horneando tartas", dijo Jake, haciendo reír a Becca. "Pero", añadió. "Recibí un mensaje de Jacinth hace un rato. Van a mantener esta reunión reducida... tú y yo, Angus y Renee, por supuesto, Jacinth, y Katerina y Troy. Todos los demás que necesiten saber lo que se ha decidido, serán informados por el árbol de llamadas".

Desconcertada, parpadeó. "¿El qué?"

"Oh, claro, no lo sabrías. Es una forma organizada de notificar a la gente acontecimientos urgentes o de emergencia. Por ejemplo, yo me encargo de mantener informado a Joe. Katerina mantendrá informada a Maroulla y Jacinth estará en contacto con Julian y Alessandra".

"Es una genialidad", aprobó. Miró a su alrededor en busca de Lacey, sólo para encontrar a la gatita sentada a sus pies, mirándola expectante.

"Es como si lo supiera", le dijo a Jake, agachándose para coger al gatito.

Sonrió. "Probablemente sí".

Tuvo que reírse. "Cierto", dijo.

Juntos regresaron a la posada.

CAPÍTULO 27



UNA HORA MÁS TARDE, LA LLEGADA DE JACINTH FUE PRECEDIDA POR UN TORBELLINO DE angustia, cuando Talya irrumpió en el salón, apuntando directamente a Becca. La adolescente se arrojó a los brazos de Becca mientras ésta, sobresaltada, se levantaba de su sillón junto al fuego.

Talya se aferró a ella con fiereza. "¡No pueden llevarte! No se lo permitiré".

Jacynth entró en la habitación con más calma y habló tranquilamente. "Nadie va a llevarse a Becca. Te lo prometo".

Al mirar más allá de Jacynth, Becca sintió que se le caía la mandíbula de asombro. Sabía que estaba mirando fijamente, pero no podía apartar los ojos de la mujer que apareció en la puerta. Esbelta y elegante, tenía una masa de pelo rojo oscuro amontonada en la cabeza y unos ojos verde esmeralda brillantes, un poco rasgados, casi como los de un gato. Llevaba un vestido largo y vaporoso que ahora Becca sabía que se llamaba caftán... Jacynth los llevaba a menudo... de seda de ricos colores, y de sus pendientes y cuello goteaban gemas que debían de ser de un valor incalculable, y en sus delgados brazos tintineaban brazaletes.

"¡Oh!" Jacinto siguió la dirección de la mirada de Becca. "Aún no os conocéis. Madre, ésta es Becca. Becca, ésta es Zahra, mi madre".

Zahra se deslizó hacia delante, inclinándose para rozar con un beso la mejilla de Becca. "Por fin nos conocemos", dijo. Su voz era una contralto clara y sonaba como el tintineo de las campanas.

"Encantada de conocerte", balbuceó Becca, abrumada por la visión que tenía ante sí.

Jacynth puso los ojos en blanco. "Madre, deja de hacer el divo de Hollywood, ¿quieres?".

"Oh, muy bien", se quejó Zahra, echándose en el sofá. "Sé buena y tráeme un té".

Jacynth se dirigió refunfuñando hacia la mesa del bufé, donde estaban dispuestas las bebidas, así como dos tartas y montañas de galletas. Volvió con una taza de té humeante, sólo para encontrar a su madre sorbiendo una taza de té que ella misma había conjurado. Jacynth dio un pisotón.

"¡Madre!"

Pero Zahra se limitó a reír, con los ojos brillantes sobre el borde de su taza de té. Becca también se echó a reír, y Jacynth hizo lo mismo, tomando asiento junto a su madre y bebiendo un sorbo de la taza que llevaba.

"¿Alguien tiene pañuelos?" preguntó Becca, con el regazo aún lleno de angustia adolescente.

Con una risita, Jacynth conjuró una caja de pañuelos de papel en la mesita que había frente al sofá. Agradeciéndoselo, Becca sacó uno y empezó a limpiar la cara de Talya. Con suavidad pero

con firmeza, Jacinth apartó a su hija de Becca y la arrimó a una silla cercana.

"Tranquila, Talya", la tranquilizó. "Nadie va a dejar que se la lleven".

Talya moqueó, cogió un pañuelo de la caja y se sonó la nariz. Con los ojos algo hinchados, observó a los reunidos.

"¿Lo prometes?"

"Lo juramos", respondió Angus, con voz firme, que irradiaba confianza.

Jacinth miró su teléfono. "Katerina debería llegar en cualquier momento..."

"Ya está aquí", cantó Katerina, entrando en la habitación. "Hubo una emergencia en la clínica, y Troy y Douglas tuvieron que quedarse. Estarán aquí en cuanto puedan irse".

Se dejó caer en uno de los sillones. Angus y Renee ya estaban allí, sentados uno al lado del otro en el sillón junto a la ventana.

"Empezaré yo", dijo Jacinth, echando un vistazo a la habitación, acogedora por el alegre fuego que ardía en la chimenea. Abrió su bolso y rebuscó en él. "Madre y yo nos pusimos de acuerdo..."

"Y nuestra magia", añadió Zahra, y Jacinto se detuvo para sonreír a su madre.

"Y nuestra magia", coincidió, y sacó un collar de plata con una pequeña pero encantadora gema de color azul intenso engarzada en un delicado colgante de filigrana.

"Esto cumple varias funciones", dijo, pasándoselo a su madre, que estaba más cerca de Becca. Zahra se lo pasó a Becca, que lo sostuvo en alto, admirando la forma en que la gema captaba la parpadeante luz del fuego. "Ante todo -continuó Jacinth-. "Impedirá que Alistair, o cualquiera, te encuentre por medios mágicos".

En ese momento, la atención de Becca voló hacia Jacinth. A su lado, Jake se enderezó en su silla y Katerina soltó un grito franco.

"¡Es brillante!", declaró la pelirroja, sonriendo, mientras Talya se limitaba a mirar a su madre con una especie de asombrado respeto.

"Sólo un Djinn cuya magia haya entrado en esto podrá utilizar su magia para encontrarte o rastrearlo", explicó Jacinto. "Así somos Madre y yo".

Becca lanzó una pregunta. "¿Remi?"

Jacinto negó con la cabeza. "Todavía no. Puedo conectar con él utilizando mi tetera... mi recipiente de Djinn", explicó, ante la mirada perpleja de Becca. "Pero sólo si está en este tiempo. Tendremos que esperar a que aparezca y, cuando lo haga, podremos añadir su magia al collar".

Becca examinó el collar, sus dedos acariciaron las facetas pulidas, frías y suaves de la piedra. "Es precioso".

"Dijiste que tu cumpleaños es en septiembre, así que tu piedra de nacimiento es el zafiro. Nadie pensará nada de que lleves un collar con tu piedra de nacimiento, mucha gente lo hace".

"Y no es sólo un collar", añadió Zahra. "Póntelo en la muñeca, Rebeca".

Becca lo hizo, y observó asombrada cómo el collar parecía encogerse, envolviéndose alrededor de su muñeca hasta parecer una sencilla, pero bonita, pulsera.

"No te lo quites nunca", advirtió Jacinth. "Ni siquiera en la ducha. Porque, si ocurriera lo peor, Madre y yo, y eventualmente Remi... podremos encontrarte con nuestra magia de Djinn. *Donde sea y cuando sea* -recalcó la última palabra, y su madre asintió.

"No hay momento ni lugar al que puedan llevarte, en el que no podamos encontrarte inmediatamente", dijo Zahra, con cara de satisfacción.

Un torrente de amor y gratitud, mezclado con un enorme alivio, llenó a Becca, que los contempló casi sin habla.

"¡G-gracias!", balbuceó. "Muchísimas gracias".

"Además", añadió Jacinto, "nadie puede quitártelo. Sólo tú puedes quitártelo".

Zahra asintió, con sus ojos verdes brillando peligrosamente. "Cualquiera que lo intente recibirá una descarga muy desagradable".

"Es muy ingenioso", aprobó Katerina, inclinándose para inspeccionar el brazalete. "¿Se te ocurrió después de que los caracales se llevaran a Tamera?"

"Yo también tengo uno", dijo Talya, apartándose del regazo de Becca y levantando la mano izquierda, mostrando lo que parecía un collar de amistad de hilo y cuentas.

"Una idea excelente", aprobó Renee. "Mientras Becca estaba antes en el jardín, Angus y yo hemos reforzado aún más las protecciones. Ahora son lo bastante fuertes como para repeler a cualquiera que no sea una deidad".

"E incluso algunos de éstos", añadió Angus con un brillo en sus ojos oscuros.

Desviada momentáneamente, los ojos de Jacinth se entrecerraron mientras reflexionaba sobre esto.. "Me pregunto si impedirían la entrada a Kieran, si llegara aquí enardecido. A mí, claro".

Su madre resopló.

"Por Dios", dijo Katerina. "¿Podemos concentrarnos?"

Renee se rió y continuó. "Cuando acabe esta reunión, iremos a casa de Jake y también pondremos guardias alrededor de su propiedad". Angus y ella intercambiaron una cálida mirada. Era fácil ver el estrecho compañerismo, la completa aceptación y el amor que había entre ellos.

"Troy y yo hablamos de si queríamos proteger nuestra casa -dijo Katerina, y sus ojos adquirieron un brillo de picardía. "Troy aún está un poco asustado por lo de las arenas movedizas en el bosque. Se sentiría mucho más cómodo si Jacinth... y Zahra, por así decirlo". Levantó las cejas hacia Zahra, que asintió. "Si vinieras a proteger nuestra propiedad contra el Djinn malo. Después de todo, tenemos a Cherie, que puede rechazar a cualquier intruso humano".

Becca sonrió, sintiéndose cada vez más alegre y segura de sí misma. "Estupendo. Henry tiene un miedo mortal a los perros grandes. Cualquier perro, en realidad, pero cuanto más grandes son, más miedo les tiene".

Katerina le devolvió la sonrisa. "Perfecto".

Espera... ¿Henry? La comprensión de que él también podría estar aquí en este tiempo la golpeó como un puñetazo en las tripas, y Becca sintió de pronto que se le iba el color de la cara. "Henry... ¿también está aquí?". Tragó saliva, sintiendo que se le revolvía el estómago. "¿Dijo ese Djinn?"

"No lo sabemos. Pero aunque esté aquí, ni siquiera puede entrar en la propiedad de la posada, ni en casa de Jake", le recordó Jacinto. "Y estaré encantada de ocuparme de él, si se presenta en mi casa".

"Y Cherie puede darle un mordisco si consigue seguirte hasta mi casa", dijo Katerina.

Becca lo debatió. "Oh, es verdad".

"Además", intervino Talya, que había estado callada todo este tiempo. "Si viene a por ti, ahora sabes defenderte".

Al repasar algunos de los movimientos de defensa personal que le habían enseñado, Becca sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa al pensar en utilizarlos con Henry. "Si el Universo fuera tan bondadoso", dijo con cierta alegría.

Angus, que se había contentado con dejar que todos hablaran y planearan, habló ahora.

"Todo está resuelto entonces, salvo una cuestión. Creo que sería prudente que, por ahora, te acompañaran entre estos bastiones de seguridad". Sonrió ante su consternación. "Sé que estabas deseando montar en bicicleta aquí y en Troya. Es sólo temporal, hasta que se resuelva el asunto".

"Ya había planeado llevarla y traerla", dijo Jake, asintiendo.

"Puedo sustituirte cuando sea necesario", dijo Katerina. "Cuando Jake tenga que trabajar".

Jacinto añadió su granito de arena. "Como yo".

Becca contempló los rostros que la rodeaban, todos llenos de cariño y apoyo, y casi se sintió abrumada por las emociones que la invadían.

"Gracias", les dijo, con la voz llena de gratitud. "Muchas gracias a todos".

Angus se levantó y se inclinó para acariciarle el hombro. "Estarás bien, joven Rebecca". Volvió su atención hacia Jake. "Avísanos cuando estés lista para irte. Tienes que estar allí cuando coloquemos las vallas en tu propiedad".

"Sí, de acuerdo".

Renee también se levantó, dedicando a Becca una sonrisa alentadora, y juntos la pareja salió de la habitación.

Apenas habían desaparecido por el pasillo, cuando Troya entró con paso rápido, con Douglas pisándole los talones.

"Lo siento, todos", se disculpó Douglas. "Ya estamos aquí. ¿Qué nos hemos perdido?"

"¡Oh! ¡Casi lo olvido!" Jacinth dirigió una mirada de disculpa a Becca, inclinándose hacia la bolsa que tenía a los pies. Becca habría jurado que no estaba allí hacía un minuto. El Djinn debía de haberla traído por arte de magia desde dondequiera que estuviera. "Os he traído a Jake y a ti un biryani. Y envuelto en papel de aluminio hay pan naan. Vosotros dos comed, mientras Katerina y yo ponemos al día a los chicos".

Jake extendió la comida sobre la mesita y él y Becca se pusieron a comer, mientras Katerina ponía al día a Troy.

"¡Esto es fabuloso!" se entusiasmó Becca con su primer bocado del biryani, y luego frunció el ceño mirando a Jacinth. "Es pollo, arroz y patatas. ¿Por qué es tan difícil de hacer?"

"Todo depende de las especias y de cómo se mezclen", le dijo Jacinto. "Reprogramaremos tu clase de cocina para más tarde, y ya verás".

Becca arrancó una tira del pan, lo probó y emitió un gemido de placer.

"Yo también quiero saber cómo se hace esto".

Jacinto sonrió. "En realidad, para eso hace falta un horno especial. Hice el pan por arte de magia. Aunque hay otras formas, sólo que no será del todo igual".

"Pero sabrá igual, ¿no?".

"Por supuesto".

"Ejem". Troy, que se había acomodado en un mullido sillón con Katerina sentada en su regazo, carraspeó para llamar su atención.

"¿Qué pasa si interviene el Consejo de Djinn?", quiso saber. "¿Pueden obligarte a permitir que ese tipo se la lleve? Tengo entendido que el viaje en el tiempo se considera un crimen atroz entre los Djinn".

"Lo es, y las cosas podrían ponerse feas para Remi", respondió Jacinto, suspirando. "Pero lo hecho, hecho está. Recuerda que Becca lleva aquí muchas semanas. Definitivamente el tiempo suficiente para crear una anomalía en caso de que la devuelvan a su tiempo. No querrán arriesgarse".

"Es mi Elegida", dijo Jake con fiereza. "Ni siquiera pueden plantearse enviarla de vuelta".

Talya, que hasta ahora había sido una observadora silenciosa, chilló de alegría. "¿Tu Elegido? ¿De verdad? Dios mío, qué maravilla".

Becca se rió entre dientes. "Lo primero que me dijo fue: '¡Dios mío, eres preciosa!' la primera vez que nos vimos".

"Mi lobo se sentó y me dijo, *compañero*, claro como el agua. Me desconcertó", admitió.

"Tuve suerte de poder hablar.

Becca no pudo evitar sonreír al recordarlo. "Yo también he sentido lo mismo por él, casi desde aquel primer día".

Jake bajó la cabeza y sus labios capturaron los de ella. Todo el estrés y el miedo que la agobiaban desaparecieron al contacto con sus labios. Lo rodeó con los brazos, una mano le rodeó el hombro y los dedos se deslizaron por su pelo. Oyó vagamente la risita de Talya y el carraspeo de Douglas. Jake fue el primero en romper el beso, inclinando la cabeza para que su frente se apoyara en la de ella.

"Mía", afirmó, con la voz baja, un poco áspera.

"Mía", le respondió ella.

Al cabo de un momento, Jake dirigió su mirada hacia Jacinto. "Ni siquiera pueden plantearse enviarla de vuelta. También tengo la bendición de mi alfa, y toda la manada me apoyará".

Jacinth se pasó los dedos por su espeso pelo, suspirando. "Jake. Nadie va a enviarla de vuelta. Sencillamente, no va a ocurrir".

"Vamos a casarnos", les dijo, con voz firme. "Queremos tomarnos las cosas con calma, dejar que Becca se adapte primero a su nueva vida aquí, pero si el Consejo se plantea siquiera por un minuto obligarla a volver a Salem, nos fugaremos y nos casaremos. No es lo que queremos. Queremos la boda por la iglesia, con el vestido blanco, las flores y..."

"Y yo de dama de honor", interrumpió Talya, rebosante de entusiasmo. "Y Ben puede ser el portador de los anillos, y Molly la niña de las flores".

A pesar de la tensión del momento, Becca tuvo que reírse, al igual que todos.

"Sí a todo eso", respondió Jake a Talya, antes de volver la mirada a Jacinth. "Cuento contigo para que nos avises si las cosas se tuercen".

"Por supuesto". Jacinth se echó la pesada cabellera sobre los hombros. "Si llega el caso, os llevaré a Las Vegas y os casaréis allí mismo".

Se hizo el silencio en la habitación, antes de que Jake soltara un grito de risa. "¡Me encanta! Me encanta!" Saltó del sofá y agarró a la Djinn por la cintura y la hizo girar, antes de plantarle un sonoro beso en la mejilla y bajarla a sus pies.

Douglas le miró con el ceño fruncido. "Eh, es *mi* mujer. Quítale las manos de encima".

Enloquecida, Becca miró de una cara a otra. "¿Qué es esto de Las Vegas?", preguntó.

"Sí, cómo explicar Las Vegas", dijo Jake, frotándose el puente de la nariz. "Es... como un parque infantil para adultos. Juego, baile, espectáculos... ayúdame", dijo desesperado, mirando a Jacinth. "Ha sido idea tuya".

El Djinn se rió alegremente. "No te preocupes, le enseñaremos algunos vídeos más tarde. Pero lo más importante es que puedes casarte inmediatamente. No es necesario ningún análisis de sangre, ni período de espera. Sólo tienes que llegar a la ciudad, obtener una licencia y casarte".

La cara de Becca se desenchajó un poco y Jake le apretó la mano. "No vamos a hacer eso", la tranquilizó. "No, a menos que sea la última opción. Quiero casarme como es debido, en una iglesia, contigo de blanco por el pasillo".

"Oh, todavía puedes hacerlo", dijo Katerina, dando golpecitos en su teléfono. "Puedes hacerlo en el mirador de la Torre Eiffel, o en un coche en la High Roller. Incluso puedes ponerte un vestido blanco y casarte buceando en un acuario... o, ¡eh!". Levantó la vista, sonriendo. "Alquilar un Cadillac rosa y hacer una boda desde el coche".

Sorprendida, Becca sólo pudo mirarla fijamente, mientras los demás empezaban a reírse. Katerina volvió a su teléfono.

"Por supuesto, está Elvis, pero también puedes casarte en una góndola en Venecia, o... ¡Oh! ¡Oh! ¡Jajajaja!". Katerina se echó a reír. "¡Puedes casarte en Denny's, y llevarte una tarta nupcial de Pancake Puppies y dos desayunos Grand Slam por sólo uno noventa y nueve!".

"Dame eso", gruñó Jake, agarrándole el teléfono.

Katerina bailó fuera de su alcance. "Ni hablar. Esto es divertido. Vale, veamos... Puedes casarte mientras sobrevuelas Las Vegas en helicóptero, y te proporcionan una limusina para llevarte desde y hasta tu hotel. Por otra parte, si quieres ir de romántico, está la Torre Eiffel que ya he mencionado, pero aún mejor, están las Fuentes del Bellagio, y las fuentes se elevan justo cuando la pareja de recién casados se besa. Aunque", reflexionó, "ése probablemente requiera reserva previa, y no serviría si necesitas casarte con prisa".

Troy, que había permanecido callado en un segundo plano, habló de repente. "Hagámoslo", dijo, su voz firme resonó en la sala. Todos se volvieron para mirarle, pero su mirada estaba fija en Katerina.

"Hagámoslo", dijo, mirándola con seria intención. "Tú y yo. No has podido encontrar un lugar que esté disponible antes del año que viene, y te enamoraste de aquel vestido que miraste el mes pasado. Consigue el vestido, gatita, y volaremos a Las Vegas, tú y yo solos, y nos casaremos delante de las fuentes del Bellagio".

"Nosotros también vamos", objetó Jacinth. "Douglas y yo. No pienso perderme la boda de Katerina, y de todos modos necesitarás testigos. No puedes permitir que unos desconocidos sean tus testigos. No lo permitiré".

Douglas se quedó pensativo. "Talya es lo bastante mayor para vigilar a los niños durante una noche de viaje, y tu madre y Arthur pueden vigilar las cosas desde la distancia. Hablaré con Suzanne, Liam y Mac, pero creo que deberíamos estar cubiertos en la clínica durante uno o dos días".

"No", gritó Talya. "¡Yo también voy!".

"Santo cielo", murmuró Douglas.

"Pero volaremos, de la forma normal", dijo Katerina con firmeza. "Nada de teletransportarse".

"Ya lo creo". Troy se levantó de la silla y la levantó en brazos, haciéndola girar antes de dejarla en el suelo y besarla profundamente. "Cogeremos un vuelo sin escalas. Y en primera clase para ti, nena".

"¿Quieres decir que volarás en avión?" preguntó Becca con cautela. El cerebro le daba vueltas. Por supuesto, ya conocía los aviones y había visto vídeos sobre cómo podían volar. No es que lo entendiera realmente, pero aceptaba el hecho de que pudieran hacerlo. Pero no se había dado cuenta de que cualquiera podía ir a volar en avión. Y hablaban de ello tan despreocupadamente, como si fuera normal subir a un avión y volar por el cielo hasta otro lugar lejano. Ella sabía por sus lecciones que Las Vegas estaba en Nevada, que estaba en la parte occidental de América. "¿Cuánto se tarda?"

"¿Aquí a Las Vegas?" Troy sacó su teléfono y consultó. "Unas seis horas, sin parar".

"Eso significa que no paran en otra ciudad y cambian de avión", añadió Jake. Le sonrió. "¿Quieres ir?"

Becca sintió literalmente que la sangre se le escurría de la cara, y esperó no parecer tan horrorizada como se sentía.

"Demasiado pronto, ¿eh?"

"Sí, creo que sí", dijo ella, tragando saliva. "Confío más en Jacinto que en una máquina que vuela por el aire". Se recompuso y se volvió hacia Katerina y Troy. "Puedo ayudar con los

caballos. Y si quieres tomarte más tiempo, puedo asegurarme de que los caballos sean alimentados y aseados, y sacados a pastar todos los días, y traerlos, por la noche, mientras estés fuera".

Troy vaciló. "Es mucho trabajo".

"Te ayudaré", Jake no dudó. "Podemos encargarnos. Tienes las manos que vienen todos los días a hacer el trabajo duro, limpiar los establos y todo eso".

Katerina miró a Troy con esperanza. Becca se dio cuenta de que realmente quería hacerlo.

"¿Quizá un fin de semana largo?", preguntó, con sus ojos dorados brillando suavemente. "Podríamos irnos el jueves por la tarde y volver el domingo por la noche".

Troy inclinó la cabeza y la besó suavemente. "Hagámoslo, gatita".

"Ya que estamos haciendo esto, ¿qué tal si os llevo a todos al aeropuerto?", se ofreció Jake. "Luego puedo llevar a Becca por la ciudad, hacer algo de turismo. Quizá ir a Broadway a ver una obra".

"¡Oh! Espera un momento". Katerina se enderezó lo mejor que pudo encaramada al regazo de Troy y rebuscó en el bolsillo, sacando el móvil. Lo consultó y sonrió. "¡Perfecto! Me pareció leer que El Jardín Secreto volvía a Broadway, ¡y tenía razón! Becca, te encantará".

Jake se quedó con la mirada perdida y Katerina soltó una risita. "Es un libro infantil escrito en...", miró su teléfono. "En 1911. Es un clásico. A ti también te encantará, te lo prometo".

"Llévate Kleenex", aconsejó Jacinth. "Sólo con la banda sonora me dan ganas de tirarme al suelo y llorar. Bueno", corrigió, "partes de ella". Y tiene razón, te va a encantar. Además, deberías hablar con Alessandra. Ella y Julian viven en Staten Island, quizá puedas quedar con ellos o ir a visitarlos".

"Te enamorarás de su jardín", profetizó Katerina, y Jacinto asintió con la cabeza. "Es un desierto de flores, te lo juro".

Un jardín de flores le sonaba increíble a Becca, y asintió. "Definitivamente, quiero volver a ver a Alessandra y su jardín".

Katerina arrugó la nariz. "Oh, espera. ¿Será seguro para ella estar correteando por Nueva York, con Jacinto en Las Vegas?".

Becca se sorprendió de la oleada de decepción que sintió. "No se me había ocurrido", admitió.

Jacinth, sin embargo, asintió. "En realidad, hay una Djinn en Manhattan. Ella y sus Elegidos poseen algunas propiedades allí, y hace un par de días me envió un mensaje de texto diciendo que estaban allí. Además -anunció con los ojos brillantes-, es amiga de Remi. Sé que querrá conocerte".

"Me gustaría conocer a una amiga de Remi", le aseguró Becca.

"Además -añadió Jake, con cara de satisfacción-, ese tal Alistair no va a buscarla por la ciudad. Como no puede utilizar su magia para detectar su ubicación, estará aquí, buscándola por todas partes mientras nosotros hacemos turismo".

Becca se inclinó para abrazarle extasiada. "¡Me encanta esa idea!"

Jacinth dio una palmada y se puso en pie. "Muy bien, gente. Tenemos un plan. Katerina, Troy, avisadnos en cuanto tengáis vuestras reservas de avión, para que sepamos cuándo hacer las nuestras.

Douglas se levantó con ella. "Nosotros también volamos en primera clase", le dijo, y Jacinth le sonrió, con los ojos brillantes. "No como cuando fuimos a California a buscar a los niños y volamos en clase turista". Se estremeció.

"Eh, eran los únicos asientos que pude conseguir con tan poco tiempo de antelación", se

defendió. Sus dedos se entrelazaron con los de ella y la acercó, sonriéndole. "Pero esta vez lo haremos bien".

"Y haré los preparativos para un todoterreno o quizá un monovolumen", añadió Jake.

La reunión, que había empezado tensa y ansiosa, con las emociones de rabia inundándolas, se había tornado festiva. Sólo esta mañana, pensó Becca con asombro, su mundo se había puesto patas arriba y había vuelto a la posada temiendo por su vida. Y ahora, todo se había vuelto a poner patas arriba.

Algo en su interior se asentó, los últimos vestigios de miedo se desvanecieron en la nada. Todo iba a salir bien.

CAPÍTULO 28



NUEVA YORK ERA A LA VEZ FASCINANTE Y ABSOLUTAMENTE ATERRADORA.

Becca se quedó mirando, con los ojos muy abiertos y muda, el horizonte mientras se acercaban por algo llamado autovía. Nadie tenía un vehículo lo bastante grande para todos, así que habían alquilado un monovolumen. No estaba segura de por qué se llamaba minivan, ya que en ella cabían Jake, Katerina, Troy, Douglas, Jacinth y Talya, además de una montaña de equipaje en la parte trasera. No parecía haber mucho de mini en ella, pero Jake había dicho que te lo explicaría más tarde.

El ambiente era alegre y expectante. Katerina casi brillaba de felicidad, mientras que Troy no podía apartar los ojos de su encantadora prometida. Al parecer, Talya había estado varias veces en la ciudad y no paraba de dar saltos de alegría y exclamar, y luego se enfurruñó cuando le dijeron que su ruta no la llevaría a ver la Estatua de la Libertad.

"¿Qué es eso?" preguntó Becca, el propio nombre la intrigaba.

"Es una estatua increíble, enorme, a la que puedes subir", se entusiasmó Talya. "¡Subimos hasta la corona! Tuvimos que subir como cientos de escaleras!".

"Sólo eran ciento sesenta y dos", la corrigió Douglas, mientras Jacinth ponía los ojos en blanco, haciendo que Talya soltara una risita.

"La Estatua de la Libertad fue regalada a Estados Unidos por Francia a finales del siglo XIX", añadió Troy.

Jake retomó la narración. "La idea era en parte conmemorar el centenario de la Declaración de Independencia, así como la cercanía de los dos países, y en parte celebrar el fin de la esclavitud en América.

"Toma", dijo Talya, tendiéndole el teléfono a Becca. "Puedes verlo".

Becca sintió que se le abrían mucho los ojos. "Esto es... increíble", dijo, mirando fijamente las imágenes mientras las recorría.

"La corona representa la luz, como los rayos del sol", dijo Jake. "La tablilla que sostiene tiene la fecha del 4 de julio de 1776, que es cuando se firmó la Declaración de Independencia. También hay una cadena rota, y grilletes, en el suelo a sus pies, para simbolizar el fin de la esclavitud."

Katerina se asomó por encima del hombro de Talya para mirar el teléfono. "No sabía esa última parte".

Jake hizo una mueca. "No muchos lo hacen".

"Es práctico tener un historiador en el coche", dijo Troy, guiñándole un ojo a Becca.

"Llegó a ser el símbolo de la libertad... bueno, de la libertad, obviamente", sonrió Katerina. "Ellis Island, donde está la estatua, era donde desembarcaban los barcos con inmigrantes procedentes de Europa, así que muchas veces, la Estatua de la Libertad era lo primero que veían, cuando llegaban a América. Sé que antes la gente también podía subir en la antorcha, pero no desde hace más de cien años".

"En realidad fue el resultado del primer acto de guerra en suelo estadounidense desde... bueno, la Guerra de 1812. Los alemanes hicieron estallar una fábrica de armamento, y la explosión provocó un estallido que dañó el brazo que sujetaba la antorcha. Eso fue durante la Primera Guerra Mundial, y Estados Unidos ni siquiera estaba en guerra en aquel momento. Éramos neutrales en aquel momento".

Hubo un momento de silencio en el coche, mientras todos miraban fijamente a Jake. Él se encogió de hombros.

"¿Qué?"

"No sabía nada de eso", confesó Troy, encogiendo sus anchos hombros.

"Yo tampoco", dijo Katerina, secundada por Douglas.

"Quiero verlo", anunció Becca, volviéndose para mirar a Jake, que estaba sentado detrás de ella. "¿Podemos ir a verlo?"

"Me temo que hoy no podemos. Será demasiado tarde cuando salgamos de Staten Island. Pero -añadió- por la noche está iluminado y pasaremos por delante de camino a casa. Aunque no sé si podremos verlo desde la autopista".

"No, desde luego que no", le dijo Jacinth. "He ido y vuelto de casa de Alessandra muchas veces por la noche, no se ve".

"Vaya, vaya". Jake miró a Becca disculpándose. "Bueno, podemos planear venir a pasar un par de días en la ciudad, y haremos todo el recorrido turístico, y nos dirigiremos a la isla Ellis y entraremos en ella".

"Tienes que tener reserva para subir a la corona", advirtió Douglas. "Ya que es muy popular". Jake asintió. "Entendido. Gracias por avisarme".

"¡Becca!" Talya le tiró de la manga y señaló por la ventana. "¡Mira!"

Obedientemente, se inclinó para mirar por la ventanilla. Jadeó al ver un avión... el primero que había visto fuera de fotos y vídeos... elevándose sobre la ciudad, con el morro apuntando hacia el cielo.

"Es real", respiró asombrada. "¡Vuela de verdad!"

Miró a los demás ocupantes del monovolumen, cuyas caras mostraban diversos grados de diversión. "Y realmente tiene gente dentro".

Katerina asintió solemnemente. "Decenas de personas, todas se dirigían a algún lugar por negocios o por placer".

Becca volvió a mirar el avión, que desaparecía rápidamente. "Debe de ser increíble", suspiró, y luego se volvió hacia Jake, sonriendo. "Pero sigo sin querer subirme a uno".

Se rió entre dientes. "No tienes por qué hacerlo".

"Entonces supongo que tampoco quiere hacer puenting", se rió Katerina.

"¿Eso sigue existiendo?" preguntó Douglas.

Se encogió de hombros. "Ni idea".

Curiosa, Becca preguntó: "¿Qué es el puenting?"

"No lo encuentro en mi teléfono", Talya sonaba molesta, tecleando a lo loco en la pantalla.

"Probablemente lo estás escribiendo mal", dijo Jacinto, y se lo deletreó.

Los ojos de Talya se abrieron de par en par cuando aparecieron los resultados.

"¡No puede ser!" casi gritó, con la mirada clavada en la pantalla del teléfono mientras pasaba de una ventana a otra.

Becca estaba ahora a punto de morirse de curiosidad. "¿Qué?"

Talya tragó saliva. "Te pones una especie de arnés, unido a una especie de cable elástico y...". Volvió a tragar saliva, mirando la pantalla. "Luego saltas desde un puente, o un acantilado, o un edificio alto o algo así, y rebotas cuando llegas al final del cable".

Becca se quedó mirándola.

"De acuerdo. No puedo..." No hubo palabras. Se tomó un minuto para serenar su palpitante corazón. "Voy a fingir que no he oído nada de eso y que no sé nada de ese salto en paracaídas", les dijo. "No volvamos a mencionarlo".

Jake se rió entre dientes y le cogió la mano con un apretón reconfortante. "Ya lo tienes".

"Muy bien, amigos", anunció Troy, accionando el intermitente para salir de la autopista. "Ya hemos llegado".

Se abrieron paso a través de lo que a Becca le pareció un complicado laberinto, siguiendo enormes señales, hasta que llegaron a un largo tramo de edificio, con coches alineados a lo largo de la acera, y autobuses y coches y camiones de todo tipo pasando a toda velocidad. Era un bullicio asombroso, con gente saliendo de los coches, y tirando de equipajes o llevando mochilas de diversos tipos, niños gritando.

Troy se detuvo en la acera y todos salieron en tropel. Hubo un revuelo de actividad mientras sacaban el equipaje del maletero, los billetes de los bolsos o las carteras. De repente, Becca estaba recibiendo abrazos y besos de despedida, y se quedó de pie en la acera con Jake a su lado.

"Umm...", dijo ella, inteligentemente.

Se rió entre dientes. "¿Un poco abrumado?"

"Sí, sin duda".

Le sujetó la puerta del acompañante y ella entró. Se unió a ella en el asiento del conductor y maniobró entre el tráfico.

"¡Vale, nos vamos a cenar con Julian y Alessandra!", anunció. "Luego a Manhattan para reunirnos con ese Djinn amigo de Jacinto".

Ella le sonrió emocionada. "¡Me muero de ganas!"



ALESSANDRA Y JULIAN vivían en una encantadora casa de dos plantas, con flores brillantes a lo largo del paseo delantero y un árbol de lilas a un lado. Becca se habría detenido a admirarlos, pero la puerta principal se abrió cuando estaban en el paseo y Alessandra salió corriendo, tirando de Becca para abrazarla.

"¡Me alegro mucho de verte!" Alessandra enlazó los codos con ella y casi la arrastró al interior de la casa. "Me he enterado de que Jacinto ha hecho ese collar, ¡es tan lista!".

"Sí, lo es". Becca levantó el colgante para que Alessandra lo examinara.

Julian entró en el salón desde un pasillo, con un saludo afectuoso.

"Bienvenidos", les dijo.

"Quiero enseñarle a Becca mi jardín, pero debes de tener sed después del viaje y todo eso". Alessandra se dirigió a la cocina.

"¿Tienes café?" preguntó Jake.

Julian se rió. "Siempre".

"También tenemos té helado", dijo Alessandra. "Y agua con gas".

Becca arrugó la nariz ante la mención del agua con gas. "Para mí, té helado", decidió.

Una vez tomadas las bebidas, Alessandra se dirigió al extremo opuesto de la cocina, donde había una puerta que daba al patio trasero.

"Ven a ver", invitó.

Becca la siguió, pero se detuvo en la entrada, parpadeando ante el espectáculo que tenía delante.

"¡Ohhh!", exhaló complacida.

Todo el patio era una explosión de flores y arbustos en flor. A un lado de la casa había un jardín de hierbas, pero el resto....

"¡Oh, es tan bonito!". Becca se apresuró hacia la agrupación de flores más cercana, arrodillándose junto al parterre con su pulcro borde de ladrillos colocados en diagonal, semienterrados en el suelo. "¿Qué son estas blancas?"

"Son phlox", le dijo Alessandra, acercándose para arrodillarse junto a ella.

Becca hundió los dedos en el suelo, con los ojos entrecerrados mientras las energías de la rica tierra la inundaban. Abrió los ojos para mirar a su amiga.

"Aquí hay magia".

"Sí, un poco", admitió Alessandra. "El mío no es tan fuerte como el tuyo, pero tengo un poco".

"Es maravilloso", le dijo Becca, levantándose y dirigiéndose a otra parte del patio. Había un precioso columpio en un jardín de rosas, en el centro del patio.

Levantó la vista hacia un árbol de ramas extendidas y finas flores rosas erizadas. "¿Qué es eso?"

"Es una mimosa", respondió Alessandra. "La puse como arbolito hace un año, le va bien. Dará mucha sombra cuando sea más grande".

"Y mucho desorden que rastrillar", le recordó Julián.

"Pues sí". Alessandra se rió. "Pero es tan bonito que no me importa".

"Me encanta, muchísimo".

"Te daré algunas vainas de semillas, por si quieres probar a cultivarlas a partir de la semilla en lugar de trasplantar un arbolito como hice yo".

"¡Oh! ¡Oh, sí, por favor!"

Becca giró en círculo, con los brazos extendidos, mientras respiraba el aire fragante, perfumado de flores y tierra limpia. Volvió la mirada hacia Jake.

"Quiero esto".

Levantó las cejas y se le escapó una risita. "¿Cuál?"

Su mirada recorrió el patio. "Todo", respondió, con una sensación de profunda satisfacción.

Jake se rió y se acercó a ella, estrechándola entre sus brazos. Ella levantó la cara para que la besara.

"Puedes quedártelo", prometió. "Mi patio trasero es casi tan grande como éste, puedes tenerlo entero para hacer tu jardín".

"¿De verdad? Siempre quise tener un jardín de flores, pero siempre tenía que plantar verduras, y frutas, y bayas. Tenía espacio para ellas, pero no tiempo, ni energía, para tener también flores. No después de que mamá muriera y sólo quedara yo".

"Puedes tener todas las flores que quieras". Era un voto.

Becca pasó una hora maravillosa en el jardín con Alessandra, mientras Julian arrastraba a Jake al despacho de su casa para hablar de las primeras antigüedades americanas.

Alessandra le proporcionó los nombres de las flores y arbustos que más le gustaban y, al final

de la hora, Becca tenía una lista bastante larga guardada en su teléfono.

"Cuando estés lista para empezar a planificar, llámame", le dijo Alessandra. "Iremos juntas al vivero y elegiremos tus plantas. Será divertido, podemos pasar un fin de semana así".

"Suena fabuloso", se entusiasmó Becca.

"¡Pizza!" bramó Julian desde la casa, haciéndoles soltar una risita, y se apresuraron a entrar.

La pizza era otro alimento que Becca aprobaba plenamente, y mordió un grueso trozo. La explosión de sabor, la salsa de tomate, el pepperoni y la salchicha, la hicieron gemir de éxtasis.

"Esto es incluso mejor que lo que tenía antes", dijo.

"El restaurante local es propiedad de una familia italiana", dijo Julián, con clara aprobación. "Saben hacerlo bien".

Alessandra le dio un codazo. "La pizza fue posterior a tu época", le recordó. "No se inventó hasta el siglo XIX".

"Calla, tú", dijo Julian, untándole la nariz con un poco de salsa de pizza.

Becca soltó una risita cuando Alessandra le dio un manotazo a su marido.

"No podemos quedarnos mucho tiempo", les dijo Jake, después de haberse comido dos trozos. "Tenemos que reunirnos con esa mujer Djinn y sus Elegidos en Central Park, justo después de la puesta de sol".

Julián los miró con extrañeza, al igual que Alessandra.

"¿Con quién te vas a reunir exactamente?" preguntó Alessandra.

"Alice, creo que dijo que se llamaba. Estaba en casa de Joe cuando llamó, y había un montón de gente, era difícil oírla entre todo el barullo".

Alessandra y Julian intercambiaron miradas enigmáticas. Los ojos de Jake se entrecerraron.

"¿Qué?"

El rostro de Julián permanecía impassible, pero Alessandra parecía estar reprimiendo una sonrisa.

"Nada. Seguro que te lo pasarás muy bien".

CAPÍTULO 29



"VAYA, QUÉ RARO", COMENTÓ JAKE AL SUBIR AL MONOVOLUMEN. BECCA ASINTIÓ, abrochándose el cinturón.

"Sí, sobre Alice. Es evidente que saben algo que nosotros no sabemos". Se mordió el labio inferior con los dientes, un poco ansiosa. Jake se acercó y le puso una mano cálida en la rodilla. Reconfortante.

"Es amiga de Jacinto", dijo, como si eso fuera todo lo que hubiera que decir.

Becca asintió, y su ansiedad desapareció. "Sí, así es. Muy bien, ¡vamos a conocerlos!".

"Prepárate", advirtió Jake, mientras se alejaban de la acera. "Puede que hayas visto algo de la ciudad desde la autopista, pero nada... nada... te habrá preparado para la realidad de Manhattan".

Treinta minutos después, Becca estaba con los ojos muy abiertos y sin habla. Lo único que podía hacer era mirar por la ventanilla el lugar temible, maravilloso y totalmente increíble que era Nueva York. Ni siquiera los vídeos de Times Square la habían preparado para la avalancha de imágenes, sonidos y olores, el chirrido de los frenos, las bocinas de los coches, la multitud de gente, la energía que parecía fluir por el propio suelo.

"No puedo creerlo", susurró. "Lo veo y, sin embargo, no puedo creerlo".

Jake le sonrió. "Pronto podrás ver Times Square".

Sacudió la cabeza, incrédula. "¿Cómo se puede llegar a alguna parte? Llevamos aquí sentados todas estas luces, y sólo avanzamos a pasos agigantados".

"La mayoría de la gente no conduce en Nueva York. Vas andando, o coges un taxi, o el metro".

"¿Metro?" Becca apartó la mirada de lo que tenía delante para mirar a Jake. "¿Como en Mientras dormías?"

Se rió entre dientes. "Algo así, sí. Cogemos mucho el metro cuando vengamos a hacer turismo".

"¡Oh!" Dio un respingo en el asiento, inclinándose hacia delante todo lo que le permitía el cinturón de seguridad, cuando aparecieron a la vista las vallas publicitarias y un edificio que le resultaba familiar. "¡Ahí está! ¡Times Square! Igual que en los vídeos".

"Sí, igualito", fue la divertida respuesta de Jake.

Torció el cuello para mirar los carteles. "Son enormes", se preguntó. "No me había dado cuenta. Parecían grandes en los vídeos, claro, pero nada que ver con lo que son en realidad".

"Tienes que verlo en persona para captar el efecto real", convino Jake.

El tráfico volvió a moverse y pasaron lentamente por delante de la Plaza.

"Daremos una vuelta para que puedas ver el Empire State Building, luego giraremos hacia Broadway y subiremos a Central Park. Sólo son unos dos kilómetros".

Se rió cuando el semáforo que tenían delante volvió a ponerse en rojo. "Sería más rápido ir andando".

"Así sería", dijo con una sonrisa. "Y cuando vengamos a pasar un par de días aquí, lo haremos, te lo prometo".

Su mano buscó la de ella, estrechándola con un cálido apretón.

"Ahora mismo, no quiero que andes por ahí fuera... no cuando sólo estemos nosotros. No puedo luchar contra un Djinn. Así que por ahora es sólo un paseo en coche...".

"Monovolumen", le recordó ella, y él se rió.

"Sí, monovolumen. Al menos, excepto en Central Park, cuando esté Alice. Jacinth dijo que estaremos a salvo con ella".

Becca asintió solemnemente. "Confiaría mi vida a Jacinth. Si dice que estamos a salvo con su amiga, la creo".

"Exacto".

"Allá vamos", dijo un poco más tarde, señalando. "El Empire State Building".

Se asomó por la ventana, mirando hacia arriba, y hacia arriba, y hacia arriba. "¡Vaya!"

"Es el cuarto edificio más alto de Nueva York y el sexto de América. Pero cuando se construyó por primera vez, hace casi cien años, era el edificio más alto de todo el mundo. Hay plataformas de observación en el piso ochenta y seis y en el ciento dos".

Becca se quedó boquiabierta. "¡Cien...!" Le faltaron las palabras.

Se rió entre dientes. "Podemos subir la próxima vez que vengamos, si quieres".

Ella asintió enérgicamente, encontrando la voz. "¡Quiero hacerlo!"

Señaló por la ventanilla uno de los autobuses descapotables que anunciaban recorridos por la ciudad. "Yo también quiero ir en uno de esos".

"¡Claro que sí!" le sonrió. "Será divertido. Te encantará explorar Central Park".

La miró de reojo. "Quiero probar algo, si estás dispuesta".

Curiosa, apartó su mirada embelesada de las vistas para mirarle.

"Quiero que cierres los ojos e imagines una calle como ésta.... De sentido único, sin tráfico en sentido contrario, y coches aparcados a ambos lados de la calle, un gran parque a la derecha".

Dispuesta, pero desconcertada, siguió sus instrucciones. "¿De acuerdo?"

"Ahora, quiero que visualices un coche que sale de su plaza de aparcamiento, que se retira justo cuando llegamos a él, dejando la plaza de aparcamiento vacía".

Se concentró un momento. "De acuerdo".

"¿Entendido?"

"Sí".

"Muy bien, entonces, ya puedes abrir los ojos".

Ella lo hizo, y le miró con el ceño fruncido, confundida. "Vale, ¿qué ha sido eso?"

"Si ha funcionado, lo verás en un par de minutos".

Señaló hacia delante y ella jadeó al ver lo que tenía que ser Central Park.

"¡Caramba!", jadeó.

"Increíble, ¿verdad? Justo en medio de toda esta locura urbana, como un oasis salvaje".

"¡Oh, mira!" Rebotó en su asiento. "¡Quiero dar un paseo en carruaje!"

Se volvió para sonreírle. "Seguro que no se parece en nada a las calesas que teníamos en casa".

Jake se rió. "No, en absoluto". Dejó escapar una exclamación triunfal, sobresaltándola. "¡Lo

has conseguido!"

Desconcertada, le miró con el ceño fruncido. "¿Qué he hecho?"

"¡Mira!"

Señaló con el dedo y ella vio que, justo delante de ellos, un coche salía de una plaza de aparcamiento. Con aire triunfal, Jake se deslizó suavemente hasta la plaza.

Becca se quedó boquiabierta. "¿Yo hice eso?"

Asintió con la cabeza. "Lo hiciste", afirmó. "Angus me llevó aparte antes de salir de la posada esta mañana y me pidió que lo intentaras. Sólo para ver si funcionaba".

Frunció el ceño. "¿Hice que esa persona se marchara?"

Levantó la mano, moviéndola de un lado a otro. "No precisamente. Simplemente alineaste su horario con nuestras necesidades, ¡y voilà!"

"Ni siquiera sé qué decir a eso", confesó.

"No tienes que decir nada. Podemos hablar de ello más tarde. Por ahora, vamos a conocer a la amiga de Jacinto, ¿te parece?"

Apagó el motor y salieron del monovolumen. Apenas habían llegado a la esquina del parque, cuando una joven de la edad de Becca se les acercó corriendo. Tenía la piel muy clara, pero el pelo negro, alborotado y despeinado, y unos ojos brillantes del color de las aguamarinas. Iba vestida informalmente con vaqueros y un top brillante que hacía juego con el azul verdoso de sus ojos.

"¿Eres Becca? Di que eres Becca", suplicó, saltando de puntillas emocionada. "Tenía tantas ganas de conocerte".

Un poco aturdida, Becca admitió su identidad y se vio envuelta en un exuberante abrazo.

"Soy Alyssa. Jacinth me ha hablado mucho de ti. Y también de Remi -dijo, con los ojos brillantes.

Sin duda, Becca podía ver que aquella joven era una Djinn, tenía la misma chispa, el mismo entusiasmo, que Jacinth y Remi.

Detrás de ella se alzaba una figura oscura. No era alto, pero la oscuridad le envolvía como un manto. Tenía la tez bronceada, el pelo negro como la noche y unos ojos de un marrón tan intenso que bien podrían haber sido negros. Vestía pantalones negros y un suave jersey de punto gris, y sobre todo llevaba un largo abrigo de cuero negro.

A su lado, sintió que Jake se ponía rígido, no sabía si alarmado o sorprendido, y lo miró con incertidumbre. Tenía la mirada fija en el Elegido de Alyssa, y ella le vio tragar saliva. Entonces, para su asombro, Jake inclinó la cabeza, casi como una reverencia.

"Señor". Su tono era asombrado y teñido de respeto.

La risa de Alyssa fue como un tañido de campanas.

"¡Oh! ¡No te ha dicho con quién te ibas a encontrar! Eso es muy travieso por su parte".

Cogiendo el brazo del hombre que estaba a su lado, le sonrió.

"Éste es Damien", dijo, su voz se suavizó, al igual que la luz de sus ojos. "Mi Elegido".

"Lord Damien", dijo Jake, tragando saliva de nuevo. "Es un honor".

El moreno se limitó a asentir. Sin embargo, Alyssa le dio un codazo y, con un suspiro, le tendió la mano. Jake la estrechó y retrocedió.

"No todos los días se conoce a una leyenda", dijo, ante el desconcierto de Becca.

Alyssa bailó un poco, golpeando con la cadera a su silencioso Elegido. "¡Una leyenda! ¿Has oído eso, Damien? Eres una leyenda".

Damien se limitó a refunfuñar en voz baja, sin poder pronunciar palabra alguna.

"Tú también", dijo Jake entrecortadamente. "Los dos. Vuestro romance... es una historia para

la eternidad. No tenía ni idea de que os encontraría aquí hoy... o nunca, para el caso".

Sus ojos brillaron de placer. "¿Yo también soy una leyenda? ¿De verdad?"

Él asintió, y ella chilló, cogiendo a Damien por el cuello e inclinándose para besarle. No fue una maniobra fácil, pues Damien era una cabeza más alto que la menuda djinn.

Aun así, a Becca le fascinó ver cómo se le ablandaba la cara, que a ella le había parecido tallada en piedra. Sus ojos también se iluminaron y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

"Eres la Elegida de Lord Damián, por supuesto que también debes formar parte de mi leyenda".

Su voz sonó petulante, y Alyssa bajó las cejas, entrecerrando los ojos con desagrado.

"¡Retira eso!" Exigió ella.

Becca contuvo la respiración, esperando a ver cuál sería la respuesta de Damien... ¿esto era mejor que la televisión en horario de máxima audiencia! Jake, sin embargo, parecía tener reparos en involucrarse en lo que amenazaba con convertirse en una riña conyugal.

"Becca esperaba poder dar un paseo en carruaje por el parque".

Alyssa se desvió al instante.

"¡Oh, sí! Me encantaría hacerlo. Por favor, Damián, ¿podemos?"

Se volvió hacia su Elegido, tirándole de la manga. En respuesta, él extendió el brazo, indicando la dirección de los coches de caballos que esperaban a cierta distancia. Al parecer, Damien era un hombre de pocas palabras. Becca sonrió a Jake mientras se giraban para seguir la estela de Alyssa.

Jake se acercó para susurrar: "Lord Damien es un vampiro. Se dice que es el mayor, uno de los primeros creados".

Becca se quedó paralizada. "¿Vampiro?"

Aparentemente dotada de un oído sobrenatural, Alyssa se detuvo en su carrera hacia los carruajes, volviéndose hacia ellos con una alegre sonrisa.

"Sí, pero no te preocupes. Damien ya casi no muerde a nadie más que a mí".

Horrorizada, e insegura de si Alyssa estaba bromeando o no, Becca se quedó mirándola, sin habla. Alyssa le devolvió la mirada durante un largo minuto, antes de echarse a reír a carcajadas.

"Dios mío", jadeó entre carcajadas. "¡La cara que has puesto! Merece totalmente la pena".

Sacudiendo la cabeza, Damien rodeó con el brazo a su amada, mirando a Becca con lo que podría interpretarse como simpatía.

"Los carruajes esperan. ¿Vamos?", preguntó.

Se detuvieron una vez de camino a los carruajes. Jake se detuvo ante un vendedor ambulante que vendía flores, y compró un ramo de flores de dulce aroma para Becca. Le divirtió ver que Damien también compraba un ramo para Alyssa, apretándoselo en los brazos con una expresión tierna que no dejaba lugar a dudas de sus sentimientos por su Elegida.

Sin embargo, no podía dejar de mirar furtivamente a Damien mientras se acomodaban todos juntos en el coche de caballos. Ni siquiera sabía que existían los vampiros y ahora estaba sentada frente a uno, con Jake en el asiento de su derecha y Damien y Alyssa uno al lado del otro.

El propio carruaje era lujoso, casi increíblemente limpio, con una tapicería bien cuidada. El caballo estaba sano y su pelaje mostraba el brillo de un aseo regular y minucioso. Cuando el caballo avanzaba, el carruaje lo hacía suavemente, sin ninguno de los golpes y sacudidas a los que ella estaba acostumbrada.

"¡Me encanta!" exclamó Becca, olvidando al vampiro que tenía enfrente en su excitación.

"Cuando volvamos, concertaremos una cita con antelación, y haremos su recorrido por el

parque y la ciudad", prometió Jake.

"¿Volverás pronto?" preguntó Alyssa. "Damien y yo pensamos quedarnos aquí un tiempo. Me encantaría volver a verte, Becca, sobre todo si vas a venir para algo más que una noche, podemos divertirnos mucho."

"Me encantaría", le dijo Becca. "Pero ahora no podemos...".

Sus ojos se desviaron hacia el conductor que iba delante, y Alyssa hizo un gesto comprensivo con la cabeza. "Cuando todo esté arreglado", dijo. "Nos divertiremos mucho. Y también iremos a verte. Damien aún no conoce a Douglas, ni a los niños, y quiero que lo haga".

Se oyó un gruñido incoherente desde un rincón del vagón, y Alyssa sonrió. "Lo quiera o no el Sr. Gruñón".

Becca soltó una risita. Imposible que no te gustara esta chica. Siguió mirando a su alrededor, casi sin poder decidir qué mirar a continuación, había tanto que ver.

"¿No podríamos hacer esta noche la visita a la ciudad que mencionaste?", preguntó esperanzada a Jake, con la mirada fija en el parque mientras avanzaban por la calle.

"En primer lugar, necesitamos una cita para eso, pero además, no tenemos tiempo", dijo Jake, con una nota de disculpa en la voz. "Nos he conseguido entradas de teatro para el espectáculo de las siete".

Hubo un ligero movimiento, cuando Damien cambió ligeramente de posición. Alarmada, Becca juraría que la tensión llenó el carruaje como una niebla.

"¿Billetes?" La voz del vampiro era suave, pero tenía un matiz gélido.

"Sí", convino alegremente Alyssa, aparentemente ajena al repentino cambio de humor de Damien. "Vamos todos a ver El jardín secreto en Broadway".

Todo el cuerpo de Damien pareció ponerse rígido y levantó la cabeza. Becca habría jurado que vio llamas rojas parpadeando en sus ojos negros.

"Y una mierda", gruñó.

Alyssa le devolvió la mirada, con los labios en una línea obstinada.

"Quiero verlo".

"Bien", gruñó, echándose hacia atrás. "Entrad vosotros tres. Yo haré guardia fuera".

"Eso funciona", dijo Alyssa alegremente, dando un giro completo de actitud que hizo que Becca negara con la cabeza. Alyssa se retorció de alegría y miró radiante a Becca.

"Estoy impaciente", dijo. "Leí el libro, poco después de que se publicara, y he visto todas las películas que se han hecho de él. Pero nunca llegué a ver la producción musical".

Mirando furtivamente al vampiro, Becca habría jurado que Damien puso los ojos en blanco. Conteniendo una risita, metió la mano en la de Jake y se acomodó para disfrutar del paseo en carruaje y de la compañía.

Unas tres horas después, Jake y Damien esperaban pacientemente en la acera mientras las dos mujeres se aferraban la una a la otra, sollozando.

"Su pobre tío", lloró Becca. "La quería tanto".

Alyssa parecía no tener palabras. Con una mirada paciente, Damien la estrechó entre sus brazos y ella se acurrucó en él, llorando sobre las solapas bordadas de su abrigo. Jake hizo lo mismo con Becca, acercándola a él.

Intercambiando miradas, los dos hombres condujeron a sus damas a sus respectivos coches; Becca y Alyssa se despidieron la una de la otra y prometieron enviarse mensajes de texto y mantenerse en contacto.

Al girar la llave en el contacto, Jake se inclinó para abrir la guantera. Sacó otro paquetito de pañuelos, que entregó a Becca, que seguía llorando suavemente.

"Estaba muy triste", susurró. "Sé que al final estaba mejor, pero no es que fuera a reunirse con ella".

"Pero recuperó a su hijo", tranquilizó Jake. "Y María por fin estaba con gente que la quería".

"Sí", moqueó ella, sonándose la nariz. "Lo sé. ¡Y Dickon era maravilloso! Me encantaba Dickon".

Levantando la vista de repente, frunció el ceño. "¡Esa hermana suya era horrible! ¡Y su hermano! Quería darles una patada en la espinilla".

Jake se rió entre dientes. "En las espinillas, ¿eh?"

"Sí, y luego, ¡estaba Marta! Ella era simplemente..."

"¿Vamos a tener una recapitulación de toda la obra durante todo el camino de vuelta a casa?". quiso saber Jake.

"Oh". Becca se lo pensó y, sacando un pañuelo nuevo, volvió a sonarse la nariz. "Vale, creo que ya he terminado".

Se rió entre dientes. "Además, puedes comprar la banda sonora... es decir, las canciones que cantaron... y escucharla cuando quieras".

Se animó al oírlo. "¡Sí, y también quiero leer el libro! Jacinto pensó que no debía leerlo primero, antes de ver la obra. Pero ahora quiero hacerlo".

"Buen plan", aprobó Jake. "Nosotros también volveremos a Nueva York, en cuanto se ocupen de Alistair".

Ella volvió hacia él un rostro radiante. "¿Me lo prometes?"

"Promételo".

Dio un suspiro de felicidad y movió los dedos de los pies, disfrutando del calor de la calefacción del coche. El teatro era maravilloso, pero había hecho un poco de frío.

"Háblame de por qué reaccionaste como lo hiciste al conocer a Damián.

"Damien". La palabra escapó de los labios de Jake como un suspiro. "Dios mío, Becca. No lo sabes... no puedes saberlo, por supuesto. Damien y Alyssa... su historia se ha transmitido entre la comunidad sobrenatural durante siglos. Como un mito, o un cuento de hadas. Nunca me di cuenta... nunca lo pensé... de que, por supuesto, ambos seguirían vivos y sanos, en algún lugar del mundo. Conocerlos, darme cuenta de quién era..."

Le fallaron las palabras.

"Ahora tengo que saberlo", le dijo Becca con franqueza. "Me muero de curiosidad".

"En primer lugar, debes comprender que Lord Damien... también llamado el Señor Oscuro... tiene miles de años. Se cree que es uno de los primeros vampiros que se crearon. Aunque eso es sólo un rumor. Nadie lo sabe realmente, pero eso es lo que dicen".

"Miles de años", susurró Becca, mirándole con incredulidad. "Eso es... imposible".

"Sí, y lo que es más, es medio demonio. Eso es otra cosa que sólo son rumores, nadie lo sabe con certeza, salvo que Lord Damien tiene una hermanastra que es demonio. Así que o él mismo es en parte demonio, o..."

"O la relación se acuerda entre ellos", asintió Becca en señal de comprensión. Aun así, tragó saliva. ¿Demonio?

"Pero... Alyssa... parecía tan... normal. Tan enamorada de él".

"Cuentan que se conocieron en Al Khair". Una sonrisa curvó los labios de Jake. "¿Cómo describir Al Khair? Es una ciudad de fábula, muy famosa entre nuestro pueblo, donde convivían en paz personas de todas las especies... tanto humanas como sobrenaturales. Existió en un vasto desierto entre los imperios persa y mogol... aprenderás más sobre ellos cuando lleguemos a la historia universal", hizo una breve digresión. "Ahora está en lo que probablemente sea..."

Jake hizo una pausa y frunció el ceño. "Sabes, no estoy muy seguro. Voy a suponer que quizá Irán, quizá Pakistán, ¿incluso el sur de Afganistán? Tendría que investigarlo. En cualquier caso, fue en el siglo XVI. Alyssa era entonces la escriba real de la sultana. Según la leyenda, Damián la vio y la quiso para sí, sin saber que era Djinn. La secuestró en la ciudad y se la llevó a las catacumbas donde vivían los vampiros. Escapó, pero...", se interrumpió. "Lo siento, no lo estoy contando muy bien".

"No, sigue", instó Becca. "¡Estoy fascinada!"

"Al parecer, decidió enfrentarse a la Sultana, exigiéndole que le entregara a Alyssa o se arriesgaba a una guerra. Hacía siglos que existía una tregua entre los vampiros y los humanos que vivían en la ciudad, pero él estaba dispuesto a romperla por Alyssa. En lugar de iniciar una guerra, Alyssa se fue con él voluntariamente. En algún momento se enamoraron el uno del otro".

Un cálido resplandor floreció en su pecho y sonrió. "Qué bonito".

"Oh, eso no es todo. No hemos llegado tan lejos como ese periodo de la historia, pero había una Horda de jinetes que aterrorizaba a Europa oriental y a la India, y a otros países, en esa época, y se formó un ejército para cruzar el desierto... y estamos hablando de cientos de kilómetros de vasto y descarnado desierto... para conquistar y saquear Al Khair, y matar o esclavizar a su pueblo."

"¡Qué horror!", jadeó Becca, el cálido resplandor se disipó cuando el horror se apoderó de ella.

"Sí. Pero los vampiros salieron a defender la ciudad, con Lord Damián a la cabeza. Resultó herido en la batalla, y Alyssa invocó a su padre, uno de los Djinn más antiguos y poderosos, y juntos no sólo salvaron la vida de Lord Damien, sino que vencieron a la Horda. Se dice que tardaron menos de media hora en diezmar por completo a un ejército de diez mil".

"¡Habría sido algo digno de ver!" exclamó Becca, con el corazón acelerado al imaginárselo.

"En efecto. Salvaron a Al Khair, y los vampiros y los humanos establecieron una paz que duraría toda la eternidad. Se dice", bajó la voz Jake, como si transmitiera un gran secreto. "Se dice que Al Khair aún existe. Que cuando la civilización creció y se expandió, y el mundo se hizo más moderno, toda la ciudad fue transformada, o transportada, o... algo... de modo que existe en un plano separado, como la patria de los Djinn, Qaf".

Espera, ¿qué? Se volvió hacia él. "¿Los Djinn tienen patria?"

"¡Vaya!" Se rió, levantando una mano. "De eso no sé mucho. Tendrás que preguntarle a Jacinth".

Ella le sonrió, abrazándose a sí misma de placer. "¡Lo haré!"

Jake frunció el ceño de repente. "Hablando de Jacinth... Alexa", dijo.

Se oyó un pitido familiar y Jake dijo: "Llama a Jacinth".

Un momento después, se oyó el timbre de un teléfono a través de los altavoces del camión. Contestó la alegre voz del Djinn.

"¿Sí?"

"¿Qué demonios, Jacinth?" bramó Jake.

Su risa alegre llenó el taxi. "Supongo que has conocido a Damien".

"¿No podías haberme avisado? Me quedé con la boca abierta como una idiota".

"Pero así fue mucho más divertido", dijo, y sus risitas se oyeron a través del teléfono. "Becca, ¿te gustó el musical?"

"Mucho", le aseguró Becca. "Lloré a moco tendido, y Alyssa también. Me gusta tanto".

"Alyssa me ha dicho que harán de Nueva York su hogar en un futuro próximo, así que la haremos venir de visita. Tengo la banda sonora del Jardín Secreto, podemos invitar a Alessandra

y a Katerina y pasarnos una tarde tumbadas comiendo helado y chocolate, y llorando mientras la escuchamos".

"Genial", dijo Jake, poniendo los ojos en blanco, mientras Becca soltaba una risita.

"Es un plan", dijo ella. "¡No puedo esperar!"

CAPÍTULO 30



BECCA ESTABA METIDA EN LA TIERRA HASTA LAS MUÑECAS, ARRANCANDO LA MALA HIERBA DE sus tomateras.

"Dejadlo", aconsejó a los perniciosos intrusos. "Éste es mi jardín, no podéis quedároslo".

Tras arrojarlos a un lado, emitió un suave resoplido, la canción que se había alojado en su cabeza volvía a reclamarla.

"Ven al jardín", cantó suavemente, "descansa allí en mis brazos".

Vaya, estaba llorando otra vez.

"¡Becca!"

Giró la cabeza y se levantó con una sonrisa mientras una Katerina resplandeciente corría por el césped, con Jacinto y Talya a su paso.

"¡Has vuelto!"

Abrazó con fuerza a Katerina. "¡Creía que sólo te ibas a quedar un par de días, no una semana entera!"

"Apenas hemos tenido tiempo para nosotros", dijo Katerina. "Entre su trabajo, y mi pintura, y los caballos, y todo lo que pasa con los cambiaformas, y toda la pesadilla de Marruecos. Ha estado bien pasar un rato los dos solos".

"Me alegro", le dijo Becca, apretándole las manos. "¡Qué contenta estás! Además", añadió tardíamente, apartándose de su amiga, "te estoy ensuciando".

Katerina se burló. "Un poco de suciedad nunca hace daño a nadie".

"Hemos venido a llevarte a comer", dijo Talya, justo cuando Jake doblaba la esquina de la posada, acercándose a ellos.

Hizo una pausa, mirando a las mujeres. "Si esto es cosa de chicas, me retiro", dijo.

"Es totalmente cosa de chicas", le dijo Katerina con una risita. "La llevaré a nuestra casa después de comer, y podrás recogerla cuando haya terminado de trabajar con los caballos".

"A mí me parece un plan", aprobó.

"¿Adónde vamos?" preguntó Becca con impaciencia. "¿Es algún sitio en el que no haya estado?"

"Barbacoa mongola", le dijo Katerina. "Te va a encantar".

Becca ladeó la cabeza, intentando recordar. "Mongolia... cerca de China, ¿verdad? Gengis Kan".

Sintió un resplandor de orgullo por haber recordado tanto. La historia del mundo seguía siendo abrumadora para ella.

"Cierto, Gengis Kan", dijo Katerina riendo. "De todos modos, es muy parecida a la comida china, pero ni siquiera voy a intentar explicarlo, tendrás que verlo cuando lleguemos".

Jake se estaba dando la vuelta, a punto de regresar a su camioneta, cuando una voz alzada hizo que todos se volvieran hacia la acera de la calle.

"¡Bien Castellano!"

Becca sintió la respiración entrecortada en la garganta, la sangre drenándose de su rostro. Había pasado una semana desde el día en que Alistair apareció en casa de Jacinth. Ella había esperado, desesperadamente, que él hubiera optado por rendirse. Nunca, nunca había pensado verle aquí.

Sintió, más que vio, que sus amigos cerraban filas a su alrededor, una fuerza protectora a sus espaldas.

"¿Es Henry?" preguntó Jake en voz baja. Incapaz de confiar en su voz, Becca asintió.

"Te cubrimos las espaldas", susurró Katerina. "Encárgate de él, nosotros te respaldaremos".

Talya se puso a su lado, agarró la mano de Becca y miró con fiereza al hombre. "¡No puede tenerte!"

"No, no puede", tranquilizó Jacinth a la chica, rodeando a la adolescente con un brazo de apoyo y apoyando la otra mano en el hombro de Becca.

"Dinos cómo quieres que nos ocupemos de esto", dijo, lo bastante alto como para que su pequeño grupo la oyera. Henry estaba a unos metros, todavía en la acera.

Becca negó con la cabeza. "Yo me encargaré de él, ahora". Su mirada se posó en cada uno de sus rostros y sonrió. "Ahora os tengo a todos. Pertenezco a este lugar y él no puede cambiarlo".

Giró la cabeza para dirigirse a Henry. "Goodman Sanders".

Caminó un poco cerca de donde él estaba, manteniendo la distancia entre ellos, pero de modo que no tuvieran que gritarse a través del césped para hacerse oír.

"Vete a casa. Aquí no eres bienvenido", le dijo.

"Pienso hacerlo", le aseguró. "Contigo a mi lado. Ven a mí, Rebeca".

Se detuvo a unos cuatro metros de distancia, deseando que se le hubiera ocurrido preguntar a Renee cómo funcionaba realmente aquel vallado. Estaba segura, por lo que habían dicho, de que Henry no podía entrar en la propiedad, pero no sabía qué ocurriría cuando lo intentara. No le cabía duda de que lo haría. Pero deseaba hablar con él, intentar convencerle de que la dejara en paz. Tenía que hacerle comprender que nunca se iría con él, que nunca se casaría con él. Así estaría segura para seguir adelante con su nueva vida. Era la mejor manera, y estaba decidida a intentarlo.

"No iré contigo, Henry -le dijo, manteniendo la voz firme, tranquila. Deliberada. Sin dejar lugar a malentendidos. "Tengo una nueva vida aquí, y aquí me quedaré. Por favor, vete".

Sus fríos ojos se enfriaron aún más, endureciéndose mientras la miraba. Ella pudo ver la intención en sus ojos, estaba a punto de saltar hacia delante a través de la distancia que los separaba y agarrarla.

Curiosamente, justo en ese momento, un espeso seto de zarzamoras espinosas emergió del suelo, formando una barrera a la altura de las rodillas a lo largo de la acera. Becca lo observó desde su visión periférica, sin atreverse a apartar los ojos de Henry. Aun así, era como si estuviera viendo crecer los arbustos en fotografía time-lapse, lo cual era una pasada. Los primeros brotes asomando por encima de la tierra, luego creciendo, lanzando ramas espinosas, luego desplegando hojas, y finalmente el fruto brotando, madurando.

Henry no pareció reparar en ellos, su mirada seguía fija con fiereza en Becca.

"Vendrás conmigo y te casarás conmigo", le dijo, con voz severa.

Estirando la mano, dio un paso incauto hacia delante, y luego saltó hacia atrás con un aullido de dolor. Clavó la mirada en los arbustos de zarzamoras y, por sus miradas inseguras hacia el pequeño grupo que la rodeaba, estaba claro que intentaba recordar si habían estado allí antes o no. Nadie parecía sorprendido, ni como si algo fuera inusual, y obviamente dudaba en hacer el ridículo, afirmando que los arbustos no habían estado allí antes, cuando sí lo habían hecho.

"Déjate de niñerías y ven a verme ahora". Señaló la entrada libre de arbustos del camino de entrada, a unos metros de distancia.

Becca se sorprendió de la fuerza del destello de irritación que la sacudió. ¿Por qué no podía marcharse sin más?

"Simplemente Vete. Vete -gruñó entre dientes apretados-. "No te quiero y no voy a volver a Salem".

Le sonrió con satisfacción. "No tendrás elección. Has podido esquivarle con mucha astucia, pero mi tatarabuelo te encontrará y te traerá ante mí. Más vale que te ahorres la molestia y vengas ahora. Y -añadió con ojos que brillaban peligrosamente-. "Es mejor que lo hagas. Puede que las cosas no te vayan tan bien, una vez estemos en casa, si me haces perder la paciencia contigo".

Jake se adelantó al lado de Becca y le cogió la mano. Agradecida por su apoyo, se aferró a ella, infundiéndose valor con su cálido apretón.

"No voy a volver a Salem contigo", le dijo a Henry. "No quiero irme de aquí. No quiero casarme contigo".

Henry, sin embargo, posó su mirada en sus manos entrelazadas, y levantó una mirada afrentada hacia Becca.

"¡Prostituta!"

Detrás de ella, Katerina resopló y entró en la refriega. "Por favor. Tu moral es un poco flexible. Tienes lujuria en los ojos cada vez que la miras".

Henry sonrió satisfecho. "No hay nada malo en la lujuria entre una pareja unida".

"¡No estamos prometidos!" replicó Rebeca, con los ojos brillantes. "Nunca seremos novios".

"Lo haremos. Eres la mujer que he elegido para casarme con ella, para que dé a luz a mis hijos. Exijo que vengas a mí, ahora".

"Si alguna vez tenemos hijos", replicó ella, "¡será una violación! Porque nunca me acostaría contigo. Jamás".

Se limitó a reírse. No podía creer lo despistado... otro término aprendido de Talya... que era aquel hombre. "No es violación, cuando eres mi esposa. Una mujer debe someterse a su marido".

Todos se quedaron con la boca abierta y le miraron fijamente.

"¿Este tío va en serio?" murmuró Jake.

"Siglo XVII", le recordó Jacinto.

"Sí, pero..."

"Eh, chicos, mirad esto". Katerina levantó el teléfono y se agolparon a su alrededor para verlo. Becca estiró el cuello para mirar por encima del hombro de Katerina.

"¡Shhh! No podemos decir nada", les advirtió Katerina en voz baja, con una mirada de reojo a Henry, a una distancia prudencial, fuera del alcance de los oyentes. "Pero he estado rastreando a este tipo en Ancestry, desde que apareció por primera vez, ¿y sabes qué? Nunca tuvo hijos. Ni uno".

Becca soltó una carcajada. No pudo evitarlo. Aquello era tan... tan absolutamente, perfectamente... bueno... ¡perfecto!

"¡Me encanta!", declaró.

"¡Rebecca!" tronó Enrique, con los ojos endurecidos. "¡Ven conmigo ahora! Te azotaré por tu rebeldía cuando te lleve a casa".

"Debió de ser su forma de ganar con las mujeres", se rió Jake.

Becca se apartó de ellos para mirar directamente a Henry.

"No sé cómo dejártelo más claro -dijo, y la calma se apoderó de ella como un manto. Ahora pondría fin a esto. "Nunca volveré a ese lugar, a ese tiempo. Ahora pertenezco a este lugar. Nunca me habría casado contigo, nunca habría dado a luz a tus hijos. Mi único pesar... y sólo tengo uno... es pensar en mis tierras, mi hogar y mi granja, en tus manos. Podría tener una paz completa, si supiera que otra persona acaba con mi propiedad. Rezo a Dios todas las noches para que no ganes la venta de mi querida casa familiar".

"Entonces, tus plegarias han sido escuchadas", le dijo Katrina, levantando el teléfono con sus ojos dorados llenos de alegría. "Yo también lo he buscado. Nunca llega a sus manos, Becca. De hecho, sigue en manos de la familia que lo compró, hace trescientos años".

"Y treinta", le recordó Jacinto con un guiño alegre.

Becca pensó que Henry iba a explotar, estaba muy enfadado. "¡No me lo puedo creer! ¿Qué es eso... esa cosa que sostienes? Es la magia del diablo, Rebeca, te estás asociando con brujas".

Se burló. "Ah, ¿y no te estabas asociando con un Djinn maligno? Ésa es la sartén por el mango. Menudo hipócrita estás hecho".

La ignoró, y por primera vez dirigió su atención a otra parte. "¿Quién compró ese terreno?" preguntó a Katerina.

Ella le sonrió con satisfacción. "No puedo decírtelo -se burló con voz cantarina-. "Saberlo crearía una anomalía".

"Trucos", gruñó. "Intentas engañarme con tus trucos de bruja".

"Oh, no soy bruja", dijo Katerina. Miró a los reunidos.

Jacinto negó con la cabeza. "Yo no".

"Eh, a mí no me mires", dijo Talya. "No soy una bruja".

"Yo tampoco", dijo Jake, disfrutando claramente. Señaló a Becca. "Es la única bruja que hay aquí".

"¿Lo admites abiertamente?" Enrique los miró fijamente, aparentemente dividido entre la confusión y la incredulidad. "Y, sin embargo, ¿te juntas a sabiendas con una bruja?".

"Tú conspiras con un Djinn maligno", le recordó Jacinto. "Hipócrita, ¿recuerdas?"

"Esto no nos lleva a ninguna parte", dijo Becca. "Sencillamente, no lo entiende".

Ella sabía cómo hacerle comprender. Decidida, se acercó a la espesura de zarzamoras que impedía que Henry se acercara a ellos. Jake la cogió del brazo y sus ojos se oscurecieron de preocupación.

"¿Estás segura?"

"Lo estoy". Le sonrió y levantó la mano para acariciarle la mejilla. "Ésta es la única manera, y quizá por fin acepte la verdad".

Retrocedió con un movimiento de cabeza, aunque su mirada permaneció fija en ella. Miró a Jacinto.

"Ese Djinn no está cerca, ¿verdad?"

Jacinto negó con la cabeza. "No. Eres buena, y si aparece, puedo ocuparme de él".

"No me importa volver a atacarle", añadió Katerina con una sonrisa y un guiño descarado. "Ha sido bastante divertido".

Cuando Becca se acercó a la espesura de arbustos, éstos se separaron, abriéndole paso a medida que avanzaba. Henry se quedó boquiabierto.

"¡Brujería!", dijo con voz estrangulada.

"¿Cuál fue su primera pista?" murmuró Katerina.

Becca se centró en Henry, acercándose a él. Cuando las últimas zarzas se abrieron para dejarla pasar, él avanzó, agarrándola por la muñeca en señal de triunfo.

"¡Ahora vendrás conmigo!"

"No, en realidad", le dijo Becca. "No lo haré".

Levantó el brazo y, con un movimiento rápido, le agarró la muñeca con la otra mano y se la retorció, rompiendo su agarre. Le llevó sólo unos segundos, lo había aprendido en las clases que había tomado con Talya. Dio rápidamente las gracias al Señor por aquella oportunidad. Henry, que estaba de espaldas a ella, doblado por la cintura mientras ella le sujetaba la mano, gritó de dolor.

"¡Ay! ¡Mujer, suéltame! Me rompes el brazo!"

"En realidad, creo que te dislocaría el hombro", le dijo ella. Lo sujetó un minuto mientras él maldecía, antes de soltarlo y alejarse, esperando que aquello fuera el final.

Henry se enderezó, se giró y se abalanzó hacia ella, con una mirada mezquina en los ojos, mientras extendía un brazo, tirando de ella hacia él y anclándola a su lado. Oyó un eco de protesta de Jake, pero negó con la cabeza sin apartar la mirada de Henry.

"Esperaba que lo hicieras", dijo ella en voz baja.

Se giró hacia él, de modo que quedó completamente frente a él, con el cuerpo pegado al suyo. Sus ojos se abrieron de sorpresa y luego de satisfacción, pues parecía que se estaba sometiendo a su abrazo. Durante cinco segundos, ella le permitió hacerse ilusiones.

Entonces su rodilla se levantó con fuerza, como le habían enseñado en defensa personal, y dio en el blanco. Henry gritó, bajó los brazos y se agarró a sí mismo, inclinándose hacia delante. Se tambaleó y se alejó de ella, levantando la cabeza para mirarla, lo que le dio a ella la oportunidad perfecta. Dobló la mano derecha hacia atrás, con los dedos enroscados, y le apuntó a la barbilla con el talón de la palma, hacia arriba y hacia delante. El hombre echó la cabeza hacia atrás y cayó sobre la acera, en posición fetal.

"Santa Madre María y José", oyó respirar a Jake, con un tono claramente admirativo.

"¡Vaya, así se hace, chica!". la animó Katerina.

Becca mantuvo su atención en Henry, que consiguió recomponerse, poniéndose en pie. Se negó a mirarla, aún medio encorvado.

"Vete", le dijo. "Vete y no vuelvas nunca. Ni vuelvas a enviar a tu repugnante antepasado tras de mí".

Sin decir palabra, Henry se dio la vuelta y se alejó tambaleándose calle abajo. Cómo había llegado a la posada y cómo volvería a su tiempo, ella ni lo sabía ni le importaba.

Se giró para enfrentarse a los vítores de sus amigos, con las mejillas encendidas por su aplauso espontáneo, mientras maniobraba a través de los arbustos de zarzamoras, el camino que se había abierto, cerrándose ahora una vez más tras ella. Al llegar al pequeño grupo, miró hacia atrás, hacia las zarzas.

"Espero que no desaparezcan ahora que ha pasado el peligro. Me encantaría hacer mermelada de moras para venderla en el mercado".

Jake lanzó un grito de risa y la abrazó.

"Has derrotado al enemigo, ¿y esa es tu gran preocupación?"

"Me gusta la mermelada de moras", señaló.

"Bueno", dijo Katerina con petulante satisfacción. "¡Después de esto, es poco probable que quiera que vuelvas!".

"De ninguna manera", asintió Jacinth, levantando la mano para que Katerina chocara los cinco.

Becca sonrió a sus amigos. "¡He vencido al enemigo!"

Le devolvieron la sonrisa y Jake asintió en señal de aprobación. "Así es".

"Entonces", dijo Jacinth. "¿Qué te parece si comemos?"

CAPÍTULO 31



"LUEGO LE DIO UN RODILLAZO DONDE MÁS LE DUELE", RELATÓ JACINTH SATISFECHA. "A continuación, le asestó un corte en la mandíbula y cayó como una roca".

A su lado, en la encimera de la cocina, Zahra escuchaba con clara aprobación, levantando su copa de vino en un brindis silencioso. Jacinth soltó una risita.

"Talya no ha dejado de hablar de ello en toda la tarde. Está encantada porque, por supuesto, fue ella quien intimidó a Becca para que tomara esas clases con ella".

"Es una chica lista", asintió Zahra. "Así que Henry ya se ha ocupado de eso. Pero, querida, ¿qué hay de Alistair? Dudo mucho que le importe que Enrique ya no quiera a Rebeca como esposa. De hecho, este pequeño episodio, por gratificante que sea, puede enfurecerle más de la cuenta. No creo que deje de intentarlo por ella. Y me atrevería a decir que Enrique estaría encantado de volver a poseerla, si Alistair consiguiera traerla de vuelta".

Reclamándola la agitación, Jacinto empezó a pasearse. "Sí, tienes razón. No había pensado en eso. Pensé que si Enrique le decía a Alistair que ya no la quería, Alistair se marcharía".

Zahra negó con la cabeza. "Alistair no es así, querida. Estará aún más decidido. Nunca ha tolerado que se le frustre".

Jacinth se frotó la frente, que empezaba a dolerle. Esperaba que todo esto hubiera terminado. Pero su madre tenía razón.

"Quiere a Becca a nivel personal, pero lo que realmente le mueve es la codicia. Ella tiene una granja valiosa y fértil, lo suficiente como para que él no pueda permitirse comprarla cuando salga a subasta".

"Lo que significa que probablemente este Enrique no se rindió en absoluto, sino que simplemente dio un paso atrás para dejarlo en manos de Alistair", resumió su madre con astucia. "Ya sabes lo que esto significa".

Jacinth asintió cabizbaja. "Tendremos que decírselo a Kieran. Esperaba que pudiéramos ocultárselo".

"¿Guardarme qué?"

Sobresaltada, Jacinth se dio la vuelta y encontró al príncipe Djinn en la puerta de su cocina. Había estado tan absorta que ni siquiera había notado el zumbido de la magia cuando él llegó.

"¿No puedes acercarte así a hurtadillas?", exigió irritada.

Se encogió de hombros y cruzó el suelo para sentarse en la silla junto a Zahra.

"¿Por qué no me dices lo que me ocultas?"

Jacinth intercambió miradas con su madre y suspiró. Cediendo a lo inevitable, preparó té para

ella y para Kieran, y se sentó en la silla junto a él.

"Empezó con Remi", empezó.

"Claro que sí", dijo Kieran, con una nota de queja en la voz. "¿Qué ha estado haciendo ahora?"

Zahra arrancó la tirita rápidamente, ahorrándole el esfuerzo a Jacinto.

"Ha estado viajando en el tiempo", dijo con voz quebradiza y sin rodeos.

"¿Eso es todo?" se burló Kieran. "Claro que soy consciente. Siempre lo he sido. Le vigilamos, nos aseguramos de que no se meta en problemas graves".

Jacinto le miró fijamente. "Pero... Pero está prohibido. Pensábamos... es decir, tanto él como yo pensábamos..."

"Que tendría problemas". Kieran se encogió de hombros. "La mayoría de los jóvenes Djinn ponen a prueba esa regla en algún momento. Los controlamos, nos aseguramos de que no traspase ciertos límites. Sus visitas a ti han sido buenas para ambos, os han proporcionado a cada uno la amistad de otro de nuestra especie, ya que ambos os aisláis de otros Djinn. Y para Remi, también es una válvula de escape para sus travesuras, y le impide hacer cosas mucho más peligrosas".

Frunciendo el ceño, Jacinth le dio vueltas a aquello en su mente. "¿Peligroso como... qué, exactamente?"

"¡Beber sangre de vampiro, para empezar!"

Tanto Jacinth como Zahra jadearon y se miraron la una a la otra, y luego volvieron a mirar a Kieran.

"No lo hizo... ¡espera! ¿Lo hizo? ¿Por qué iba a hacer algo así? preguntó Zahra.

Kieran se encogió de hombros. "Por lo que podemos determinar, porque le dijeron que no lo hiciera. Estuvo a punto de morir. Su joven amiga, Alyssa, pudo salvarle, pero estuvo cerca. Entonces -volvió a girar la conversación-. "¿Qué ha ocurrido, por lo que no deseas que Remi tenga problemas?". Una ceja negra se alzó. "Supongo que a eso se debe el secretismo que he percibido últimamente".

Madre e hija intercambiaron otra mirada.

"Kieran ya sabe que ha estado viajando en el tiempo. Si lo comparas con beber sangre de vampiro, no parece tan malo", dijo Zahra.

"No puedo discutirlo", dijo Jacinto con un suspiro, redirigiendo su atención hacia Kieran. "Hace cuatro siglos, Remi estuvo en España por Dios sabe qué motivo, y pasó un tiempo viajando con una familia castellana que huía de la Inquisición española. Les dio una de sus piedras de entrenamiento de Portador de Deseos".

Hizo una pausa, esperando a ver cómo se lo tomaba Kieran. Cuando no se produjo ninguna explosión de ira, sino que él se limitó a encogerse de hombros, ella continuó.

"Avanza un siglo, hasta 1692, cuando una descendiente de aquella familia, una joven que vivía en Salem, estaba a punto de ser acusada de brujería. Le llamó con el talismán, que su familia había transmitido como reliquia. Remi respondió a la llamada y la trajo... aquí".

Eso provocó una reacción, ya que las dos cejas de Kieran se alzaron. "¿Aquí? ¿De verdad? Qué interesante". Su tono era pensativo.

¡Ay! Era exasperante. Jacinto fulminó con la mirada al príncipe, que no le prestó atención. De hecho, parecía no estar especialmente interesado.

"Sigo sin ver el problema", afirmó Kieran con voz tranquila. "Estoy lo bastante familiarizado con esta comunidad como para suponer que se ocupan de ella, que le enseñan lo que necesita saber. Que ha sido asimilada. Sin embargo, ambos estáis claramente ansiosos, lo he sentido

desde lejos, y por eso he venido hoy aquí. Esta mujer no puede querer volver, ¿verdad?".

"En absoluto", le aseguró Zahra. "Se está adaptando notablemente bien y, como tú dices, se está asimilando a la comunidad. El problema es nuestro viejo conocido, Alistair".

Sus fríos ojos azules se entrecerraron y pareció erguirse, haciéndose más alto y oscureciendo su expresión. El peligro cargó el aire, como la electricidad que se acumula antes del relámpago.

"¿Alistair? ¿Qué tiene él que ver con esto?"

"Al parecer, uno de los acusadores de Rebeca en Salem es descendiente suyo. La desea..."

"Y su propiedad, su hogar", insertó Jacinto. "Y está furioso porque se le ha escapado. Por eso Alistair ha venido aquí, para llevársela de vuelta a Salem".

"A su muerte", aclaró Kieran, con voz fría, quebradiza, que le producía escalofríos.

"No inmediatamente", dijo Jacinto, sintiendo que su ira volvía a aumentar. "Primero Enrique planea casarse con ella y obligarla a tener hijos suyos. Una vez casados, tanto ella como sus tierras pasarán a ser de su propiedad. Y, según él, no es violación si es su esposa".

Comprendió inmediatamente la situación. "Entonces, una vez que tiene todo lo que quiere de ella, vuelve a acusarla de brujería para librarse de ella". La voz de Kieran contenía tanta furia que los cimientos de la casa temblaron.

"La propia Rebecca se encargó de Henry esta tarde", dijo Jacinth, sintiéndose inundada por una oleada de satisfacción. "Intentó llevársela por la fuerza y ella le dio una paliza. Dudo mucho que la quiera ya".

"El problema ahora es Alistair", suspiró Zahra. "No se marchará tan fácilmente".

"Yo me ocuparé de Alistair". La fría mirada de Kieran se dirigió a Jacinth. "¿Tienes alguna forma de contactar con él?"

Ella asintió. "Sí, dejé abierta la conexión entre nosotros, para que yo pudiera ponerme en contacto con él cuando, según él, estuviera dispuesta a acceder a sus deseos".

"Llámale, entonces. Estaré en la habitación de al lado. Quiero que le hagas hablar. Lo que ya me has dado es suficiente para el Consejo, pero quiero que quede claro, más allá de cualquier posibilidad de negación, que él es consciente de lo que le espera a Rebeca a su regreso a Salem."

Jacinto dio un respingo al oír hablar del Consejo. "Y... ¿Remi?"

"Al entregar el talismán, Remi hizo lo que hacen nueve de cada diez jóvenes djinn en entrenamiento de Portador de Deseos. Luego, cuando tu Rebecca lo activó, Remi la trajo aquí... a un lugar y un momento que sabía que serían seguros para ella, con gente que sabía que la abrazaría, que le daría el apoyo y la ayuda que necesitaría para adaptarse a su nueva vida". Los labios de Kieran se curvaron en una rara sonrisa. "Yo diría que Remi lo hizo muy bien. De hecho, no podría haberlo hecho mejor. No tiene ningún problema, te lo aseguro".

El alivio inundó a Jacinth. "Me alegro mucho", dijo simplemente. "Aunque", y sus ojos se entrecerraron, "eres un imbécil por no decirme que sabías que iba a visitarme, dejando que me preocupara por él".

Él se limitó a encogerse de hombros, y a ella se le ocurrió otra idea.

"¡Espera!" Jacintoladeó la cabeza, con su larga melena de ébano cayendo sobre su hombro, mientras le daba vueltas a la idea que se le había ocurrido. "Rebeca debería estar presente. Está muy asustada, es comprensible. Creo que la ayudaría creer que Alistair se ha ido de verdad, y que no será un peligro para ella en el futuro, si ve que no es omnipotente."

"De acuerdo, querida", dijo Zahra, apoyando la mano en el hombro de Jacinth. "Podemos hacerlo en la posada, si Renee y Angus tienen la amabilidad de levantar sus protecciones para dejar entrar a Alistair".

"Sé que lo harán, en cuanto les expliquemos las cosas", dijo Jacinto asintiendo.

Kieran se puso en pie. "¿Nos vamos a la posada, entonces?".



BECCA ESTABA SENTADA acurrucada con Jake en el sofá de dos plazas junto al ventanal del salón, con la cabeza apoyada en su hombro. Se había cambiado la ropa de jardinería por una de las faldas largas que tanto le gustaban y un bonito top de color amarillo mantequilla. Lacey estaba acurrucada en su regazo, medio dormida, con sus patitas amasando los pliegues sueltos de la falda de Becca mientras ronroneaba.

"Sé que deberíamos irnos pronto a casa", dijo, sin hacer ningún esfuerzo por moverse. "¿Quedémonos sólo un poco más?".

Sus labios rozaron la frente de ella. "Nos quedaremos todo el tiempo que desees. ¿Te sientes inquieta?"

Ella asintió con la cabeza. "Así es. Tengo una sensación muy extraña. No sé lo que es, y no es algo que pueda explicar. No quiero irme todavía".

"Entonces no lo haremos", le aseguró. Un zumbido los interrumpió, y Jake sacó el teléfono.

"Mensaje de Jacinto", informó. "Quiere saber dónde estamos".

Sus dedos rozaron la superficie del teléfono y, un minuto después, añadió. "Está volviendo a la posada, y nos ha dicho que no nos movamos".

Becca levantó la cabeza de su hombro. "¿Crees que traerá más de ese biryani?". preguntó esperanzada.

Se echó a reír. "Es probable que se haya acabado. Pero seguro que hará más".

"Sí". Se quedó callada un momento, mordiendo los labios, antes de mirar a Jake. "¿Es malo que me sintiera bien al hacer lo que hice? A Henry, quiero decir". Hizo una pequeña mueca de dolor, la culpa pesaba sobre ella. "Es decir, hice lo que tenía que hacer, pero no debería haberme gustado hacerlo. Sin embargo, lo hice".

"No es malo que te gustara hacerlo", le aseguró. "Lo que te gustaba no era la violencia física, sino tomar las riendas, dejar de ser una víctima. Dejar de sentirte indefensa".

Ella se apartó, mirándole asombrada. "¡Eso es! Sí, ¡exactamente eso! No quería pelear, sólo quería que se fuera, que me dejara en paz. Lo único es que..."

Su voz se apagó y Jake la rodeó con el brazo, atrayéndola de nuevo contra él.

"El Djinn".

"Sí". Se estremeció. "¿Crees que él también se irá? ¿Cuando Henry le diga que ya no me quiere?".

"No, no lo hará".

Becca lanzó una exclamación sobresaltada, y Lacey se despertó y saltó de su regazo con un silbido, mientras Jacinth aparecía ante ellas.

"¡Dios mío!" jadeó Becca, poniéndose la mano en el pecho, donde le latía con fuerza el corazón. "Es decir, sabía que ibas a venir, pero... ¡me has dado tal sobresalto!".

Angus y Renee, que al parecer tenían su propia forma de saber lo que ocurría en su posada, atravesaron el vestíbulo para situarse en la puerta del salón.

"¿Qué pasa?" preguntó Renee.

"¡Oh! Bien, ya estáis aquí". les dijo Jacinto. "Los cuatro, esto es perfecto. Quería que supierais que Kieran va a venir aquí, junto con mi madre".

Becca la miró fijamente, sintiendo cómo se le iba el color de la cara, y sus dedos se cerraron convulsivamente sobre los de Jake, que la cogía de la mano.

"¿El príncipe Djinn?", balbuceó. "¿Me enviará a casa?"

Jacinto sonrió tranquilizadamente. "En absoluto. De hecho, todo lo contrario". Desvió la mirada hacia Renee y Angus. "En cuanto llegue Kieran, nos gustaría que retiraras las vallas que rodean la posada y permitieras que Alistair viniera aquí, si te parece bien".

La pareja de ancianos intercambió una mirada larga y enigmática. Luego Angus asintió lentamente.

"Muy bien. ¿Estás seguro de que este Kieran puede contener a Alistair?"

"Por supuesto. Es uno de los Djinn más poderosos que existen, y uno de los más antiguos", les aseguró Jacinto. "Además, como príncipe, tiene la magia del Consejo de Djinn de la que tirar".

"Tengo tantas ganas de saber más sobre eso", le susurró Becca a Jake, que se rió entre dientes.

"Yo también", dijo en voz baja.

Un instante después, una oleada de magia llenó la habitación, y su peso pareció empujarla hacia abajo. Jadeó, luchando por respirar, cuando apareció Zahra, un hombre alto y delgado a su lado. Tenía unos ojos fríos, de un azul pálido, bajo unas cejas negras y una larga cabellera plateada que le caía por la espalda. La magia palpitaba a su alrededor, tan densa en el aire que pensó que podría tocarla.

"Puede que quieras reducirlo", le dijo Jacinth al Djinn, y de repente la presión desapareció del pecho de Becca, como si nunca hubiera existido.

"Disculpas", le dijo el hombre, con una inclinación de aquella cabeza plateada. Su fría mirada se dirigió hacia Angus y Renee, y el tiempo pareció detenerse mientras los tres se examinaban mutuamente. Al cabo de un momento, una de las cejas del Djinn se alzó.

"Un placer", les dijo.

"Hemos oído hablar mucho de ti, príncipe Kieran", dijo Renee, con más formalidad de la que Becca la había oído nunca.

"Nos complace conoceros por fin", coincidió Angus.

Becca seguía intentando inventar un saludo... ¿cómo se saludaba no sólo a un príncipe, sino a un poderoso Djinn? Sin embargo, su mirada se posó en Jake.

"¿Eres su Elegida? ¿El lobo?"

"¡Yo no le he dicho eso!" aseguró Jacinto, con cara de sorpresa.

Ignorando a la bonita y joven Djinn, Kieran se dirigió a Becca y Jake, su mirada barrió la sala evaluadoramente. "Vosotros dos permaneced sentados como estáis. Jacinth, ve a colocarte junto a Becca. No quiero que Alistair tenga la oportunidad de simplemente agarrarla en lugar de hablar".

Confundida, Becca miró a Jacinth.

"Kieran quiere más información para llevarla ante el Consejo", dijo Jacinth, pasando a posarse, medio sentada, medio de pie, en el brazo del sofá de dos plazas junto a Becca. "Tenemos que conseguir que hable".

Kieran se acercó a una silla que había en un rincón, junto a la chimenea. Se sentó y luego, ante la mirada atónita de Becca, simplemente... desapareció de su vista.

Ella se quedó mirando, con la boca abierta, un largo instante. Jake apretó con fuerza la mano de ella y respiró sobresaltado.

"Fanfarrona", oyó murmurar a Jacinth en voz baja, y Becca dirigió una amplia mirada a su amiga.

"¿Puedes hacer eso también?"

Jacinto negó con la cabeza. "Sólo los Djinn más antiguos y poderosos pueden ocultar su presencia de ese modo".

"Ni siquiera yo puedo, y tengo más de mil años", dijo Zahra, tomando asiento frente a ellos. Sonrió alegremente, mirando a su alrededor. "¿Estamos preparados? Tengo que admitir que estoy impaciente por ver cómo Alistair recibe su merecido. Hace tiempo que se lo merecía".

"Es muy listo". Resultaba inquietante oír la voz de Kieran desde la silla aparentemente vacía. "Se asegura de no dejar ninguna prueba que podamos presentar contra él. Esta vez, sin embargo, se ha dejado el camino libre".

"Contaba con que le entregaría a Becca, para que no me metiera en problemas con el Consejo por el viaje en el tiempo", dijo Jacinth, con los ojos relampagueantes de ira. "No sabía que era Remi, supuso que era yo".

"Se han abierto las vallas para permitir que este oscuro Djinn entre en la posada", les dijo Angus, aún de pie en la puerta del vestíbulo, con Renee a su lado. Renee les sonrió, sus ojos oscuros brillaban de expectación.

"Tráelo ahora", ordenó. "Estamos preparados".

Jacinth llevó las manos ante sí con un fuerte aplauso. "¡Alistair!" Llamó. "Estamos listos para hablar".

El zumbido de la magia de los genios llenó la habitación y Alistair apareció. La sonrisa petulante de su rostro hizo que Becca sintiera náuseas.

"Veo que has entrado en razón... -se interrumpió, y miró con aparente horror a Angus y a Renee.

Curiosa, Becca volvió la cabeza para mirarlos. Estaban juntos junto a la puerta del vestíbulo, Renee vestida con un pesado caftán de seda carmesí y Angus con una larga túnica de terciopelo azul oscuro. La expresión de Angus era benigna, y la de Renee tan serena como siempre. En realidad, ahora que lo pensaba, su vestimenta era un poco extraña, incluso para esta época. Desconcertada, Becca miró de los posaderos al Djinn. Alistair estaba pálido y tenía gotas de sudor en la frente.

"No lo sabía", balbuceó.

Angus enarcó las cejas. "¿No sabías que te llevabas a esta joven para que la juzgaran, torturaran y ahorcaran por bruja?". Su voz era suave, pero sus palabras calaron hondo, y Alistair se estremeció.

"¡No! Al menos, no... Quiero decir...". El Djinn miró frenéticamente a su alrededor, pero nadie habló. Tragó saliva, sudando ahora libremente. "Enrique iba a casarse con ella. Quería herederos".

"La habría violado", dijo Jacinto con amargura. "Y luego, después de que hubiera tenido a sus hijos, la habría mandado ahorcar por bruja".

"¡E-so no es culpa mía! Sólo la estaba recuperando para él. No sé qué habría hecho después".

Renee había mantenido la mirada fija en su rostro todo ese tiempo. Cuando habló, su voz era baja y uniforme. "Henry es el último de tu linaje, tu último descendiente vivo. Querías herederos, tanto o más que Henry".

Alistair asintió, su expresión se tornó esperanzada, como si hubiera encontrado un aliado. "¡Sí, exactamente! Debo tener herederos".

La voz de Renee permaneció serena, pero fría. "No habrá herederos ni hijos -pronunció, como si pronunciara una sentencia de peso-. "Tu linaje está acabado". Sus palabras restallaron como un látigo, su tono destilaba desprecio.

Angus tomó la palabra, dirigiendo su mirada a la silla vacía del rincón. "¿Es suficiente?"

Kieran se levantó de su asiento cuando la invisibilidad cayó sobre él. "Más que suficiente".

Presa del pánico, Alistair dio un paso atrás. Su forma empezó a desvanecerse, como si fuera a teletransportarse, pero luego brilló un instante antes de volver a ser totalmente opaca. Miró a su alrededor con ojos desorbitados.

"¿Qué ha sido eso? ¿Por qué no puedo irme?"

Angus sonrió... y no era una sonrisa amable. De hecho, Becca sintió escalofríos que le recorrían la espalda ante aquella sonrisa.

"No pensarías que te permitiríamos simplemente salir de aquí, dado lo que intentabas hacerle a esta joven, ¿verdad?"

"¡Me iré!" prometió Alistair, alzando la voz con desesperación. "La dejaré en paz y no volveré".

"Cierto", dijo Kieran, poniéndose al lado del otro Djinn y agarrándole firmemente del brazo. "Porque voy a llevarte al Consejo de Djinn".

Saludó formalmente con la cabeza a los posaderos. "Mi agradecimiento", dijo.

Un instante después había desaparecido, al igual que Alistair.

Hubo un largo momento de silencio, con todas las miradas puestas en Angus y Renee. Finalmente, Jacinth soltó la pregunta que todos estaban pensando.

"¿Qué eres?"

Una sonrisa traviesa se dibujó en los labios de Renee. "Un poco de esto, un poco de aquello".

Ella y Angus intercambiaron miradas divertidas. "Os dejamos, pues. Buenas noches".

Se dieron la vuelta y desaparecieron por el pasillo que conducía a su suite privada.

Junto a Jacinto, su madre se revolvió, poniéndose en pie con elegancia. "Tengo que decir, queridos, que ver sudar así a Alistair ha sido excepcionalmente gratificante".

Jacinth sonrió, con los ojos brillantes de diversión. "Katerina se va a enfadar mucho por haberse perdido esto".

Ella también se puso en pie y, tras inclinarse para abrazar a Becca, desapareció junto con su madre, dejando a Becca y a Jake solos en el tranquilo salón.

"Bueno, eso ha sido inesperado", comentó Jake, acercándose para acariciar el grueso y suave pelaje de Lacey. La gatita se estiró en el regazo de Becca, emitió un pequeño maullido soñoliento y volvió a dormirse.

"Menudo familiar has resultado ser", le dijo Becca a la gatita en tono de reproche. "Creía que ibas a protegerme del gran Djinn malo, y ni siquiera te has despertado".

Jake se rió entre dientes. "Muy probablemente porque sabía, incluso dormida, que estábamos a salvo aquí, en la posada".

"Cierto", admitió Becca. "Pero, ¡vaya! ¡Alistair tenía tanto miedo de Angus y Renee! ¿Lo has visto? No me lo podía creer".

"Ha sido una belleza", dijo Jake, con una amplia sonrisa. "Me imaginé que intentaría escapar cuando viera a Kieran, pero el resto, vaya. Ha sido inesperado".

"¿Supongo que no tienes ni idea de lo que son?", preguntó ella, incapaz de mantener la nota esperanzada en su voz.

Pero Jake negó con la cabeza. "Ni una sola pista. De hecho, ni siquiera Jacinth y su madre parecían saberlo, y llevan mucho, mucho tiempo por aquí".

Se agachó mientras hablaba y le subió las piernas al regazo, desplazándola para que apoyara la espalda en el brazo del sofá. "Ya está, así es más fácil".

Sin embargo, Lacey, perturbada por su posición de espatarrada sobre las rodillas de Becca,

emitió una estridente queja y se bajó de un salto, sentando la grupa con la espalda señaladamente hacia ellas, y procedió a lavarse enérgicamente el pelaje.

Becca puso los ojos en blanco y contuvo una risita, no quería herir los sentimientos de Lacey. Se contoneó un poco y se acomodó mejor en los cojines.

"Esto está muy bien. Sé que probablemente deberíamos ir a tu casa, pero, después del estrés de las últimas horas, de los últimos días, ahora mismo estoy tan a gusto que no quiero moverme."

"Podemos quedarnos todo el tiempo que quieras", le aseguró Jake, levantando una mano para acariciarle el pelo, empujándole un mechón suelto por encima del hombro.

"Supongo que deberíamos llamar a los de la mudanza para que mañana se lleven mis cosas al depósito", dijo de mala gana, sin hacer ademán de sacar el teléfono.

"Sí, sobre eso". Hizo una pausa y ella le miró inquisitivamente. Tomó sus manos entre las suyas, entrelazando sus dedos.

"No te mudes a la casa de la manada. Quédate conmigo".

"¿Qu-quédate? Se le cortó la respiración y se le aceleró el pulso. Podía sentir el calor mientras el color llenaba sus mejillas. "Quieres decir...

Jake se llevó la mano a los labios. "Cásate conmigo", le dijo. "Ven a vivir conmigo, ahora, y nos casaremos... quizá en otoño. Podemos encargar a Jacinth y Katerina que planifiquen una boda espléndida. Tendremos hijos cuando estés preparada... una familia".

Lo miró fijamente, inundada de emociones. Abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Le estaba ofreciendo todo lo que siempre había deseado, y con él.

"¡Di que sí!" La voz incorpórea de Renee flotó por el pasillo y ella estalló en carcajadas.

"Sí", le dijo ella, lanzándose a sus brazos.

"¡Sí, sí, y sí, otra vez!"

El fin

LIBROS DE ALLIE MCCORMACK

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

Deseos en una Botella

Un Regalo de Jacinth

Una Gata para Troy

Compañera Codiciada

Pícara Reacia

Una Bruja en el Tiempo

SOBRE LA AUTORA

Allie McCormack es una veterana militar discapacitada que ahora persigue el sueño de su vida: ser escritora. Allie ha viajado bastante y ha vivido en muchos lugares de Estados Unidos, además de un año en El Cairo (Egipto) como estudiante de intercambio y un año en Arabia Saudí contratada por un hospital de Riad. Allie vive ahora en la región vinícola del hermoso sur de California con su familia y dos gatos rescatados.

Allie dice: "Una escritora es quien soy y lo que soy... una escritora romántica. Escribo lo que sé, y lo que sé es romance. Docenas de líneas argumentales y literalmente cientos de personajes viven y respiran dentro de los no tan estrechos confines de mi imaginación, y es mi alegría y privilegio darles vida, compartirlos con los demás escribiendo sus historias."